

ISSN electrónico: 2683-7897

Letras

Nro. 90

julio-diciembre 2024

NÚMERO MONOGRÁFICO

**Viajes entre España y el Río de la Plata.
Cruces de miradas y escrituras en ambos sentidos
(Siglos XVI-XXI)**

Coordinación a cargo de
Sofía M. Carrizo Rueda



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Letras

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad

Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires

Número monográfico

**Viajes entre España y el Río de la Plata.
Cruces de miradas y escrituras en ambos sentidos
(Siglos XVI-XXI)**

Edición a cargo de

Sofía M. Carrizo Rueda

90

julio-diciembre 2024

AUTORIDADES DE LA FACULTAD

Decana

Dra. OLGA LUCÍA LARRE

Directora del Departamento de Letras

Dra. MARÍA LUCÍA PUPPO

AUTORIDADES DE LA REVISTA

Director

Dr. ALEJANDRO CASAIS

Secretaria de Redacción

Dra. DULCE MARÍA DALBOSCO

Consejo Editorial

Dra. MARÍA AMELIA ARANCET RUDA; Dra. MAGDALENA CÁMPORA; Dra. ADRIANA CID; Dr. DANIEL CLEMENTE DEL PERCIO; Lic. MARÍA BELÉN NAVARRO; Dra. MARCELA NÉLIDA PEZZUTO; Dra. MARÍA JOSÉ PUNTE.

Consejo Científico Asesor

Dra. CAROLINA ALZATE (Universidad de los Andes); Dr. DANIEL BALDERSTON (Universidad de Pittsburgh); Dr. NIAL BINNS (Universidad Complutense de Madrid); Dr. JORGE BRACAMONTE (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina / CONICET); Dra. CARMEN FOXLEY RIOSECO (Universidad de Chile); Dr. MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España); Dr. ALFREDO HERMENEGILDO (Université Montreal); Dr. STEVEN KIRBY (Eastern Michigan University); Dr. JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS (Universidad Complutense de Madrid); Dr. FÉLIX MARTÍNEZ BONATI (Columbia University in the City of New York); Dr. CIRIACO MORÓN ARROYO (Cornell University); Dr. LIDIO NIETO JIMÉNEZ (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España); Dra. MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ (Universidad de Salamanca); Dra. ALICIA SALOMONE (Universidad de Chile); Dr. LEONARDO ROMERO TOBAR (Universidad de Zaragoza).

Revista indizada por catálogo de LATINDEX, ERIH Plus, MIAR, MLA Internacional Bibliography y DIALNET.

Los autores de los artículos publicados en el presente número ceden sus derechos a la editorial, en forma no exclusiva, para que se incorpore la versión digital de los mismos al Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina como así también a otras bases de datos que considere de relevancia académica.

Acceso abierto:

<http://erevistas.uca.edu.ar/index.php/index/index>

Av. Alicia Moreau de Justo 1500 (C1107AFC) – Ciudad de Buenos Aires, República Argentina
0810-2200-822 (UCA) – depto_letras@uca.edu.ar

www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/universidad/facultades/buenos-aires/filosofia-letras/nuestra-facultad/departamentos/depto-letras

ISSN electrónico: 2683-7897

Reg. Nac. de Propiedad Intelectual N° 181711

LETRAS

90 (julio-diciembre 2024)

Viajes entre España y el Río de la Plata.

Cruces de miradas y escrituras en ambos sentidos (Siglos XVI-XXI)

Índice

Palabras preliminares

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA, “El género de los renovados desafíos” 7-19

Artículos

CARLOS A. ROSSI ELGUE, *Mapas del agua. Representaciones del Atlántico Sur y el Río de la Plata a comienzos del siglo XVI* 23-40

SILVIA TIEFFEMBERG, *Viajero, huérfano, peregrino. El lugar de autor en La Argentiada (1857) de Manuel Rogelio Tristany* 41-53

JULIO PEÑATE RIVERO, *Relatos de viaje de España a Argentina a comienzos del siglo XX. José Ortega Munilla como referente* 55-76

MARÍA ROSA LOJO, *Escritores argentinos en Galicia: la identidad gallega como referente patrimonial para la Argentina* 77-92

EMETERIO DIEZ PUERTAS, *Las variantes de autor: Manuel Villegas López y los manuscritos sobre la vida de John Sutter* 93-111

KAROLINA ZYGMUNT, *Los relatos de viaje a la luz de los estudios antropológicos y sociológicos sobre el turismo: propuesta metodológica* 113-131

Artículo-Reseña

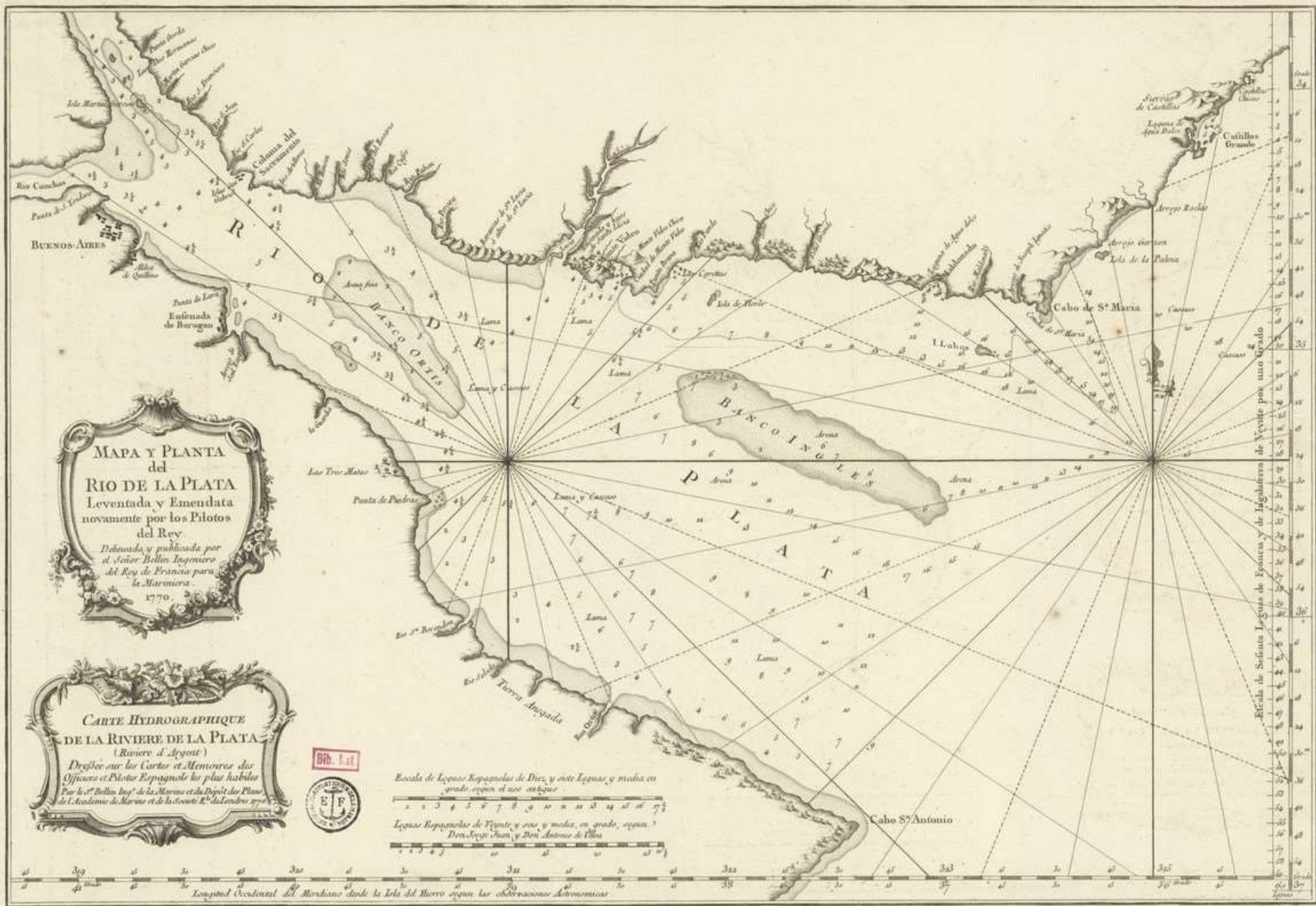
MARÍA DEL CARMEN RIVERO QUINTO, *El viaje al origen es el final. Violencia y muerte en Tierra, novela de David Miklos* 135-145

Reseñas

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA, *Derivaciones de una poética del relato de viajes (MARÍA JOSÉ PUNTE)* 149-151

VICTORIA BÉGUELIN-ARGIMÓN (ed.), *Viajes hacia Oriente en el mundo hispánico durante el Medioevo y la Modernidad. Retórica, textos, contextos (ALEJANDRO CASAIS)* 152-157

Palabras preliminares



El género de los renovados desafíos*

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA
Universidad Católica Argentina, Profesora Emérita /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /
Academia Argentina de Letras
smcarrizorueda@gmail.com

Nadie hubiera imaginado a principios de los años 80 del siglo pasado, cuando los relatos de viajes eran patrimonio de historiadores, geógrafos, naturalistas y otros estudiosos interesados, solamente, en sus contenidos documentales, que Carme Riera, al ingresar en la Real Academia Española en 2013, se dedicara a la otra cara de este género: sus insoslayables aspectos literarios. En el discurso pronunciado en esa ocasión, la actual Vicedirectora de la RAE se refirió a las páginas dejadas por numerosos escritores, científicos y visitantes ilustres que viajaron a Mallorca, entre 1837 y 1936, al cual tituló “Un lugar parecido a la felicidad”. La elección de esta frase de Jorge Luis Borges, quien gustaba de Mallorca y la visitó varias veces, primero con su madre y su hermana y, más tarde, con María Kodama, nos proporciona ya la pista de que lo que interesó a la reconocida filóloga y escritora, fue una perspectiva humana de la experiencia del viaje expresada a través de las palabras de un poeta.

A lo largo de las décadas de 1980 y 1990 había ido creciendo, poco a poco, el pequeño grupo inicial de pioneros interesados en abordar tanto la postergada cara literaria del género como sus desafiantes interrelaciones con la documental que había prevalecido. Ya entrado el siglo XXI, puede decirse que el discurso de Carme Riera es una muestra muy ilustrativa del extraordinario desarrollo alcanzado, finalmente, por los estudios sobre este género. Seminarios, congresos y publicaciones especializadas constituyen una lista de actividades científicas, con temarios cada vez más diversificados, que resulta inabarcable. Pero, además, hay que tener en cuenta que el interés por los relatos de viajeros ha crecido, exponencialmente también, entre el gran público. Ante el éxito de ventas, las editoriales han incorporado a sus fondos, reediciones de textos clásicos, varios inéditos del pasado, muchos de autores actuales —cuyos viajes suelen financiar— y antologías de crónicas viajeras que escribieron quienes han alcanzado la fama con otros géneros¹. Al panorama descripto, se suman los diferentes formatos dedicados a diversos itinerarios, que todos los *mass media* bien saben incorporar a sus proyectos, dado el éxito que suele acompañarlos. Y no faltan los premios, como por ejemplo “Grandes viajeros 2000”, que fue otorgado a *Final de viaje en Patagonia* de Mempo Giardinelli.

Veremos, más adelante, que este relato es un claro ejemplo, dentro del contexto actual, del cambiante dinamismo que no ha dejado de demostrar el género, desde sus remotos orígenes. Una de sus manifestaciones es la diferente valoración que encontramos, a lo largo de la historia, de las grandes distancias, la extrañeza de los lugares recorridos y la duración de los periplos. Los libros

* Imagen de página anterior: Jacques-Nicolas Bellin, *Mapa y planta del Río de la Plata*, París, 1770, 40,5 x 58 cm. Bibliothèque nationale de France, Département Cartes et Plans, GE SH 18 PF 167 DIV 2 P 28 D (Fuente: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b53121781v>).

¹ Por ejemplo, *Viajes y otros viajes* de Antonio Tabucchi y *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas* de Beatriz Sarlo.

más famosos de la Edad Media —como *Il Milione* de Marco Polo o la *Embajada a Tamorlán* de González de Clavijo o las *Andanzas y Viajes* de Pero Tafur— dan cuenta de larguísimos trayectos que requirieron muchos años para acceder a regiones desconocidas. Su valor estaba puesto en los conocimientos y los aprendizajes que solo así podían adquirir los viajeros. Pero ya en el siglo XVII, la originalidad cervantina condensó en tierras españolas una visión del mundo y la convirtió, asimismo, en un viaje sapiencial, necesario para devolver la cordura a su hidalgo (Carrizo Rueda, 2010). Más tarde, el itinerario geográfico y vital de don Quijote constituyó un modelo para los viajeros de la Generación del 98, que se internaron por distintas regiones de la Península, tratando de comprender las raíces de lo que llamaron “el dolor de España”. Ya en el siglo XX, un pensador como Walter Benjamin consagró la *flânerie*, el recorrido despreocupado por las calles de una ciudad, como fuente de descubrimientos inesperados y materia de sus meditaciones. Pero ya doscientos años antes, Xavier de Maistre había satirizado los grandes viajes de sus contemporáneos en *Viaje alrededor de mi habitación*, un relato que superó sus propósitos inicialmente jocosos para ser apreciado como una profunda reflexión acerca de que cualquier espacio puede estar pleno de revelaciones para quien sepa contemplarlo. La insólita perspectiva que este juego abrió entre sus contemporáneos en plena época del *grand tour*, demuestra que el dinamismo de los cambios que hemos señalado se puede manifestar con saltos sorprendidos o cambios graduales, con avances o retrocesos, muy lejos de cualquier proceso evolutivo lineal y ordenado.

Otro aspecto de este dinamismo característico del género es la transformación del triángulo que configuran las interrelaciones del viajero con su periplo y con su sociedad. Si regresamos, nuevamente, al Medioevo, podemos comprobar que hay textos —como, por ejemplo, los del mester de clerecía— que, a lo largo de la baja Edad Media, por lo menos, insisten en ciertas actitudes que debe asumir el *homo viator*. En primer término, el viaje tiene que estar necesariamente justificado y tal justificación se relaciona con prestar un servicio a la sociedad. Puede tratarse de las guerras o las embajadas —los intereses de una región son cruciales en ambos casos—, de las actividades comerciales —aunque con admoniciones respecto a la tentación personal de la avaricia—, de la formación de futuros gobernantes —tanto de su carácter como de su conocimiento del mundo— y de los móviles religiosos representados por la evangelización o los peregrinajes. Pero cualquier otro motivo para emprender un viaje o para prolongarlo que no se justifique por los beneficios que redundarán en el cuerpo social, es señalado por los textos como “desmesura” y “locura” (Carrizo Rueda, 1997). Con el tránsito a la modernidad, el imaginario sobre los viajes fue asimilando, de modo progresivo, los beneficios personales para quienes emprendían una travesía. Hasta llegar a los viajes inspirados por el romanticismo del siglo XIX, donde es el descubrimiento del mundo interior de cada viajero la razón más profunda que lo empuja a los caminos.

Pero la postmodernidad o segunda modernidad aportará otras inquietudes que requieren detenerse, ahora, en *Final de novela en Patagonia*. Su autor, Mempo Giardinelli, se lanzará a bordo de su viejo Ford, en compañía de un amigo, a recorrer esta región de su propio país. Y aunque no deja de registrar los signos de decadencia que percibe, no son estos aspectos propios de la cara documental de un relato de viaje los que más parecen interesarle (Giardinelli, 2010). Por el contrario, puede comprobarse cómo la profundización y la intensificación alcanzadas por las disquisiciones sobre la individualidad y la subjetividad durante el siglo XX, generan un

discurso donde el mundo exterior se ve afectado por un proceso de desrealización. A pesar de ciertas descripciones casi fotográficas de la inmensidad patagónica y las referencias a una serie de personajes que van apareciendo en el camino, las escenas del itinerario terminan desdibujándose en un mundo de recuerdos y vivencias personales, a tal punto que es éste quien asume el protagonismo. El espacio exterior aún conservaba una cierta entidad para el exaltado “yo” romántico, lo que permitía un diálogo entre ambos. Pero en Giardinelli ha perdido todo espesor, quedando reducido a una función subsidiaria de “despertador” del mundo interior. Por esta razón, el relato se presenta dominado, fuertemente, por la figura de un “yo” protagónico que incorpora, con frecuencia, materiales como recuerdos de su infancia y su familia —con una destacada presencia del padre—, referencias a sus amigos y conocidos, a su ideario político, al exilio y sus marcas, a sus preferencias musicales y, sobre todo, literarias. Éstas se inscriben en un corpus que incluye reflexiones sobre los procesos de la escritura y algunos avances de la novela que, supuestamente, desea terminar en la Patagonia —de ahí, el título del libro—. Pero el punto culminante de esta reiterada autorreferencialidad es la incursión en el plano onírico que constituyen numerosas transcripciones de sus sueños. Peñate Rivero llega a comentar: “El volumen y la variedad de elementos digresivos pueden hacer pensar que esta obra tiene más de autobiográfica que de relato de viajes” (2012: II, 163).

Si el contraste entre los intereses para la sociedad del viajero, propios de los periplos medievales, con los requerimientos de la expansión del “yo” romántico podían parecer los polos de una oposición, el texto de Giardinelli demuestra que eran, en realidad, una etapa previa a un mayor antagonismo, donde el extremo correspondiente a la subjetividad está representado por una presencia secundaria de los aspectos fácticos del viaje. Sí importan los del pasado pero por formar parte del mundo interior del viajero, verdadero centro del interés². Y esta nueva mutación ejerce una influencia fundamental en la forma del relato que creo necesario indagar porque repercute en los análisis y las interpretaciones.

Como base de mis trabajos sobre la temática viajera he propuesto, en primer lugar, una amplísima categoría general a la que he denominado “escrituras del viaje”. Se corresponde con lo que Michel Buttor ha llamado “iterología” y Julio Peñate “discursos viáticos”. A mi juicio, más allá del nombre por el que se opte, considero que se trata de una categoría general dividida en dos grandes subcategorías: el “relato de viajes” y la “literatura de viajes”³.

Resumiré mis propuestas acerca de las características fundamentales de cada una. La “literatura de viajes” es primordialmente narrativa, mientras que el “relato de viajes” constituye un tipo de discurso mixto, descriptivo-narrativo, en el cual la función de la descripción prima sobre la de la narración, al punto de que podemos llamar a ésta *ancilla descriptionis*. Por otra parte, en la “literatura de viajes”, aunque el itinerario asuma la configuración de la trama, como en la *Odisea* o el *Quijote*, su interés nunca deja de estar subordinado a las peripecias existenciales del viajero y éstas empujan al receptor hacia la averiguación del desenlace. Por el

² Respecto a los variados cambios de distintos aspectos del género, véase un desarrollo más amplio en Carrizo Rueda (2023: 179-211).

³ Las dos subcategorías que propongo guardan ciertas correspondencias generales con las que se conocen en francés como *littérature de voyage / récit de voyage* y, en alemán, como *Reiseliteratur / Reisebericht*.

contrario, en el “relato de viajes” las aventuras de los viajeros, aunque resulten conmovedoras, ceden en protagonismo a un espectáculo del mundo visitado que, para el autor, es lo que resulta fundamental transmitir. Por eso, las tensiones hacia el desenlace se diluyen, dado que lo que se propone al lector es una especie de gran friso donde cada secuencia o escena concentra el interés por sí misma. Y como ya hemos señalado, es necesario destacar su carácter heterogéneo porque, por una parte, no puede desprenderse de funciones informativas, pero, por otra, resulta de igual relevancia su configuración a través de recursos propios de la literariedad, como el esmero en las descripciones, las historias intercaladas, los intertextos literarios explícitos o implícitos y la evocación de mitos y símbolos. Se trata de las dos caras mencionadas al principio, de las cuales esta última había quedado olvidada⁴. Esta heterogeneidad construye, así, una imagen de mundo destinada tanto al conocimiento como a la reflexión y a la fruición de los lectores. Regales Serna (1983: 80) señala, muy acertadamente, que en un relato de viajes paradigmático, los peligros y penalidades que se padecen son descriptos como un componente más de la andadura y que el autor no les otorga más jerarquía que a la descripción de una ciudad, de un animal exótico o de una lápida recordatoria. Quiero profundizar el planteo haciendo notar que ello se debe, precisamente, a que las acciones adquieren el valor adjetival que puede asumir el verbo, pues cumplen con la función de aportar aspectos distintivos que se atribuyen a personajes y situaciones. Y ésta es la característica que separa, indiscutiblemente, los *relatos de viajes propiamente dichos* de los *relatos de aventuras ocurridas durante un viaje*, en los cuales entran desde Homero hasta el más reciente guion de *road movie*. En todos éstos, una trama narrativa concentra el interés en las peripecias que afectan a los viajeros y sus propósitos, avivando las expectativas sobre posibles desenlaces y empujando al receptor hacia el punto final⁵. En cambio, los propósitos de describir una visión del mundo, a la cual contribuyen hasta las acciones y las experiencias del viajero, “frenan” la lectura para poder asimilar las informaciones, reflexionar sobre ellas y disfrutar del asombro o el placer que depara cada una de las “escenas” del enorme espectáculo que proponen. Se trata de dos actitudes diversas por parte de los receptores y, al respecto resultan elocuentes las palabras de María Fasce —editora de la obra de Elena Ferrante traducida al castellano— sobre dos modalidades de lectura. Sostiene acerca de la última obra de la escritora italiana: “Leemos sin parar, *incluso no reparamos a veces en las geniales observaciones y descripciones, porque queremos saber qué pasará*”. El subrayado es mío porque, seguramente, muchos lectores harán afirmaciones similares acerca de las novelas que los atraparon con la averiguación del desenlace, actitud palmariamente opuesta al ensimismamiento de los receptores de un relato de viajes, precisamente, en sus “geniales observaciones y descripciones” (Ventura, 2020).

⁴ Respecto a las dos caras, véase Champeau (2004) y Albuquerque (2011).

⁵ Propongo la siguiente definición: “Se trata de un discurso narrativo-descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objeto final que es la presentación del relato como un espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace. Este espectáculo abarca desde informaciones de diversos tipos, hasta las mismas acciones de los personajes. Debido a su inescindible estructura literario-documental, la configuración del material se organiza alrededor de núcleos de clímax que, en última instancia, responden a un principio de selección y jerarquización situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen” (Carrizo Rueda, 1997: 28; 2023: 38).

A modo ilustrativo, presentaré, también de modo resumido, las diferencias de dos textos referidos a una travesía por el río Congo, *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad (1902) y *Vagabundo en África* de Javier Reverte (1998), con la particularidad de que el primero es hipotexto del segundo⁶. Reverte da cumplida cuenta de los propósitos documentales de su “relato de viaje”, consignando nombres, fechas, distancias y otras cifras que informan sobre diversos aspectos de los países recorridos. Como complemento, incluye mapas y fotos tomadas por él mismo. Pero pronto se percibe que el propósito documental se va configurando a través de recursos literarios, propios de la otra cara del discurso, como las descripciones —para las que Reverte demostraba una maestría extraordinaria—, historias intercaladas que escuchó, leyó, o vivió él mismo y abundantes citas y paráfrasis de numerosos autores como Cervantes, Mark Twain, Antonio Machado y, sobre todo, el propio Conrad, a los que el autor recurre para incluir reflexiones sobre aspectos culturales y sociales en particular y sobre la condición humana, en general. Todos los materiales se suceden como una suerte de suma, en una relación que podemos llamar paratáctica, donde cada fragmento reviste interés por sí mismo, sin que aparezcan elementos que los interrelacionen unos con otros en función de mantener expectativas sobre un desenlace.

Las grandes diferencias con la novela de Conrad se imponen desde un primer momento, comenzando por la construcción de ésta, donde todos los materiales van involucrándose unos con otros para narrar la búsqueda emprendida por el “yo narrador”, Charles Marlow, de un hombre enigmático, Kurz, el cual se halla en una remota estación comercial, de algún punto del territorio africano. Los peligros de todo tipo que amenazan la travesía, el encuentro y los sucesos posteriores conforman “núcleos” de la narración, como los definió Barthes, que abren distintas posibilidades para el desenlace, razón por la que actúan como permanentes propulsores hacia la averiguación de éste. Una sucesión de incertidumbres y situaciones de riesgo mantienen en vilo la atención y las emociones de los receptores, en pos de alcanzar la resolución en que, finalmente, desembocarán⁷. Y lo que resulta relevante es el hecho de que jamás se menciona el nombre del río y que fueron los lectores quienes dedujeron de la biografía del autor, fundamentalmente, que se trata del Congo. No aparecen datos sobre personajes y lugares que denoten referentes concretos, sino que toda la trama se va transformando, cada vez más, en una atmósfera irreal de pesadillas. Una trama eminentemente narrativa donde todas las referencias al viaje cumplen la función de ir revelando la experiencia límite que significa para Marlow, mientras abren constantes interrogantes sobre el destino de su misión y el misterio que crece alrededor de Kurz. A mi juicio, los aspectos reseñados de la novela de Conrad permiten considerarla como uno de los espléndidos ejemplos de la “literatura de viaje”. Se integra, de este modo, en una interminable dinastía de escrituras de viajes que, mediante un mundo imaginario textual, trascienden la realidad, para preguntarse por la trayectoria vital del *homo viator*, a través de héroes míticos como Jasón, de caballeros legendarios como Amadís de Gaula, de pícaros como Guzmán de Alfarache, de burgueses decimonónicos como Mr. Pickwick o de niños urgidos por su crecimiento como Pinocho o Alicia.

⁶ Véase un desarrollo más extenso de esta comparación en Carrizo Rueda, 2023: 66-80.

⁷ El proceso se cumple, aunque quede el final abierto. E incluso si es anticipado, pues en este caso importa averiguar cómo llegó a desencadenarse ese desenlace ya conocido.

La cuestión que se plantea como consecuencia de todas estas disquisiciones sobre aspectos teóricos es qué relación guardan con *Final de novela en Patagonia*. Entiendo que, como decía más arriba, el relato de Giardinelli, que acoge, por momentos, algunos aspectos de la región patagónica, pero demuestra, claramente, que sus recuerdos, emociones, y cavilaciones van absorbiendo el desarrollo del discurso, no puede considerarse un relato de viaje como el de Reverte, donde los aspectos documentales interaccionan con los literarios hasta último momento. Pero tampoco con una obra que ejemplifica la literatura de viajes como *El corazón de las tinieblas* porque Giardinelli no termina de asumir plenamente una ficcionalización de la trama y de crear un mundo imaginario textual sino que recurre a datos fácticos para referirse al escenario que recorre y, asimismo, a los hechos que han marcado su vida. A mi juicio, se trata, en consecuencia, de un texto híbrido, cuyo análisis e interpretación dependen tanto de los aspectos propios de la forma de un relato de viajes —por ejemplo, qué describe, cómo lo hace, qué pasa por alto y qué espectáculo construye del mundo visitado— como de aquellos que configuran una trama narrativa a la manera de las obras de la literatura de viajes —por ejemplo, la aventura existencial que va contando el protagonista y las alusiones al desenlace, siempre diferido, acerca del “final” que quiere escribir para su novela en tierras patagónicas—.

Una subjetividad que se impone sobre los datos fácticos, relegándolos a funciones secundarias y la hibridación de géneros en la forma, todo en el contexto de la postmodernidad, podría considerarse que es el verdadero extremo de una oposición respecto a los mandatos sociales que condicionaban a los viajeros medievales. Evidentemente, es una actitud más radical que la de los viajeros románticos, quienes se enfrentaban orgullosamente con el mundo, como en la famosa pintura de Caspar David Friedrich, “El caminante sobre el mar de nubes”, porque su osadía a lo que había llegado era a considerar que se trataba de dos fuerzas iguales.

Sin embargo, el dinamismo esencial del género parece haber superado, también, la subjetividad de un viajero como Giardinelli, dispuesto a imponerla en su relato más allá del interés que pueda ofrecer el itinerario, aunque atravesase una región rodeada por un aura excepcional que mezcla el paisaje, las leyendas, la historia y hasta los descubrimientos científicos, como la Patagonia.

Lo que ha ocurrido es que, recientemente, los dos premios de más significativa trascendencia que se otorgan a la escritura de historias, han recaído en las de dos mujeres que, a través de diferentes lenguajes, han traído a un destacado primer plano el tema de los viajes: el Nobel de Literatura de 2018 —anunciado en 2019— a Olga Tokarczuk, cuya obra más famosa y comentada es *Errantes*, y el Oscar de 2021 a la película *Nomadland*.

La obra de la escritora polaca es de 2007 pero se comenzó a difundir cuando resultó ganadora del Nobel. Han aparecido numerosas reseñas y, para nuestros intereses, es necesario reparar en que un lugar común es la pregunta por el género. ¿Es una novela? ¿Es un ensayo? ¿Es un híbrido de ambas categorías o, directamente, es inclasificable? Por mi parte, me animo a sostener que es un muy peculiar “relato de viajes”. Acumula sin nexos causales, ni tensiones hacia el desenlace, continuos desplazamientos, descripciones, historias intercaladas de diversos personajes, reflexiones, referencias al pasado que pueden remontarse varios siglos atrás, recuerdos personales. Son todos aspectos que están presentes en relatos de viajes considerados clásicos.

Pero en éste, se diseminan en una suerte de desmembramiento —no en vano la taxidermia es una de las isotopías más constantes—, mientras no solo el mundo exterior continúa con un proceso de pérdida de espesor como en Giardinelli, sino que los momentos de introspección, también, proporcionan imágenes voluntariamente dispersas del “yo” de la viajera. Estos aspectos que fluyen, incesantemente, entre la fragmentación, la descentralización, el engaño de las apariencias —vuelvo a subrayar las funciones discursivas de la taxidermia, esta vez como metáfora de vida simulada— y la carencia de interrogantes sobre algún destino, hacen que el relato solo tenga como referencia principal el desplazamiento en sí, el hecho de viajar como un movimiento que no tiene razones para detenerse. Ni siquiera es el “viaje a ninguna parte”, como el de Roberto de la Grive en *La isla del día de antes*, de Umberto Eco. En este caso, el protagonista queda, precisamente, inmóvil, prisionero de una memoria engañosa y de un proceso de involución. Por el contrario, “los errantes” —como la voz autoral— son impulsados a cambiar de lugar, incesantemente. Y lo confiesa en las primeras páginas:

A todas luces, yo carecía de ese gen que hace que en cuanto se detiene uno en un lugar, por un tiempo más o menos largo, enseguida eche raíces. [...] Mi energía es generada por el movimiento: el vaivén de los autobuses, el traqueteo de los trenes, el rugido de los motores de avión, el balanceo de los ferrys (Tokarczuc, 2019: 13)⁸.

Este movimiento continuo para cambiar de lugar es, también, el que lleva a Fern, protagonista de *Nomadland*, por el oeste de los Estados Unidos de América, a bordo de su casa rodante. Pero no se trata de una elección como en el caso anterior sino de todo lo contrario: una situación límite en lo personal y lo económico que la empuja a ir buscando por la carretera un modo de sobrevivir. Con sesenta años se ha quedado sin trabajo por el cierre de la fábrica de su pueblo y ha enviudado. La crisis social provocada por la gran depresión de 2008 es el trasfondo del libro testimonial, *Nomadland. Surviving America in the Twenty-First Century*, de Jessica Bruder, en el que se basó la directora Chloé Zhao para llevar a la pantalla la vida de muchos nómades como la protagonista, que viven en sus vehículos mientras se trasladan en busca de trabajos golondrina. Al punto que contrató a verdaderos nómades en lugar de actores, para que contaran sus experiencias.

Distintos lenguajes artísticos, distintos continentes, distintas personalidades protagónicas, distintas razones para hacer del nomadismo un modo de vida. A mi juicio, el desafío que nos plantea este tipo de texto es cómo abordarlo si deseamos analizarlo e interpretarlo. A mi juicio, es el viaje en sí mismo, como materia de relatos fácticos o de historias de ficción el que reclama la atención sobre determinados aspectos. Para los primeros, el punto de partida continúa llamando la atención sobre qué se describe o qué se calla, cómo se construyen esas descripciones, qué lugar ocupan los objetos, la naturaleza o las acciones de los personajes, qué conexiones hay con el horizonte de recepción de los lectores previstos, qué reflexiones quieren compartir con ellos los viajeros, qué contradicciones nos sorprenden, qué uso hace el autor de recursos propios de la literariedad. En cuanto a las ficciones de la literatura de viajes, por supuesto, importará la configuración de la trama, la trayectoria existencial de los protagonistas, qué papel cumple en ella el viaje. Y estar preparados para que los formatos híbridos oscilen

⁸ El título en polaco, *Bieguni*, se atribuye a una secta que consideraba el desplazamiento continuo como sagrado. Pero no es fácil encontrar informaciones confiables sobre dicha secta.

entre las subcategorías de las escrituras del viaje. Mientras tanto, se renuevan los motivos para viajar o para contarlos y los desafíos para abordar los textos. Como siempre ha ocurrido y lo testimonian los trabajos que presentaremos a continuación.

Para comenzar este número monográfico, dedicado a viajes transatlánticos en ambas direcciones, contamos con un trabajo que se remonta, precisamente, hasta los mismos orígenes de estas travesías, “Mapas del agua. Representaciones del Atlántico Sur y el Río de la Plata a comienzos del siglo XVI” de Carlos A. Rossi Elgue (Universidad de Buenos Aires). El autor construye un amplio panorama de los muchos y variados aspectos que entraban en juego al realizar los primeros viajes hacia tierras situadas más allá de límites geográficos y mentales, recientemente, tras pasados. Su abordaje se centra en el descubrimiento y la exploración del Río de la Plata y lo hace desde diferentes perspectivas. Es así que pasa revista al envío de sucesivas expediciones y a los propósitos de éstas, como el primero, de encontrar un paso entre los dos océanos, el que se sumó más tarde, de dar con una tierra llena de fabulosos tesoros, y el de la fundación de ciudades para frenar el avance portugués. Pero a estos aspectos históricos se agregan los que Unamuno llamaría “intrahistóricos”, con testimonios que se han recogido acerca de las vivencias personales de quienes atravesaban el océano. Resulta de particular interés que el autor incluye, junto a las más conocidas, como los temores a monstruos legendarios que acechaban desde las profundidades marinas, otras casi no tratadas, como los miedos muy reales que torturaban a los navegantes y que ellos manifestaban, sinceramente, cuando tenían oportunidad de hacerlo. Las terribles tormentas, la pérdida de rumbo en medio de la inmensidad oceánica, la peligrosa oscuridad de las noches sin luna ni estrellas, las amenazas de naufragar, los padecimientos para sobrevivir a bordo y una “fortuna” o azar inestable cuyos caprichos eran imprevisibles. En suma, una naturaleza incontrolable de la que trataban de protegerse con sus oraciones, replegados en el interior de sus frágiles barcos. El otro aspecto relevante investigado por Rossi Elgue es el progreso de la cartografía y de varios conocimientos, merced a las experiencias prácticas que fueron reemplazando los antiguos imaginarios vigentes en los primeros tiempos.

Nos reencontramos con esta red de referencias al descubrimiento y exploración del Río de la Plata, pero desde la perspectiva de un poema épico del siglo XIX, en “Viajero, huérfano, peregrino. El lugar de autor en *La Argentiada* (1857) de Manuel Rogelio Tristany”, de Silvia Tieffemberg (Universidad de Buenos Aires / CONICET). La revitalización decimonónica de la epopeya por la estética romántica es el marco de este poema que desborda, a todas luces, el género al que se intentó adscribirlo. La autora aborda los distintos elementos de una complejidad que reúne una serie de hechos históricos desde la llegada de Solís —ubicada, erróneamente, en 1508— hasta la derrota de las invasiones inglesas; un enaltecimiento de la figura de Cristóbal Colón —acorde con el que se desarrollaba entre sus contemporáneos—; varios relatos sobre cautivas que comienzan con el de Lucía Miranda —presentada junto a su marido como los primeros mártires cristianos del continente—; una reivindicación de las culturas y lenguas indígenas —incluye un glosario de éstas— en la línea de Alexander von Humboldt; una veneración romántica de la naturaleza —expresada a través de la admiración por las regiones que recorrió de la Argentina y Uruguay—.

Un muy significativo aporte de Tieffemberg, ante la forma que configura todos estos materiales heterogéneos, es dar cuenta de la fuerte impronta de elementos propios de los relatos de viajes. Las numerosas y detalladas descripciones del mundo que conoció y decidió representar es uno de ellos. Y, también, la imagen de sí mismo que introduce la voz autoral al llamarse “viajero”, “caminante solitario” y “peregrino”. Por añadidura, tiene muy en cuenta, como ocurre con los escritores viajeros, expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirige. Este aspecto se hace patente cuando manifiesta sus propósitos de exaltar, por medio de su poema, los sentimientos patrióticos de los argentinos, para que se vuelquen a conseguir la unidad y la paz perdidas a causa de las guerras civiles. Tieffemberg interpreta esta inquietud en relación con las guerras dinásticas que enfrentaban en España a los partidarios de Isabel, hija de Fernando VII, con los del hermano del rey, Carlos María Isidro. Tristany era un español exiliado a causa de estas guerras llamadas “carlistas” y se muestra dolorido por haber vuelto a encontrar conflictos sangrientos en su patria de adopción. Se puede comprobar que el abordaje de Tieffemberg resulta ilustrativo de la elasticidad y la porosidad del género “relato de viajes”, que admite redes intertextuales de diversos géneros mientras él mismo puede incorporarse como intertexto a otro género, enriqueciendo la densidad semántica del texto.

Medio siglo después, la Argentina ya había superado aquellos enfrentamientos y mostraba adelantos que asombraban a los viajeros europeos. Sus testimonios son recogidos en “Relatos de viajes de España a Argentina a comienzos del siglo XX. José Ortega Munilla como referente”, de Julio Peñate Rivero (Universidad de Friburgo, Suiza). El autor analiza alrededor de una decena de textos dejados por viajeros españoles que se trasladaron a la Argentina por motivos oficiales, profesionales, comerciales, periodísticos o curiosidad personal durante los primeros años del siglo XX. Sus diferentes intereses no son obstáculos para ciertas coincidencias de fondo que recorren sus relatos. Éstas son una profunda admiración por el gran progreso alcanzado en casi todos los aspectos de la vida de los habitantes, la rapidez del crecimiento, el esplendor de Buenos Aires, que equiparan con el de las más importantes ciudades europeas, la calidad de vida que alcanzan las comunidades de inmigrantes españoles, el brillante futuro que no cesan de augurar y una dolorida comparación con la decadencia que España no lograba superar desde el siglo XIX. El trabajo de Peñate se detiene, en particular, en el relato *De Madrid al Chaco*, de José Ortega Munilla, padre de José Ortega y Gasset, que decidió acompañar a su hijo en el viaje a la Argentina por los grandes deseos que tenía de conocer ese joven país del que todo el mundo hablaba tan elogiosamente.

Ortega Munilla fue un distinguido intelectual de su generación y un prolífico escritor, miembro de la Real Academia Española, cuya figura ha quedado opacada por la de su hijo. Pero este diario de un viaje que desde Buenos Aires se extendió a otras ciudades argentinas, presenta una gran riqueza de observaciones y reflexiones, una verdadera “imagen de mundo” que le revelaron sus recorridos por el país y sus variadas experiencias. Además, no falta un detallado registro de cómo era, día a día, viajar en un gran transatlántico, con su nítida división de clases. Algo que subraya Peñate en los relatos de estos viajeros es que se destacan las referencias al patriotismo de los argentinos, no solo de los nativos sino también de los inmigrantes, unidos todos por el orgullo del incesante crecimiento del país. Parece que se habían cumplido los fervientes deseos de Tristany.

El trabajo se enmarca en las referencias a dos situaciones de la historia de España: el contexto al que pertenecían estos autores y el de los relatos de otros que se desplazaron a la Argentina, décadas más tarde, después de la guerra civil. Peñate subraya el contraste entre la actitud de ambos grupos porque los segundos se muestran mucho menos interesados en satisfacer las expectativas de sus lectores sobre el país que visitan, que en hacer referencias al puntual cumplimiento de las misiones oficiales que el régimen les había encomendado. Una vez más, encontramos así un ejemplo de la influencia que el horizonte de los receptores previstos ejerce, desde los primeros momentos, en el mismo proceso de producción de los relatos de viajes.

Como en una suerte de juego de espejos, el trabajo siguiente, “Escritores argentinos en Galicia. La identidad gallega como referente patrimonial para la Argentina” de María Rosa Lojo (Universidad del Salvador / Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires / Real Academia Galega, España) aborda una serie de relatos de viajeros argentinos a España, a lo largo del siglo XX, con una atención centrada, particularmente, en la riqueza de los testimonios sobre Galicia. La autora traza un panorama de los altibajos en las relaciones de la Argentina con la Península, desde el rechazo propio de los años posteriores a la independencia hasta una paulatina restauración que culminó al celebrarse el centenario de la Revolución de Mayo, al que asistió una delegación española encabezada por la Infanta Isabel de Borbón. En esos años liminares del 1900, cuando los viajeros estudiados por Peñate eran atraídos por un deslumbrante progreso, Ricardo Rojas, catedrático universitario, primer historiador sistemático de la literatura argentina, ensayista, dramaturgo y poeta se desplazó a Europa (1907-1908), llevado por su preocupación de recuperar las raíces hispano-criollas del país, ignoradas por las élites culturales, anglófilas y francófilas. Así surgen sus obras *El alma española* y *Cartas de Europa*. En otro viaje, en 1938, el intelectual ya maduro vuelve sobre sus experiencias de veinte años atrás y reafirma sus ideas en *Retablo español*, donde manifiesta que entender el “alma española” es fundamental para los argentinos “porque su historia es parte de la nuestra”. La autora presenta los sucesivos relatos de otros viajeros, como Roberto Arlt, Julio Cortázar con Aurora Bernárdez y Ernesto Sábato con Elvira González Fraga, ya en el umbral del siglo XXI. Las impresiones de cada uno de ellos ante diferentes ciudades españolas son variadas pero coinciden con la actitud de admiración ante las gentes y el paisaje de Galicia. Es una admiración en la que no dejan de aflorar emociones y recuerdos. En algunos casos, por las raíces familiares. Pero en otros, como ocurre con Sábato, que no tenía ascendencia gallega, por la colonia de inmigrantes conocida desde la infancia. Sabores, danzas, costumbres se entretajan en todos los relatos con descripciones de la naturaleza y de los edificios, desde las calles con su recova a la Catedral, en Santiago de Compostela.

Se aprecia en todo el corpus una preocupación destacada por Lojo, que es la de desarmar clichés y estereotipos. Respecto a España en general, resulta significativa la actitud de un intelectual como Rojas en contra de la “leyenda negra”, la postura historiográfica que se ha limitado a identificar a España con la Inquisición y el oscurantismo. La labor reivindicativa de Rojas continúa en su obra *La Argentinidad* (1916), donde se refiere, por ejemplo, a los cabildos hispanoamericanos como “origen autóctono de la democracia argentina, anterior a las ideas de la Revolución Francesa” y señala, asimismo, la influencia del liberalismo gaditano, con las Cortes Constitucionales de 1812, en los independentistas americanos. Pero Rojas reacciona

también contra otro estereotipo, que es el de la rusticidad y la ignorancia tan injustamente atribuidos a los gallegos. En su *Retablo Español* dedica varias páginas a la “Galicia ilustrada”, a intelectuales gallegos como el padre Feijóo, Ramón del Valle Inclán y Emilia Pardo Bazán y reivindica la lengua gallega.

Rojas incorpora, también, en sus relatos, la admiración por la gente de los pueblos y la naturaleza que aparece en los otros escritores, mientras éstos se ocupan, asimismo, de desmontar los clichés de falta de inteligencia, torpeza y otros estigmatizantes de la inmigración gallega, a la par que reafirman los positivos que se le reconocían como honradez, laboriosidad e integridad moral. A través del análisis de las copiosas descripciones, informaciones, reflexiones y memorias personales, propias de la constitución del género “relato de viajes”, la autora concluye que en éstos “se revela el entramado de las dos patrias” y de un tesoro cultural “que los argentinos pueden (y deben) reclamar como propio”.

El siguiente trabajo, “Las variantes de autor: Manuel Villegas López y los manuscritos sobre la vida de John Sutter”, de Emeterio Diez Puertas (Universidad Camilo José Cela, España) aborda este texto perteneciente a la categoría que hemos denominado “literatura de viajes” desde una perspectiva diferente de las desarrolladas en los artículos anteriores. Su propósito es investigar los procesos atravesados por un libro al pasar por las manos de los copistas, la imprenta y los editores, con el fin de determinar la configuración de un texto que llega a los lectores con las marcas de todas estas intervenciones. *Vida de Sutter* tiene como protagonista a Johann Augustus Sutter (1803-1880), un emigrante suizo que llegó a ser dueño de importantes posesiones rurales en California, pero que terminó arruinado cuando sus terrenos fueron invadidos por los buscadores de oro, al estallar la fiebre de 1848. El artículo estudia las tres variantes de autor que sobre esta figura histórica dejó Villegas, utilizando el marco teórico y metodológico de la crítica textual aplicada al manuscrito moderno, para descubrir la variante más reciente, la mejor conservada o *codex optimus* y la *editio princeps*. Con estos propósitos, el autor lleva a cabo una pormenorizada investigación que constituye el cuerpo fundamental del trabajo e ilustra todos los procesos que median entre la producción de un texto y los receptores. Es algo que, indudablemente, ocurre con todos los géneros, pero conviene subrayar que no puede ser obviado en las escrituras del viaje, porque éstas, a veces, crean la falsa impresión de una transmisión inmediata.

Por otra parte, Diez Puertas no descuida el marco de las circunstancias del viaje de Manuel Villegas a la Argentina. Se trataba de un español republicano que debió tomar el camino del exilio y llegó con su mujer a Buenos Aires, a fines de 1939. Como tantos autores, editores de textos clásicos, empresarios de editoriales, correctores u otros oficios, en sus mismas condiciones, encontró su lugar en la Argentina, en el ámbito de los libros —al cual ya pertenecía en España, como autor y especialista en el mundo del cine—. La Editorial Atlántida constituyó un caso paradigmático de dicha situación porque su catálogo estaba lleno de autores españoles exiliados y Villegas publicó en esta editorial dos libros de divulgación y cultura popular: *El cine: magia y aventura del séptimo arte* (1940) y *Vida de Sutter* (1941). Diez Puertas se interna en este texto para trazar un significativo paralelo entre el aventurero decimonónico y el intelectual español del siglo XX. Señala que tanto Sutter como Villegas eran dos emigrantes que llegaron a América con treinta y tantos años, en busca de una segunda oportunidad y subraya que al leer ciertos pasajes de la narración ficcionalizada de la vida del suizo,

como la partida desde Francia y el viaje en barco a América, “es fácil ver que el estado emocional debió ser similar en ambos: el desconsuelo por dejar a la familia, la amenaza de perder la vida en el camino, el miedo a ser incapaz de integrarse en el país de acogida...” (p. 98).

El último trabajo, “Los relatos de viaje a la luz de los estudios antropológicos y sociológicos sobre el turismo: propuesta metodológica” de Karolina Zygmunt (Universidad SWPS, Polonia), también presenta un acercamiento al género desde una propuesta teórica y metodológica. Dentro de la variada tipología de los viajes y sus discursos, la autora opta por un abordaje de diferentes aspectos del turismo de masas, al que califica, dada su relevancia actual, como “la forma dominante de viajar” (p. 117), y advierte que incluso el rechazo ideológico a este modo de desplazamiento y la no aceptación de su lógica no liberan a los sujetos de depender, en mayor o menor medida, de este fenómeno. Sostiene que pensar en el turismo de masas como el contexto general que rodea al viajero contemporáneo, da lugar a la formulación de preguntas diferentes de las habituales y que pueden llegar a ser esclarecedoras a la hora de examinar los testimonios sobre viajes. Zygmunt parte, así, de que el turismo de masas y sus contradicciones condicionan tanto la experiencia viajera como su puesta por escrito y propone un enfoque multidimensional e interdisciplinar que recurra a herramientas y avances de otras disciplinas humanísticas y sociales, acerca de conductas y actividades que se relacionan con propósitos turísticos. Expone, en consecuencia, tres grandes focos temáticos: las teorías relacionadas con el propio viajante (turista versus viajero), las ideas centradas en el contacto entre los que visitan y los que son visitados (anfitrión e invitado) y las propuestas asociadas a los lugares que se transitan (turismo como consumidor y generador de espacios).

Este abordaje construido a base de distintas teorías sociológicas y antropológicas sobre el turismo ha constituido el principal eje interpretativo de su trabajo *Viajar y escribir en la era del turismo de masas. Relatos de viajes contemporáneos por la Ruta de la Seda* (2021). Y considera que la mirada analítica aplicada “podría ser una herramienta metodológica extrapolable a textos correspondientes a otros ámbitos geográficos y al análisis del relato de viaje en general” (p. 126). Desde esta perspectiva, la autora subraya que el turismo desde Hispanoamérica y hacia Hispanoamérica es un fenómeno muy potente, razón por la que el análisis de los relatos de viaje generados por estos desplazamientos, mediante la aplicación de la perspectiva de estudio propuesta, puede ser un enfoque fructífero. Cita al respecto los aportes de un reciente artículo dedicado a Victoria Ocampo como ejemplo de las primeras aplicaciones de las teorías sociológicas y antropológicas sobre el turismo al análisis de textos de autores latinoamericanos.

El trabajo concluye con una referencia a la obra de Mempo Giardinelli y al “vínculo entre la experiencia-trayecto no convencional y el tipo de escritura-relato no convencional” (p. 128), que nos lleva de regreso al comienzo de este prólogo. En él hemos citado a Giardinelli como una etapa de los continuos cambios propios de las concepciones de los viajes, de las miradas adoptadas por los viajeros —tanto sobre el mundo exterior como sobre su vida interior— y de las formas que van asumiendo sus relatos. El panorama trazado intenta proporcionar un marco con las variaciones más significativas desde la Edad Media al siglo XXI. Pero dentro de tamaña amplitud, este número ha buscado hacer un corte temporal y geográfico, para presentar una serie de trabajos que profundizan en la sucesión de diferentes cambios, en los propósitos implicados en cada caso y en un despliegue de modelos

analíticos. Hay que subrayar que los aspectos teóricos formulados al principio, sobre las escrituras del viaje, a través de sus dos grandes subcategorías, la “literatura de viajes” y el género reivindicado con sus dos caras inseparables, “el relato de viajes”, están lejos de querer determinar taxonomías. Por el contrario, el interés está puesto en identificar elementos que el propio hecho de viajar va introduciendo en los textos, elementos con el potencial de generar posibilidades de análisis e interpretaciones.

El volumen se completa con tres trabajos más. Un Artículo-Reseña, “El viaje al origen es el final. Violencia y muerte en *Tierra*, novela de David Miklos”, de María del Carmen Rivero Quinto (Universidad Autónoma de México, México), que aporta testimonios sobre desplazamientos frecuentes en la actualidad, signados, lamentablemente, por lo ominoso. Y dos reseñas sobre la temática viajera: Sofía M. Carrizo Rueda, *Derivaciones de una poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger, *Problemata Literaria* 96, 2023, 318 pp. (Reseñadora: María José Punte, Universidad Católica Argentina); Victoria Béguelin-Argimón (ed.), *Viajes hacia Oriente en el mundo hispánico durante el Medioevo y la Modernidad. Retórica, textos, contextos*, Madrid, Visor Libros, Biblioteca Filológica Hispana no. 260, 2022, 366 pp. (Reseñador: Alejandro Casais, Universidad Católica Argentina / CONICET). *Letras* agradece los valiosos aportes de todos los colaboradores.

Este año se conmemora el séptimo centenario de la muerte de Marco Polo (1324-2024). Publicaciones, encuentros académicos y exposiciones se ocupan, sobre todo en Europa, de su figura, de su obra y de su inabarcable influencia en la historia y la cultura. Con este número monográfico, *Letras* se asocia a los homenajes.

Referencias bibliográficas

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2011, “El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, no. 145, pp. 15-34.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M., 1997, “De los fines piadosos al debate sobre la locura”, en su *Poética del Relato de Viajes*, Kassel, Reincherberger, pp. 60-79.
- , 2010, “La aventura del barco encantado y nuevas notas sobre la escritura del viaje en el *Quijote*”, *Letras*, 61-62, enero-diciembre, número monográfico *Studia Hispanica Medievalia VIII, vol. II*, pp. 75-84.
- , 2023, *Derivaciones de una Poética del Relato de Viajes*, Kassel, Reichenberger.
- CHAMPEAU, Genèvieve, 2004, “El relato de viajes, un género fronterizo”, en Genèvieve Champeau (coord.), *Relatos de viajes contemporáneos por Europa y Portugal*, Madrid, Verbum, pp. 15-31.
- CONRAD, Joseph, 1994, *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Edicomunicación.
- GIARDINELLI, Mempo, 2010, *Final de novela en Patagonia*, Buenos Aires, Edhasa.
- PEÑATE RIVERO, Julio, 2012, “Mempo Giardinelli: *Final de novela en Patagonia*”, en su *Introducción al relato de viajes hispánico. Textos, etapas y metodología (1981-2006)*, Madrid, Visor, dos volúmenes.
- REGALES SERNA, Antonio, 1983, “Para una crítica de la categoría *literatura de viajes*”, *Castilla*, no. 5, pp. 63-86.
- REVERTE, Javier, 1998, *Vagabundo en África*, Madrid, El País / Aguilar.
- TOKARCZUC, Olga, 2019, *Los errantes*, Barcelona, Anagrama.
- VENTURA, Laura, 2020, “Somos la voz y la cara de Elena Ferrante”, *La Nación*, jueves 10 de septiembre. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/cultura/somos-voz-cara-elena-ferrante-dos-argentinas-nid2446185/>.

Artículos

Mapas del agua. Representaciones del Atlántico Sur y el Río de la Plata a comienzos del siglo XVI

CARLOS A. ROSSI ELGUE
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires
carossielgue@yahoo.com

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 14 de octubre de 2024.
DOI:

Resumen: En este artículo analizaremos representaciones fundacionales sobre el Atlántico Sur y el Río de la Plata en documentos escritos y mapas que sirvieron para establecer rutas y, además, construir y proyectar un incipiente imaginario sobre la región. El río, en este período de descubrimiento y conquista, ganará fuerza en relatos en los que se presenta como vía para avanzar hacia el norte, donde se encontrarían grandes riquezas. Zona de inestabilidad y peligro, el río es un protagonista ineludible: en las cartas de Luis Ramírez (1528), Francisco de Villalta (1536-1556) y en el *Islario* de Alonso de Santa Cruz (1542-1565), quien también confecciona un mapa de la región, es posible rastrear la necesidad de controlar ese espacio desconocido y hostil, fijando sus límites y tomando posesión a medida que se avanza por los cauces de agua. Los riesgos de la navegación influirán en las representaciones discursivas e iconográficas de las aguas definiendo, progresivamente, las características de este nuevo espacio de deseo.

Palabras clave: Atlántico Sur; Río de la Plata; mapas; primeras navegaciones.

Water Maps. Representations of the South Atlantic and the Río de la Plata at the Beginning of the 16th Century

Abstract: In this article we will analyze foundational representations of the South Atlantic and the Río de la Plata in written documents and maps, which served to establish routes and, in addition, build and project an incipient social imaginary about the region. The river, in this period of discovery and conquest, will gain strength in stories in which it is presented as a way to advance towards the north, where great wealth would be found. Zone of instability and danger, the river is an unavoidable protagonist: in the letters of Luis Ramírez (1528), Francisco de Villalta (1536-1556) and in the *Islario* of Alonso de Santa Cruz (1542-1565), who also made a map of the region, it is possible to trace the need to control that unknown and hostile space, setting its limits and taking possession as one advances along the water channels. The dangers and uncertainty during navigation will influence the discursive and iconographic representations of the waters, progressively defining the characteristics of this new space of desire.

Keywords: South Atlantic; Río de la Plata; Maps; First Navigations.

fuera descubierta por la mirada europea, quedarían pintadas en las “figuras narrativas”¹ de los primeros mapas, como el de Diogo Homem de 1558, donde pueden observarse, de norte a sur: una escena de canibalismo grupal, dos gigantes “Patagones” y, a la izquierda del estrecho de Magallanes, un monstruo marino lanzando agua (ver Imagen 1). En ese proceso de reconocimiento de la alteridad se producía, a la vez, un fenómeno de asimilación de “imágenes en tránsito” (Rodríguez Romero, 2012); en otras palabras, las representaciones correspondientes a espacios conocidos, o conjeturados, comenzaron a impregnar las nuevas, como las ideas sobre los tesoros, los seres monstruosos, las ciudades fabulosas y el paraíso.

Relatos e imágenes se difundían y cristalizaban conformando una idea sobre el mundo conocido. La conexión entre distintas partes del globo dio lugar a una inédita sincronización de sociedades que, hasta entonces, no habían tenido contacto entre sí. En términos de Serge Gruzinski, la movilización ibérica en escala planetaria “proyecta los imaginarios de los contemporáneos hacia horizontes que durante mucho tiempo se consideraron inaccesibles” (2010: 52).

En este artículo analizaremos representaciones fundacionales sobre el Atlántico Sur y el Río de la Plata en documentos escritos y mapas que sirvieron para establecer rutas y, además, construir y proyectar un incipiente imaginario sobre la región. El río, en este período de descubrimiento y conquista, ganará fuerza en relatos en los que se presenta como vía para avanzar hacia el norte, donde se encontrarían grandes riquezas. Zona de inestabilidad y peligro, el río es un protagonista ineludible: en las cartas de Luis Ramírez (1528), Francisco de Villalta (1536-1556) y en el *Islario* de Alonso de Santa Cruz (1542-1565), quien también confecciona un mapa de la región, es posible rastrear la necesidad de controlar ese espacio desconocido y hostil, fijando sus límites y tomando posesión a medida que se avanza por los cauces de agua.

A partir de este corpus y de otros documentos que se encuentran en la *Colección de copias de documentos del Archivo General de Indias* (1910-1918)² observamos que el peligro y el anhelo de riquezas que generaba el espacio rioplatense se articulaban en un tipo de escritura fuertemente estructurada por las características del “relato de viaje”: el explorador debía realizar un recorrido, internándose tierra adentro, para alcanzar espacios en los que pudiera encontrar riquezas, alguna ciudad fabulosa o el paraíso terrenal. A partir de las expediciones de Juan Díaz de Solís (1516), Sebastián Caboto (1526) y Pedro de Mendoza (1536) se produjeron mapas, cartas, relaciones, instrucciones, pedidos, interrogatorios y probanzas con información valiosa que circuló en la metrópoli con advertencias e itinerarios posibles para los próximos navegantes. Pero, sobre todo, funcionó como un disparador de promesas futuras: por ejemplo, la Sierra del Plata, los tesoros del Rey Blanco, el Dorado y la Ciudad de los Césares.

¹ Estos dibujos indicaban operaciones de navegación, guerra, construcción, políticas o comerciales que caracterizaban a cada región (De Certeau, 1979: 133).

² La colección, llamada *Colección Gaspar García Viñas*, se encuentra actualmente en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional “Mariano Moreno”. Está compuesta por 230 tomos en los que se organizan unos 6.000 documentos fechados entre 1492 y 1639, en su mayoría sobre la región rioplatense. Se hace referencia a la colección con la sigla CGGV y se indica el tomo (T.), el documento (Doc.) y la página (:) en la que se encuentran las fuentes o fragmentos citados.

En aquellos textos en los que se narra la experiencia de la navegación prevalecía un discurso fuertemente marcado por el itinerario realizado y a realizar. En lo que respecta al género, Sofía Carrizo Rueda destaca la centralidad de la descripción y la conformación de redes isotópicas que sostienen la coherencia interna del relato de viaje, es decir, “un repertorio de temas y cuestiones que reiteradamente se manifiestan explícitamente en un texto, o circulan de manera disimulada por él” (2008: 23). Según la autora, las descripciones constituyen el verdadero sostén del discurso, ya que “[a] través de ellas se va configurando esa especie de friso que en realidad, lo que pretende presentar es una suerte de ‘gran espectáculo’ de un ‘fragmento de mundo’, que provoque actitudes en los receptores como el asombro, la satisfacción del deseo de saber, la reflexión, el gozo estético, la emoción, la empatía o el rechazo viscerales” (2008: 20).

Los documentos analizados se estructuran, por un lado, a partir de la narración del desplazamiento de los barcos en el espacio y el tiempo que insume el recorrido y, por otro, por las descripciones que informan sobre aquello que se ve y experimenta. Si tenemos en cuenta que el viaje al Río de la Plata es movilizad por el deseo de un gran hallazgo que demora su concreción ya que las riquezas no aparecen en las proporciones imaginadas, podemos decir que esas escrituras desembocan en una permanente situación de suspenso. El agua será el espacio en el que se dirima el itinerario a seguir, el escenario vacilante en el que la Fortuna finalmente otorgará el triunfo o el fracaso. Frente a ese espacio, imágenes y textos buscarán fijar la inestabilidad, establecer rutas y mitigar el miedo que puedan provocar las olas gigantes, las tormentas y la oscuridad. En definitiva, conocer, controlar y dominar un camino que resulta difícil de transitar pero que promete un destino de gloria y riquezas.

I.

¿Cuáles eran las ideas sobre las aguas que poblaban la fantasía y definían la mirada de los viajeros en el Río de la Plata? Stefanie Massmann propone, siguiendo las conceptualizaciones de Edmundo O’Gorman que, así como durante los primeros años de la conquista de América los textos coloniales “inventan” un continente —los nuevos territorios y sus habitantes—, también inventan “un nuevo orden planetario, incluidos sus océanos” (2013: 211). La autora plantea que, a pesar de que en estos textos, en general, se dedica poco espacio a la escritura de los largos períodos de navegación, es posible analizar ciertos rasgos y problemas que plantea la representación del océano (2013: 213).

El mar era la vía de acceso hacia territorios ignotos en los que encontrar maravillas y, si bien era un espacio que carecía de dueño, su dominio estaba dado por el manejo de las rutas náuticas. A comienzos del siglo XVI, la descripción sobre el Mar Océano Austral y la experiencia de navegar sus aguas era un enigma sobre el que pronto comenzarían a circular algunas noticias. En “El Nuevo Mundo” (ca. 1503) Vespucio aporta datos sobre las dificultades que implica su navegación, aun para pilotos experimentados como él:

desde el promontorio de Cabo Verde hasta el principio de este continente hay cerca de 700 leguas, aunque yo estimo que nosotros navegamos más de mil ochocientas, parte por ignorancia de los lugares y del piloto, y parte por la tempestad y los vientos los cuales impedían nuestro recto viaje empujándonos de una parte a otra y si los compañeros no hubiesen reconocido mi

ánimo y que me era conocida la cosmografía, no había piloto o verdadero guía de la navegación, que a 500 leguas supiese dónde estábamos (1951: 77).

En este pasaje, Vesputio pretende ofrecer un conocimiento útil, aportando datos sobre referencias geográficas y distancias, y se presenta a sí mismo como un sujeto privilegiado, capaz de contribuir con sus saberes. Desde su punto de vista, el Atlántico Sur queda connotado por su peligrosidad, los fuertes vientos y las tormentas.

Massmann analiza las marcas ideológicas y culturales que minan la escritura de la navegación transoceánica en el siglo XVI e investiga el imaginario marino y las representaciones que se originan sobre ese nuevo espacio. Sostiene que en esa configuración se articulan, por un lado, una concepción abstracta del océano y, por otro, la experiencia del navegante —que se somete a los tiempos del viaje, las penalidades físicas y los desafíos prácticos de la navegación— (2013: 216-217). Reconoce, “por una parte, una noción abstracta del espacio que, lejos de ser neutra, tiene un carácter instrumental y prepara el espacio para su control y dominación”, y por otra parte, representaciones de “un espacio vivido o experimentado, que es modificado y producido en la interacción de su realidad material y sus construcciones mentales” (2013: 217-218). De manera semejante, Stephen Greenblatt advierte que más allá de las anécdotas personales que se desprenden de la experiencia singular, “el discurso del viajero está destinado a ser útil” (2008: 22).

Las ideas de Massmann y Greenblatt nos permiten reflexionar acerca de la relación entre el navegante y el espacio a recorrer, entre la experiencia y la escritura que ensanchaba el conocimiento sobre el mundo y los mares. Siguiendo la propuesta de Massmann, podríamos decir que el modo en que el viajero se relacionaba con el espacio, en general, estaba marcado por dos dimensiones: una abstracta, que permitía especular sobre aquello que se podría encontrar, y una material, en la que la experiencia confirmaba o rectificaba aquello que se había conjeturado. A medida que los viajes se desarrollaran en el tiempo, aquello que permanecía en las sombras para los saberes europeos ganaría contornos más precisos.

Para empezar, debemos indagar cuál era la importancia de la navegación hacia el Atlántico Sur y qué valoración tenía el continente americano para los expedicionarios españoles a comienzos del siglo XVI. Dado que el descubrimiento del Nuevo Mundo despertó grandes expectativas como posible ruta hacia la Especiería, el Mar Océano Austral y el Río de la Plata se conocen en el marco de la búsqueda de un paso hacia Oriente³. El encuentro de la vía, además de traer una nueva dimensión sobre la longitud de la tierra, posibilitaba, en términos comerciales, el hallazgo de nuevos mercados y bienes. Portugal había encontrado una ruta marítima hacia Oriente a través del Atlántico, costeano el continente africano, y en pocos años pasó a dominar el mercado de la canela, la pimienta, el clavo y la nuez moscada⁴. La monarquía

³ Hasta ese entonces, las rutas principales para acceder a las preciadas especias eran dos: una continental, que desde el Mar Negro y Siria llegaba hasta China, atravesando el Asia Central (la llamada ruta de la seda); la otra partía de Alejandría y pasaba por el mar Rojo y Ceilán (la llamada ruta de las especias). Productos de lujo para la incipiente sociedad burguesa europea, pero además sal, vino, aceite, paños, pieles, maderas y cera comenzaron a circular en las rutas hacia Oriente (Romero, 2010: 23).

⁴ En 1487, Bartolomé Díaz logró doblar el Cabo de las Tormentas (cabo de Buena Esperanza), abriendo la ruta hacia Asia que luego completaría Vasco da Gama, cuando llegó a Calicut y Goa (Cabrera Fernández, 2003: 7).

portuguesa envió expediciones clandestinas hacia el sur de Brasil que pretendieron dirigirse más allá de los límites establecidos en el tratado de Tordesillas, mientras los reyes de España vigilaban sus intenciones e intentaban estar informados sobre lo que sucedía en el Océano.

Los primeros viajes hacia América no tuvieron, por lo tanto, el propósito de hallar riquezas, sino que se orientaron a encontrar la ruta hacia Oriente. En ese sentido, tal como señala Ezequiel Pérez al analizar documentos sobre el viaje de Magallanes hacia el Maluco, las *Instrucciones* dadas por la Corona proyectan

un itinerario que no admite la desviación de la ruta trazada y que desalienta cualquier tipo de impulso exploratorio. En la misma línea, el rey deja en claro que la prioridad del recorrido es el mapeo de los puertos y la preparación de una ruta que facilite el comercio con las Molucas. El trayecto que los españoles deben sortear no será más que un paso en los planes de la Corona: un espacio de tránsito que no tiene interés en sí mismo sino como un paraje donde las naves podrán abastecerse en futuras expediciones para acceder a Oriente (2020: 33).

Las empresas hacia el Atlántico Sur partían con instrucciones precisas que estaban marcadas por las necesidades de la expansión y los conflictos de intereses con otras potencias. La búsqueda de rutas náuticas se orientaba al comercio con las Molucas ya que ese era el destino deseado. A tal fin se escribían documentos oficiales, como interrogatorios o probanzas⁵, que tendían a instrumentar cada detalle de las expediciones, reglamentar y advertir a partir de los saberes ya recogidos. Pocos años después, la Casa de Contratación, creada en 1503, sería la institución que regiría los asuntos de Indias y funcionaría como centro para el conocimiento del mundo, la confección de mapas y cartas náuticas⁶.

La necesidad de conocer las nuevas rutas de navegación que permitieran alcanzar el paso interoceánico hizo que en 1507 se convocara a los más destacados pilotos de la época para que asesoraran sobre cómo continuar los descubrimientos por la costa de Brasil; entre ellos se contaban Américo Vespucio, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Con el objetivo principal de descubrir el canal que condujera hacia Oriente, Solís y Yáñez Pinzón partieron de Sanlúcar de Barrameda el 29 de junio de 1508, dieron por primera vez la vuelta a la isla de Cuba y, después de navegar las costas de las actuales Guyanas, Venezuela y Brasil hasta el paralelo 7° de latitud, regresaron a España sin haberlo encontrado.

Entre los documentos que conforman el archivo sobre la conquista del Río de la Plata se amontonan copiosas listas de nombramientos, provisiones necesarias, compras y pagos que se expiden desde la Casa de Contratación en Sevilla. Ese corpus de textos oficiales evidencia la puesta en marcha de un aparato de poder que ansiaba expandir su imperio y pretendía asegurar

⁵ Juliana Gandini define los interrogatorios como “listas de preguntas a través de las cuales una autoridad inquiriere sobre un asunto a un interrogado que está obligado a responder” (2022: 90) y a las probanzas como “cuestionarios promovidos por un particular para sustentar su posición en un proceso judicial” (2022: 90).

⁶ La apertura de nuevas rutas marítimas y la flexibilización de un mundo en expansión permanente provocó un auge de la Geografía durante el siglo XVI: algunas obras como el *Arte de navegar* (1545) de Pedro de Molina dan cuenta de los conocimientos que se tenían y el trabajo sobre las rutas náuticas que se realizaba durante los reinados de Carlos V y Felipe II. Trabajos como el de Gerard Mercator (1512-1594) permitieron mayor precisión en la confección de mapas, globos e instrumentos náuticos (Cuesta Domingo, 2013: 260-261).

su dominio ante la potencia de Portugal. Esta serie permite rastrear los movimientos de Solís y sus funciones en la organización del viaje a las Molucas, primero, y al Río de la Plata, después.

El saber recogido por las coronas de la Península Ibérica era central para dominar las rutas náuticas y conquistar territorios y potenciales mercados. A esta tarea estratégica de organización de la información y planificación, tendiente a establecer derroteros para un control planetario, se abocaron Solís y Juan Vespucio (hijo de Américo) en Sevilla. En la cédula real de 1512 se determinaba que ellos hicieran, por ser hombres instruidos y con experiencia, el padrón general de todo lo descubierto en las Indias. Solís, que había sido nombrado piloto mayor de la Corona, reemplazando al recientemente fallecido Américo Vespucio, se presentaba como alguien capaz de generar nuevos saberes. La cédula justificaba que, ante la falta de sistematización y ante la existencia de información errónea de navegantes inexpertos, era urgente la confección de ese padrón, por lo que se les encargaba que reunieran a los pilotos más hábiles y les preguntaran sobre “la navegacion de las partes de todas las yndias que hasta oy se han descubierto pertenescientes a la corona Real destos Reinos” (CGGV, T. 3, Doc. 146: 98)⁷. La cédula suponía que quienes regresaran de sus viajes confiarían sus secretos y aportarían al conocimiento sobre los mares, los ríos y el nuevo continente.

La función de la Casa de Contratación resultó capital a comienzos de siglo XVI para la elaboración de cartas ya que “lo importante era la capacidad de los técnicos encargados de tal cometido para lograr una información fiable y capaz de ser plasmada con integridad suficiente” (Cuesta Domingo, 2013: 262). Si bien el saber sobre los mares circulaba en la Península Ibérica, la Corona española prohibió la edición de los trabajos cosmográficos de Alonso de Chaves y Alonso de Santa Cruz, tal vez porque, como sugiere Cuesta Domingo, poseían información demasiado útil para caer en manos de la competencia (2013: 262).

Después de que Vasco Núñez de Balboa descubriera el Mar del Sur en 1513, Solís fue nombrado piloto para ir a descubrir “a espaldas de Castilla del Oro, que se solía decir Tierra Firme” (CGGV, T.3, Doc. 199), es decir, las costas de México sobre el Pacífico. La Instrucción del rey señalaba lo que debía hacer: viajaría en tres barcos a descubrir las tierras más allá de la demarcación territorial, “que no toqueys en cosa alguna de las tierras que perteneçen a la Corona Real de portugal so pena de muerte e de perdimiento de bienes para nuestra Camara por que nuestra voluntad en que lo asentado e capitulado entre estos Reynos e los Reynos de portugal se guarde e cumpla muy enteramente” (CGGV, T.3, Doc. 199: 3). La Capitulación expresaba que se dirigiría a reconocer los límites de navegación pertenecientes a la corona española y a tomar posesión de “ciertas islas”. Debía seguir por el sur de la costa oriental del continente, oficialmente desconocido, con el fin de encontrar un paso hacia el Mar del Sur.

De este modo, la corona española encomendaba la hazaña de rastrear el canal interoceánico y descubrir nuevas tierras. Los documentos performaban el comienzo de los trabajos y daban

⁷ En la cédula real se resalta la pericia de Solís frente a los demás navegantes: “por quanto a nuestra noticia es venido y por experiencia se ha visto que por no ser los pilotos tan espertos ni tan ynstrutos como seria menester para regir e govarnar los navíos que llevan a cargo en los viajes que hazen para las yndias, yslas e tierra firme del mar oceano, e por defeto dellos, por no saber de que manera se han de tomar el quadrante y astrolabio y el altura, ni saber la quarta della les han acaesçido e de cada día acaesçen, muchos yerros y defetos en las navegaciones que hazen” (CGGV, T.2, Doc. 146: 96-97).

lugar a la introducción de un relato-informe sobre el Río de la Plata que encontraría rápidamente su final, la culminación de la empresa, lo que también se expresaría en un vacío significativo en términos de documentos que refieran los hechos. Tras la muerte de Solís, quien habría sido devorado por indios caníbales en las costas de lo que hoy es Uruguay en 1516, la corona española depositó sus expectativas para continuar la empresa de expansión imperial en Sebastián Caboto; por lo tanto, en 1518 en Valladolid, fue nombrado piloto mayor de la Contratación.

Ese mismo año, Fernando de Magallanes se trasladó con el cosmógrafo Rui Falero desde Portugal a España y propuso ante la Corte el proyecto que cumpliría con el anhelado objetivo de encontrar el paso hacia el Mar del Sur⁸. Como consecuencia de este viaje, circularon noticias sobre algunos naufragos que habían quedado en islas del Pacífico, por lo que con el fin de rescatarlos surgieron dos nuevas expediciones hacia las Molucas: la de García Jofre de Loaysa en 1525 y la de Sebastián Caboto en 1526⁹. El 4 de marzo de 1525, el rey de España firmó la capitulación con Caboto para que realizara su expedición al Maluco, Tarsis, Ofir, el Catayo Oriental y Cipango. Un año después, zarpó de Sanlúcar de Barrameda con ese objetivo, pero su paso por Brasil, primero por Pernambuco y después por el río de los Patos, resultó fundamental para que cambiara el rumbo de su viaje. Seducido por los rumores que habría escuchado sobre las riquezas que se encontraban en la región rioplatense, abandonó el plan original y se dirigió a explorar el llamado “Río de Solís”.

Para ese entonces, América ya no representaba solamente la posibilidad de encontrar el paso interoceánico, sino que se había transformado en una tierra susceptible de ofrecer tesoros a los europeos, como el hallado por Hernán Cortés en México a partir de 1518. Este hecho resultó primordial para reorientar los objetivos de las empresas ultramarinas y redefinir el sistema comercial de la primera modernidad.

II.

¿Cuál era la información que se tenía sobre el Atlántico Sur y de qué manera se sistematizó a partir de los primeros viajes? Chet van Duzer explica que “las percepciones y los mitos sobre el Atlántico, anteriores a la última parte del siglo XV, fueron abrumadoramente negativas. Uno de los mitos sobre el Atlántico consistió en pensar que era un océano más allá de los límites. Se decía que el héroe griego Hércules había levantado dos pilares que llevaban su nombre cerca del estrecho de Gibraltar con el propósito de marcar el límite occidental de sus viajes, y esos pilares llegaron a ser interpretados como el límite occidental para la navegación segura” (2020: 39).

Van Duzer investiga la presencia de monstruos marinos en representaciones iconográficas, como los que se dibujan en el globo terráqueo de Johann Schöner, de 1515: un gran pez con aletas dentadas y un pico agudo, y otro con enormes dientes. Entre otras adversidades consigna, además, la existencia

⁸ La expedición de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano que daría la vuelta al mundo partió el 20 de septiembre de 1519 desde Canarias junto a 264 hombres en cinco flotas, de las que solo regresaría una, la “Victoria”, en 1522, con dieciocho hombres.

⁹ La expedición de Loaysa, formada por 450 hombres, fracasó dramáticamente, sobre todo a causa de condiciones climáticas hostiles, hambre y enfermedades (De Gandía, 1961: 382).

de peligrosos remolinos que podían arrastrar violentamente las naves (2020: 42-43). Estos obstáculos que conformaban mitos asociados al Atlántico poblaban la imaginación de los viajeros y minaban sus textos. En este sentido, el miedo que provocaba una tormenta en el mar o un oleaje inimaginable podría estar asociado, por un lado, al hallazgo de una dificultad material que debería dominarse y, por otro, al encuentro con un destino incierto, una aventura en la que la seguridad trastabillaba.

En los textos analizados podemos rastrear la presencia de escenas de temor ocasionadas por una tempestad, por ejemplo, en la escritura de Américo Vespucio, Luis Ramírez —un integrante de la armada de Sebastián Caboto— y Francisco de Villalta, quien arribaría al Río de la Plata junto a Pedro de Mendoza en 1536. Las experiencias de estos viajeros, a su vez, se asemejaban a las que otros referían en testimonios sobre padecimientos en el mar y desventuras que se difundieron rápidamente en la Península Ibérica. La serie de relatos con la que Gonzalo Fernández de Oviedo concluye su *Historia general y natural de las Indias*, en un libro titulado *Infortunios e naufragios acaescidos en los mares de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano* (1535-1547) y los *Naufragios* (1555) de Álvar Núñez Cabeza de Vaca constituyen algunos modelos de este género discursivo que puede ser analizado a partir de las categorías de Sarissa Carneiro: “la representación discursiva del infortunio entendido como adversidad en la cual se enfrentan la libertad individual y el poder misterioso del destino” (2015: 19).

Luis Ramírez percibe la tormenta y la oscuridad durante la navegación como una experiencia extrema que desencadena el espanto y la angustia:

comiéndase a levantar por proa un tan gran nublado que era gran espanto de ver, muy oscuro y con tanto viento que casi no nos dejó tomar las velas, a que las tuvimos de tomar a gran trabajo. Y tras esto vino una agua tan grande que era maravilla que parecía que todo el mundo se venía abajo [...]. Que a lo menos para nosotros, las personas que nunca habíamos navegado, nos puso en tanto aprieto y congoja como nunca pensamos ver (2007: 44-45).

El fenómeno natural es interpretado por Ramírez como algo “maravilloso” y desmesurado —lo que enfatiza con el uso de los adverbios “tan”, “muy”, “gran”—. En el relato de su experiencia resuenan las palabras de Américo Vespucio cuando narra el viaje auspiciado por la Corona portuguesa que había realizado en 1502 y que habría alcanzado el Río de la Plata¹⁰. Al navegar hacia el sur, traspasando el límite del Tratado de Tordesillas, describe, en varias oportunidades, extensos momentos en los que deben enfrentar la violencia de la naturaleza:

67 días que navegamos continuamente, 44 los tuvimos con lluvia, truenos y relámpagos, de tal modo oscuro que nunca vimos ni el sol de día, ni serena la noche. Por todo lo cual nos entró gran pavor que ya casi toda esperanza de vida habíamos perdido. En estas verdaderamente tan terribles borrascas del mar y del cielo, plugo el Altísimo mostrar ante nosotros el continente y nuevos países y otro mundo desconocido ([ca. 1503] 1951: 175).

En la cita, a diferencia de lo que sucede en otros pasajes del texto como el que citamos anteriormente, en el que Vespucio busca proporcionar información “útil”, emergen

¹⁰ Roberto Levillier sostiene que Américo Vespucio habría sido el primero en arribar al estuario del Río de la Plata, según se desprende de su “Carta de 1502”; si bien la información que aporta la carta es imprecisa, porque el relato de la navegación está plagado de tormentas y momentos de oscuridad que impiden consignar las coordenadas exactas, el historiador afirma que Vespucio pudo avistar sus márgenes, bautizar el Cerro de Montevideo y costear la Patagonia hasta las inmediaciones de las islas Malvinas (1951: 13).

sentimientos semejantes a los que manifiesta Ramírez. La oscuridad y la tempestad conducen los relatos de ambos hacia la percepción de una inminente perdición, la muerte próxima. Jean Delumeau, en su clásico estudio *El miedo en Occidente*, recuerda que el mar siempre representó uno de los mayores temores para el hombre; significa el “lugar del miedo, de la muerte y de la demencia, abismo en el que viven Satán, los demonios y los monstruos” (2002: 67). De este modo, la violencia de la naturaleza expone al sujeto a una situación de fragilidad en la que nada puede hacerse. El desconocimiento de su poder provoca un miedo irracional que buscará ser mitigado con el conocimiento. En este sentido, Romano Guardini reflexiona: “Vivimos en medio de ella [*la naturaleza*] y, sin embargo, somos extraños a ella. Conversa sin cesar con nosotros, pero no nos revela su misterio. Actuamos constantemente en ella y, sin embargo, no tenemos poder alguno sobre ella” (1963: 61).

Las citas de Ramírez y Vespucio nos permiten tomar contacto con una escritura que avanza hasta el borde de lo decible, la experiencia de quien no tiene palabras para expresar lo que percibe. La vivencia del miedo enfrenta al sujeto con una circunstancia sobre la que no tiene control cuando queda librado al poder oculto del destino. Nada puede hacerse si la Fortuna es adversa, pero en esa situación los hombres recurren a la fuerza de la voluntad divina, capaz de actuar a su favor. La presencia de Dios en el discurso sirve para explicar providencialmente la experiencia: Vespucio reconocía haber sido rescatado por el Altísimo y, de la misma manera, Ramírez dirá, en una circunstancia en la que teme ahogarse: “Muchos que me vieron caer como sabían que no sabía [*nadar*] me tuvieron por perdido, en fin que Nuestra Señora lo hizo mejor conmigo” (2007: 52).

La voluntad divina decide, en última instancia, sobre la vida o la muerte. La experiencia de Ramírez, hiperbólica si se considera la fragilidad que supone no saber nadar, condensa las ideas de Delumeau y Guardini: la naturaleza constituye la fuente principal del temor, representa lo incierto, el misterio. El miedo irrumpe ante la toma de conciencia de una adversidad que amenaza la conservación: para Ramírez ese peligro no se identificaba con los feroces caníbales, sino que se asociaba al horror primigenio ante las tormentas y la noche.

La carta de Ramírez inaugura un imaginario sobre la región rioplatense que se conecta con otros relatos sobre infortunios y naufragios en el que prevalece el temor a los peligros durante la navegación (Rossi Elgue, 2018: 685). Puede incluirse, por lo tanto, dentro de un corpus textual en el que el espacio marino/fluvial se resiste a ser dominado y aparece como lugar en donde predomina la fluidez, el cambio, los riesgos, lo inesperado e impredecible (Massmann, 2013: 227).

En el Río de la Plata este tipo de representación atribuida al río se reiterará en textos posteriores como, por ejemplo, la carta que Francisco de Villalta escribe ocho años después. Allí refiere que en el río Paraná soportaron tempestades tan grandes “que visiblemente parecía que en los aires hablaban Demonios” (2009: 191) y que enfrentaron “un temporal el cual fue tan recio que apenas pudieron escapar los demás navíos, si no fuera Dios servido” (2009: 191). Villalta, al igual que Vespucio y Ramírez, manifiesta una creencia generalizada en la época que atribuía a la tormenta un designio divino. Esta correspondencia nos conduce a afirmar que en los relatos en los que emerge el miedo el sujeto queda desprovisto frente a una naturaleza sobre la que no puede ejercer control y que esta impotencia lo lleva a buscar en la esfera divina una fuerza capaz de socorrerlo.

Desde la antigüedad perduraba la idea de que la ambigua Fortuna decidiría sobre el destino de los hombres en el mar, proveyendo vientos favorables o tempestad, prosperidad o adversidad¹¹. Y los obstáculos que podían suscitarse remitían tanto a potenciales tormentas como al ataque de monstruos marinos¹². La oscuridad de la noche provoca uno de los miedos más antiguos de la humanidad; sugiere la existencia de otro mundo, inasible, habitado por fantasmas y seres desconocidos. El temor a la tempestad en el agua se relacionaba estrechamente con la oscuridad porque las nubes ocultaban las estrellas, lo que impedía conocer la ubicación y el rumbo a seguir.

En la escritura de Ramírez el miedo brota cuando sobreviene la incertidumbre. Hasta ese momento la seguridad está dada por dos planos: uno abstracto, los saberes y creencias occidentales que permitían orientarse y aprehender lo nuevo; y otro material, el espacio del barco, que se transformaba en el único hogar y refugio, más allá de cuyos límites se encontraría lo ignoto y, tal vez, la muerte.

III.

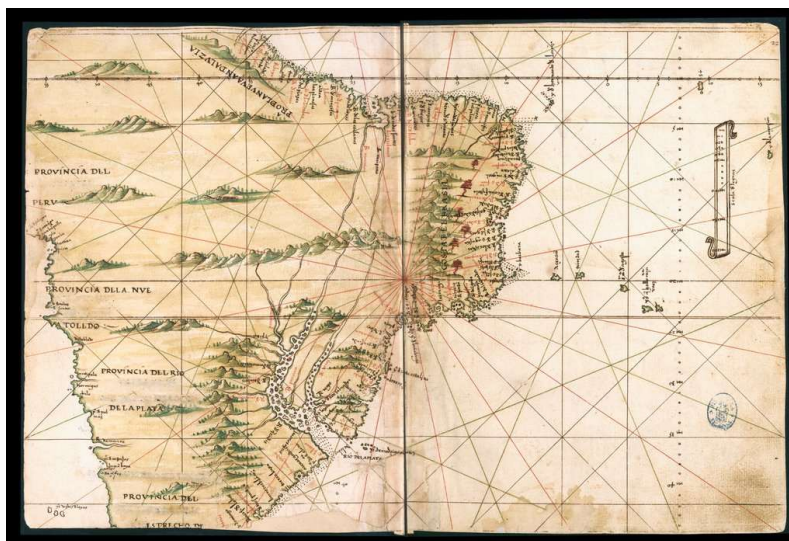


Imagen 2. Alonso de Santa Cruz¹³, *Islario general de todas las islas del mundo* (“Tabla Segunda”)¹⁴.

¹¹ La Fortuna se representó en numerosos grabados del siglo XVI: por ejemplo, en *Emblemata nobilitati* (1593) de Theodor de Bry aparecen contrapuestas las dos caras de la Fortuna, que demuestra su mutabilidad y ambivalencia sobre todo en el mar; allí se lee: “His Fortuna parens, illis iniusta nouerca est” (“Para estos la Fortuna es una madre, para aquellos una injusta madrastra”) (Carneiro, 2015: 33).

¹² Los viajeros que navegaban en mares inexplorados creían que podían ver emerger de las aguas monstruos enormes como Escila y Caribdis, descritos por Homero en la *Odisea*. Durante la Edad Media surgiría una iconografía marina de imágenes terroríficas como, por ejemplo, serpientes acuáticas, anguilas o crustáceos gigantes, como los referidos por Pierre D’Ailly en el *Ymago Mundi*, que podían devorar hombres o navíos enteros (Magasich y De Beer, 2014: 184).

¹³ Alonso de Santa Cruz (1505-1567) viajó junto a Sebastián Caboto hacia el Río de la Plata como Tesorero Real. A su regreso, después de 1530, permaneció en Sevilla, donde difundió sus conocimientos hasta ser nombrado cosmógrafo mayor de la Corona en 1536. Encomendado por Carlos V, sobre quien escribió una *Historia*, comenzó a confeccionar su *Islario general de todas las islas de mundo*, pero su labor continuaría durante años en el reinado de Felipe II (Blázquez, 1918: 9-11).

¹⁴ El título completo que acompaña el mapa es “Tabla Segunda. Esta tabla contiene las yslas junto a la costa del Brasil y las que están en el rio Maranon y al de la Plata y costa del Peru y la que esta al mediodía del estrecho de Magallanes con otras que se verán por la dicha tabla” (1918: 55). La imagen que se reproduce se encuentra en la edición digital del original (https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl_10090/?sp=43).

En la tercera parte de su *Islario*, el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz confecciona un mapa y proporciona una primera impresión sobre Río de la Plata: “es este rio uno de los mayores y mejores del mundo” (1918: 550); más adelante lo describe: “entran en este rio muchos otros y entre ellos uno muy grande dicho Uruay el qual tiene muchas yslas aunque deshabitadas y pequeñas porque el rio principal que los yndios llaman Parana, que quiere dezir mas grande, tiene las yslas mucho mayores porque las ay de a tres y quatro y seis y doze leguas de largo y dos y tres y v mas de ancho” (1918: 551). Texto e imagen refuerzan la magnificencia del río que penetra el continente hacia su interior. El autor no abunda en opiniones personales, pero deja en claro cuáles fueron los riesgos que debieron enfrentar durante la navegación, antes de arribar al Río de la Plata a partir de la referencia a los nombres de dos islas. Señala que encontraron refugio en una isla a la que llamaron “Buen Abrigo” —“llamámosla asi porque pasada una grande tormenta que tuvimos una noche en aquel mar acaso nos hallamos a la mañana junto a ella en la cual nos abrigamos hasta que sosegó el mar de la braveza y alteración que traya” (1918: 549)—, y en otra, pasando Pernambuco, llamada “Reparo” —“reparándonos en ella de un rezio viento que trayamos del este” (1918: 549)—. El registro no incorpora emociones, como miedo o alegría, pero enfatiza la presencia de vientos y tormentas. Se desprende de este tipo de discurso el registro del cosmógrafo y navegante que intenta proporcionar datos útiles sobre la peligrosidad del espacio y, también, sobre la posibilidad de encontrar refugio.

Los viajes de Américo Vespucio, Solís, Magallanes y Caboto modificaron radicalmente el conocimiento sobre los océanos y su navegabilidad ya que, como señala Carla Lois, hasta el siglo XVI los mares se mostraban como grandes masas insondables, oscuras, sin fondo ni fin (2007: 2). Sucesivamente, la información que proporcionaron los navegantes sobre mares, ríos y costas condujo a una nueva representación del globo, facilitó la confección de mapas y resultó esencial para el dominio de las rutas náuticas y el avance sobre el Nuevo Mundo¹⁵.

Lo especulativo y lo experimental se aunaron en representaciones visuales para perfeccionar la imagen del mundo de tal modo que, conforme se hacía más presente lo empírico, lo meramente teórico retrocedía hasta, incluso, casi desaparecer (Cuesta Domingo, 2013: 262). En los mapas que se confeccionaban, los contornos vacíos o los espacios en blanco que representaban lo inexplorado comenzaron a completarse en la medida que, en pocos años, se tuvo conciencia de la existencia del Mar del Sur y la circunnavegación del globo modificó la concepción del *orbis terrarum*¹⁶. De este modo, tal como describe Jimena Rodríguez,

¹⁵ Las noticias del tercer viaje de Américo Vespucio (1501-1502) que se desprenden de la expedición dirigida por Gonzalo Coelho producen un giro fundamental en la concepción sobre el mundo al advertir la existencia de un cuarto continente o isla. Este cambio se traduce cartográficamente en el mapamundi del cosmógrafo Martin Waldseemüller (ca. 1470-1518) que acompañó la obra *Cosmographiae introductio*, publicada en Estrasburgo en 1507. El globo construido en 1515 por el cosmógrafo Johann Schöner (1477-1547) también representa un Nuevo Mundo insular que se extiende hasta aproximadamente los 50° LS. Mercator completa el proceso de construcción de una nueva imagen cartográfica del mundo representando América como un Nuevo Mundo separado del Viejo Mundo por un estrecho en el Ártico y de una masa terrestre meridional –denominada *Quinta Pars*– por el Estrecho de Magallanes. Luego, el mapamundi de Abraham Ortelius (1527-1598) sería modelo de representación del mundo durante medio siglo. El planisferio *Typus Orbis Terrarum*, publicado en el atlas *Theatrum Orbis Terrarum* (Amberes, 1570), contó con nueve ediciones hasta 1584 y otras dieciséis con ligeras modificaciones entre 1587 y 1624 (De Lasa y Luiz, 2019: 43).

¹⁶ El *orbis terrarum* o Isla de la Tierra comprendía “la porción habitada por el hombre y situada en el hemisferio norte”

“[t]ransgrediendo antiguos límites y apoyado en la experiencia sensible, el navegante produce y reproduce en su relato nuevos saberes (observaciones, descripciones, reflexiones) que expanden el conocimiento del mundo habitado, dando paso a una lenta y compleja transición del llamado mundo medieval al renacentista” (2018: 18-19).

La representación visual del mundo se modificaba, y se corregían errores o equivocaciones a medida que se surcaban los mares y se conquistaban tierras incógnitas. Para dar cuenta de estos cambios en la representación cartográfica, que se corresponde con una transformación paradigmática de la *ecúmene*¹⁷, debemos considerar los modos de representar el espacio del globo: de la imagen alegórica que proporcionaban los mapas T-O —donde Europa, Asia y África, los tres continentes conocidos, se organizaban en términos teológicos—, y los mapas portulanos, que buscaban orientar a los marineros a partir de la experiencia práctica —y, por lo tanto, señalaban rutas y costas con los topónimos anotados perpendicularmente—, hasta el mapa isotrópico que concebía el espacio como abstracto, consecuencia del redescubrimiento de Ptolomeo a comienzos del siglo XVI (Massmann, 2013: 215).

En lo que refiere a las primeras imágenes sobre el Río de la Plata es necesario destacar que concibieron el espacio como un gran río colmado de islas que se dividía en afluentes que conducían al interior del continente. Esa es la representación que se impone, por ejemplo, en el mapa de Alonso de Santa Cruz que se incluye en su *Islario general de todas las islas de mundo* (ver Imagen 2).

Los cuerpos de agua se volverían centrales para la confección de mapas sobre América en general, y sobre el Río de la Plata en particular, ya que servirían para demarcar territorios, islas o partes del mundo. Al considerar los contornos y los interiores continentales se observa en varios cartógrafos la inclusión de datos desproporcionados o equivocaciones. Como puede observarse en el mapa de Diogo Homem (ver Imagen 1), la red de ríos y el sistema orográfico marcan regiones en las que se destacan las dimensiones excesivas de las cuencas del Amazonas y del Plata. En el mapa de Alonso de Santa Cruz (ver Imagen 2) el Río de la Plata se representa con una hipertrofia que avanza hacia el interior del noroeste del continente, lo que evidencia una dimensión hiperbólica de la experiencia de la navegación; en otros términos, la representación se corresponde con una percepción de la desmesura del río entrando hacia el continente que, a su vez, era zona de tránsito excesivamente cargada de islas. Allí, tal como él lo explica en palabras, no parece difícil encontrar refugio, pero tampoco quedan claras las coordenadas que permitirían no perderse.

(O’Gorman, 2003: 61). A finales del siglo XV se suponía que el hemisferio sur y gran parte del hemisferio norte eran acuáticos y que, en el caso de existir otras islas en el océano, serían pequeñas e inhabitadas.

¹⁷ La noción de *ecúmene* alude a “la morada cósmica del hombre, su casa o domicilio en el universo” (O’Gorman, 2003: 68). Refiere, por lo tanto, a la porción de tierra habitable, la que se encontraba, a partir de las ideas que se tenían a fines del siglo XV —subsidiarias del modelo clásico—, en las zonas templadas: “las comprendidas entre los círculos árticos y los círculos de los trópicos, y puesto que la Isla de la Tierra se hallaba ubicada en el hemisferio norte, la extensión geográfica del mundo quedaba confinada a sólo aquella porción del *orbis terrarum* comprendida dentro de la zona templada septentrional” (2003: 70).

Consideraciones finales

El Río de la Plata promovió, principalmente, la construcción de dos tipos de representaciones: la de un espacio experimentado sobre el que se avanzaba, a partir del cual surgían referencias a rutas de navegación, puertos y obstáculos a superar; y la de un espacio de deseo: riquezas materiales que se intuían en el mapa abstracto, a una distancia imprecisa, siempre un poco más allá. Esta doble modulación promovió una configuración particular del río, la naturaleza y los indígenas en la que intervenían las preconociones de la cultura europea, que tendían a crear significaciones abstractas de aquello que referían, y la experiencia directa.

La percepción de los peligros durante la navegación por mar o por río resulta ineludible al leer los primeros textos sobre una región que, al menos inicialmente, se conoce desde el agua. Representaciones discursivas y cartográficas, por lo tanto, incorporarán este espacio como elemento fundante. Aguas inseguras y desmesuradas en las que no cesaría de germinar el deseo de encontrar tesoros y paraísos. La incesante reproducción de esta percepción en la que se combinaban la magnificencia con lo riesgoso impregnó la región de representaciones cargadas de desilusión y deseo. Desde los barcos se construyó una imagen del Río de la Plata que engrandecía las aguas, dado que allí se produjo la mayor cantidad de experiencias y se configuraron espacios de deseo que continuarían ensanchando sus sentidos en los años siguientes.

Pese a que la empresa descubridora en el Río de la Plata perdería fuerza a mediados del siglo XVI, ya que comenzaba a quedar en evidencia que la Sierra del Plata, los tesoros del rey Blanco, la Ciudad de los Césares, el Dorado y el paraíso terrenal pasarían a formar parte de un universo en el que se mezclarían el deseo y la realidad, algunas regiones mantendrían la fantasía viva durante un largo tiempo: la naturaleza abundante que ofrecía la zona del Paraguay se asociaría con el Edén, el Cerro Rico o cerro de Potosí —que sería descubierto en 1545— con la Sierra del Plata y “los señores del metal” no serían otros que los poseedores de las riquezas del imperio incaico¹⁸.

La asociación con el paraíso terrenal, por ejemplo, se presentará en textos del siglo XVII, como los de Ruy Díaz de Guzmán (ca. 1612), quien describe una isla paradisíaca en las proximidades de Asunción, o el mapa de Antonio de León Pinelo (1596-1660), incluido en *El Paraíso en el Nuevo Mundo*¹⁹, en el cual se localiza el Edén en el corazón de Sud América, donde Perú, Bolivia y Brasil comparten la selva amazónica.

Alrededor de 1612 en el Río de la Plata, Ruy Díaz de Guzmán señaló la ubicación precisa del paraíso en una isla del río Paraguay: el lugar —referido en el Libro I de la *Argentina. Historia del Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata*— se caracterizaba por poseer una

¹⁸ El cerro de Potosí podría ser asociado a la buscada Sierra del Plata; sin embargo, como advierte Juliana Gandini, “[p]ara nosotros en la actualidad, la posibilidad de identificar la Sierra del Plata prometida en la costa brasileña con el cerro de Potosí o a los “señores del metal” con el Incario constituye una curiosidad histórica. En cambio, para los actores de la primera conquista del Río de la Plata revistió el carácter de una profunda y brutal decepción” (2022, 83).

¹⁹ El título completo del libro es *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del mar Océano*. Está compuesto por dos tomos; el primero, dividido en tres, con 48 capítulos y el segundo con dos libros de un total de 40 capítulos. La obra, que León Pinelo escribió entre 1645 y 1650, se conservó manuscrita hasta 1934, cuando Porras Barrenechea la publicó en Lima con los auspicios del Comité del IV Centenario del descubrimiento del Amazonas (Gisbert, 2012: 180-181).

tierra fértil y cálida, y estaba habitada por indios pacíficos, trabajadores y hospitalarios: “[l]lamaron los antiguos a esta isla el Paraíso Terrenal, por la abundancia y maravillosas cualidades que tiene” ([1612] 2012: 88). Pocos años después, Antonio de León Pinelo escribió una obra monumental destinada a comprobar la tesis de que el paraíso terrenal se encontraba en América, tal como lo ubica en el mapa que suma a su texto (ver Imagen 3). Rosa Pellicer sostiene que “quedará demostrada su tesis: el Paraíso bíblico estuvo ubicado en América del Sur, en la parte que él llama la Ibérica Meridional, en los márgenes del Amazonas, y lo señala con absoluta exactitud en su detallado mapa del Paraíso, donde están presentes los árboles de la vida y del bien y del mal, así como el lugar donde se construyó el Arca de Noé y el punto de partida y dirección de su viaje” (2009: 31).

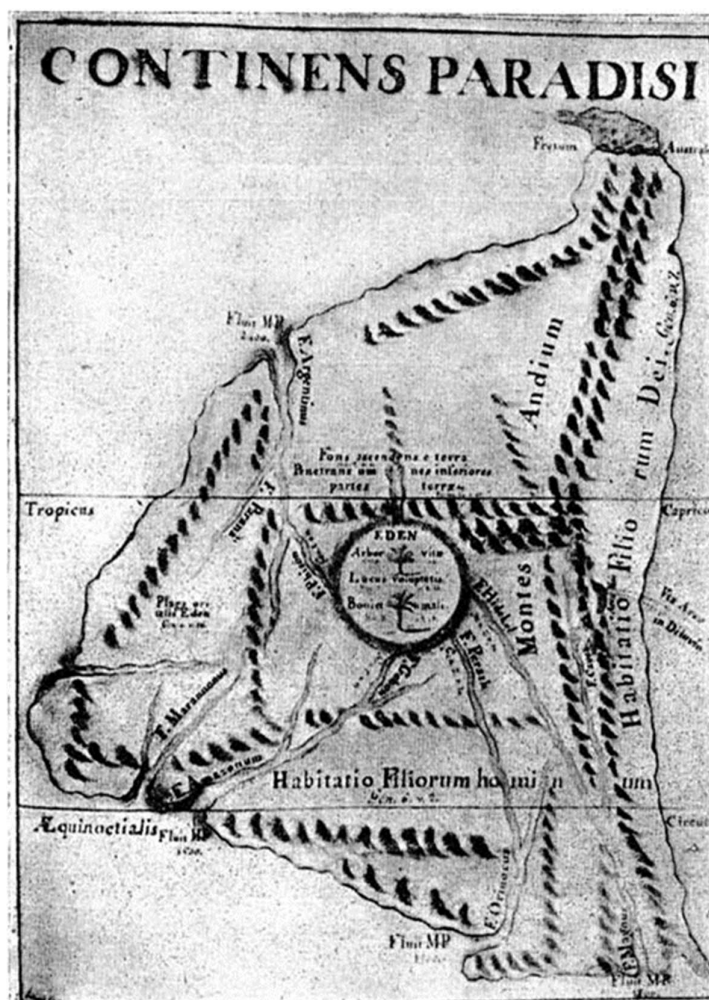


Imagen 3. El Edén en el centro de Sud América, según el mapa de Antonio de León Pinelo (foja 126 del manuscrito de 1647-1650; en Pellicer, 2009: 35).

León Pinelo delimita la extensión del paraíso y sugiere que los ríos Paraná-Río de la Plata, Amazonas, Orinoco y Magdalena constituían los cuatro ríos principales de los que se trataba en el Génesis. En el mapa que confecciona, *Continens paradisi*, localiza la ubicación geográfica exacta del Edén en América. Como podemos observar, la zona involucra la región rioplatense, pero se expande más allá, hacia los Andes y el Amazonas, por lo que asume rasgos particulares

que exceden esta breve referencia. Lo que nos interesa señalar es que el modo en la percepción del espacio a partir del deseo se reproduce y actualiza a partir del magnífico esfuerzo erudito que realiza León Pinelo, quien basándose en la reinterpretación de autoridades logra trasladar el paraíso de Oriente a Occidente, hacia el corazón de Sud-América²⁰. Los sentidos asociados al río se resignifican al transformarse en vía hacia el paraíso terrenal, pero actualizan su valor: quien navegue esas aguas se dirigirá hacia un objetivo importante, donde encontrará riquezas, gloria y el Edén. La desmesura de sus aguas, sus islas y los peligros, estarían en correspondencia con ese destino.

Para terminar, en este artículo analizamos la presencia de dos tipos discursivos enlazados a partir de los cuales cristalizaron las primeras representaciones sobre la región rioplatense: uno oficial, orientado a producir y recoger información útil para la navegación y la toma de poder, y otro cargado de subjetividad, en el que se impone la experiencia del miedo. Los modos de describir de los navegantes estarán condicionados por el contexto de escritura, los roles que ocupen y sus intenciones particulares. En este sentido, diferenciamos una escritura que toma distancia de la experiencia personal y se alinea con las prerrogativas oficiales en el *Islario* de Santa Cruz, producto de su trabajo como cosmógrafo de la Corona, y una escritura más íntima en las cartas de Ramírez y Villalta, lo que no invalida la posibilidad de que ambas intenciones confluyan en un texto. A pesar de estos matices, es posible reconocer haces de sentido comunes que permiten dimensionar la fuerza de una representación sobre el río, espacio fundante de la naturaleza rioplatense, en la que se imponen la magnificencia y la peligrosidad. Sin dudas, el hecho de que la situación de navegación se encontrara en el centro de la escritura y que la embarcación sirviera de refugio y, a la vez, de espacio de incertidumbre, determinó que en las representaciones cartográficas y en las descripciones el río asumiera rasgos hiperbólicos. Sobre ese espacio, que era vía de conocimiento y transporte, se tensionaban tanto el temor como la esperanza; allí condensaban las fantasías sobre tesoros y la posibilidad de compensación por los trabajos pasados.

Referencias bibliográficas

- BANDEIRA, Julio, 2006, *Canibais no paraíso: a França Antártica e o imaginário europeu quinhentista*, Río de Janeiro, Mar de Idéias.
- BLÁZQUEZ, Antonio, 1918, “Prólogo”, Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las Islas del mundo*, Madrid, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.
- CABRERA FERNÁNDEZ, Leoncio, 2003, “Introducción”, en Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del Mundo*, Madrid, Dastin.
- CARNEIRO, Sarissa, 2015, *Retórica del infortunio. Persuasión, deleite y ejemplaridad en el siglo XVI*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M., 2008, “Construcción y recepción de fragmentos de mundo”, en Sofía Carrizo Rueda (ed.), *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de “fragmentos de mundo”*, Buenos Aires, Biblos.
- Colección de copias de documentos del Archivo General de Indias, 1910-1918, (CGGV: Colección Gaspar García Viñas)*, República Argentina, Biblioteca Nacional “Mariano Moreno”.

²⁰ El mismo León Pinelo dice haber leído 780 libros hebreos, 30.000 páginas entre tratados medievales y modernos de geografía, más libros americanos (Gisbert, 2012: 180).

- CUESTA DOMINGO, Mariano, 2013, “La imagen del Nuevo Mundo en Mercator. El trazado de mapas hasta 1569”, *Revista complutense de historia de América*, no. 39, pp. 257-270.
- DE CERTEAU, Michel, [1979] 1996, *Relatos de Espacio. La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana.
- DE GANDÍA, Enrique, 1961, “Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del estrecho de Magallanes”, Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, tomo 2, Buenos Aires, El Ateneo.
- DE LASA, Luis Ignacio y María Teresa LUIZ, 2019, “Representaciones del tercer mundo. La territorialización de la *Terra Australis* en la cartografía del siglo XVI”, *Terra Brasilis (Nova Série). Revista da Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica*, no. 12. Disponible en: <http://journals.openedition.org/terrabrasilis/5346>.
- DELUMEAU, Jean, [1978] 2002, *El miedo en Occidente*, trad. Mauro Armijo, Madrid, Taurus.
- DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy, [c. 1612] 2012, *Argentina. Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata*, ed. Silvia Tieffemberg, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- GANDINI, María Juliana, 2022, *¿Quiénes construyeron el Río de la Plata? Exploradores y conquistadores europeos en el lugar donde se acabe el mundo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- GISBERT, Teresa, [1999] 2012, *El paraíso de los pájaros parlantes. La imagen del otro en la cultura andina*, La Paz (Bolivia), Plural Editores.
- GREENBLATT, Stephen, 2008, *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*, Barcelona, Marbot.
- GRUZINSKI, Serge, 2010, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GUARDINI, Romano, 1963, *El ocaso de la Edad Moderna. Un intento de orientación*, Madrid, Guadarrama.
- LOIS, Carla, 2007, “Mare Occidentale. La aventura de imaginar el Atlántico en los mapas del siglo XVI”, *Terra Brasilis (Nova Série). Revista da Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica*, nos. 7-8-9. Disponible en: <http://journals.openedition.org/terrabrasilis/257>.
- MAGASICH, Jorge y Jan-Marc DE BEER, 2014, *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo mundo*, Santiago de Chile, LOM.
- MASSMANN, Stefanie, 2013, “Buscando camino por la mar: experiencia, geografía e imaginarios marítimos en relatos de navegación”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 78, Lima-Boston, pp. 209-232.
- O’GORMAN, Edmundo, [1958] 2003, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PELLICER, Rosa, 2009, “*Continens paradisi*: el Libro Segundo de *El paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio de León Pinelo”, *América sin nombre*, nos. 13-14, pp. 30-36.
- PÉREZ, Ezequiel, 2020, “Versiones sobre el estrecho de Magallanes. El paso interoceánico desde la primera circunnavegación del mundo hasta la conquista del Reino de Chile (1520-1552)”, Chile, *Magallania*, vol. 48, no. especial.
- RAMÍREZ, Luis, [1528] 2007, *Carta de Luis Ramírez, a su padre desde el Brasil (1528): Orígenes de lo ‘real maravilloso’ en el Cono Sur*, ed. Juan F. Maura, *Textos de la revista Lemir*. Disponible en: <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Ramirez.pdf>.
- RODRÍGUEZ, Jimena, 2018, *Escribir desde el océano. La navegación de Hernando de Alarcón y otras retóricas del andar por el Nuevo Mundo*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- RODRÍGUEZ ROMERO, Agustina, 2012, “Imágenes en tránsito: circulación de pinturas y estampas entre los siglos XVI y XVIII”, *Travesías de la imagen. Hacia una nueva historia de las artes visuales en Argentina II*, Buenos Aires, CAIA, pp. 29-56.

- ROMERO, José Luis, [1976] 2010, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Madrid, Siglo XXI.
- ROSSI ELGUE, Carlos A., 2018, “Navegando en la oscuridad. El miedo en el discurso inicial sobre el Río de la Plata”, *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, no. 6.2, pp. 677-687.
- SANTA CRUZ, Alonso de, 1918, *Islario general de todas las Islas del mundo*, prólogo de Antonio Blázquez, Madrid, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.
- VAN DUZER, Chet, 2019, “Los monstruos marinos, la oscuridad y las Islas del Paraíso. El Atlántico como espacio mítico antes del descubrimiento del Nuevo Mundo”, en Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coords.), *Espacios marítimos y proyecciones culturales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas / Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 37-54.
- VESPUCIO, Américo, 1951, “El Nuevo Mundo”, en *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, ed. Roberto Levillier, Buenos Aires, Nova.
- VILLALTA, Francisco de, 2009, “Carta de Francisco de Villalta”, en Ulrich Schmidl, *Viaje al Río de la Plata*, trad. Samuel A. Lafone Quevedo, Buenos Aires, Claridad.

Viajero, huérfano, peregrino. El lugar de autor en *La Argentiada* (1857) de Manuel Rogelio Tristany

SILVIA TIEFFEMBERG

*Instituto de Teoría e Historia del Arte “Julio E. Payró”,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
silvia.tieffemberg@gmail.com*

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 20 de octubre de 2024.

DOI:

Resumen: En 1857 se publica en Montevideo un poema épico tardío denominado *La Argentiada*. Poema histórico-descriptivo escrito en variedad de metros por un solitario de América. Su autor, el catalán Manuel Rogelio Tristany, había arribado a la región en 1852 huyendo de la guerra civil que enfrentaba a “carlistas” y “constitucionalistas”: su familia había proporcionado a las tropas carlistas dos de sus más conspicuos representantes, el sacerdote y guerrillero Benito Tristany, fusilado en Solsona, y Rafael Tristany, comandante de las fuerzas carlistas en Cataluña. Este trabajo focaliza su análisis en algunos pasajes de *La Argentiada*, considerando en particular la construcción de autor que Tristany realiza en su obra. Si bien se trata de un poema épico de tema americano cuyo numen poético es Cristóbal Colón, el autor, especialmente desde los paratextos, legitima su condición de huérfano y desterrado de España como viajero solitario que ofrece a la conformación de la patria sudamericana su conocimiento sobre la historia y la geografía de la región. Y en este sentido, se considera el vínculo de la obra con los relatos de viaje, haciendo hincapié, en particular, en los procedimientos discursivos ligados a la descripción, que operan en la estructura total del poema.

Palabras clave: *Argentiada*; relato; viajes; épica; cautiverio.

Traveler, Orphan, Pilgrim.

The Author’s Place in *La Argentiada* (1857) by Manuel Rogelio Tristany

Abstract: In 1857 a late epic poem called *La Argentiada*. Poema histórico-descriptivo escrito en variedad de metros por un solitario de América was published in Montevideo. Its author, the Catalan Manuel Rogelio Tristany, had arrived in the region in 1852 fleeing the civil war between “Carlists” and “Constitutionalists”: his family had provided the Carlist troops with two of their most conspicuous representatives, the priest and guerrilla fighter Benito Tristany, shot in Solsona, and Rafael Tristany, commander of the Carlist forces in Catalonia. This work focuses its analysis on some passages of *La Argentiada*, considering in particular Tristany’s construction of the author figure. Although it is an epic poem with an American theme whose poetic numen is Christopher Columbus, the author, especially from the paratexts, legitimizes his condition as an orphan and exiled from Spain as a solitary traveler who offers to the formation of the South American homeland his knowledge of the history and geography of the region. And in this sense, the link between the work and the travel stories is considered, emphasizing, in particular, the discursive procedures linked to description, which operate in the total structure of the poem.

Keywords: *Argentiada*; Travel Stories; Epic; Captivity.

I.

En 1830 el rey Fernando VII de España derogaba el *Reglamento sucesorio* de 1713 y promulgaba la *Pragmática Sanción*, que permitía declarar como legítima heredera al trono a su hija María Isabel Luisa en detrimento de los derechos de su hermano, el infante Carlos María Isidro. Esta derogación fue el inicio de un conflicto que haría eclosión tres años después, con la desaparición física del rey: en septiembre de 1833, España fue escenario del inicio de una guerra civil cuyos tres períodos (1833-1840, 1846-1849, y 1872-1876) serían conocidos como Guerras Carlistas¹. Desde el inicio de la guerra hasta su finalización en 1876 con la derrota de los *carlistas*, las ejecuciones, encarcelamientos, exilios, indultos y deportaciones convirtieron al siglo XIX español, según Jordi Canal, en el mayor exponente de los éxodos políticos del país (2004: 89).

Los enfrentamientos ocurridos entre 1846 y 1849, es decir en la Segunda Guerra Carlista, se circunscribieron a Cataluña y, en este período, la familia Tristany tuvo un protagonismo destacable. El sacerdote y militar Benito Tristany y Freixas fue el primer coordinador de las partidas que se alzaron en Cataluña en defensa de Carlos María Isidro: nombrado mariscal de campo en 1833, se había destacado por su arrojo y capacidad bélica en cuanto a guerra de guerrillas, pero en 1847 fue hecho prisionero y fusilado junto a otros jefes carlistas (Urcelay Alonso, 2022: 218). Su sobrino, el coronel Rafael Tristany y Parera, estuvo al frente de la división de Lérida del ejército carlista de Cataluña desde 1849 (Urcelay Alonso, 2022: 227) y junto a sus hermanos Ramón y Juan Francisco participó en tareas de inteligencia dentro de las filas del ejército isabelino; finalizada la guerra, se exilió en Francia, donde murió (Urcelay Alonso, 2022: 230). La diáspora de los vencidos que sigue a toda derrota determinó, también, la llegada al Río de la Plata, poco antes de la batalla de Caseros, de Manuel Rogelio Tristany: se había alejado “de su patria, como tantos otros, al triunfar los liberales, seriamente comprometido por su parentesco con los jefes carlistas de su mismo apellido” (De Marco, 1968: 245). Excluido, al decir del propio Tristany, de “las amnistías que abrieron las puertas de la patria a todos los emigrados políticos, con excepción de Cabrera² y los Tristany” (1902: 5).

El trabajo que sigue focaliza su análisis en algunos pasajes de *La Argentiada*, publicada por Manuel Rogelio Tristany en 1857, considerando en particular la construcción de autor que este realiza en su obra. Si bien se trata de un poema épico de tema americano cuyo numen poético es Cristóbal Colón, el autor (bajo el seudónimo “un solitario de América”), especialmente desde los paratextos, legitima su condición de huérfano y desterrado de España como viajero solitario que ofrece a la conformación de la patria sudamericana su conocimiento sobre la historia y la geografía de la región.

¹ Las facciones en pugna recibieron su denominación con referencia a su adscripción a las figuras reales: *isabelinos* — también llamados *liberales* o *constitucionalistas*— y *carlistas* —conocidos, además, como *realistas* o *legitimistas*—. Los enfrentamientos tuvieron lugar en “territorios del norte”, “del interior de Cataluña y de las montañas limítrofes entre los antiguos reinos de Aragón y Valencia” (Faus Prieto, 2016: 142).

² En 1846, Ramón Cabrera y Griño fue designado jefe supremo de las fuerzas carlistas en Aragón, Cataluña, Valencia y Murcia por Carlos VI, siendo decisiva su participación en cuanto a la profesionalización de dicho ejército (Urcelay Alonso, 2022: 225). Tras el fin de este segundo levantamiento, Cabrera se exilió primero en Francia y luego en Inglaterra, donde falleció.

II.

Manuel Rogelio Tristany dejó su país en 1850 y llegó a Montevideo en 1852, donde conoció a María del Pilar Blanco, hija del militar y político uruguayo Silvestre Blanco, con quien contrajo matrimonio (Fernández Saldaña, 1945: 1249). Montevideo, aun cuando Tristany tuvo un sólido anclaje familiar, fue el comienzo de una trashumancia vinculada al periodismo —de itinerario difícil de determinar—, que lo llevó por diversas ciudades del interior de Argentina y Uruguay, donde fundó, dirigió o fue redactor de numerosos periódicos, de muy breve vida en algunos casos (Megías, 1998: 73). Hacia 1880 el exilio comenzado treinta años atrás parecía finalizar: la muerte temprana de uno de sus hijos³, recién egresado del Colegio Militar en Buenos Aires, precipitó el retorno a la patria junto a toda la familia; sin embargo, aunque no existen certezas, su vida parece haber terminado en alta mar, camino de regreso a España (De Marco, 1968: 260)⁴.

La intensa actividad de Tristany —pues no solo se dedicó al periodismo, también fue profesor en el colegio de los padres escolapios de Montevideo, juez de primera instancia en San Juan y asesor jurídico de la curia en la ciudad de Buenos Aires (Fernández Saldaña, 1943: 1249-1250)—, unida a la constante itinerancia entre Argentina y Uruguay, no fue obstáculo para que escribiera una cantidad importante de ensayos de tema diverso y algunas obras literarias de corte histórico, entre las que —sin duda— se destaca la publicada por entregas en 1857 con el título de *La Argentiada. Poema histórico-descriptivo escrito en variedad de metros por un solitario de América*⁵.

La Argentiada, definida como epopeya de “tinte religioso” por su autor (1902: 9)⁶, es un texto de gran complejidad narrativa, que permite el abordaje desde múltiples perspectivas⁷. Se trata, efectivamente, de un poema épico tardío compuesto en distintos tipos de verso que refiere la historia del Río de la Plata en un arco temporal que comprende los tres siglos coloniales: desde 1508, año en el supuestamente llega a la región Juan Díaz de Solís, hasta 1808, “cuando se relatan las invasiones inglesas y el triunfo de los patriotas en Buenos Aires y Montevideo. La obra incluye, además, pasajes de alabanza a Cristóbal Colón, a los reyes Isabel y Fernando, y a Carlos V, y un glosario de las voces guaraníes, lules y pampas que aparecen en el poema y las fuentes bibliográficas o documentales de

³ De Marco certifica, a través de las actas de bautismo de la Catedral de la ciudad de Rosario, el nacimiento de, al menos, dos hijos del matrimonio Tristany Blanco: María de Jesús, nacida en 1857, y Manuel Rogelio, nacido en 1859 (1968: 248).

⁴ Las referencias biográficas sobre Tristany son escasas y, en algunos casos, encontramos disensos entre los investigadores. Fernández Saldaña, por ejemplo, opina que Tristany falleció en Buenos Aires (1945: 1250).

⁵ Además de *La Argentiada*, entre las obras más importantes publicadas por Tristany pueden citarse *La cristiana y la morisca. Leyenda histórica española del siglo XVIII* (1855), *Un corazón español (ca. 1855)*, *Panegírico de Manuel Oribe* (1857), *El Terremoto de Mendoza o la Filantropía* (1862), *El Catolicismo y el Socialismo en la América del Sur* (1864), *Don Juan Díaz de Solís o el descubrimiento del Río de la Plata: drama histórico caballeresco en tres actos y un prólogo* (1866) y *Colegios normales, su sistema, utilidad y organización* (s. f.) (Tieffemberg, 2023: 80-81).

⁶ Todas las citas a la obra de Tristany remiten a la edición realizada en Buenos Aires en 1902.

⁷ La obra de Tristany no ha concitado mayor atención entre los especialistas. Excepto la nota periodística realizada por Fernández Saldaña (1943) sobre *La Argentiada* y el ensayo etimológico sobre indigenismos que remite al poema, publicado por Rafael Schiaffino (1956), solo se encuentran referencias en algunos diccionarios biográficos (Scarone, 1942; Fernández Saldaña, 1944 y 1945) y en artículos vinculados a su labor periodística y ensayística (Olaeaga, 1962; De Marco, 1968; Megías, 1998; y Tarcus, 2018).

las que fueron extraídas” (Tieffemberg, 2023: 81-82). Además, la historia colonial del Río de la Plata se narra a través de cuatro cautiverios femeninos: el poema no solamente se inscribe dentro de los cánones de la épica, también se integra en la tradición textual de la cautiva blanca. Nutridamente estudiado por la crítica especializada, su nodo inaugural, el relato de Lucía Miranda en la *Historia* (ca. 1612) de Ruy Díaz de Guzmán, fue reescrito en las historias de los cronistas más importantes de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata durante el siglo XVIII. Estas reescrituras que, tomando algunos rasgos ya introducidos por Díaz de Guzmán, modelaron la representación de los protagonistas desde la hagiografía, contribuyeron a apuntalar el proceso discursivo que impulsaba “la cristianización del espacio americano a través del martirio” (Tieffemberg, 2021: 184). Tristany, al adscribir el poema dentro de esta red textual, despliega un proceso narrativo que faculta la integración, en su obra, de la perspectiva hagiográfica de los relatos de cautiverio del Río de la Plata y la epopeya sacra de tema colombino. Cristóbal Colón, “sombra divina” en *La Argentiada* (1902: 269), configurado en relación estrecha con el autor⁸ le implora: “¡Canta al pueblo americano!” (1902: 178), y este deseo se constituye en inspiración y origen de una obra que refiere como hito fundante de la historia del Río de la Plata el martirio de Lucía Miranda y Sebastián Hurtado (1902: 94).

Hacia fines del siglo XVIII y principios del siguiente se produjo, tanto en América como en Europa, una revalorización de la figura de Colón, a la que —sin lugar a dudas— contribuyó la publicación de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* realizada por Martín Fernández de Navarrete entre 1825 y 1837: su primer tomo incluía el llamado *Diario de viaje de Colón* y otros documentos relacionados con la expedición (Tieffemberg, 2024: 348-349). A esto se suma que el género épico, revitalizado en el siglo XIX por la estética romántica, contribuyó en América a la construcción de las identidades nacionales y Cristóbal Colón se convirtió en no pocas composiciones de la época en el héroe que, imbuido del mandato divino, tuvo la capacidad de enfrentar todos los peligros interpuestos para llegar a destino, con templanza y valentía sobrenaturales (2024: 350). En *La Argentiada* la figura colombina se asocia, además, a la del español americano Hernando Arias de Saavedra, anudando estrechamente poética y política: “[s]i desde lo poético el descubrimiento del espacio rioplatense es propiciado por Colón, pues Eolo impulsó sus carabelas abriendo el camino de Solís hacia el Río de la Plata; desde lo político, quien continúe y fortalezca la labor colombina será Hernandarias” (2024: 353-354), primer gobernador criollo de la región. Finalmente, a Cristóbal Colón, inspirador y protector del poema, le está dedicado el soneto final que cierra el quinto y último libro de *La Argentiada*:

Inspírame Colón nuevas canciones,
si mi humildad tu afecto ha merecido;
tú a mi lira le diste vibraciones,
a tu ruego he cantado orgullecido;
no me dejes vagar sin ilusiones
y salva la *Argentiada* del olvido (1902: 269)⁹.

⁸ Fernández Saldaña (1944) publica una litografía que se repartió con la última entrega de *La Argentiada*: en ella se ve a Tristany, que se encuentra escribiendo sentado en su escritorio, pero dirige su mirada hacia un busto de Cristóbal Colón, que también parece mirarlo.

⁹ Estos versos recuerdan los versos finales del soneto que Barco Centenera dedica a su obra, *Argentina y conquista del Río de la Plata*: “No temas, *Argentina*, ya de verla subjecta al infeliz y crudo olvido” ([1602] 1998: 62). La obra de Centenera es una de las fuentes reconocidas por Tristany.

III.

La poesía épica, tal como indica Raúl Marrero-Fente, puede considerarse un “género discursivo complejo” en tanto es capaz de albergar formaciones discursivas diversas tales como la historia, el derecho, el discurso científico, la geografía (2017: 13). En el caso específico de *La Argentiada*, Tristany no solo adopta el entramado textual épico reescribiendo una importante cantidad de obras literarias e historiográficas coloniales, también incorpora la mirada del viajero.

En el “Discurso preliminar” el autor “establece claramente una genealogía textual en la que inscribe su obra, un marco estético-conceptual desde el cual esta debe ser leída y una carencia que da sentido a su escritura” (Tieffemberg, 2023: 82). Así, *La Argentiada*, desde su mismo nombre, se afilia en la tradición textual de la épica clásica y esgrime como propósito de la escritura sacar a la luz “esta región, quizá la más favorecida de la naturaleza en el Nuevo Mundo” que “no es conocida del extranjero ni de la mayor parte de sus hijos”, a través de un poema cuyo género, si bien se reconoce “del dominio de los sabios y eruditos”, se espera que lo trascienda “inoculando en la masa del pueblo el entusiasmo patriótico” (Tristany, 1902: 8). Ahora bien, la epopeya clásica no es la única genealogía textual a la que el autor recurre. En la *Historia* del padre Guevara, dice Tristany, se refiere que los indígenas que poblaban la región, previo a la llegada de los españoles, “tenían una especie de bardos o rapsodas que les recordaban cantando las proezas de sus antepasados y este hecho, consignado por una de las primeras autoridades históricas del Río de la Plata, no ha sido desmentido hasta el presente por ningún otro historiador” (1902: 10). Apelando, entonces, a la *auctoritas* de uno de los más prestigiosos historiadores jesuitas del siglo XVIII, Tristany liga la tradición épica grecolatina con la memoria oral americana y apunta a la creación de un universo discursivo donde se encuentran —sin contradicciones ni discordancias— lo occidental y lo indígena, la oralidad y la escritura. En este mismo pasaje, además, se refuerza la legitimación del estudio de las culturas indígenas a través de una segunda autoridad de gran predicamento en la época: “[l]os historiadores de Méjico y del Perú y muchos viajeros refiriéndose a los pueblos bárbaros de América en su primitiva forma social, citan hechos de la misma especie observando el criterio sublime de Humboldt” (1902: 10).

En 1799, Alexander von Humboldt, uno de los naturalistas más destacados de todos los tiempos y principal impulsor de la geografía moderna, iniciaba un viaje que duraría cinco años a través de Centroamérica y América Sur para dar a conocer lo que él mismo consideraba “una de las regiones menos visitadas del nuevo mundo”, contribuyendo, de esta manera, “al conocimiento del clima, de los lugares y de las costumbres de sus habitantes” (Ruiz Morales, 2012: 11). En sus apuntes de viaje, Humboldt nunca dejó de reiterar la importancia atribuida a la interacción con los habitantes originarios, incluso indicaba que “la determinación astronómica de las coordenadas geográficas de numerosos puntos estratégicos”, el “correcto trazado del curso de los ríos y de las cadenas montañosas” había sido “iluminado con una rica y valiosa información toponímica, proporcionada por los indígenas ‘en la maravillosa variedad de sus idiomas’” (2012: 11).

Tristany, que dota su obra de un glosario de voces indígenas siguiendo la senda trazada por Humboldt, no duda en afirmar la importancia del conocimiento de las lenguas originarias para una comprensión cabal de la naturaleza de la región, asumiendo, además, que los viajeros científicos decimonónicos, antes de emprender un viaje, consultaban las obras ya publicadas con la intención de continuar, profundizar o rectificar estudios previos (Rebok, 2009: 137):

[u]na de las cosas que necesita indispensablemente el viajero, historiador o filósofo y con principalidad el naturalista, que recorra las regiones del Plata procurando enriquecer las ciencias, es instruirse en los idiomas primitivos, el guaraní y el lule, sin ellos no podrá buscar por analogías la relación de un nombre con una cosa y determinar ésta claramente (Tristany, 1902: 9).

Y más adelante detalla con precisión las fuentes utilizadas: “las voces guaraníes han sido consultadas con el *Tesoro* del padre Ruiz Montoya y las lules con el autor de *La Argentina*, Funes, Guevara, Lasota y Lozano” (1902: 13). De esta manera, se hace referencia al primer diccionario guaraní-español, publicado por el jesuita peruano Antonio Ruiz de Montoya en 1639 con el título de *Tesoro de la lengua guaraní*; a Martín del Barco Centenera, autor de *Argentina y conquista del Río de la Plata*, primer poema épico de la región publicado en 1602; al deán Gregorio Funes, cuyo *Ensayo de la historia civil del Paraguay y del Río de la Plata* inauguró, entre 1816 y 1817, la historiografía argentina del período independiente; a Pedro Lozano y José Guevara, los historiadores jesuitas más importantes del siglo XVIII en el Río de la Plata, y a Juan Manuel de La Sota, primer historiador nacional del Uruguay, quien publicó en 1841 la *Historia del Territorio Oriental del Uruguay*. Las fuentes detalladas no responden a una elección azarosa: se trata de obras fundantes de los estudios literarios, historiográficos y lingüísticos en el Río de la Plata. Además, la incorporación de las lenguas indígenas de la región a la matriz discursiva occidental a través de la labor poética —“he trabajado del modo que conocerán los hombres entendidos, llegando hasta rimar algunas veces el guaraní”¹⁰ (1902: 9), explica Tristany— contribuirá, según se indica en el “Discurso preliminar”, a apuntalar la finalidad pedagógica del poema de “despertar el amor al estudio de los citados idiomas” (1902: 9). Tal intencionalidad pone de manifiesto que *La Argentiada* responde, en este sentido, al “contexto de formación e instrucción que apuntaba al *docere* como su objetivo principal”, propio del relato de viajes ilustrado (Galgani y Daza, 2021: 260).

Por otra parte, también en el “Discurso preliminar” Tristany explica que “[e]l autor de *La Argentiada* sin ambicionar los honores del historiador y sin esperar el lauro inmarcesible del poeta sublime” ha hecho uso en su poema de “variada versificación” con la intención de “adaptar cada metro al suceso que intenta referir, como hace el pintor que combina los colores con que procura animar el lienzo” (1902: 13). Si, como puede inferirse del pasaje anterior, Tristany equipara escritura y pintura en relación con el abordaje historiográfico de algunos de

¹⁰ Resulta significativo que Schiaffino cite reiteradamente pasajes de *La Argentiada* en su estudio sobre indigenismos para resaltar las traducciones y transcripciones erróneas de Tristany. Incluso, sobre la inclusión de guaranismos en los versos del poema indica que se trata de, “como otras veces, el mal gusto literario de Tristany aplicando términos ociosos” (1956: 234).

los pasajes relatados, resulta pertinente una breve mención al vínculo que pudiera establecerse entre *La Argentiada* y los llamados pintores viajeros.

El prestigio de Humboldt, especialmente después de su viaje a América, impulsó el emprendimiento de incursiones científicas de corte ilustrado, ahora al amparo de una nueva perspectiva epistemológica en la cual arte y ciencia confluyeron. Como viajero, explorador y hombre de ciencia, Humboldt percibió estéticamente tanto paisajes como pueblos¹¹, y los integró en su discurso científico: sus bocetos, “trazados con precisión analítica”, se alejaron “de los estereotipos encontrados en otras representaciones del nuevo mundo” y resultaron de una influencia decisiva en las concepciones artísticas de los pintores que siguieron sus pasos por América (Lubrich, 2016: 257). Un caso paradigmático dentro de ellos fue el de Johann Moritz Rugendas. Rugendas, seguidor y amigo personal de Humboldt, representó en litografías, acuarelas y óleos minuciosas escenas del medio social y físico de la región rioplatense, que recorrió en su segundo viaje a nuestro continente (Gallardo Porras, 2012: 68). Domingo Faustino Sarmiento entendía que Rugendas, antes que pintor, fue un historiador, dado que sus cuadros podían “leerse” como verdaderos documentos, capaces de plasmar las diferentes clases sociales con sus vestimentas y utensilios propios, y el medio ambiente que las albergaba. En ese sentido, entonces, cuando Tristany asimila la variedad de metros implementada en su poema con la paleta de colores del artista visual, no hace más que acogerse a las concepciones estéticas imperantes, que habían reconfigurado el clásico *ut pictura poesis* horaciano en la figura de los pintores viajeros.

El poema de Tristany, además, se vincula con Rugendas también a través de las narraciones de cautiverios. En 1845, Rugendas residió cuatro semanas en Montevideo: allí frecuentó salones y tertulias, y confraternizó con diplomáticos europeos, escritores y artistas exiliados a causa del gobierno rosista, entre los que se encontraba Esteban Echeverría. Varias de sus representaciones sobre mujeres cautivas fueron realizadas en Montevideo y estas llegaron a configurar en la época un imaginario de características propias sobre lo femenino, asumido por artistas visuales y literatos, entre los que se encontraba Tristany: la matriz narrativa historiográfica rioplatense del poema, materializada en relatos de cautiverio femenino, así lo refleja¹².

Por otra parte, y pese al aparente propósito de que *La Argentiada* responda a los lineamientos de la literatura científica de viajes de corte humboldtiano, Tristany no va mucho más allá de una mera enumeración de ejemplares de la fauna y flora regionales. En la *Tabla de Contenidos*, el autor declara que su obra contiene “Descripciones geográficas, históricas y topográficas de

¹¹ Humboldt, explican Chaves y Margueliche, “no estudió *la* naturaleza, sino que estudió *en* la naturaleza, articulando dos dimensiones emplazadas en los instrumentos científicos, las mediciones y observaciones, y en el hecho de dejarse llevar por el asombro, experimentando la naturaleza a través de los sentimientos” (2018: 2).

¹² Debido a la extensión de este trabajo no es posible desarrollar el tema; a manera de síntesis puede decirse que las representaciones de cautivas blancas decimonónicas apuntan —especialmente en el Río de la Plata— a un universo de producción y circulación de múltiples aristas en el que se articulaban redes artísticas y simbólicas pero también políticas. Entre 1830 y 1850 Rugendas realizó alrededor de veinticinco versiones diferentes de la cautiva blanca, que se convirtieron en el antecedente directo para las representaciones de cautiverios femeninos en pintores como Manuel Blanes y Ángel Della Valle, de importante repercusión en América del Sur. Si bien en *La Argentiada* el cautiverio es multiétnico porque las cautivas son españolas, criollas o indígenas, se mantiene el eje ‘civilización y barbarie’ porque las indígenas se encuentran “integradas” al mundo occidental a consecuencia de la labor de las misiones. Cf. Tieffemberg, 2023.

los principales ríos, desiertos y territorios poblados” (1902: 3) y no duda en dejar asentado que estas descripciones geográficas “están ajustadas a las cartas más correctas y a los principios exactos de la Geodesia y Cosmografía” (1902: 15). Sin embargo, si analizamos el inicio del canto XXXII, donde se describe “la Patagonia”, es decir, el lugar en el cual se asienta la misión jesuítica del Nahuel Huapi:

Las aguas de aquel lago solo mueven
los huracanes, y sus tristes ecos
despiertan los yaguares que lo beben,
con sus fieros rugidos roncós, huecos.

El cóndor de los Andes, atrevido
suele cruzarlo con gigante vuelo,
cuando persigue al avestruz perdido
o explora con audacia tierra y cielo.

Entre los carrizales de la orilla
se esconde el *sucarath*, y el indio fiero
al *nensrú* con su maza bravo humilla
acechándolo astuto y venturero.

Si un insecto se muestra es el *tapiro*,
si se oye un eco acaso, en lontananza,
es el del *lemoró*, que en vago giro
y en apiñada nube lento avanza (1902: 230).

encontramos, por una parte, referencias estereotipadas sobre el desierto, connotado por la soledad y el silencio¹³, y por tres de sus animales emblemáticos —el jaguar, el cóndor y el avestruz— que, ya desde varios años atrás, ilustraban crónicas de viajes sobre América del Sur, puestas en circulación en libros y periódicos europeos. Por otra parte, las menciones al *sucarath*, el *nensrú*, el *tapiro* y el *lemoró* son escuetas y no parecen aportar al lector especializado mucho más que denominaciones “exóticas” de una fauna poco conocida fuera de la región. Más aún, si nos dirigimos al *Vocabulario* adjunto, encontramos que la traducción de algunos de estos vocablos es inespecífica y falta de claridad: *tapiro* nombraría, según Tristany, un tipo de hormiga y *lemoró* a la langosta, mientras que *sucarath*, nombre que designaba a la comadreja (Fernández, 1974: 258), recibe una definición de difícil interpretación: “especie de oro” (1902: 272). De igual manera, el vocablo *nensrú*, definido como “el león del Suró canguar”, lleva como fuente de origen “un capitán cautivo mucho tiempo entre los indios de la Pampa” (1902: 272), aportando más dudas que precisiones.

Ahora bien, aun cuando las descripciones en *La Argentiada* no muestran funciones retóricas específicas que permitan la adscripción inequívoca del poema dentro de la literatura científica decimonónica, lo cierto es que los pasajes descriptivos abundan en el texto y así se anuncia desde el título: “*La Argentiada. Poema histórico-descriptivo*”. Como señala con claridad Sofía Carrizo

¹³ Ejemplo emblemático, por cierto, son los —tantas veces evocados— versos iniciales de *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría —una de las fuentes expresas del poema—, que conjugan tierra, montaña y mar en el silencio sombrío de la caída de la tarde: “Era la tarde, y la hora / en que el sol la cresta dora / de los Andes. El Desierto / inconmensurable, abierto, / y misterioso a sus pies / se extiende; triste el semblante, / solitario y taciturno / como el mar” (Echeverría, [1837] 2006, 49).

Rueda, “los relatos de viaje constituyen un tipo de discurso narrativo-descriptivo” en el cual los “propósitos descriptivos” “frenan” la lectura para poder asimilar las informaciones, reflexionar sobre ellas y disfrutar del asombro o el placer que depara cada una de las ‘escenas’ del enorme espectáculo que proponen” (1997: 13), y en ese marco de sentido, es posible una mirada de conjunto a la estructura general del poema. Desde el punto de vista narrativo, la “acción” se sitúa en los relatos de cautiverio a través de los cuales se refiere la historia colonial del Río de la Plata; sin embargo, cada uno de estos relatos está precedido por una estancia descriptiva. El marco geográfico en el cual se desarrollan los cautiverios —la vera del Paraná, la llanura pampeana, la selva misionera y la estepa patagónica que rodea el lago Nahuel Huapi— comporta características peculiares que permiten detener la lectura y articular las narraciones a través de descripciones que las preceden, dirigiendo la atención del lector hacia la variedad y el exotismo de la naturaleza y los habitantes originarios. De esta manera, la estructura general del poema alterna secuencias narrativas con extensos pasajes descriptivos que convierten en escenario el espacio donde se desarrollarán los hechos a narrar, ralentizando el *tempo* del relato, cuya dinámica termina por acercarse al paradigma del relato de viajes, según las conceptualizaciones de Carrizo Rueda, antes que al de la epopeya. Es especialmente significativo, en este sentido, el extenso pasaje descriptivo que precede a la fundación del fuerte Sancti Spiritus, futuro escenario del cautiverio de Lucía Miranda. Se trata de una descripción elegíaca del río Paraná —muy probablemente subsidiaria del poema de Lavardén—¹⁴, donde el autor se refiere a sí mismo como un “viajero” que no solamente recorrió sus costas, sino que también se adentró en “su historia”:

¡Oh río plateado y caudaloso
que imperas en la América Argentina!
Yo te miré sereno y majestuoso
correr al mar que tu altivez domina
y te admiré rugiente y espumoso [...]

Cual Niágara terrífico retruenas
si te incitan furiosos vendavales,
el Ganges admirara tus arenas
y el inmenso Amazonas tus raudales.
Al Nilo no le envidias sus sirenas
Ni al Arno y Tíber sus cañaverales,
siendo cuando te alzas arrogante
el amor y el orgullo de Atalante.

[...] Tú sabes que infelice cual Homero
aunque no tan ilustre e inspirado,
tus costas recorrí como viajero
estudiando tu historia del pasado.
Sabes cuánto te estimo y te venero,
ajeno a cuanta pena te ha enlutado
y que por aumentar algo tu gloria,
pulsé mi lira y estudié tu historia (1902: 50-51).

¹⁴ La oda “Al Paraná” de Manuel José de Lavardén apareció por primera vez en 1801 en el *Telégrafo Mercantil, Social, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, primer periódico impreso rioplatense. Texto fundacional de la literatura rioplatense en tanto primera composición poética que describe el paisaje regional, en él encontramos un yo lírico que invoca al río Paraná y se inscribe en la tradición greco-latina de las églogas.

Al reconocerse como viajero de la región rioplatense, para cuya escritura apela tanto a lo experiencial como al conocimiento histórico, Tristany realiza un doble desplazamiento discursivo: se diferencia de los viajeros de escritorio y los relatos de viaje ficcionales, y se aproxima al viajero ilustrado cuya “voluntad escritural” respondía al “deseo de ver y saber” (Galgani y Daza, 2021: 260). Sin desmedro de lo anterior, la relevancia atribuida a las percepciones subjetivas que el espacio evoca en quien escribe pone de manifiesto un lugar de enunciación de filiación romántica, en el cual se vincula —mediado por los sentimientos— un yo que “dice” con admiración y un “objeto natural” admirado, el “río plateado y caudaloso”. Finalmente, sujeto y objeto confluyen desde lo retórico, en tanto ambos se connotan a través de la *comparatio*. Pero mientras el Paraná no envidia al Nilo sus sirenas —es decir, mientras la *comparatio* se convierte en una *amplificatio* que universaliza—, quien escribe se presenta como un rapsoda que no alcanza ni la “ilustración” ni la “inspiración” de Homero, es decir, se singulariza apelando al lector a través del *conciliare ad benevolentiam* ciceroniano. Esta relación empática que Tristany decide establecer con su lector se manifiesta desde las primeras líneas de *La Argentíada* y nos permitirá una última mirada a la construcción de la voz autoral en la obra.

IV.

En uno de los primeros paratextos del poema titulado “Al lector”, Manuel Rogelio Tristany expresa con sencillez y claridad el contexto de producción que modela su condición de “autor”:

El autor nació en España: lo dejó huérfano la guerra civil y completó su educación en Francia, alimentando su alma con el estudio, en la soledad y el destierro a que lo condenaran [...]. Demasiado joven para haber tomado una parte activa en la guerra civil y sin patria a quien consagrar sus inspiraciones, buscó en América nuevos horizontes para su fantasía y la libertad, igualdad y fraternidad que anhelara (1902: 5).

De España a América, del destierro de la patria a la patria por adopción, será esta la única vez que Tristany haga alusión expresa a la guerra civil y a la gravitación que tuvo en su vida; sin embargo, su condición de huérfano y condenado a la soledad permeará la voz del autor/narrador bajo distintas máscaras. Una de ellas, que lo acompañó gran parte de su vida, fue su seudónimo: “un solitario de América”. El vocablo “solitario” despliega su red de sentidos designando al autor incluso en el interior del poema, en expresiones como “desde mi oscuro asilo solitario” (1902: 248), “la lira cesa ya del solitario” (1902: 263) o “yo que vagando triste y solitario” (1902: 173)¹⁵. Por otra parte, el vocablo “triste”, presente en la cita anterior, reaparece una y otra vez en distintas estrofas y constituye también, junto a “solitario” o “aislado”, la máscara autoral. Por último, y en relación con esto, será un vocablo como “peregrino” el que dote de un matiz singular a la construcción de autor que se realiza.

En el “Discurso preliminar” Tristany indica que “[e]l autor de *La Argentíada* [...] para aproximarse a la verdad buscó inspiraciones en las vírgenes selvas recorriéndolas como peregrino oscuro al paso que se proponía describir, no queriendo cometer los errores del que escribe sin propia convicción y conocimiento” (1902: 14). *Peregrino*, compuesto del latín *per*

¹⁵ Resulta interesante señalar que uno de los vocablos del guaraní anotado en el glosario que acompaña la obra, *tabey tecuará*, se traduce como “solitario” (Tristany, 1902: 272) y designa a un hombre sabio dentro de la comunidad indígena de los timbú (1902: 100).

ager, remite etimológicamente al que atraviesa los campos y por extensión, al que está de paso, al extranjero (Blanquez Fraile, 1946: 834), pero ya en la Europa medieval el término comienza a asociarse al viajero que se traslada por motivos religiosos. Recordemos que Tristany encuadra su poema dentro de la épica de tema religioso y afirma, además, también en el “Discurso preliminar”, que “[l]a caridad cristiana es el *Deus est machina* de *La Argentiada*” (1902: 13), mientras que el canto final de la obra se titula “Triunfo de la caridad cristiana”. Y en ese último canto toma preeminencia la voz del autor/narrador, asumiendo la perspectiva del viajero solitario que peregrina por la América del Plata y solo mitiga su tristeza en el amparo de la cruz:

Yo a ella me dirijo
y a su sombra de paz amante busco,
y en su tranquilo templo
menos aislado y triste me contemplo (1902: 266).

El autor/narrador, entonces, se configura desde los paratextos como huérfano y desterrado, como peregrino a quien la guerra civil obturó la posibilidad del retorno a la patria, y en los versos finales esta configuración se consolida cuando se nos revela en su faz de caminante “aislado y triste”, a quien solo mueve el anhelo de encontrar la paz. Esto posibilita, por una parte, considerar *La Argentiada* en su conjunto como la narración-descripción de un largo peregrinaje a través de la historia y la geografía rioplatenses. Y por otra, nos permite aventurar una hipótesis sobre cuál es el fin último de la escritura del poema.

Tristany, que huyendo de las guerras civiles en España, había llegado a la región en el marco de las guerras civiles locales —recién finalizadas hacia 1880—, no fue ajeno al contexto político rioplatense. La vida familiar a través de su esposa lo vinculó, apenas establecido en Montevideo, a Silvestre Blanco, quien había formado parte en su juventud de las fuerzas artiguistas y posteriormente se desempeñó como presidente de la Asamblea Constituyente que, en 1830, redactó la primera Constitución del país. Asimismo, en 1857 dedicó un panegírico a Manuel Oribe, presidente constitucional del Uruguay entre 1835 y 1838, ex integrante, al igual que Silvestre Blanco, de las filas de Artigas. El panegírico, titulado “¡Unión, Paz, Independencia!”, fue leído en las exequias de Oribe y en él Tristany se declara su amigo personal y hace presente las palabras que Oribe le habría confiado, dirigidas a sus conciudadanos: “jurad [...] sepultar los odios en el olvido y procurad esa unión cuyo solo poder logrará haceros felices” (Oribe, 1913: 350). Significativamente, en *La Argentiada* Hernando Arias de Saavedra dirige a la región del Plata una arenga semejante a la de Oribe: “Paz y unión griten tus soberbios ríos, / paz tu tierra tan mágica y florida, / y unión y paz tus bosques tan umbríos” (Tristany, 1903: 208). Así, cuando Tristany expresa en el “Discurso preliminar” que cifra en su poema la esperanza de que este sea capaz de “desterrar el monstruo del egoísmo que, [...] aprovechándose de las discordias civiles, ha cundido amenazando esterilizar” el “pensamiento” y el “corazón” del pueblo (1902: 8), *La Argentiada* puede entenderse, en última instancia, como deseo profundo y vehemente de suturar una herida, única condición de posibilidad de anclaje para el peregrino en la nueva patria.

Referencias bibliográficas

- BARCO CENTENERA, Martín del, [1602] 1998, *Argentina y conquista del Río de la Plata*, estudio preliminar, edición y notas a cargo de Silvia Tieffemberg, Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- BLÁNQUEZ FRAILE, Agustín, 1946, *Diccionario Latino-Español*, Barcelona, Sopena.
- CANAL, Jordi, 2004, “La contrarrevolución en movimiento: carlismo y violencia política en España, 1976-1939”, *Prohistoria* 8, 8, pp. 87-115.
- CARRIZO RUEDA, Sofia, 1997, *Poética del relato de viaje*, Kassel, Edition Reichenberger.
- CHAVES, Analía y Juan Cruz MARGUELICHE, 2018, “Humboldt y la construcción del paisaje hispanoamericano en *Vues des cordillères* (1810)”, *Geograficando* 14, 1, pp. 1-12. Disponible en: <https://www.geograficando.fahce.unlp.edu.ar/article/view/GEOe035/9655> (consultado: 12/07/2024).
- DE MARCO, Miguel Ángel, 1968, “Manuel Rogelio Tristany: jurista, periodista y hombre de letras. Su actuación en el Río de la Plata en el siglo XIX”, *Revista Universidad* 76, pp. 245-261. Disponible en: <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/4691> (consultado: 21/02/2023).
- ECHEVERRÍA, Esteban, [1837] 2006, *La cautiva. El matadero*, Buenos Aires, Longseller.
- FAUS PRIETO, Alfredo, 2016, “Cartografía de la primera guerra carlista. Planos del frente del maestrazgo del capitán Manfredo Fantí (1837-1840)”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història* 66, pp. 141-162.
- FERNÁNDEZ, Jorge, 1974, “Modificaciones recientes en el habitat de algunos mamíferos pampásico-patagónicos”, *Anales de Arqueología y Etnología* 1974-1976, 29-31, pp. 277-295.
- FERNÁNDEZ SALDAÑA, José María, 1943, “*La Argentíada*, un poema de 1857”, *La Prensa*, 14 de marzo de 1943, sección 2, 2.
- , 1944, “Manuel Rogelio Tristany, un propulsor del periodismo departamental”, *El día* XIII, 605, Montevideo, Biblioteca Nacional. Disponible en: <https://anaforas.fic.edu.uy> (consultado: 21/02/2023).
- , 1945, *Diccionario uruguayo de biografías (1810-1940)*, Montevideo, Adolfo Linari, pp. 1249-1250. Digitalizado por Biblioteca Digital de Autores Uruguayos, Facultad de Información y Comunicación (Universidad de la República, Uruguay). Disponible en: <https://archive.org/details/DiccionarioUruguayoBiografiasFernandezSaldana/page/n9/mode/2up?view=theater> (consultado: 27/05/2024).
- GALGANI MUÑOZ, Jaime y Paulina DAZA DAZA, 2021, “Modalidades del relato de viaje: propuesta para su clasificación”, *Logos. Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura* 31, 2, pp. 254-269.
- GALLARDO PORRAS, Viviana, 2012, “Rugendas, artista viajero y su aporte a la construcción de la representación indígena”, *Tiempo Histórico* 4, pp. 67-86.
- LUBRICH, Oliver, 2016, “El viaje como experimento. Las *Vistas de las cordilleras*, de Alexander von Humboldt”, *Cuicuilco* 23, 66, pp. 257-282.
- MARRERO-FENTE, Raúl, 2017, *Poesía épica colonial del siglo XVI. Historia, teoría y práctica*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert.
- MEGÍAS, Alicia, 1998, “La prensa y formación de la opinión pública en Rosario a mediados del siglo XIX”, *Cuadernos del Ciesal* 3, 4, pp. 67-87.
- OLAREAGA, Manuel, 1962, “El periodismo en el departamento de Salto. Aportes para una Historia del Periodismo”, Salto. Disponible en: <https://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/65c2283695072aa8f225b627b34a241a.pdf> (consultado: 30/05/2024).

- ORIBE, Aquiles B, 1913, *Brigadier General Don Manuel Oribe. Estudio científico acerca de su personalidad*, Montevideo, Librería Nacional, t. I. Disponible en: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/6b/Brigadier_General_Don_Manuel_Oribe_-_Aquiles_B._Oribe_%28Tomo_I%29.pdf (consultado: 22/07/2024).
- REBOK, Sandra, 2009, “España en la lente de los viajeros científicos alemanes durante el siglo XIX”, *LLULL* 32, pp. 135-152.
- RUIZ MORALES, Mario, 2012, *La aventura métrica de Alexander von Humboldt (1799-1804)*, Granada, Editorial Universidad de Granada.
- SCARONE, Arturo, 1942, *Diccionario de seudónimos de Uruguay*, Montevideo, Claudio García.
- SCHIAFFINO, Rafael, 1956, “Guaranismos. Ensayo etimológico”, *Revista Histórica. Publicación del Museo Histórico Nacional* 50, 25, 2º época, pp. 193-336.
- TARCUS, Horacio, 2018, “Aportes para una historia conceptual del socialismo en el espacio rioplatense (1837-1899)”, *Conceptos Históricos* 4, 5, pp. 122-178.
- TIEFFEMBERG, Silvia, 2024, “Cristóbal Colón, misterioso numen de un poema épico tardío del siglo XIX”, en Andrea BOCCO y Hebe Beatriz MOLINA, comp., *Diálogos sobre las literaturas de la Argentina del siglo XIX*, Mendoza, Micrositio de libros de la Facultad de Filosofía y Letras. Biblioteca Digital de la Universidad Nacional de Cuyo, pp. 346-354. Disponible en: <file:///C:/Users/silvi/Downloads/actas%20coloquio%20Literatura%20siglo%20XIX%20MICROSITIO%20FFL%20UNCu.pdf> (consultado: 02/07/2024).
- , 2023, “*La Argentiada* (1857) de Manuel Rogelio Tristany. Narrar la historia como cautiverio”, *Cuadernos de Humanidades* 38, Dossier “Relatos de cautiverio: de la colonia al siglo XX”, pp. 79-96. Disponible en: <https://portalderevistas.unsa.edu.ar/index.php/cdh/article/view/4131> (consultado: 29/05/2024).
- , 2021, “Fábulas esenciales: Lucía Miranda en la crónica jesuítica rioplatense del siglo XVIII”, *Revista de crítica literaria latinoamericana* XLVII, 93, pp. 183-199.
- TRISTANY, Manuel Rogelio (Solitario de América), [1857] 1902, *La Argentiada. Poema histórico-descriptivo escrito en variedad de metros*, Buenos Aires, J. Carbone.
- URCELAY ALONSO, Javier, 2022, “La campaña montemolinista o guerra de los *matiners*”, *Revista de historia militar* 66, 2 Extraordinario, pp. 213-238.

Relatos de viaje de España a Argentina a comienzos del siglo XX. José Ortega Munilla como referente

JULIO PEÑATE RIVERO
Universidad de Friburgo (Suiza)
julio.penate@unifr.ch

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 14 de octubre de 2024.
DOI:

Resumen: Tras los acontecimientos de 1898, numerosos escritores españoles viajan a la Argentina con una perspectiva semejante y muy particular: abandonan temporalmente un país en franca decadencia para impregnarse de una nación joven y en plena expansión. La Argentina va a ser percibida de una forma poco menos que inédita y su relación estrecha con España será considerada beneficiosa sobre todo para la antigua metrópoli, muy necesitada de ese estímulo exterior. La situación se transformará a partir de 1939: el tipo de viajero no será el mismo, su visión de la Argentina deberá cambiar radicalmente y sus relatos habrán de responder a la función que les asignará la política cultural de los vencedores de la guerra civil española. Nos centraremos sobre todo en la primera parte y dedicaremos un espacio particular a José Ortega Munilla, un autor especialmente representativo de aquellos años, pero también consideraremos varios relatos de la posguerra española para destacar el contraste entre ambos momentos de la historia en general y la del relato de viaje hispano en particular.

Palabras clave: La Argentina en el relato de viaje español; Relato de viaje hispano a principios del siglo XX; Literatura de viaje del siglo XX; Textos clave del relato de viaje español; José Ortega Munilla.

Travel Narratives from Spain to Argentina in the Early 20th Century. José Ortega Munilla as a Case Study

Abstract: Following the events of 1898, numerous Spanish writers traveled to Argentina with a shared, distinctive outlook: they temporarily left a country in marked decline to immerse themselves in a young nation experiencing dynamic growth. Argentina was perceived through a novel lens, and its close relationship with Spain was seen as particularly advantageous for the former metropolis, which was in urgent need of external stimulus. This situation would change significantly after 1939: the type of traveler, their vision of Argentina, and the narratives they produced would shift radically, influenced by the cultural policies of the victors of the Spanish Civil War. This study primarily focuses on the early period, dedicating special attention to José Ortega Munilla, a notably representative author of the time. It also examines select travel accounts from the Spanish post-war era to underscore the contrast between these two distinct historical moments, both for the broader context and for the evolution of the Hispanic travel narrative.

Keywords: Argentina in Spanish Travel Literature; Early 20th Century Hispanic Travel Narrative; 20th Century Travel Literature; Seminal Spanish Travel Texts; José Ortega Munilla.

Introducción: el contexto histórico

Las primeras décadas del siglo pasado constituyeron para España un período singularmente convulsivo por los problemas heredados del siglo anterior y los que surgieron al principio del XX, unos y otros sin resolver y que dieron lugar primero a la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), después a la segunda república (1931-1936) y posteriormente a la guerra civil (1936-1939). La pérdida de las últimas colonias en 1898 trajo consigo una profunda sensación de agotamiento, de decadencia, de fin de época sin perspectivas de mejora, no solo por el final del imperio ultramarino sino porque un estado que había sido una primera potencia colonial se había mostrado durante el siglo XIX incapaz de gobernarse a sí mismo: invasión napoleónica sólo superada con la intervención inglesa, tres guerras carlistas, crisis de gobierno a repetición, cantonalismo, derrota colonial ante Estados Unidos, el caciquismo como forma de gobierno real bajo ropaje parlamentario, el auge del regionalismo y del separatismo especialmente en Cataluña, etc.

A la entrada del siglo XX, la situación se agrava ya que el sistema de gobierno diseñado por Antonio Cánovas del Castillo (alternancia en el poder entre conservadores y liberales) se resquebraja con la muerte de sus líderes, Cánovas y Sagasta, sucedidos sin éxito por Maura y Canalejas. La conflictividad social aumenta ante el crecimiento numérico de obreros en el medio campesino y sobre todo en el urbano, y por su creciente capacidad de organización en partidos y sindicatos socialistas y anarquistas (UGT y CNT respectivamente). Esa conflictividad tendrá un primer hito en la llamada Semana Trágica de 1909 en Barcelona (con el fusilamiento de su presunto animador, el pedagogo Francisco Ferrer Guardia) y el segundo en la Huelga General Revolucionaria de agosto de 1917, sofocada con más de cien de muertos, varios centenares de heridos y unos dos mil presos.

En cuanto a las relaciones exteriores, retengamos sólo dos jalones significativos: España se declaró neutral durante la primera guerra mundial, lo que permitió una gran entrada de capital por el comercio con los beligerantes, pero ese capital quedó limitado a quienes ejercieron dicha actividad y, en cambio, contribuyó a una grave carestía e incluso a la ausencia de productos cuya venta en el exterior resultaba más lucrativa. El segundo jalón es la guerra de Marruecos (1909-1927), un conflicto que el estado español venía arrastrando desde mediados del siglo XIX como último sobresalto de orgullo de quien había sido una potencia colonial y pretendía hacerlo valer aún ante sus vecinos europeos, pero que se volvía sistemáticamente negativo para la economía del país hasta que España renunció al Protectorado de Marruecos en 1956.

Básicamente se podría sintetizar la delicada coyuntura de estos años subrayando que, si bien la estructura social del país había evolucionado, la forma de gobernarlo y la composición de las élites continuaban ancladas en el pasado. Baste apuntar que a principios de siglo el 2% de la población seguía poseyendo el 47% de las tierras cultivadas y que la jerarquía militar, organizada en Juntas de Defensa, vigilaba cuidadosamente sus prerrogativas, lo que limitaba no solo la posibilidad de una evolución interna sino también el margen de maniobra de los diferentes gobiernos, que se sucedían vertiginosamente unos a otros: diecinueve entre 1898 y 1914. Respecto a las consecuencias de todo ello para la población y para la temática que aquí nos ocupa, un dato podría resumir la situación: en el período de 1901-1911 emigró el 10% de

la población española, el 80% de la cual era rural, en un país que rozaba los veinte millones de habitantes en 1910 (Tuñón de Lara, 1991: 497-524).

Las respuestas de los dos movimientos más significativos del momento, el regeneracionismo y la generación del 98, resultaron insuficientes: el primero quedó diluido tras la aportación luminosa de Joaquín Costa, su máximo animador. El segundo formaba más bien parte del problema que de la solución: salvo excepciones (Machado, Valle Inclán), su rebeldía inicial (Azorín, Baroja, Maeztu) derivó pronto en desánimo, salidas individualistas y alineamiento con el sistema que habían criticado.

Es en este contexto donde surgen los relatos de los autores que vamos considerar a continuación. Fuera de España, el país hispano que más les atrae es la Argentina, una nación nueva, en plena expansión y con una capital convertida en centro cultural del continente. Los motivos del viaje son variados y las apreciaciones difieren, pero las coincidencias son lo suficientemente significativas como para hablar aquí de una tendencia viática digna de estudio. Concentramos nuestro ensayo en los primeros veinticinco años del siglo y en los relatos de los autores siguientes: Rafael Altamira, Ildefonso Arroyo, Vicente Blasco Ibáñez, Javier Bueno, José Francos, Manuel Menacho, Federico Rahola, Santiago Rusiñol, Carlos María Santigosa, José María Salaverría, Eduardo Zamacois y, en particular, José Ortega Munilla, cuyo texto nos parece representativo del conjunto y a la vez dotado de rasgos específicos.

Los motivos del viaje en cinco variantes

En cuanto al móvil formal del desplazamiento, en muy pocos casos se trata de viajes de carácter oficial. Predominan los de orden privado y, dentro de estos, se pueden distinguir ciertas variantes. En los de tipo oficial encontramos básicamente dos viajeros; en primer lugar, Manuel Menacho y Peirón, oftalmólogo de prestigio internacional, que es invitado en 1910 por el gobierno argentino para formar parte del Comité Organizador del Centenario de la Revolución de Mayo, dictar conferencias en la Universidad de Buenos Aires y codirigir un congreso de su especialidad. El trayecto lo realizó integrado en la delegación española que, dirigida por la Infanta Isabel de Borbón, representó a la Corona en el evento. Así pues, el periplo de Menacho, aunque de contenido académico, nos parece convenir mejor al de la representación oficial.

El viaje más declaradamente oficial de nuestro corpus, desprovisto además del contenido académico del anterior, es el realizado por José Francos Rodríguez en 1920: exdiputado y exministro, recibió el encargo de Eduardo Dato, entonces presidente de gobierno, de sumarse a la misión presidida por el Infante Don Fernando para representar a España en Chile durante las fiestas magallánicas. Según sugiere Francos en su dedicatoria del libro a Alfonso XIII, *Huellas españolas. Impresiones de un viaje por América* (1922) fue consecuencia del interés manifestado por el monarca a la vuelta del periplo. Adelantemos que, tanto este texto como el de Menacho (*Un viaje a la Argentina: el porvenir de los pueblos iberoamericanos*, 1911), no se integran en la serie viática de crónicas de viajes realengos, tan del gusto del siglo XIX español, puesto que están centrados en la información sobre los países visitados y no en los integrantes de la misión ni en las incidencias de la visita.

En el siguiente grupo hallamos los desplazamientos más unívocamente académicos: los visitantes desembarcan en Buenos Aires solicitados por instituciones locales para intervenir en actividades universitarias y culturales de diverso tipo. Por ejemplo, José Ortega y Gasset llega el 22 de julio de 1916 invitado por la Asociación Cultural Española de Buenos Aires con el objetivo de dictar una serie de conferencias que se revela muy exitosa, razón por la cual prolongará su estancia hasta el 2 de enero de 1917, mientras que su padre regresa a Madrid poco antes de las navidades de 1916. Por cierto, la conferencia de Ortega y Gasset que retenemos aquí, “Impresiones de un viajero” (1916), es de gran interés para distinguir esta etapa de la de los viajeros españoles de posguerra.

Un tipo de invitación semejante recibe Rafael Altamira en 1909, designado por el rector de la Universidad de Oviedo para dictar conferencias e impartir cursos en Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile, Lima, México y La Habana, todo ello con la finalidad de estrechar las relaciones académicas y culturales entre América y España (Altamira, 2010). También el periplo argentino y chileno de Vicente Blasco Ibáñez en 1909 se debe a una amplia gira de conferencias, lucida en crítica y jugosa en finanzas, a partir de la cual redacta *Argentina y sus grandezas* (1910). Además, Blasco Ibáñez elabora todo un plan de desarrollo agrícola en el norte argentino (1911-1913), un proyecto finalmente abandonado.

La tercera variante, quizás la menos fértil literariamente pero no carente de interés, es la del viaje como encargo explícitamente comercial: no obedece (sólo) a una iniciativa personal sino más bien a terceras personas, que lo patrocinan o incitan por un interés financiero para beneficio propio. Así sucede con los realizados en 1904 por Carlos María Santigosa y en 1905 por Federico Rahola Tremols. El primero, director del *Heraldo Sevillano*, se pone al servicio de la exportadora e importadora de frutos Mallol Hermanos para informarle sobre posibles mercados en el Río de la Plata. Santigosa pasa un mes en Montevideo y cuatro en Buenos Aires recabando datos de interés para su patrocinador y también establece contactos y colaboraciones con los periódicos locales. Su libro, *El Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires: recuerdos de viaje* (1906), desborda este propósito tan limitado y se convierte en una obra de interés general, como lo sugiere el mismo hecho de su publicación. En cuanto a Ildefonso Arroyo, sacerdote y Consejero Delegado de la Casa Social de Valladolid, se desplaza en 1925 a Buenos Aires por un comercio de orden más bien espiritual: visitar y controlar las actividades de su organización. Relata sus experiencias en *Impresiones de mi viaje a la República Argentina* (1926).

Por su parte, el viaje de Federico Rahola (jurista, economista y escritor gerundense) obedece al impulso de José Puigdollers Maciá, fundador de la revista económica *Mercurio*, de la cual Rahola era director. Puigdollers, que había vivido en Argentina fomentando las relaciones comerciales con los catalanes allí residentes y autor de varios libros de asunto económico sobre el país, animó a Rahola a continuar promoviendo el comercio entre las dos orillas del Atlántico. Ese estímulo se lo reconoce el enviado dedicándole *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud* (1905), un texto que figura entre los más destacados de nuestro estudio: Rahola recorre buena parte de la Argentina, se entrevista con personalidades de distintos medios, aduce datos económicos, sociales y culturales, despliega una información amplia y ponderada y conjuga todo ello con un notable interés viático: dedica los siete capítulos iniciales al trayecto

marítimo, da una periodicidad de diario a la mayor parte del relato, es muy generoso en descripciones tanto de lo que contempla como de su impacto sobre él mismo y termina confesando que los cuatro meses de su experiencia sudamericana le han transformado, por lo que este autor nos servirá de enlace con la categoría siguiente y última. Apuntemos antes que, en cierto modo, ambos textos se vinculan a la tradición que aúna el relato viático con la incitación económica desarrollada por viajeros del siglo anterior como César Valcárcel (*Impresiones de un viaje desde la península hasta Buenos Aires*, 1882) o Ciro Bayo (*El peregrino en Indias*, 1912). La diferencia entre dichos autores y Santigosa y Rahola sería que, en el caso de estos últimos, el incentivo indispensable para el viaje es externo y basado en un proyecto empresarial previo y concreto.

La cuarta variante, la de mayor atractivo desde una perspectiva más “puramente” viática y de mayor exigencia literaria, es la que designaremos como la del viaje estético, más bien para oponerla a las anteriores que para designar con rigor conceptual un tipo singular de periplo. Empecemos por el caso tal vez más delicado, el del escritor y pintor barcelonés Santiago Rusiñol: llega a Buenos Aires en 1910 en calidad de director artístico de una compañía teatral que representará una obra suya y también aprovecha para exponer una selección de sus cuadros. Se trata, pues, de un viaje privado y, en principio, por motivos profesionales, pero en *De Barcelona al Plata* (1911) ni siquiera menciona tal exposición y solo se refiere brevemente a la representación de la obra. Rusiñol pasa seis meses en Argentina, tres en Buenos Aires y el resto visitando el interior. El vivísimo interés que siente por el país lo resume en estos términos: “[...] porque aquí se ve cómo nace un pueblo y cómo asimila los elementos de todo el mundo y construye una patria con ellos” (Rusiñol, 1911: 157). En su libro encontramos excelentes cuadros de ambiente de Buenos Aires, de sus calles, de su vida cultural, de su frenesí económico, tanto como de espacios y elementos campesinos (el Paraná, la pampa, el gaucho, la caza del yacaré), todo ello sin pretensión documental sino de empatía por un mundo nuevo para el visitante, como sugiere la cita anterior.

Por su parte, el castellanense José María Salaverría motiva así su viaje en las primeras líneas de *Tierra argentina* (1910): “En España se ha escrito muy poco sobre la Argentina”, lo que contrasta con el interés que despierta en otros países del continente: “Tanto viene sonando el nombre de la República Argentina, particularmente en estos últimos años, que un fuerte deseo de conocer tan famoso país nació en mi alma de escritor curioso. Y hostigado por este vehemente deseo, encomendándome a los genios propicios de la mar, atravesé el Atlántico y me vi en tierra argentina” (Salaverría, 1910: 5-6). No solo recorrió la Argentina de norte a sur y de este a oeste, sino que siguió allí hasta 1913, trabajó para el diario *La Nación* y dedicó numerosos escritos al país y a comparar su presente y su futuro con el de España, con desventaja sistemáticamente para esta última.

Un interés semejante debió de sentir el cubano-español Eduardo Zamacois hasta que le permitieron satisfacerlo los ingresos de sus obras y la ayuda financiera de Blasco Ibáñez (Cordero Gómez, 2007: 677-678). Interrogado por sus colegas periodistas, incrédulos de que su viaje no obedeciera a motivos económicos, Zamacois respondía en la apertura de *Dos años en América* (1913): “¿Es que a Buenos Aires sólo debemos ir a ganar dinero? ¿Es que la gran

ciudad que brilla al otro lado del mar como un faro gigante, como un Eldorado de ensueño y maravilla a los ojos de todos los necesitados del mundo, no merece ser visitada por el único y limpio placer de verla?”. Y precisaba poco después:

Vengo a estudiar, a sumergirme lentamente en la gran alma poliforme de esta urbe, donde las razas humanas más diversas luchan y se fusionan, [...] en la que tal vez estén formándose ahora los primeros gérmenes de una humanidad nueva [...]. También deseo conocer el interior de la pampa augusta. Luego... ¡no sé!... Acaso me quede aquí, acaso me vaya, según mi gusto, en busca de otras manos amigas, camino adelante (Zamacois, 1913: 8, 10-11).

En cuanto a Javier Bueno, periodista madrileño admirado y temido por la ironía de sus críticas, es la revista *Mundial Magazine*, creada por dos empresarios uruguayos, los hermanos Guido, y dirigida por Rubén Darío, la que en 1912 financia el periplo americano de ambos para promocionar su distribución. No obstante, nada de ello se trasluce en *Mi viaje a América* (1913), el libro más corto, ligero y desenfadado de nuestra serie y que, tras referirse a Brasil y a Uruguay, dedica una cuarentena de páginas a la Argentina, suficientes para subrayar su interés y su continua sorpresa por lo que descubre en la capital del Plata.

Finalmente, José Ortega Munilla viaja de Madrid a Buenos Aires en 1916 comprometido con el *Diario de la Habana*, del que era colaborador habitual, para enviar crónicas exclusivas de su estancia en Buenos Aires, pero en realidad se trata de un compromiso *a posteriori*: enterada del viaje, la dirección del periódico pide a su colaborador dichas crónicas en sustitución de las que venía remitiendo desde Madrid. El objetivo de Ortega Munilla es primordialmente de índole personal: aprovechando el viaje de su hijo José, busca satisfacer su interés de muchos años (según afirma él mismo) por visitar la Argentina, ejemplo de país destinado a un brillante futuro, y comprobar en persona la contribución de los emigrados españoles, realizando allí lo que no habían podido lograr en su propia patria. Fruto de ello será *De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata* (1917), objeto particular de nuestra atención.

Del viaje a su relato: impresiones e impacto

Por extraño que parezca, en el conjunto de los textos citados encontramos toda una serie de coincidencias muy llamativas por su cantidad, temática y por sus diferencias con los de otra serie de viajeros, publicados durante las dos primeras décadas del franquismo, con unas perspectivas, contenidos y funciones bastante diferentes. Abordemos ahora dichas coincidencias antes de pasar brevemente a los autores de la inmediata posguerra.

Detengámonos, de entrada, en la imagen de España que los relatos nos sugieren. La coincidencia es bastante unánime en torno a este tema, presente en casi todos ellos: el país se caracteriza por una realidad básica, la decadencia general, con matices diversos según los autores. Por ejemplo, Blasco Ibáñez (1910: 161-162) se focaliza en la pérdida de recursos humanos: si hoy España se encuentra agotada es como consecuencia de tres siglos de emigración, que han dejado en ella a lo menos lucido de sus hijos; los demás se han visto forzados a expatriarse. Aunque en un tono menos radical, Carlos María Santigosano está lejos de compartir dicha opinión al afirmar el beneficio para la Argentina del medio millón de españoles allí establecidos y que destacan en el foro, en la medicina, en la arquitectura, en el

comercio, en la industria, en la agricultura, en las artes, en el periodismo, etc.: “¡Qué colosal esfuerzo el de los españoles en Argentina! Viene a la mente una reflexión amarga. Todo eso han podido hacerlo en España. [...] Mejor administrada y gobernada España, es seguro que no hubieran pensado en ampararse en la libre América” (Santigosa, 1906: 174).

Por su parte, José Francos Rodríguez, que había ejercido diversos cargos políticos (y que alguna responsabilidad debía de tener en la situación de su país), abundaba en la sensación de agotamiento de “la estirpe española” y ofrecía como alternativa admirar la sublimidad de la acción española en América, para argumentar que, en cierto modo, lo mejor del pasado español en el cono sur era haber contribuido al luminoso presente argentino (Francos, 1922: 238-245).

De una forma indirecta, Manuel Menacho también sitúa la España del momento entre los países más decaídos, aunque apuntando a una recuperación posible:

[...] se dirá: ¿estamos tan divorciados de la fortuna que no podemos abrigar ninguna esperanza de salvación!; ¿no es cierto?... Sin embargo, yo vuelvo los ojos a la Historia y veo que algunos pueblos que nada representaban llegaron a la cima del poderío, y miro en derredor y veo a Italia, Alemania y el Japón, que en el espacio de medio siglo han resurgido con formidable empuje y desde la categoría de pueblos decadentes, de naciones de segundo orden o de pueblos muertos, han ascendido a la de grandes potencias, de esas que figuran con voz y voto en el areópago de las naciones (Menacho, 1911: 319).

Preguntémonos ahora qué resaltan los viajeros españoles en la Argentina que visitan. La lista de elementos es muy amplia; nos limitaremos a una serie breve pero representativa. En cuanto a las actitudes de sus habitantes, sobresale un rasgo, muy apreciado por los visitantes, ya que España no destaca precisamente por ello, el sentimiento de nacionalidad. Entre los autores citables, valga la voz, acaso inesperada, de Javier Bueno: deja por un instante el registro voluntariamente ligero de *Mi viaje a América* para expresar su sorpresa ante el hecho de que los habitantes de un país formado por inmigrantes de origen tan diferente debido a la masiva afluencia europea, declaren con orgullo que se sienten argentinos. Según sus propios términos, este sentimiento “es el síntoma de la confianza que les inspira el porvenir de la patria”, lo cual es un factor decisivo porque “los pueblos que sienten la nacionalidad hasta un grado de exaltación son aquellos que más capacitados están para las luchas actuales”. Todo ello resulta admirable “para nosotros, viajeros, hijos de países escépticos, porque la vejez de la raza nos hizo así [cabe suponer que se refiere primordialmente a España]”. Además, nuestro autor considera que ese sentimiento no es casual, sino que se deriva de la capacidad de acogida y de integración por parte de quienes ya están en el territorio: “[...] de este modo, con una hospitalidad sincera y generosa, facilitándole medios de una vida más confortable y holgada que la anterior, logran que el recién llegado se sume a ellos en su amor hacia la Argentina” (Bueno, 1913: 159-160). En su conferencia del 6 de diciembre de 1916, “Impresiones de un viajero”, José Ortega y Gasset resumirá esa capacidad integrativa de grupos humanos y de sensibilidades distintas en una sola frase, breve y contundente: “Tiene el pueblo criollo talante de estado” (Ortega y Gasset, 1965: 366).

La capital porteña es objeto principal de la atención del extranjero y ello en dos tiempos: a su llegada puede tener la impresión de hallarse en una gran urbe parecida a otras europeas por

sus edificios, calles, comercios, plazas y paseos, ambiente, etc. Pero en un segundo tiempo advierte elementos inesperados en una urbe de crecimiento tan reciente y desarrollo galopante o incluso los echa de menos en las capitales ya conocidas (sobre todo en las españolas). Así le sucede a Carlos María Santigosa: al principio cree encontrarse en una ciudad peninsular para después deshacerse en elogios ante lo que descubre: la extensión de sus calles, el cosmopolitismo de sus habitantes, la limpieza, el alcantarillado, el alumbrado público, correos y telégrafos, hospitales, bomberos, policía, banca, comercio, beneficencia, educación, vida artística (teatros, tertulias culturales, librerías), etc. Y acaba exclamando: “¡Hermosa ciudad! Hoy eres ya, naciente apenas, una de las más hermosas del mundo. Todo hace creer que llegarás a ser la primera de la raza latina” (Santigosa, 1906: 194). En términos semejantes se expresan prácticamente todos los autores que tratan de la urbe, como lo muestran los siguientes ejemplos: Federico Rahola (1905: 82, 85) admira que Buenos Aires disponga nada menos que de “65 kilómetros de calles perfectamente adoquinadas y urbanizadas” y que merezca perfectamente el nombre de “ciudad de los tranvías”. Javier Bueno (1913: 148) afirma: “No creo que haya ciudad en el mundo donde se consuma más electricidad en el alumbrado que en Buenos Aires”; José Francos da la cifra de más de treinta y cinco mil vehículos circulando ante una guardia urbana eficaz y respetada, así como la cantidad de 3000 limpiadores al cuidado de unas calles perfectamente aseadas. Todo ello reviste para Francos un valor fundamental: “Por el orden de la calle se deduce el buen gobierno de un pueblo; la calle es el espejo de la nación” (Francos, 1922: 256-258). En definitiva, unos y otros perciben que Buenos Aires no es sólo la capital de la nación y una gran metrópoli sudamericana: es ya la mayor del ámbito hispano y está destinada a ser, en todos los sentidos, una de las más grandes del planeta.

Pero dado que la mayoría de nuestros viajeros ejercen profesional u ocasionalmente el periodismo, detengámonos en este apartado, uno de los que mayor admiración despiertan en ellos, no solo por razones profesionales sino por percibir en la prensa a uno de los componentes más relevantes del tejido social argentino: excelente testigo del nivel cultural del país, es igualmente un poderoso auxiliar para su progreso. Dos ejemplos: Federico Rahola no duda en valorarla como el principal difusor continental de la literatura en sentido estricto o amplio: creación, didáctica, ensayo, etc. (Rahola, 1905: 285). Por su parte, Eugenio d’Ors, invitado como conferenciante en 1921, considera que el lector argentino, “gracias a sus espléndidos cotidianos, es acaso, el mejor informado del mundo sobre los últimos acontecimientos” (Plá, 1921).

Las cifras impresionan: Carlos Santigosa cuenta veintitrés diarios sólo para Buenos Aires y doscientos treinta entre los demás periódicos, veintiuno de los cuales en lengua extranjera. Por encima de todos destaca *La Prensa* (una valoración unánime entre nuestros viajeros): “No se conoce en Europa una publicación tan soberbiamente instalada como este diario. Tampoco en Nueva York existe periódico alguno que pueda comparar su casa con la de *La Prensa*”, afirma Blasco Ibáñez (1910: 410), director de periódico además de novelista. Podemos imaginar su asombro y el de Santigosa, también director de un diario, visitando lo que es un auténtico palacio situado en lo mejor de Buenos Aires, dotado de los medios de impresión más modernos, de unos servicios de información capaces de hacerle llegar “todo cuanto en el mundo ocurre”, de una plantilla de redactores aptos para tratar “todas las cuestiones con elevación de criterio” y de un edificio que dispone de una insólita serie de servicios, en parte públicos y gratuitos, funcionando

sin interrupción: consultorio médico-quirúrgico, biblioteca, cátedras de lengua y literatura, escuela de música, poste restante, consultorio agrícola-industrial, observatorio meteorológico, salones de actos y de fiestas, alojamiento para invitados extranjeros... Y en sus planas tienen cabida tanto avisos y anuncios como información general y comercial, sin olvidar trabajos de grandes escritores en lengua original o en traducción. “Es un periódico modelo”, admite fascinado el director de *Heraldo Sevillano* (Santigosa, 1906: 54), algo que probablemente no desmentirían Galdós, Unamuno, Azorín, Maeztu, Ortega y Gasset o Ramón Pérez de Ayala, entre otros colaboradores españoles de este y de otros medios bonaerenses (Castro Montero, 2012).

La lista de grandes diarios resulta impresionante: *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario*, *La Argentina*, *La Razón* y *La Tribuna* forman parte de la amplia nómina descrita por Blasco Ibáñez en su capítulo dedicado al periodismo porteño (1910: 408-418). Tampoco escatima elogios para *Caras y Caretas* (“la revista latino-americana más conocida en el mundo”) ni para los títulos destinados a la colonia española como *El Español*, *El Correo Español* o el *Diario Español*, un panorama digno de elogio para el visitante peninsular, en particular si pertenece al gremio, puesto que las condiciones económico-laborales son singularmente favorables al borde del Plata: “Los que trabajan en la prensa están bien retribuidos y algunos diarios tienen existencia espléndida; los demás, noblemente desahogada” (Francos: 1922: 292).

Si por su condición capitalina, por su densidad poblacional y por su dinamismo en todos los ámbitos de la vida pública, Buenos Aires suscita el mayor interés, los visitantes también son sensibles a múltiples aspectos del país que descubren en sus desplazamientos por el interior, en sus contactos personales o en los informes que consultan. Podríamos pormenorizar diversos apartados, como el de la gestión de la enseñanza (un país con más maestros que militares, según Francos), pero basten los siguientes:

- El espectáculo de la naturaleza: llanuras interminables, cumbres inaccesibles, espacios casi impenetrables, fauna y flora sorprendentes, diversidad climática impensable en un mismo país, ríos inmensos que ofrecen inusitadas vías de navegación... En definitiva, los sentidos de nuestros viajeros parecen abrumados por un mundo nuevo, inaprensible y sobrecogedor, que contrasta con lo conocido en su lugar de origen o incluso en todo el continente europeo: Blasco Ibáñez, Rusiñol, Ortega Munilla, Salaverría y tantos otros nos recuerdan a veces la perplejidad del viajero medieval, incapaz de trasladar al texto la grandiosidad de los *mirabilia* que ante él se manifestaban.
- El enorme potencial agrícola y ganadero, derivado básicamente de la amplitud de un vasto territorio apenas poblado y explotado, pero ahora disponible tras las campañas militares contra la población indígena, particularmente durante la Conquista del Desierto liderada por Julio Argentino Roca. Ese potencial se ha de convertir en densidad poblacional, en industria, en comercio, etc.: las perspectivas de crecimiento y de liderazgo futuro para el país son enormes; pero ya hoy día permiten un bienestar ciertamente envidiable desde el exterior: “Hasta los pobres más pobres de Buenos Aires se hallan en una situación más desahogada que si hubieran permanecido en el viejo mundo” (Blasco Ibáñez, 1910: 496).
- El gran desarrollo de las comunicaciones ferroviarias: el viaje en tren de Eduardo Zamacois (1913: 61-72) desde Buenos Aires hasta Santiago de Chile le permite valorar la

velocidad, la comodidad, la seguridad, la amplitud de espacio y los servicios de los trenes argentinos, además de ofrecernos una de las más atractivas descripciones de un recorrido que, atravesando la pampa, culmina en las alturas andinas de Las Cuevas. El crecimiento del ferrocarril desde su aparición en 1857 ha sido tal que en 1921 Argentina ocupa el noveno lugar del mundo con más de 36.000 kilómetros, el segundo en América después de Estados Unidos (Francos (1922: 314). Pero lo que quizás destaque más sea su función, siguiendo también el modelo estadounidense: no se trata tanto de unir poblaciones como de facilitar su creación, su desarrollo y sus relaciones internas y de salida al mar. Son los célebres “ferrocarriles pobladores” destacados por Blasco Ibáñez, Menacho y otros, coincidentes en ver aquí la plasmación concreta del célebre lema de Alberdi en sus *Bases* de 1852: “Gobernar es poblar”.

- Así pues, no extraña que se haya generado en el país un sentimiento de justificado optimismo. Los viajeros peninsulares lo subrayan con insistencia, quizás como contraste con el decaimiento antes referido de España. Javier Bueno es categórico: aunque diferentes en origen, los argentinos están orgullosos de serlo y ese sentimiento “es el síntoma de la confianza que les inspira el porvenir de la patria” (Bueno, 1913: 159). Nuestros viajeros vinculan tal sentimiento al hecho de tratarse de un “pueblo joven, que ha contemplado la aurora de su futura grandeza” (Rahola, 1905: 15). A este respecto, recordemos lo escrito por Rusiñol: le interesa Buenos Aires y, por extensión, Argentina, para ver cómo nace un pueblo. Y Salaverría no es menos terminante: Argentina no consigue ser triste, aunque se lo proponga (la prueba, el encantador cementerio de la Recoleta): un país sin tristeza, inepto para la melancolía (1910: 64-66). No obstante, esta noción de pueblo nuevo / país joven tendrá un valor muy diferente para el viajero español de posguerra, como en su momento veremos.
- De todo lo anterior, ¿qué conclusión podían sacar los visitantes peninsulares?: “[...] creo haber dicho que en la Argentina hay mucho que aprender y poco que podamos enseñar los que venimos de fuera; y se lo puede decir de todo orden de cosas” (Arroyo, 1926: 125). Modesta y rotunda al mismo tiempo, esta afirmación no obedece a la condición clerical de su autor, que se expresa al final del período aquí considerado: casi diez años antes, Ortega y Gasset había avanzado algo semejante en su conferencia antes aludida: “Varias veces he dicho que yo no he pretendido venir a enseñar nada a vuestros estudiosos [...]. Ni creo que viajero alguno haya tenido la grotesca pretensión de descubrir el país a los nativos” (1965: 363, 365).

En otros términos: los visitantes deben admitir que la realidad supera con creces a lo imaginado. Si su viaje ha de ser fructífero, lo será sobre todo para ellos mismos y para el público, peninsular, al que se dirigen: la experiencia americana los impacta, los estimula y de algún modo los transforma en interés propio y de sus lectores. Ya anteriormente lo había postulado Rafael Altamira desde una perspectiva continental: no se trataba de ofrecer algo a América sino de beneficiar a España a partir de lo aprendido allá. En palabras de Pilar Altamira (sobrina de Rafael): “Según él, para la regeneración de España era imprescindible que se conociera mejor América y a los americanos” (2010: 2).

José Ortega Munilla: un periodismo literario

“[Aquí vive] el que fue muchísimo tiempo eje de la vida nacional, el ilustre periodista alrededor del cual giró toda la política española; el que con un artículo derribaba un gobierno; el que ponía su visto bueno a Gabinetes políticos; el que desdeñaba carteras, el insigne escritor que era halagado por todos los gobernantes”. Así presenta José María Carretero a José Ortega Munilla (1856-1922) en la revista literaria *La Esfera* (1917: 21), al visitarlo ya retirado de su vida profesional. En efecto, se trataba de uno de los periodistas más influyentes de su tiempo por sus más de mil artículos informativos y de opinión en más de cuarenta periódicos españoles y americanos, además de por su participación directa en la vida pública como diputado entre 1898 y 1914 (Caffarel, 1989). Pero su influjo fue mucho mayor si cabe en el terreno literario, primordialmente como director desde 1879 hasta 1906 de *Los lunes de El Imparcial*, suplemento del periódico del mismo nombre (que también dirigió entre 1900 y 1906), suplemento alimentado también con sus propias crónicas (Ortega Munilla, 1884). Sin su estímulo, sin la plataforma que les brindó, los escritores de la Generación de 1898 no habrían llegado a ser conocidos, leídos y valorados como lo fueron: en *Los lunes* publicaron todos junto a figuras ya reconocidas como Pardo Bazán, Galdós o Valera. Nada tiene de extraño: “Ortega Munilla creía que un periódico puede ser, debe ser, todo él literatura y digno, todo él, de ser escrito por literatos” (Pérez, 1916: 4). Nótese que el primer beneficiado de ese ambiente fue su hijo José, futura referencia de la generación de 1914: el título de Ignacio Blanco a su ensayo sobre este tema, *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset* (2023), es bastante elocuente.

A pesar del escaso respiro que el periodismo le dejaba, Ortega Munilla se ocupó de la literatura de creación durante casi toda su vida: así lo atestiguan una treintena de novelas largas y cortas, más de un centenar de relatos breves, numerosas viñetas para la prensa que retomaban el cuadro costumbrista del siglo XIX, una veintena de prólogos a otros autores, sus propias críticas literarias sobre el reestreno de *Don Álvaro o la fuerza del sino* (*Diario de la Marina*, La Habana, 10.04.1917) y la obra de Campoamor (ver su discurso de recepción en la Real Academia, 30.03.1902), su polémica en *Los lunes de El imparcial* en torno al realismo o su extenso artículo sobre Guido Spano, aparecido en el habanero *Diario de la Marina* (3.12.1916). Finalmente, en relación con el campo que aquí nos interesa, debemos a Ortega Munilla cuatro libros fruto de sus viajes dentro y fuera de España: *Viñetas del Sardinero* (1880: Santander), *Mares y montañas* (1887: Vigo, San Sebastián, Panticosa, Linares, Los Pirineos y Bilbao), *Viajes de un cronista* (1892: Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, París y Roma) y *De Madrid al Chaco* (1917).

Se suele situar a Ortega Munilla en un terreno incierto entre los grandes autores del realismo-naturalismo (Alarcón, Pereda, Galdós, Pardo Bazán, Clarín) y los escritores de la misma tendencia llamados menores (Luis Taboada, Alfonso Pérez Nieva, Fernández Flórez y otros); todo ello a pesar de elogios de la voz crítica más autorizada del momento, la de Juan Valera, particularmente en su discurso de recepción en la Real Academia: resalta allí el talento del nuevo académico para conciliar observación y fantasía, para crear caracteres y para la descripción más viva, lo que, por cierto, le lleva a destacar sus libros de viaje (Valera, 1902). Otros lectores, como Manuel Álvarez Marrón, lo califican de “insigne maestro de las letras

castellanas”, puesto que desde Cervantes no se ha trazado una más perfecta visión de las tierras y gentes de Castilla (Álvarez, 1916). Y el anónimo cronista de *Diario de la Marina* no duda en situarlo entre los autores modernos de primera fila: Valera, Galdós, Azorín, Benavente, Alarcón y otros (“Preguntas y respuestas”, 1917). Sin embargo, estudiosos como Ruth Schmidt (1973: 179-192) han destacado una falta de adscripción decidida al realismo o al naturalismo, lo que, desde una perspectiva más actual, no sería necesariamente una limitación. En cambio, es cierto que Ortega Munilla tenía una gran facilidad de escritura, pero poco tiempo y disposición para pulirla (según él mismo confiesa en la entrevista citada con Carretero), lo cual es perceptible en la estructura de sus relatos o en la retórica de ciertas frases y períodos. Sin embargo, todo ello no debe obstar para que el autor de *El tren directo*, *Cleopatra Pérez*, *El paño pardo* o *Estrazilla* ocupe un lugar más destacado que el que se le atribuye en la literatura española como creador y como estimulador decidido de su evolución histórica.

La relación de Ortega Munilla con el *Diario de la Marina*

Entre las colaboraciones de Ortega Munilla en la prensa hispano-americana figura la sostenida con el *Diario de la Marina*, previa a su viaje a Argentina y mantenida posteriormente. La continuidad de su colaboración se apoya, por un lado, en el hecho de que Ortega Munilla había nacido en Cárdenas (Matanzas) por hallarse su padre destinado en Cuba como funcionario de la administración española y, aunque la familia regresó a Madrid pocos meses después, él no olvidaría nunca su vinculación con la isla. Por otro lado, desde 1895 *Diario de la Marina* estaba dirigido por Nicolás Rivero, emigrante asturiano, que había convertido el periódico en uno de los más influyentes y de mayor circulación del país, con ediciones de mañana y tarde, una gran calidad informativa y corresponsales en las regiones españolas de mayor presencia en la isla, así como en Estados Unidos y en Francia.

Ortega Munilla colaboraba regularmente con una sección, “Correspondencia de España”, dedicada a comentar la coyuntura política y social del país: inestabilidad gubernativa, problemas de la hacienda pública, huelgas obreras, suspensión de libertades, censura, enfrentamientos por la neutralidad ante la primera guerra mundial, etc. Debido a problemas del correo marítimo (reducción del tráfico por el conflicto bélico, retrasos en la salida o llegada de barcos), esas cartas podían aparecer más de dos meses después de firmadas y a veces no en el orden de envío, pero conservaban todo su interés por el análisis que contenían y servían de complemento a las noticias más recientes, recogidas en la sección “Cablegrama de España”. Ortega Munilla recibía un trato muy atento (en el doble sentido de seguido y de respetuoso) por parte del *Diario*: sus referencias al escritor eran frecuentes y afectuosas, sus publicaciones se reseñaban con elogio (*El paño pardo*, *Estrazilla*) y, aunque el destino de su viajero era Cuba, el *Diario* lo siguió como si de un evento local se tratara: el 4 de julio informaba del banquete de despedida en Madrid y, en fechas posteriores, de su salida para Cádiz, de su paso por Canarias y de su llegada a Argentina el día 23 de julio. Allí permaneció hasta su regreso a España: el *Heraldo de Madrid* del 20 de diciembre informaba en primera página de su llegada a Cádiz el día anterior.

Es el *Diario* mismo el que nos revela el origen de *De Madrid al Chaco*: en la primera página de su edición matinal del 7 de agosto, aparece el titular “Ortega Munilla a la Argentina. Lleva *Letras*, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 55-76 – ISSN electrónico: 2683-7897

la representación del *Diario de la Marina*”, informando que el escritor viaja por cuenta y en representación del periódico, “debiendo escribir exclusivamente para este una serie de artículos en los que refleje la vida de la colonia española de la República de Argentina, relaciones de aquella con esta y cuanto observe y estudie sobre tan interesante asunto”. De hecho, se trataba de un encargo *a posteriori*: la noticia precisa que, habiendo conocido el proyecto del viaje, el *Diario* ha instruido a su corresponsal para que escriba sobre un asunto que, en realidad, él mismo deseaba abordar, tal y como leemos en la página 3 del mismo diario: desde mucho tiempo atrás, Ortega Munilla anhelaba hacer un viaje a la Argentina para conocer la vida de los españoles allí radicados. Había recibido invitaciones en este sentido, pero la ocasión se presentaba ahora con motivo del viaje de su hijo José para dictar un curso de filosofía en la Universidad: tal es la apertura explicativa de la primera entrega de “Correspondencia de España. Un viaje a la tierra del Plata. Para el *Diario de la Marina*”. Fechada el día 7 de julio a bordo del Reina Victoria Eugenia, esa primera entrega se publica el citado 7 de agosto y la última el 24 de enero de 1917. En el *Diario* esta parece fechada por error el 24 de diciembre (números no claros), regresando en el mismo buque de la ida; en cambio, en el libro viene el día 24 de enero de 1917, quizás por confundir fecha de composición y de publicación. Suponemos que se trata más bien del 14 de diciembre de 1916, “cerca de las Islas Canarias”, según reza la firma.

Como hemos avanzado, las circunstancias del correo hicieron que los textos aparecieran con bastante retraso y, además, al imprimirse según llegaban al periódico, podía suceder que uno escrito y enviado posteriormente a otro fuera publicado antes de este. El desajuste temporal se corrige en el libro, pero sólo parcialmente. Algo parecido sucede con las correcciones lingüísticas, de estilo o de contenido (ver el ejemplo de las fechas), lo cual hace suponer que el libro se editó con prisas y sin la revisión pertinente. Quizás algo tuvo que ver el hecho de que al final de su vida Ortega Munilla debió publicar demasiado asiduamente para lo delicado de su salud: sus dificultades económicas así lo exigían (algo parecido estaba sufriendo su admirado Galdós), según lo admitía él mismo en la entrevista con Carretero para *La Esfera*. Aunque la lectura no sufra demasiado por ello, una edición actualizada sería muy deseable.

De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata: configuración y significación

Ordenando temáticamente el texto, obtendremos cuatro secciones, no forzosamente seguidas sino distribuidas a lo largo del libro: la primera, de doce crónicas, relata el trayecto por mar. Las seis de la segunda transcurren en Buenos Aires (ciudad y asociaciones españolas existentes en ella). La tercera sección recoge en cuatro crónicas los desplazamientos de Ortega Munilla por el interior del país, visitando algunas ciudades que cita brevemente (Córdoba, Tucumán y Mendoza) y, en particular, el Chaco, donde se interesa por los indígenas de la Reducción de Napalpí. Las tres de la última versan sobre dos destacadas personalidades argentinas: el poeta Guido Spano, figura venerable de la lírica nacional, y el político Hipólito Irigoyen, recién elegido a la presidencia del gobierno, de cuyo partido trata la segunda de ellas. El libro se cierra con un texto, a modo de resumen y balance, redactado a bordo del barco de regreso.

La amplitud de espacio dedicado a la travesía oceánica (casi ochenta páginas de un total de doscientas en la edición utilizada) ya distingue este relato de la mayoría del corpus y le da desde el principio un marcado carácter viático: el autor sigue un riguroso orden diacrónico, *Letras*, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 55-76 – ISSN electrónico: 2683-7897

consignando en una crónica diaria, salvo alguna excepción, la panoplia de ingredientes típicos del relato de viaje marítimo: la separación de clases, la formación de afinidades y de rechazos entre individuos o grupos, la instalación de rutinas diarias, la aparición del tedio náutico, la sensación de fragilidad ante la inmensidad oceánica, los asuntos evitables en las conversaciones (aquí, hablar de la guerra), el rumor como entretenimiento, la inquietud ante ciertos riesgos (tormentas, averías, choques en la oscuridad, ataques enemigos), el deseo creciente del fin de viaje, la menudencia convertida en evento (un barco a la vista, la puesta de sol, el paso del ecuador, la visión de la Cruz del Sur), etc.

El segundo elemento viático a destacar es la plasticidad que Ortega Munilla logra en la descripción de los objetos, personajes, acciones, paisajes y escenas más diversas: una tormenta marítima, la sala de máquinas de un barco, una plaga de langostas en el llano argentino, el ambiente de Buenos Aires, la recepción en una asociación hispana. Esa plasticidad es, además, extensiva al campo de lo imaginario, por ejemplo, a la descripción supuesta de un malón en los tiempos previos a la campaña contra el indio y muestra bien la competencia de Ortega Munilla, valorada en el discurso antes citado de Juan Valera, tanto en la representación realista como en el ámbito de lo imaginario. Por cierto, entre ambas dimensiones se mueve su capacidad para configurar diálogos de una viveza y naturalidad tales que, como suele suceder en un texto viático bien modelado, el lector no puede afirmar su correspondencia con lo acontecido, pero sí admirar su fluidez compositiva. Así sucede, por ejemplo, en las secuencias con “el coleccionista de puestas de sol”, con los tres niños que emigran solos (novelizados posteriormente en *Los tres sorianitos*, 1921) o en la charla sobre creencias religiosas con un joven indígena de Napalpí.

A los componentes textuales anteriores debemos añadir otros igualmente notables: la presencia regular de consideraciones personales sobre lo que el viajero ve o percibe, sobre sí mismo, sobre Argentina y España, etc., la inclusión de historias o de anécdotas secundarias (la evasión de cuatro oficiales alemanes presos en la isla de Madera), así como las informaciones históricas, demográficas y socioeconómicas, que aportan cierta dimensión reflexiva al libro, pero sin hacerlo derivar hacia el ensayo en detrimento del relato, “deriva” que sí se aprecia en textos como los de Blasco Ibáñez y los de Francos Rodríguez. La presencia de tales materiales supone un desafío compositivo (dosificación de cada uno, combinación adecuada entre todos, pertinencia respecto a los que siguen o preceden), desafío que se puede considerar globalmente superado aquí, a pesar del carácter no finalizado del texto.

Si bien el relato de viaje puede cerrarse de manera abrupta, no es inusual que sus últimas páginas funcionen como resumen, balance o conclusión de las anteriores (ni tampoco que ese cometido aparezca en otros lugares como el prólogo o la presentación). Es exactamente lo que tenemos aquí y, además, de forma relativamente amplia, en la crónica final: el autor lamenta no haber podido desarrollar sus impresiones de viaje apenas anotadas, justifica su regreso antes de Navidad por el reencuentro familiar y, sobre todo, explicita las convicciones adquiridas respecto a la capacidad de los españoles para mejorar el futuro de su país, objeto fundamental de su viaje, como veremos posteriormente.

En cambio, también en consonancia con lo habitual en el relato viático, “falta” la narración del regreso. Cabría suponer que poco quedaba por contar, pues la novedad de la experiencia ya había sido tematizada durante la ida: incluso el vapor era el mismo, el Reina Victoria Eugenia. No obstante, una nota del *Heraldo de Madrid* del 20 de diciembre (“Llegada de vapor. Por teléfono. Cádiz 19”), en la que informaba del regreso de Ortega Munilla, añadía que el barco había sufrido un choque con un buque alemán el día 15 y también que había soportado un fuerte temporal, lo que le impidió hacer escala en Tenerife, llevando hasta Cádiz a los pasajeros que habrían debido desembarcar en Canarias: percances sin duda atractivos para ser narrados, pero el texto se termina justo el día 14 (en su entrevista para *La Esfera*, Ortega Munilla avanzaba su intención de ampliar el relato a cuatro tomos, cosa que no llegaría a realizar). De este modo, más que una coincidencia entre el tiempo del viaje y el de la escritura, se ha producido una rigurosa inserción del segundo dentro del primero, sin ampliación ni reestructuración posterior. El texto queda privado de una mayor reelaboración y de cierta perspectiva crítica, ambas deseables y bastante habituales, pero también es cierto que la narración guarda así una proximidad con los hechos y una frescura de impacto nada desdeñables. Nótese, en cambio, la distancia entre el proyecto de escritura y su realización concreta: el relato producido no coincide con el imaginado. La realidad del viaje ha terminado imponiendo su ley, la experiencia vivida supera a la imaginada y el texto deja así constancia de ello, síntoma de que el viaje ha valido la pena.

Lo que acabamos de indicar respecto a la escritura lo observamos igualmente a propósito del viaje: en el umbral del relato (páginas 5 y 6), el viajero nos revela su propósito: conocer la vida de la colonia española en Argentina, una tarea quizás por encima de sus fuerzas, pero confía llevarlo a cabo. Algunos capítulos después (páginas 141-142), precisa que va a concentrarse en el estudio de las principales asociaciones de emigrantes, a las cuales finalmente dedicará cinco de los trece capítulos referentes a su estancia en el país: cuatro de ellos tratarán de sus viajes por el interior y el resto de política, de personajes argentinos y de la ciudad de Buenos Aires. El proyecto inicial, por un lado, se ha reducido (el estudio de asociaciones se limita a cuatro) y, por otro, se ha extendido al conocimiento de regiones, personalidades y temáticas propias de Argentina: las relaciones entre culturas, problemas como la sequía o una terrible plaga de langosta que él presencia camino de Tucumán y el funcionamiento de la política nacional. La estancia sobre el terreno lleva, pues, a alterar planes, a reconsiderar prioridades, a descubrir otras facetas del país y nuevas perspectivas desde las que abordarlo. La experiencia vivida sacude al viajero, lo enriquece y, de alguna manera, lo modifica.

Si nos detenemos ahora en algunas manifestaciones concretas del impacto de la experiencia viática en el visitante, retengamos solo una, pero de las más significativas: la admiración en sus diversas facetas. Ya al llegar, sobrecoge la impresión de inmensidad geográfica (tres ríos que confluyen en un estuario grandioso, la distancia entre sus orillas, el gigantismo de Buenos Aires), inmensidad corroborada luego en el periplo por el interior (la infinita llanura, la interminable nube de langostas). Admiración también por figuras literarias como la de Guido Spano, que había fascinado al visitante desde niño y cuya sola visita habría justificado el viaje. Admiración profunda por la enorme tarea realizada en particular por los docentes locales para insertar al indígena en la nación argentina. La percepción de Ortega Munilla sobre esta problemática queda muy clara tras visitar la Reducción de Napalpí: la bravura del indio no borra

su condición salvaje y no cabe duda de que su barbarie debe ser superada por la civilización, años atrás mediante campañas militares, hoy por la educación nacional (Ortega Munilla, 1917: 175-186).

Admiración, no extraña en un analista de la vida pública nacional, ante la renovación de la política argentina: tras el agotamiento de los partidos tradicionalmente en el poder, apoyados en unos gobernadores locales más favorables al cacicato que al parlamentarismo representativo, a partir de la revolución radical [de 1905] se ha pasado a una reforma electoral basada en un real programa de gobierno y en el voto obligatorio y secreto, una reforma asentada con la elección de Yrigoyen a la presidencia de la república. Así describe Ortega Munilla la evolución política argentina en oposición a la persistente crisis española: degradada por el “acuerdismo” (el sistema canovista de repartición del poder entre liberales y conservadores), sólidamente anclada en el caciquismo provincial pero, a diferencia de la argentina, incapaz hasta el momento de generar alternativas innovadoras para el país.

Finalmente, la admiración se desborda al considerar la presencia española en la Argentina: históricamente, la lucha con la naturaleza y la conquista de la tierra frente a la indiana ha contado con la decidida participación hispana para “ayudar a los argentinos, ya constituidos en nación, para acabar de establecer el imperio de la nueva vida sobre los restos de la barbarie que quedaban en las inmensas llanuras, en los esteros sin fin, en los bosques impenetrables. [...] Son miles de miles los que de esta manera se han incorporado a la obra genial de los argentinos” (Ortega Munilla, 1917: 176 y 138). ¿Y actualmente? Es aquí donde nuestro autor se explaya a lo largo de casi cuatro crónicas para describir las sociedades más representativas de la actividad española en Buenos Aires: Asociación Cultural Española, Asociación Española de Socorros Mutuos, Asociación Patriótica Española y Club Español. Asistencia médica, farmacéutica y hospitalaria, ayudas para manutención y otras necesidades (incluso para adquirir un billete de vuelta al país), colectas de emergencia (un fondo para inundaciones en la península o para los soldados en la guerra de Marruecos), campañas en defensa del prestigio de España, protección de intereses nacionales de cualquier tipo, promoción de colaboraciones entre las regiones presentes en la Argentina, organización de cursos universitarios y de otros eventos culturales, etc., ilustran un vasto campo de acción laborado desde la colonia con “bravura, trabajo y honradez” (Ortega Munilla, 1917: 136).

Es esta última faceta de su admiración la que nos conecta con la que posiblemente sea la dimensión fundamental del viaje y del relato al que dio lugar: seriamente inquieto por un país fatigado y perplejo ante un futuro incierto, Ortega Munilla busca en la Argentina contraejemplos que le permitan creer posible una mejora en profundidad para España. Tras cinco meses de estancia, la valoración es favorable y una conclusión se impone al final del libro: si los españoles de antaño fueron capaces de llevar adelante en América una colosal empresa de conquista y civilización, y si hoy sus descendientes contribuyen de forma notoria al progreso de la Argentina, motivos hay para confiar en que los españoles peninsulares logren sacar a su país de su pertinaz decaimiento. Igualmente, si la solidaridad e incluso la fraternidad de los argentinos ha marcado la acogida de los emigrantes españoles, también ha de ser posible una relación fraternal no solo de Argentina con España sino entre el conjunto de los países

hispanicos: existen, pues, bases sólidas de confianza en un futuro común, no basado en el liderazgo de uno sino en el sentimiento de unidad de todos. Reconfortado con esa convicción, regresa nuestro hombre a España: su viaje ha merecido la pena. Por cierto, el estrechamiento de los lazos con América ha de facilitar la tarea y, más aún: según Ortega Munilla, una visita del rey de España, Alfonso XIII, contribuiría sin duda a ello, pero dicha visita, también sugerida por otros viajeros, Francos Rodríguez entre ellos, no llegará a producirse.

Según hemos descrito, *De Madrid al Chaco* se inserta en un contexto histórico muy determinado y en las reacciones de cierto número de viajeros y escritores españoles para afrontarlo. Los planteamientos básicos eran semejantes: se partía de una visión crítica, sin ambages, de la España de la Restauración y se exploraban razones para albergar esperanzas de transformación. Algunos presentían que dichas razones, o al menos una parte de ellas, podrían hallarse en aquellos españoles del exterior que habían logrado superar su situación de partida en condiciones muy adversas y sin apoyo institucional alguno: por su trayectoria y volumen, la colonia española en Argentina era un acabado ejemplo de ello. Otros, al contrario, no percibían fuerzas capaces de promover dicho cambio. Si entre estos últimos destaca el radicalismo de Salaverría (“El español no solo se niega a sí mismo, sino que se desprecia”, 1917: 23), entre los primeros sobresale la confianza impregnada de optimismo de José Ortega Munilla. La dimensión histórica de este autor se revela así en toda su amplitud: vinculado por formación literaria al realismo, mecenas decidido de la generación del 98, aparece aquí volcado hacia la renovación futura de su país, estimulando a la generación de 1914, que habría de canalizar ese impulso renovador. ¿Quién sería el líder más visible y decidido en ese empeño? José Ortega y Gasset, precisamente alguien a quien la primera estancia argentina le haría redoblar en entusiasmo y energía para dar la batalla a la vieja España, alguien que aconseja en la apertura del segundo tomo de *El Espectador*, escrita a su vuelta de América (1917): “Los espíritus selectos que en la península se esfuerzan por aumentar la cultura española deberían hacer la travesía del Atlántico a fin de reconfortarse. Estén seguros de que allende el mar no serán confundidos y cobrarán fe en el sentido de su esfuerzo” (Ortega y Gasset, 1954: 131).

Pero si los relatos de Ortega Munilla y de los demás autores se caracterizan por la similitud de los rasgos antes citados, que les otorgan cierta configuración de grupo, también se caracterizan por lo que les distingue de los escritos viáticos que llegarán poco después, en los años del primer franquismo, según vamos a mostrar de forma somera para terminar nuestra exposición.

El viaje durante la posguerra: una estrategia de estado

Si durante las primeras décadas del siglo XX, el escritor viajero español solía llegar a la Argentina gracias a los buenos oficios de una institución privada, académica, financiera o de otro tipo, y con sede argentina o española, después de la guerra civil la situación es muy distinta: ahora lo más notable (algo a lo que los visitantes suelen referirse con cierto orgullo) es la figura de alguien que se desplaza en calidad de conferenciante y/o docente y cuyo viaje está patrocinado directa o indirectamente por el estado español. Todo lo demás parte de este condicionamiento básico: la personalidad misma del viajero, las entidades en las que actúa, los contenidos de su intervención y el relato de viaje posterior. Así aparece en los autores que retenemos como muestra para los años que van de 1940 a 1960, algunos de ellos miembros

destacados de la intelectualidad del régimen: Eduardo Aunós, Agustín de Foxá, Rafael Gay de Montellá, Pedro Laín Entralgo, Antonio Ortiz y José María Pemán.

En *Otro español en América* (1948), Antonio Ortiz Muñoz reconoce haber sido enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en misión cultural por varios países sudamericanos junto con tres profesores universitarios a los que él acompañaba como docente y como periodista relator del periplo. De Agustín de Foxá, escritor con destino diplomático en Buenos Aires entre 1947 y 1950, sabemos su participación en una “misión poética” por varios países hispanos en 1949 junto con Luis Rosales, Leopoldo Panero y Antonio de Zubiaurre, y los ejemplos podrían seguir. A los cursos y conferencias se suman exposiciones de pintura y de escultura, intervenciones en radio y prensa o publicación de artículos y libros tras el regreso. Un papel fundamental tiene en este contexto la creación en 1940 del Consejo de la Hispanidad, reemplazado a partir de 1946 por el Instituto de Cultura Hispánica, instituciones ambas destinadas a contrarrestar en Hispanoamérica el aislamiento internacional de España después de 1939. A las actividades citadas se pueden añadir otras como becas de estudio para estudiantes hispanos, creación de colegios mayores universitarios, convenios de colaboración en diversos campos y, en el ámbito editorial, la fundación de Ediciones Cultura Hispánica, donde aparecerán varios relatos viáticos, al igual que Editora Nacional, creada en 1941 para publicaciones más generalistas y también de viaje.

Los objetivos de semejante despliegue son básicamente dos: por un lado, se busca contrarrestar la imagen más bien negativa de la España de posguerra, imagen generada por el régimen franquista pero también vehiculada por emigrantes y exiliados, con frecuencia activos en los ámbitos de la cultura, de la ciencia o de la política: Alberti, Ayala, Falla, Sánchez Albornoz, Luzuriaga, del Río-Ortega, Jiménez de Asúa, etc. (Zuleta, 1999; Schwarzstein, 2001). De este modo lo apunta Ortiz Muñoz en su relato, editado por Cultura Hispánica: “[...] terminada nuestra contienda, los derrotados trasladaron al exilio la lucha ahora política y lanzaron librerías y editoriales que defendiesen su postura. A la auténtica verdad se le cerró el camino. Ningún libro español llegaba a puerto e iba cobrando auge la ficción de que en nuestra patria se habían agostado los valores intelectuales”. Y así se fabricó “el silencio doloso ante el resurgir cultural de España” (Ortiz, 1948: 128 y 176).

Por otro lado, se trata de promocionar la idea de una hispanidad basada en el sentimiento de pertenencia a un conjunto presidido por una Nueva España “rejuvenecida por el impulso heroico de sus mejores hijos” (los vencedores de la guerra civil), pero no para imponer nada sino como “aglutinante moral” de los pueblos a los que reúne una identidad propia basada en la raza y sus valores (heroísmo, religiosidad, abnegación). Al menos así lo afirma Eduardo Aunós en su *Viaje a la Argentina* (1943: 205-212), publicado por Editora Nacional. De esa forma, una noción actualizada por Miguel de Unamuno en los primeros años del siglo y por Zacarías de Vizcarra en la década de los veinte, es readaptada por el nuevo régimen para legitimar una pretendida unidad hispano-americana liderada por la antigua metrópoli.

La argumentación contra los “alienizados”

En este sentido, el argumentario de los escritores viajeros es bastante peculiar. Por ejemplo, consideran necesario distinguir el comportamiento de España respecto al de otras potencias ultramarinas: en primer lugar, niegan la noción de colonialismo en relación con Hispanoamérica; según Ortiz Muñoz, así lo subraya “un insigne profesor de historia” peruano (consideramos su discurso extrapolable a la Argentina): “No llamarnos colonia. Perú no lo fue nunca. Fuimos provincia, como Navarra, como Nápoles. Y no nos independizamos, sino que nos emancipamos. Porque esclavo es el que se independiza y el hijo el que se emancipa” (Ortiz, 1948: 177). Siguiendo esta línea de pensamiento, José María Pemán resalta en *El paraíso y la serpiente* la particular generosidad española al haber dejado viva la población indígena y, a partir de ahí, subraya que el indigenismo actual puede existir gracias a dicha generosidad, para concluir sosteniendo: “Nosotros somos el pueblo más abierto que ha existido para hacer la literatura de los vencidos. [...] el primer indio idealizado y literario lo elaboramos nosotros con Ercilla, muchos siglos antes que Châteaubriand [*Atala y René* (1801 y 1802)] o Fenimore Cooper [*El último mohicano*, 1826] hicieran los suyos, románticos y simpaticones” (Pemán, 1942: 47).

Los autores consultados insisten, además, en otro apartado, la deuda histórica existente en relación con España, por el hecho de que esta última ha dado dos veces la vida a la Argentina: “la primera arrancándola del no ser cuando el descubrimiento y subsiguiente periodo imperial”, la segunda evitando su desplome ante el vendaval de forasteros de origen múltiple “mediante la inyección salvadora de una masa sana y vitalizadora de españoles” (Aunós, 1943: 202). Por su parte, Pemán ilustra con ejemplos de muy distintos ámbitos una de las tesis centrales de su libro: todo lo relevante de la Argentina remite a España o, en su defecto, a Europa. Así que el *Martín Fierro* está impregnado del españolismo cristiano de Calderón de la Barca (*El mágico prodigioso*); lo más notable del académico Juan Alfonso Carrizo es que recuerda a Menéndez Pelayo; la reacción federal respecto al centralismo de Buenos Aires contiene influencias del carlismo español; el lenguaje gauchesco no es más que el castellano popular y el español de América es el castellano con un puñado de voces, modismos y giros sintácticos; producto de muelles revueltos y cosmopolitas, el tango tampoco es argentino; la cocina es “homérica, elemental y parca de platos típicos propios” (Pemán, 1942: 91); y el afrancesamiento de ciertos intelectuales (Victoria Ocampo entre ellos) resulta superficial y caduco. Tales individuos formarían la categoría de “alienizados”, a los que Pedro Laín Entralgo dedica un capítulo de *Viaje a Suramérica*: porosos admiradores de todo lo exterior menos de lo que viene de una España lejana y “atrasada”, consideran que su ideal se encuentra en París, Londres o Nueva York (Laín, 1949: 33-34).

Un último punto respecto a la herencia española evocado por el conjunto de los viajeros es la consideración de la Argentina como una sociedad aristocrática (de ahí, quizás, la descalificación del tango), asentada en la tradición española, ordenada en una clara estratificación social. Dicho con otras palabras: en esa Argentina se encuentra hoy la “residencia actual de la hidalguía española” (Aunós, 1943: 122). No obstante, el viajero peninsular, destacado en misión por esas tierras hermanas, se siente legitimado para advertirles del peligro alevoso de la influencia exterior, sobre todo de la estadounidense, capaz de resquebrajar la herencia española y de forzar la aceptación de su dominio. En *Por tierras de América del Sur*,

Rafael Gay de Montellá resume a su modo los efectos negativos de semejante influencia: “Los tres pecados capitales yankees, la obsesión comercial, la pasión por todo lo colosal y la manía de la velocidad vertiginosa, se han convertido en la superfetación del espíritu bonaerense [...]. Con esta intoxicación la vieja ciudad se deshumaniza rápidamente. El Buenos Aires del siglo XVIII ha quedado para las antologías” (Gay, 1950: 54). Si la Argentina es el *paraíso*, Estados Unidos viene a ser la *serpiente* capaz de arruinarlo, según sugiere el relato de José María Pemán, en cuya apertura ya anuncia que se permitirá opinar sobre lo que le guste o no de la Argentina, pero que lo hará desde su amor fraternal y sincero por el país (Pemán, 1942: 7).

Tal parece ser la función asignada a este tipo de textos, función que podríamos extender a escritores que no dejaron relatos de su periplo (como Eduardo Marquina, embajador extraordinario y conferenciante en 1946, hasta poco antes de fallecer): promover la comunión de los pueblos hispanoamericanos con la “Nueva España” dentro de esa unión latina “que reza a Cristo y habla en español” (Pemán, 1942: 154). ¿Una base para todo ello?: el adecuado uso de la tradición cultural hispánica, puesto que “Nada hay que una más a los pueblos que el denominador común de la cultura” (Ortiz, 1948: 131). Estamos, pues, bien lejos del ideal de intercambio y de conocimiento mutuo, declarado por Ortega y Gasset en mayo de 1917, insistiendo sobre la necesidad de

una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia. Mas para ello es preciso que los escritores españoles –y por su parte los americanos– se liberen del gesto provinciano, aldeano, que quita toda elegancia a su obra, entumece sus ideas y trivializa su sensibilidad. El literato de Madrid debe corregir su provincianismo en Buenos Aires y viceversa (Ortega y Gasset, 1954: 131).

Terminemos con dos breves notas respecto al carácter viático de estos relatos, una de semejanza y otra de contraste: los textos de los dos momentos aquí considerados incluyen un componente ensayístico (en sentido amplio: reflexiones, opiniones, datos históricos, económicos, demográficos, etc.) particularmente denso y en ocasiones dominante sobre la relación viática: quizás el relato de Ortega Munilla sea uno de los más equilibrados en este punto. Pero notamos una mayor insistencia ensayística en los del segundo periodo, justificada según Pemán; el polígrafo gaditano se opone al relato de impresiones de modo terminante: “[...] estas no son mis impresiones, sino mis meditaciones y pensamientos en torno a cuanto vi en esa tierra [...]. La ‘impresión’ es un acto anodino e irresponsable: se goza, se admira o se paladea en plena neutralidad animal. En cambio, pensar es ya salirse de esa neutralidad: es formar juicio, decidir y optar” (Pemán, 1942: 5-6).

Quizás vinculada a la nota precedente aparece esta otra: los relatos de los primeros años del siglo nos parecen mucho más movidos que los de posguerra por el estímulo tan intensamente viático de la *curiositas*, del interés por conocer al otro sin temor de que ello suponga cuestionarse a sí mismo, sino más bien lo contrario: admitir o incluso buscar en la alteridad fórmulas de vida y de pensamiento beneficiosas para el propio lugar de origen, como lo hicieron los viajeros reformistas del siglo XIX a los que nos hemos referido en otra ocasión (Peñate, 2023). En cambio, en los escritos de posguerra percibimos una literatura sometida a una función precisa, externa, que la dirige y que es, al mismo tiempo, su condición de existencia. El viaje y su relato importan menos que la misión encomendada y asumida por el autor. Quizás buena

parte del interés literario de estos textos estribe en la construcción de una retórica de ocultación de la realidad y de vehiculación de ideales basados en dicha ocultación. No nos ha parecido necesario cuestionarla cada vez que los citábamos: la historia ya lo ha hecho por su cuenta.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRA, Pilar, 2010, “La obra histórica de Rafael Altamira, pionero del americanismo”, Sevilla, Conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo el 25 de noviembre.
- ALTAMIRA, Rafael, 1911, *Mi viaje a América*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- ÁLVAREZ MARRÓN, M., 1916, “*El paño pardo*, por D. José Ortega Munilla”, *Diario de la Marina*, 24 de agosto (tarde), 2.
- ARROYO, Ildefonso, 1926, *Impresiones de mi viaje a la República Argentina*, Valladolid, Imp. de la Casa Social Católica.
- AUNÓS, Eduardo, 1943, *Viaje a la Argentina*, Madrid, Editora Nacional.
- BLANCO ALFONSO, Ignacio, 2023, *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset*, Madrid, Tecnos.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, 1910, *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editorial Española Americana.
- BUENO, Javier, 1913, *Mi viaje a América*, París, Garnier Hnos.
- CAFFAREL SERRA, Carmen, 1989, *La labor periodística de José Ortega Munilla*, Madrid, Universidad Complutense.
- CARRETERO NOVILLO, José María (“El Caballero Audaz”), 1917, “Nuestras visitas: el maestro Ortega Munilla”, *La Esfera* IV-201, 21-22.
- CASTRO MONTERO, Ángeles, 2012, *Espanoles en el diario La Prensa*, Buenos Aires, Bergerac Ediciones y Fundación Ortega y Gasset Argentina.
- CORDERO GÓMEZ, José Ignacio, 2007, *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Universidad Complutense.
- FOXÁ, Agustín de, 1950, *Un mundo sin melodía. Notas de un viajero sentimental*, Madrid, Prensa Española.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José, 1922, *Huellas españolas. Impresiones de un viaje por América*, Madrid, Editorial América.
- GAY DE MONTELLÁ, Rafael, 1950, *Por tierra del Sur de América*, Barcelona, Bosch.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, 1949, *Viaje a Suramérica*, Madrid, Cultura Hispánica.
- MENACHO Y PEIRÓN, Manuel, 1911, *Un viaje a la Argentina: el porvenir de los pueblos iberoamericanos*, Barcelona, Imp. Lit. Vda. de J. Cunil.
- ORTEGA Y GASSET, José, 1954, “Palabras a los suscriptores”, en *Obras Completas*, vol. II, Madrid, Revista de Occidente, 129-132.
- , 1965, “Impresiones de un viajero”, en *Obras Completas*, vol. VIII, Madrid, Revista de Occidente, 361-371. Discurso pronunciado el 6.12.1916 en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires.
- ORTEGA MUNILLA, José, 1884, *Los lunes de El Imparcial. Crónicas. Primera serie*, Madrid, Imprenta y Fundación de M. Tello.
- , 1887, *Mares y montañas: Vigo, San Sebastián, Panticosa, Linares, Los Pirineos, Bilbao*, Madrid, Imprenta de Fortanet.
- , 1887 y 1889, *Viñetas del Sardinero. Relaciones*, Madrid, Imprenta de Álvarez Hermanos.
- , 1892, *Viajes de un cronista: Tánger, Berlín, Málaga, Cádiz, París, Roma*, Madrid, Manuel F. Lasanta.

- ORTEGA MUNILLA, José, 1902, “Discurso”, en *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. José Ortega Munilla el día 30 de marzo de 1902*, Madrid, Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 5-46.
- , 1917, *De Madrid al Chaco. Un viaje a las tierras del Plata. Crónicas escritas para el “Diario de la Marina” de La Habana, en el año 1916*, Madrid, Biblioteca Patria.
- ORTIZ MUÑOZ, Antonio, 1948, *Otro español en América*, Madrid, Magisterio Español.
- PEMÁN, José María, 1942, *El paraíso y la serpiente*, Madrid, Escelicer.
- PEÑATE RIVERO, Julio, 2023, “El relato de viaje reformista en la España del siglo XIX: Canarias y Benigno Carballo Wangüemert”, *Insula* 918, junio, 8-11.
- PÉREZ, Dionisio, 1916, “De la vida que pasa. Ortega Munilla”, *La Esfera* III-39, p. 4.
- PLÁ, José, 1921, “Xenius cuenta a nuestro compañero José Plá su viaje a América del Sur”, *La Publicidad*, 25 de diciembre.
- “Preguntas y respuestas”, 1917, *Diario de la Marina*, 7 de noviembre (tarde), 5.
- RAHOLA TREMOLS, Federico, 1905, *Sangre nueva: impresiones de un viaje a la América del Sud*, Barcelona, Tip. “La Académica” de Serra Hermanos y Russell.
- RUSIÑOL, Santiago, 1999, *De Barcelona al Plata: un viaje a la Argentina de 1910*, Barcelona, Ediciones B. Es traducción de la primera edición: 1911, *Del Born al Plata. Impressions de viatge*, Barcelona, Antoni López.
- SALAVERRÍA, José María, 1910, *Tierra argentina*, Madrid, Fernando Fe.
- , 1917, *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SANTIGOSA, Carlos María, 1906, *El Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires: recuerdos de viaje*, Sevilla, Heraldo Sevillano.
- SCHMIDT, Ruth, 1973, *Ortega Munilla y sus novelas*, Madrid, Revista de Occidente.
- SCHWARZSTEIN, Dora, 2001, *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Madrid, Crítica.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel; Valdeón Barunque, Julio; Domínguez Ortiz, Antonio, 1991, *Historia de España*, Barcelona, Labor.
- VALERA, Juan, 1902, “Discurso”, en *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. José Ortega Munilla el día 30 de marzo de 1902*, Madrid, Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 56-71.
- ZAMACOIS, Eduardo, 1913, *Dos años en América: impresiones de un viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New York y Cuba*, Barcelona, Maucci.
- ZULETA, Emilia de, 1999, *Espanoles en La Argentina: el exilio literario de 1936*, Buenos Aires, Atril.

Escritores argentinos en Galicia: la identidad gallega como referente patrimonial para la Argentina

MARÍA ROSA LOJO
*Universidad del Salvador /
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires /
Real Academia Galega (España)
mrlojo@gmail.com*

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 16 de octubre de 2024.
DOI:

Resumen: Los intelectuales argentinos buscaron al principio independizarse política y culturalmente de España y exaltaron otros paradigmas, como el francés o el inglés. Hacia fines del siglo XIX surgieron corrientes que reivindicaron el legado español. Sin embargo, esa apreciación no solía incluir a Galicia como cultura fundadora. Esto no es proporcional a la gran importancia de la inmigración gallega en la Argentina y se debe en parte a la carga de un estereotipo étnico despectivo. Sin embargo, algunos escritores que viajaron a Galicia rechazaron el estereotipo degradante y constataron su profunda conexión afectiva y cultural con esta tierra. Reconocieron, así, la identidad gallega como valioso patrimonio de la identidad argentina.

Palabras clave: Galicia; Escritores argentinos; Identidad gallega; Patrimonio; Argentina.

Argentinian Writers in Galicia: Galician Identity as a Heritage Reference for Argentina

Abstract: At first, the Argentinian intellectuals pursued political and cultural independence from Spain, while they praised other models, such as French or English. Towards the end of the Nineteenth Century, currents of thought willing to revalue the Spanish legacy appeared. However, this appreciation usually didn't include Galicia as a founding culture. This is not proportional to the substantial presence of Galician immigration in Argentina, and it is partly due to the weight of a disdainful ethnical stereotype. However, several Argentinian writers who travelled to Galicia rejected that demeaning stereotype and confirmed their deep affective and cultural ties to this land. They so acknowledged the Galician identity as a valuable heritage of Argentinian identity.

Keywords: Galicia; Argentinian Writers; Galician Identity; Heritage; Argentina.

Rupturas y conciliaciones con la “Madre Patria”

Los procesos de independencia política suelen producir rupturas y desgarramientos culturales. El vínculo complejo que la naciente república del Plata establece con España no es una excepción. Los miembros de la generación del 37 plantearon alejamientos más o menos violentos: desde el famoso exabrupto de Sarmiento “Opino porque se colonice la España” (1993: 166), cuando viajaba comisionado por el gobierno de Chile para estudiar sistemas educativos en Europa, hasta posiciones *Letras*, 2024, julio-diciembre, n° 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

como la del joven Alberdi, que proclamó a los argentinos “hijos de la Francia” (1984:153), o del ya anciano Juan María Gutiérrez, que decidió rechazar el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española para no sujetarse a la lengua del antiguo amo (2006: 420). Por su parte, si el “poeta faro” de esta generación, Esteban Echeverría, no amenazaba con abandonar la lengua de España, propuso (no sin razón) la independencia del paisaje autóctono: el “desierto”.

Pero no todo era rechazo ni distancia. Los románticos de la “Joven España”, como Larra y Espronceda, que también bregaban por cambios, influyeron en los argentinos y, desde luego, en el autor de *La Cautiva*. Siguieron haciéndolo en generaciones nuevas. Los hermanos Lucio y Eduarda Mansilla, tan políglotas y cosmopolitas, no por eso dejaron de citar en sus obras a los españoles. Espronceda está aludido por doquier en el *Diario de viaje a Oriente* (2012) de un Lucio Victorio adolescente y aprendiz de escritor, que continuaría siendo fiel a la lengua madre, aunque la salpicase de galicismos: “no hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española” (1963: 485). En los abundantes epígrafes de la novela *Lucía Miranda* (1860), escrita por su hermana Eduarda, Garcilaso, Argensola, Herrera, Zorrilla, Rioja, Santillana, conviven con Lamartine, Shakespeare, Béranger, Victor Hugo y Lord Byron.

En el período de entresiglos las posturas combativas antihispánicas se suavizaron por un lado y se agudizaron por el otro. Para las corrientes de inspiración darwinista, las razas latinas (y los hispanos en particular), aunque se les concedía superioridad con respecto a los aborígenes, arrastraban una rémora genética y cultural retardataria frente a otras supuestamente más avanzadas, como las cepas anglosajonas. Sin embargo, la mayor parte de la inmigración aluvional que se recibe entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX, aunque muy variada, proviene de dos colectivos latinos claramente mayoritarios: el italiano y el español que, para esa óptica, no garantizaban el progreso civilizatorio. Esto no impedía que la lengua de Castilla, portadora, en definitiva, de identidad nacional, amagara diluirse en esa “Babel de banderas” (Sarmiento, 1928: 417-424) que se convertía en Babel lingüística dentro de los conventillos. A este panorama se agregaba el avance, en el mapa político del planeta, de un actor cada vez más poderoso: los Estados Unidos de Norteamérica. Estos configuraban el nuevo imperialismo, o la nueva “barbarie”, según el ensayo *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó y según también el poeta Rubén Darío (1977: 255) que, cruzando el siglo, se enfrentaba a Roosevelt: “Eres los Estados Unidos, / eres el futuro invasor / de la América ingenua que tiene sangre indígena, / que aún reza a Jesucristo y aún habla en español” (“A Roosevelt”).

Suenan las alarmas y los jóvenes intelectuales argentinos se predisponen a reivindicar el legado ibérico, en un escenario donde las sociedades de la colectividad española se lanzan también a combatir la minusvaloración de la que se sienten objeto. El clima de debate y de rescate se había instalado ya desde los festejos del Descubrimiento en 1892 (acompañado por la supresión de las estrofas del Himno Nacional Argentino más ofensivas para España). Para el primer centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, a pesar de la “galolatría” (Biagini, 2009: 99) que seguía caracterizando a las élites, la actitud hacia la Madre Patria, que había enviado como aplaudida representante a la Infanta Isabel de Borbón, era sin duda más amable y conciliadora¹.

¹ Me he referido más extensamente a esta problemática en trabajos anteriores (Lojo 2011, 2016 y 2017).

Las despreciadas raíces hispánicas terminarían siendo reconocidas como un imprescindible elemento fundador de la Argentina por la generación del llamado “Primer Nacionalismo”, que produjo dos libros emblemáticos: *La restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas (1882-1957) y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez (1882-1962). Ambos intelectuales emprendieron también su “viaje iniciático” a la Península (paralelo al viaje a París de los vástagos de las élites o de los que aspiraban a convertirse en artistas).

Problemas de la “criptoidentidad gallega”

Sin embargo, el viaje a España y la reivindicación de España como matriz cultural no significaron necesariamente que el viaje se extendiera a Galicia, ni tampoco el reconocimiento específico de Galicia como una cultura fundadora de la identidad argentina.

No deja de ser este un hecho paradójico. Por un lado, nuestro país ha sido el destino migratorio más importante para los gallegos². Y, recíprocamente, estos representan el colectivo español más numeroso, lo que le otorga un lugar preponderante, si se tiene en cuenta que la inmigración hispánica es la más nutrida después de la italiana. Más del 17% de todos los migrantes europeos arribados entre 1857 y 1930 pertenecían al colectivo gallego. Hacia 1914, Buenos Aires era la ciudad gallega más grande del mundo, con 150.000 habitantes de ese origen. Los cálculos de los especialistas estiman que nuestra República recibió entre la primera de las fechas mencionadas y 1960 no menos de 1.100.000 personas nacidas en Galicia, de las que unas 600.000 acabaron por radicarse definitivamente (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 21).

La extensión del etnónimo “gallego” a todos los españoles que llegaron a la Argentina tiene que ver con este dato demográfico. Pero también, de manera poco halagadora, con el estereotipo denigrante que migró igualmente al Río de la Plata y que se originó en la España del Siglo de Oro (Guitarte, 1996: 213-219). Durante las luchas independentistas, “gallego”, junto a “godo” y “maturrango”, circularon como insultos contra el opresor. Una vez consolidada la Argentina como nación, el apelativo “gallego” sobrevivió obstinadamente, quizá por la importancia cuantitativa del colectivo, y fue perdiendo el carácter de mero insulto. A ciertos rasgos adversos del estereotipo ya heredado de la Península (rusticidad, incultura, torpeza, suciedad), se agregaron otros positivos: honradez, laboriosidad, integridad moral, que fueron matizándolo, pero no borraron la baja calificación de los gallegos (en cuanto a prestigio) en el mapa de “jerarquías étnicas” descrito por Arturo Jauretche y otros autores (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 105-107).

En suma: la condición de “gallego” resultó más bien problemática para muchos de los miembros de la colectividad que aspiraban al ascenso social. Esto explica en parte que la lengua misma (percibida como dialecto, o como una versión defectuosa del español) se terminara perdiendo³,

² Para una descripción sucinta del fenómeno migratorio gallego en la Argentina, ver Villares Paz y Fernández Santiago (1996).

³ Si bien hubo préstamos lingüísticos del gallego al español rioplatense (Conde, 2011: 218-220), no fueron tan numerosos como la importancia demográfica del grupo podría hacerlo suponer. Recién en 1998 se fundó un colegio gallego bilingüe, el Santiago Apóstol, en el barrio porteño de Once, cuando otras colectividades minoritarias (como la británica, paradigma civilizatorio, o la francesa, modelo de alta cultura) tenían los suyos hacía mucho tiempo.

aunque no por ello se borrara la impregnación simbólica, cultural y afectiva, transmitida en los hogares a través de comidas, canciones, relatos, creencias y valores.

Los medios de comunicación, históricamente, se hicieron cargo de difundir la vida de los gallegos en la Argentina y también fuera de ella. Uno de estos, el emblemático *Caras y Caretas* estudiado por Ruy Farías entre los años 1898 y 1923 (Lojo, Guidotti y Farías, 2008), es muy ilustrativo en cuanto a las tensiones semánticas en juego. A lo largo de esos años, se afianzan en esta publicación los rasgos tanto positivos como negativos del estereotipo galaico, así como los antecedentes del “galaicono” definido por Antonio Pérez Prado (frente estrecha, pilosidad facial, cejas que se unen) y consolidado en la historieta por la figura de “Manolito”, y se muestran, en muchas ficciones, los oficios populares a los que los gallegos se dedicaban. Aparecen también noticias de todo tipo sobre la comunidad, en Galicia y en la Argentina, en el pasado y en el presente. Pero cuando se trata de destacar aquellas personalidades que han hecho y hacen aportes decisivos en el campo cultural y científico, no suele identificárselas como “gallegas”, sino ante todo como “españolas”. Esto va cambiando hacia fines del período, momento en que también se empieza a hablar del gallego como idioma y no como dialecto. La influencia del *galeguismo* pre-nacionalista, sugiere Farías (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 269), comienza ya a hacerse sentir.

Llegó el momento en que, a los inmigrantes de este origen y sus descendientes, se agregaron los exiliados de la Segunda República Española y todos los expulsados por la Guerra Civil y la miseria de la posguerra. Muchos de ellos conformaron una inmigración altamente calificada que fundó revistas y editoriales de vasta proyección, y aportó en todos los campos de la docencia, la ciencia y la cultura. Desde Buenos Aires, Alfonso Rodríguez Castelao y otros intelectuales sentaron las bases de la futura autonomía gallega en la Península, y también de la literatura galaica moderna, de manera tal que la historia de Galicia no puede pensarse hoy sin el concurso de la diáspora republicana, sobre todo en la llamada Atenas del Plata. Si bien la historia de la Argentina como nación tampoco puede concebirse sin la inmigración española (y la gallega en particular), las representaciones predominantes de Galicia como referente etno-cultural en la matriz de la identidad argentina no resultaron tan acordes a su concreta, real y variada influencia explícita e implícita. Por eso podría decirse que es más bien una “criptoidentidad”. Como la “carta robada” que da título al célebre cuento de Edgar Allan Poe (“The Purloined Letter”), está ahí, al alcance de la mano, exhibida pero a la vez escondida, de manera que lo evidente no termina de reconocerse.

Algunos escritores viajeros, sin embargo, se empeñaron en ir más allá, hacia las mismas fuentes territoriales de un etnos no suficientemente aquilatado ni comprendido. No son la mayoría, pero sus voces, y sobre todo sus miradas, importan. Tanto por su peso específico en el campo cultural argentino, como por la profundidad empática de la indagación que en sus crónicas dejan escritas. En la primera mitad del siglo XX destacamos dos: Ricardo Rojas y Roberto Arlt⁴.

⁴ Existe también un relato de un tal Gustavo del Río (1934), autor ignoto, aunque de identidad verificada, que no hace sino repetir y profundizar las simplificaciones más denigrantes del estereotipo negativo, al describir su estadía en una supuesta aldea gallega. El texto, detenidamente analizado por Andrea Cobas Carral (2016), no aporta novedad alguna al

Ricardo Rojas: los gallegos, “mis compatriotas”

Ricardo Rojas, primer historiador sistemático de la literatura argentina, catedrático universitario, poeta, ensayista y dramaturgo, fue una de las grandes figuras del llamado “primer nacionalismo” argentino⁵, abocado a recuperar las raíces hispano-criollas que la élite cultural anglófila y francófila prefería desconocer o dar por superadas. Su viaje a Europa en 1907-1908 le aportó los elementos para escribir *La restauración nacionalista* (1909), libro que despertaría polémicas. También para componer otras obras que giran en torno a Europa y, dentro de ella, en torno al legado español. Se trata de *El alma española* (1908) y *Cartas de Europa* (1908). Treinta años más tarde, en 1938, *Retablo español* vuelve sobre la experiencia de esa estada juvenil en España con renovado y meditado interés.

La perspectiva del tiempo les da a los textos (o cuadros) del “retablo” una profundidad singular. La España de comienzos de siglo se lee a partir de su presente, enlutado por la guerra civil; los conflictos que estallaron luego se avizoran allí en ciernes, muchas reflexiones resuenan como profecías, otras, como deseos y esperanzas incumplidas. Los jóvenes de 1908 son hombres maduros veinte años después; alguno ha muerto trágicamente, como Ramiro de Maeztu. Pero para Rojas, siempre atento a las invariantes, el “alma española” no ha cambiado, y entenderla es, para los argentinos, fundamental, “porque su historia es parte de la nuestra” (1938: 9).

Desde el principio, Rojas aclara que su mirada no ha sido, ni podrá ser, la del extranjero. Él no se ha sentido extranjero en España, ni los españoles lo han considerado tal. El “antiespañolismo” argentino, sostiene, es una falsa posición que viene, en muchos casos, de la frivolidad, el esnobismo, la pedantería cosmopolita (1938:17). Es un pecado de superficie (1938: 341), nacido del desconocimiento, propio de las clases medias y altas progresistas que consideran a España como parte de África, extremo bárbaro de Europa (1938: 338 y ss.). En el caso de Sarmiento, cruel, más que injusto, con España —dice— no habría sido el desapego lo que lo llevó a la crítica lapidaria, sino, por el contrario, la furia del que ama aquello que critica y se indigna ante sus carencias y defectos precisamente porque lo siente propio. No en vano recuerda Rojas la frase que da título a un artículo, “Gallegos de allende y de aquende”, donde Sarmiento, con feroz ironía, dice que los españoles debieran estar agradecidos a los argentinos, españoles americanos, que les presentan un espejo empeorado de sus mismos vicios, y salvan así a España de ser la “última nación del mundo civilizado” (1928: 245). Por otra parte, sostiene, el “mal español” no puede adjudicarse al pueblo, sino a un Estado mal dirigido por dinastías extranjeras desde los mismos Habsburgo. Frente a las posturas historiográficas propensas a identificar a España sólo con la Inquisición y el oscurantismo, Rojas reivindica, en sus obras de historiador (como *La Argentinidad*, 1916), a los cabildos de Hispanoamérica como origen autóctono de la democracia argentina, anterior a las ideas de la Revolución Francesa. El sentido igualitario, la orgullosa libertad del individuo, son una herencia española antes que gálica. El

modelo del “chiste de gallegos”, ni su autor puede parangonarse con los reconocidos escritores e intelectuales que abordamos en este estudio.

⁵ Rojas representa, dentro de este primer nacionalismo, una corriente democrática y no clerical, en busca de la integración histórica de la Argentina mestiza y cosmopolita. Cabe diferenciarlo, tanto por su obra como su vida (fue militante radical, encarcelado por el dictador Uriburu en el penal de Ushuaia), de otras corrientes del nacionalismo, clericales y/o profascistas.

Letras, 2024, julio-diciembre, n° 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

“genio ibérico” oprimido, sostiene, “se evade en América o en el arte” (1938: 48). No deja de señalar el autor, ya avanzado el libro, la influencia del liberalismo gaditano, con las legendarias Cortes Constitucionales de 1812, en los independentistas americanos. Recuerda que la palabra “liberal” justamente nació en Cádiz, y que la revolución española fue sofocada por la Santa Alianza. Mientras que España, durante la era napoleónica, es salvada por las Juntas Populares, el indigno Fernando VII, una vez repuesto, traiciona los deseos del pueblo. Por ello también en Argentina el ideario antiespañol aparece recién en la segunda generación independiente, por rechazo hacia la política absolutista del monarca (1938: 340).

No se le oculta a Rojas la dificultad de aislar o discriminar “lo español” en una nación hecha de varias naciones y de varias lenguas, invadida incontables veces, y cuyo mapa étnico es diverso en la diacronía y en la sincronía. No obstante, se empeña en descubrirlo (de acuerdo con su mitología y su poética personales) a la manera de quien realiza una “peregrinación esotérica” (1938: 103), una incursión en los “Misterios”. Y el “misterio español” es una pertinaz, irreductible originalidad, que la distingue tanto de Europa como del África: “Es una ínsula ibérica —dice— distinta de cuanto la rodea” (1938: 11).

Varios capítulos de *Retablo Español* se consagran a Galicia y a los intelectuales gallegos, que van configurando la imagen de una “Galicia ilustrada” muy distante de los estereotipos de la rusticidad y la ignorancia. Señala, ante todo, al padre Feijóo, “hombre excepcional por su curiosidad enciclopédica y su libertad de entendimiento”, como defensor de los criollos, contra las teorías “degenerativas” que los consideraban inferiores a sus antepasados españoles. Recuerda también Rojas que en la época independentista, “por odio de guerra, llamaron ‘godo’ al español y, después simplemente ‘gallego’, con intención despectiva” (1938: 296).

También son evocados en *Retablo Español* don Ramón del Valle Inclán y la Condesa de Pardo Bazán. Describe a Valle Inclán, ante todo, como personaje excéntrico, consagrado a cultivar su propia leyenda de iconoclasta. El juicio de Rojas sobre su obra destaca su poder renovador y atribuye sus méritos al carácter gallego:

No ha creado ninguna fábula grande, no ha forjado ningún personaje universal, no ha revelado ninguna idea trascendente en sus símbolos; pero ha sido un reformador de la prosa española. Su ilustración no era muy vasta ni su cultura muy sólida. Su estilo proviene de su sensibilidad galaica; su arte es un eco del paisaje y los cantos de su tierra (1938: 281).

Doña Emilia Pardo Bazán, que lo recibió en su casa madrileña, es presentada como “muy gallega” y de personalidad enérgica, “autora de más estudio que fantasía”, con claro talento para la novela. Es la primera, dice que crea en España, “con su predicación y con su obra, una conciencia feminista” (1938: 298). Destaca la importancia que la autora adjudicaba a su trabajo como investigadora y ensayista crítica, áreas escasamente frecuentadas por las mujeres: “Parecía sugerir que obras de imaginación habían producido otras mujeres de sensibilidad o de talento, como la Böhl de Faber y la Castro; pero ella, además de eso, había trabajado en géneros tenidos hasta entonces como campo cerrado del ingenio varonil. A esto agregábase el mérito de haberse formado por sí misma” (1938: 299). A pesar del gran reconocimiento alcanzado — observa Rojas — la estrechez mental de la época impidió su ambicionado ingreso a la Real Academia. Para compensarla de esto — dice — La Coruña le erigió una estatua en vida, “eso la

conmovió, más que todo porque amaba a su terruño” (1938: 301). Rojas se inclina a creer que no hay detrás de sus afanes por el sillón académico mera vanidad personal, sino “deseo de abrir una brecha feminista en la ciudadela de los doctos ancianos, casi todos conservadores”; en suma, la búsqueda de “una conquista de su credo”: el de la igualdad de derechos y la emancipación de la mujer (1938: 300-301).

Un capítulo se consagra a los que el autor llama “Caracteres del regionalismo gallego”. Enumera aquellos “hombres y mujeres notables en arte, ciencia, política, armas y negocios” que han dado prestigio a Galicia. Habla del renacimiento de la lengua literaria y, desde luego, de Rosalía de Castro, a la que califica como “voz ingenua” capaz de lirismo y también de iracunda protesta contra la injusticia. Si bien Rojas reconoce la monstruosidad del régimen feudal gallego y de los modernos sistemas centralistas, apunta la necesidad de distinguir al pueblo de Castilla (igualmente oprimido) del gobierno central.

Aunque Rojas corrobora la legitimidad de las reivindicaciones sustentadas por el galleguismo, no cree que Galicia tenga destino fuera de la unidad española ya que caería, en suma, bajo otra hegemonía: la de Portugal (1938: 347, 351-352). La solución, insiste, es construir un nuevo Estado español, regido sobre principios de justicia política y económica, y sobre el reconocimiento de las identidades históricas y culturales.

Galicia es definida por el paisaje, por el idioma, por su temple expresivo y emocional. Es “un estilo de vida y de expresión”, “una personalidad histórica”, un pueblo con alma esencialmente lírica y romántica. Le llaman la atención, ante todo, la belleza y la dulzura del paisaje, que “trasciende a la sensibilidad del gallego, fuerte en el trabajo y tierno en el amor. Comarca sensual y musical, sobre ella flotan el canto de la gaita y el dejo blando de su idioma” (1938: 343).

La primera tierra española que Rojas pisa es gallega, y también es la última, de tal modo que “Galicia aparece en el horizonte de estas memorias con la emoción alegre de la llegada y con la ‘saudade’ de la partida, en los dos extremos de mi itinerario español” (1938: 342). El profundo encanto “casi femenino” de esa tierra retiene a los inmigrantes, como los que ve embarcándose con él rumbo a Buenos Aires mientras se despiden “con lágrimas en los ojos”. Fiel a su mirada integradora, Rojas piensa en ellos como nuevos argentinos: “Dábanme ganas de decirles que ellos eran ya mis compatriotas. Venían a continuar la obra de los antepasados, y ellos son, también, en su anónima humildad, ministros de la historia; sus huesos serán mañana polvo de la Pampa, y en sus hijos retornará la vieja estirpe a nueva gloria” (1938: 345).

Roberto Arlt: “La Argentina es la segunda patria del gallego”

El viaje de Roberto Arlt tiene lugar en julio de 1935, cuando el escritor y periodista fue enviado a España por el diario *El Mundo*. Recorre en Galicia las ciudades de Vigo, Pontevedra, Santiago de Compostela, Betanzos y La Coruña, y desde luego el campo. El paisaje de tierra, mar y montaña lo captura con fuerte impacto emocional. Ámbito geográfico pero sobre todo zona estética de la imaginación y la afectividad, caracterizada —afirma— por la finura y la pureza de líneas, le resulta inseparable de la criatura humana que lo habita: “En Galicia, el hombre y la

naturaleza forman una soldadura racial” (1999: 47). Para definir y enmarcar esta “soldadura”, Arlt recurre al celtismo, como trasfondo mítico que trasmuta lo natural en un “teatro de magia”.

Y es que este panorama céltico, y por consiguiente su morador, están tan íntimamente ligados que aunque la razón se oponga, el hombre termina por ceder a la sugestión de la escenografía, y poblar las fuentes, los ríos, los montes, cuyos cortinados parecen cerrar la entrada a un mundo encantado, de espíritus, cuya existencia bruja está en contradicción con la sequedad romana del credo católico (1999: 54-55).

Pero este ambiente idílico, cautivante, inolvidable para los gallegos que emigran porque les es constitutivo, está continuamente expuesto a la tragedia (la de los pescadores que afrontando riesgos sobrehumanos salen al mar y pierden la vida, la de los que marchan dejando viudas de vivos, huérfanos y huérfanas). La belleza está cercada por la miseria, se convierte en el escenario del trabajo brutal, hiperbólico, que —particularmente en tierra adentro— asumen en su mayoría las mujeres de los labriegos emigrados. El sufrimiento humano tiñe de dramatismo el paisaje de ensueño.

Las antinomias, los contrastes, cruzan la crónica arltiana. Los gallegos, curiosos, enérgicos, amantes de la innovación y del progreso, viven metidos en el chaleco de fuerza de una economía arcaica, encadenados a ciudades donde Arlt sólo ve las huellas siniestras de la muerte, como Santiago o Pontevedra, aunque otros ámbitos, no menos antiguos —la festiva Betanzos—, compensen esa parálisis, esa infinita tristeza.

Los contrastes que quiebran los estereotipos dibujan también la personalidad paradójica de gallegos y gallegas. Sobre estas, en particular, se detiene la mirada de Arlt, a la que nada se le escapa: ni la hermosura ideal, estatuaría, de alguna campesina joven (1999: 64), ni la cara de las ancianas, tatuada por las arrugas bajo los pañuelos negros. Mujeres de exacerbada femineidad, de emotividad desbordante (1999: 71), apasionadas y dulces (1999: 73), las gallegas trabajan a la par de cualquier hombre, asombran por su fuerza física, y también por la independencia de su carácter; bajo la miel —señala— la “nervadura de acero” (1999: 48). Impecablemente limpias, hacen las tareas más duras sin sacrificar detalles de coquetería, de tal modo que la mayoría de las trabajadoras de la sardina gastan medias de seda (1999: 61). El varón gallego, que no teme a la aventura, es también, sin embargo, hondamente afectivo y hogareño (1999: 70). Esa delicada sensibilidad se ha escapado siempre al juicio de los argentinos, que, afirma Arlt, no conocen a los gallegos (1999: 71) y los motejan de brutos por envidia, solo porque no son capaces de trabajar como ellos (1999: 70).

La sensibilidad exquisita, la capacidad para el lirismo, destacados tanto por Rojas como por Arlt, se convertirán a su vez en tópico de un estereotipo gallego positivo que también aparece, aunque con bastante menor frecuencia que el negativo, en novelas argentinas. Así, en *Adán Buenosayres* apunta el filósofo bohemio Samuel Tesler, eternamente sin fondos: “la planchadora me trae una cuenta insignificante (\$1.75); realizo un milagro de dialéctica que logra vivificar sus marchitas esperanzas de cobro; es gallega, una raza lírica” (2013: 41).

En materia literaria, Arlt se inclina con admiración ante la gran voz trágica de Rosalía de Castro: “Es el grito más dramáticamente verdadero que ha engendrado el corazón de una mujer” (1999: 89), y se irrita, en cambio, ante el artificio de Valle Inclán:

La literatura española no nos permite formarnos una idea de cuán ruda es la vida de la campesina gallega. El literato que más leemos en América, don Ramón del Valle Inclán, famoso por sus pinturas de ambiente gallego, nos ha transmitido de Galicia un paisaje grotesco, con personas y atmósfera de leyenda y milagrerío, tan despojado de realidad y tan abundante de chocarrería tabernaria, que uno aquí, en estas ciudades gallegas, no puede menos que preguntarse a qué Galicia se refiere el señor Valle Inclán (1999: 85).

Las ciudades gallegas modernas, como Vigo y La Coruña, nada tienen que ver tampoco, advierte Arlt, con las evocaciones valleinclanescas. La urbanidad, la gravedad reflexiva que no excluye el humor ni el gusto por la música, el respeto a las ordenanzas, la “honradez feroz” que permite dejar las puertas abiertas de las pensiones durante la noche, caracterizan a Vigo, civilizada y laboriosa, donde la gente habla con suavidad discreta. La Coruña, por su parte, es moderna, despreocupada y elegante, “un Madrid pequeño, vivaracho, cosmopolita”, con muchachas jóvenes vestidas a la moda, que no tienen reparos en fumar en público, salen solas y confraternizan con los varones: “Las muchachas contestan a los piropos, se ríen, los provocan, resultan encantadoras y desenfadadas. Hay que hacer un esfuerzo para creerse en España” (1999: 131).

Otro eje contrastivo atraviesa el relato de Arlt: las diferencias dentro de España misma, la distancia cultural Norte/Sur. Por la forma de vida de las mujeres, que en el Sur, según le dice una muchacha gallega, “viven como en África” (1999: 138), mientras que en Galicia cultivan un trato amistoso y libre con el otro sexo que recuerda “los cuadros de las costumbres americanas ofrecidos en las películas” (1999: 73); por la escasa proclividad al “drama de honor” y el predominio de la sensatez; por la mezcla de clases sociales en los balnearios (1999: 72); por la ausencia de mendicidad infantil (los gallegos —dice Arlt— no toleran la miseria, por eso emigran [1999: 72]); por el discreto silencio de los lugares públicos, que incluso respetan los niños. Todo ello arranca al cronista una frase definitoria: “Anoto insistentemente estos detalles porque la suma de ellos compone el semblante psicológico de la raza. La única definición que se me ocurre es ésta: gente mayor de edad” (1999: 73). Lejos del atraso y el apego a lo arcaico, los gallegos, sin abandonar jamás el ancla sentimental en su patria, experimentan como ningún otro pueblo de España la atracción de lo moderno.

En las antípodas mentales de Andalucía, se sienten (otra paradoja) a un paso de Buenos Aires. Todos tienen allí algún familiar, conocen las calles porteñas, los números de las casas, los derroteros de los ómnibus, canturrean los tangos que toca la banda municipal:

Fenomenales algunas de estas ciudades gallegas. Fenomenales por su proximidad con la Argentina. Por momentos se duda. En una de cada tres casas se nombra a la Argentina con una proximidad que hace absurda la noción de un viaje real de quince días de océano. [...] La exactitud de las menciones es tan asombrosa que el entendimiento vacila. ¿No encontraremos al salir a la calle, en vez del Archivo del Reyno de Galicia, la Torre de los Ingleses? La Argentina es la segunda patria del gallego (1999: 128).

Julio Cortázar y Aurora Bernárdez: égloga y memoria proustiana

En 1956 el matrimonio formado por Julio Cortázar y Aurora Bernárdez llega a Santiago de Compostela. Es un viaje de conocimiento, y más bien de (re)conocimiento en el caso de Aurora. La excursión forma parte (lo sabremos por Cortázar) de un recorrido turístico por diversos lugares de España que les insume alrededor de un mes y medio (Cortázar, 2018). A diferencia de Rojas y de Arlt, ninguno de los miembros de la pareja piensa en ese momento en un destino de libro para sus impresiones. En el caso de Cortázar se trata de una carta personal dirigida a un amigo: el poeta cordobés (argentino), Eduardo Jonquières, fechada en París el 27 de mayo de 1956 (Cortázar, 2018: 126-136).

La carta (recogida de manera póstuma en el tomo 2 de cinco volúmenes de correspondencia) responde a otra de Jonquières que el autor de *Bestiario* acaba de recibir, a su regreso de España. El balance general del relato de viaje (“ese famoso y por fin realizado viaje”, 129) que Cortázar incluye resulta un tanto desalentador (“mis impresiones son menos favorables de lo que yo mismo esperaba”, 129). La fauna humana no le desagrada. Reconoce que los españoles “en su salsa” pueden ser “encantadores”, “llenos de una discreción y de un recato que no me sospechaba”, hidalgos (demasiado), fieles a su esencia en la mayor adversidad, dignos hasta las últimas consecuencias (2018: 128). Pero, justamente, esa “falta de flexibilidad mental y moral” es también lo que lo aleja de ellos; se siente, incluso, físicamente molesto por “la grosería y la falta de gracia” de sus mujeres embadurnadas de maquillaje (2018: 129). Su “desacuerdo psicológico con lo español” ha sido temprano y lo ha llevado, desde chico, a apartarse de la literatura española para optar por la francesa y la inglesa. ¿Motivos?: la afectación, el lenguaje que encuentra “hinchado”, aun en escritores que admira en su mayor parte, como Unamuno y Machado. Valle Inclán (piedra de toque también para Rojas y Arlt) lo divierte con sus esperpentos, pero le parece “una maravilla irritante, un hechicero, en el doble sentido diurno y nocturno que puede tener la palabra” (2018: 130).

Reconoce, con todo, que para “entrar en España” no alcanza con un mes y medio, ni con ver, apenas, “sus piedras, sus paisajes, algo de su arte”. En Barcelona lo entusiasman Gaudí y las tallas románicas; Sevilla y Granada (sobre todo esta última) le provocan rechazo. Encuentra a Madrid poco agradable (salvo el arte del Prado, Goya, y el Museo Galdiano); la tauromaquia, no obstante, logra fascinarlos (tanto a él como a Aurora), mientras que el mentado Escorial es una “enorme fiambarrera (no me refiero a los panteones) sin la menor gracia”, pero “Toledo, Ávila y Segovia nos parecieron fabulosas” (131). El acueducto segoviano, dice, se mete de manera surrealista en el centro de la ciudad; las iglesias románicas españolas los impactan “empezando por la catedral vieja de Salamanca”, ciudad que les deja buenos recuerdos.

El último destino (al menos, el último del que habla) es Galicia, que abre un breve capítulo aparte, un resplandor íntimo en la enumeración distanciada. No es solo la “deliciosa ciudad” de Santiago de Compostela, los “pulpos gloriosos” que saborean, el Pórtico de la Gloria, la belleza arquitectónica. Galicia marca la diferencia, con “ese tono tan distinto”. Por desconocida, por poco publicitada, sorprende, y permite comprender su antiguo legado cultural.

Creo que para mí el gran descubrimiento (por inesperado) fue el paisaje. Cuando volvíamos de Santiago a León, el tren anduvo toda la tarde junto al río Miño. Pegado a las ventanillas, no

podía creer que eso fuera verdad. Comprendí de golpe la poesía galaico-portuguesa, esa presencia del verde, de los ríos, de la égloga. Orense, Redondela, las rías, los viñedos infinitos con las cepas apuntaladas por sostenes de granito, como pequeños dólmenes que brillan entre el verde. [...] Pienso que la falta de propaganda me ha embellecido el paisaje; uno está un poco hartado de oír hablar con grandes aspavientos de las vegas andaluzas, que son muy hermosas, sin duda, pero menos, mucho menos, que el paisaje gallego. Y el Miño es un río como he visto pocos” (Cortázar, 2018: 132).

Fantasea, incluso, con la compra de un pequeño Citroën, para llevar a Aurora a Galicia e instalarse en Redondela durante la primavera, pasear, pescar y “herborizar como Rousseau”. Evocado como un paraíso posible para el amor, en el Miño parece revelarse la esencia de “toda la gente de España, metida para adentro (aunque griten, aunque te ensordezcan en los cafés y en los trenes) y llena de verdad y de tristeza” (Cortázar, 2018: 132).

El relato que Aurora escribe sobre el mismo viaje fue recopilado, también póstumamente, en la miscelánea *El libro de Aurora*, en el sector de “Viajes”, bajo el título “Santiago, 1956” (2017). No hay mayores referencias al resto de España. Todo se centra en esta ciudad, que contrasta tan favorablemente con “el horror provinciano, gris” de Astorga (León), que acaban de dejar. Hay una breve y laudatoria referencia al Miño: “Por suerte, antes de llegar a Santiago, estuvo el regalo del Miño verde, eglógico, y de la Redondela desde lo alto con sus pinos y su mar azul metiéndose sinuoso en la tierra” (2017: 202). Pero la descripción de la ciudad y, sobre todo, de la catedral, es lo que ocupa el resto del relato: “Y donde hay una catedral de siete siglos, no hay modo de perder el camino, todas las calles conducen a ella. Es el centro de la rosa, el corazón del alcaucil, el eje de la rueda” (2017: 203).

Sin embargo, hay otro centro (invisible, íntimo) que para Aurora se devela en Santiago, y es el de la más profunda memoria: “Empezaba la Santiago de las tarjetas postales, con sus grandes losas grises húmedas, sus portales oscuros, y el gallego sonando dulcemente en mi oído, y yo que me sentía tan conmovida, tan cerca de mis raíces, de mi padre, de mi casa” (2017: 203).

Para Aurora Bernárdez, hija de Francisco Bernárdez y de Dolores Novoa, gallegos ambos, los aromas y sabores y sonidos que la esperan en Santiago son el disparador que la remite a un pasado no ya solo personal sino ancestral. El redescubrimiento de esa identidad pasa ante todo por la música fundante de la lengua materna, enraizada a sus primeros recuerdos de Galicia, aunque no sabe si esos recuerdos son realmente suyos (le dice en una entrevista a Philippe Fénelon), o si fueron contruidos desde los relatos de su madre:

Tengo recuerdos muy anteriores pero demasiado vagos como para contarlos, demasiado dudosos; ya no sé bien si soy yo la que recuerdo o si me lo han contado. Son recuerdos de Galicia, del tiempo en que mi familia vivió allí y donde yo aprendí a hablar en gallego antes que en español. De esos recuerdos tengo una o dos imágenes muy fuertes, pero ya no sé, no estoy segura de que no sean de mi madre, que me las ha transmitido (2017: 268).

Santiago no solo la remite a Galicia sino a su niñez en una Argentina que es gallega, por obra de la impregnación cultural. Expresa en su crónica:

Y además tenía hambre, hambre de pulpo, de sardinas asadas, sabores de mi infancia de banquetes familiares en largos patios argentinos sombreados de parras; y además sabores

míticos: los centollos, las enormes merluzas gallegas de que hablaba mi padre con esa nostalgia pura y sentimental que nos une a los primeros sabores [...]. Nostalgia más que de un sabor, de un sentimiento de paz, de armonía, de seguridad que perdimos muy poco después [...]. Pero ¿cómo hablar de estas mezclas de sabores y sentimientos cuando ya lo hizo Proust y nada más se puede añadir? (2017: 206-207).

Comer en Santiago se transfigura en acto estético proustiano, y es también, visceralmente, la conmovedora experiencia de una comunión con los muertos:

Encontramos todo: las sardinas, los centollos, la merluza. Y yo los comí pensando en mi padre, comulgando con él a través de estas marinas y profanas especies, con sus pobres huesos inmóviles ya tan lejos de allí en una profunda bóveda de la Chacarita donde nada puede descender (2017: 207).

Ernesto Sábato y Elvira González Fraga: (re)conocimientos y (re)descubrimientos

España está en el título del último libro publicado por Sábato: *España en los diarios de mi vejez* (2004). La obra recoge impresiones, recuerdos, reflexiones, alternadas con fragmentos de conferencias impartidas en los dos viajes españoles que el escritor emprende en 2002. La sensación de “última vez” (“He venido a España probablemente por última vez” [2004: 15]), de despedida, es la atmósfera emocional de una escritura en la que el presente de un hombre que pronto cumplirá 91 años gatilla siempre una evocación, trae el pasado a lo inmediato y conecta lejanías de todo orden: la Argentina con España, la vejez con la infancia.

Sábato, que viaja con Elvira González Fraga, la compañera del final de su vida, llega a Galicia en el primero de los dos viajes, motivados ambos por la recepción de una serie de honores (la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Carlos III, el Premio del Pen Club de Galicia, la inauguración de la Cátedra de las Américas, entre otros). Galicia es el último destino español de este primer itinerario, que antes los lleva por Madrid, Oviedo, Valladolid, Albacete, Sevilla y Alicante, y que está colmado de reconocimientos, en más de un sentido. No solo en el de “premios y homenajes” sino en cuanto rememoraciones de espacios visitados antes, y también de la huella dejada por España en Argentina a través de la inmigración: “Buenos Aires es la ciudad gallega más grande del mundo...” (2004: 36). La visita a Asturias empuja los primeros recuerdos de su niñez rural y provinciana:

Muchos, con los años, seguirían hablando con nostalgia de su infancia en estos valles. Y no solo los asturianos. También los vascos y gallegos que llegaron a la Argentina. En aquellas romerías de mi infancia, en mi pueblo pampeano, los he visto tantas veces cantando y bailando su misma añoranza. Aún hoy me parece estar escuchando sus canciones y sus gaitas. Los veo sentados en los patios de tierra apisonada que antes solían tener nuestras casas, silenciosos y pensativos, mirando hacia aquella región del mundo donde quedaban para siempre sus montañas. Cuánta tristeza, cuánta desolación en quienes se vieron empujados, unas veces por el hambre, otras por las persecuciones políticas, las injusticias y las guerras (2004: 55).

Como en el caso de la pareja Cortázar-Bernárdez, es Elvira la que tiene raíces familiares en Galicia: una abuela de Betanzos y un abuelo de La Coruña. Ya ha estado antes, con su hija y con sus padres. Para Sábato, en cambio, se trata de un descubrimiento, de la primera vez. Sin embargo, es el reconocimiento lo que prima sobre la sorpresa. De entrada se establecen cercanías que revelan al viajero su propio ser y le traen recuerdos de la patria distante: “Siempre

llueve en Santiago, ellos andan con paraguas como yo con melancolía; las veredas tienen recovas como en el viejo Buenos Aires para protegerse de la lluvia” (2004: 90).

El contacto afectivo es inmediato y, en un símil insólito, proviene de las mismas calles y paredes de la ciudad (“sus edificios apretados parecen quererlo a uno”). Desde ella fluye la autenticidad de un sentimiento que persiste, pese a ser también un objetivo turístico:

Santiago es de las ciudades más hermosas que he visitado en la vida, sus calles angostas empedradas, sus edificios apretados parecen quererlo a uno. Si bien hay turismo, es persistente el sentimiento gallego que nos llega, hecho de calidez, de coraje ante la vida, de poesía (2004: 90).

La plaza del Obradoiro, la Catedral, el Hostal de los Reyes Católicos, la Universidad donde premian y condecoran al escritor, aparecen mencionados y a veces (el Hostal) sobriamente descritos. Es casi de rigor la evocación del Camino de Santiago y de sus peregrinos, con la copla correspondiente (“¿A dónde irá meu romeiro / meu romeiro adond’irá? / Camiño de Compostela / Non sei s’ali chegará”). También se mencionan otros recorridos, por Pontevedra (de donde es la familia de Marcial González, padre de Elvira), por La Toja (A Toxa) y toda la zona que luego fue “atrozmente destrozada por el petróleo” (2004: 92)⁶.

Por sobre lo que se ve en el momento, y lo que se ha leído, se impone, no obstante, lo que llega de otra fuente: las experiencias personales, del autor y de Elvira, vividas del otro lado del Océano. La inmigración está presente en el recuerdo de Fernanda Cortiñas, de Orense, modista que hacía la ropa para Elvira y sus hermanos: “una gallega arquetipo de esas mujeres abnegadas, sufridas pero alegres, que fecundaron nuestro país con su trabajo y su nobleza” (2004: 91-92).

También pensando en los inmigrantes, Sábato “deslumbrado por la belleza de Galicia y por la de su gente”, aborda en su conferencia para la Universidad el tema de “La fecundidad en la cultura gallega”:

Me centré en los miles de hombres y mujeres que creyeron que valía la pena sacrificarse, dar lo mejor de sí, aun perdiendo los años y la vida. Terminé evocando aquellas romerías de mi pueblo, cuando los gallegos cantaban y bailaban a su tierra lejana, a todo aquello que se había ido para no volver.

Recité tragando lágrimas aquellos versos de Rosalía.

“Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequeños;
adiós, vista dos meusollos,
non sei cuándo nos veremos”.

Y aquel poema:

“Miña terra, miña terra,
terra donde me eu criei,
terriña que quero tanto,
figueiriñas que eu plantei”⁷.

⁶ De manera coherente con una de sus preocupaciones constantes (la ecologista) Sábato se refiere al catastrófico derrame del buque petrolero *Prestige* que ocurriría unos meses más tarde (13 de noviembre de 2002).

⁷ En realidad, se trata de las dos primeras estrofas de la misma composición: el poema 15 de *Cantares gallegos* (1863),

Al finalizar, el rector Villanueva me entregó la insignia de oro de la universidad. Un concierto de gaitas como no había escuchado en mi vida cerró la noche.

La lluvia caía triste la mañana en que nos fuimos (2004: 92-93).

Conclusiones. Desmentida del estereotipo negativo. La conexión afectiva

La interpretación provista por la imagología (Jean-Marc Moura, 1998) analiza cómo se confrontan en el relato de viajes la autopercepción de la cultura de origen del viajero (el “autoimagotipo”) con la imaginación que se tiene acerca del Otro (el “heteroimagotipo”). En los textos que hemos recorrido pudimos ver cómo el heteroimagotipo generado en Argentina sobre Galicia, su gente y su cultura, termina fusionándose con la autoimagen anclada en la intimidad y en la memoria de quienes llegan. Ninguna de las lecturas que enumeramos confirma el estereotipo negativo que los gallegos arrastraron como una rémora. Más bien este se desmiente de múltiples maneras: en la Galicia ilustrada de Ricardo Rojas; la Galicia civilizada (“gente mayor de edad”), moderna, ansiosa de progreso de Roberto Arlt; la Galicia lírica revelada en contacto con un paisaje inseparable de lo humano, del *ethnos* gallego y su honda sensibilidad (motivo reiterado en todos los viajeros). Galicia sorprende con una belleza casi abrumadora en su intensa dulzura. Una belleza intocada por la propaganda turística (o intraducible a ella), que está más allá de los monumentos.

La conexión afectiva se establece desde el deslumbramiento estético; también desde las raíces memoriales, porque los viajeros *no solo reencuentran a la Argentina dentro de Galicia* (en las huellas que los emigrados retornados y el recuerdo de los que se fueron dejan allí por doquier), sino a *Galicia en su propio pasado de infancia*. No hace falta para ello provenir de una familia de este origen. Es que la cercanía con los gallegos inmigrantes forma parte entrañable de la memoria argentina, como bien se evidencia en el relato de Sábato. Al cerrar el círculo *in situ*, dentro de Galicia misma, se revela el entramado de las dos patrias, el tesoro de sensibilidad, belleza, poesía, magia, que latía escondido a la vista de todos, y que los argentinos pueden (y deben) reclamar como propio.

Referencias bibliográficas

- ALBERDI, Juan Bautista, 1984, *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* [1ª. ed. 1837], Introducción y notas de Ricardo Grinberg, Buenos Aires, Biblos.
- ARLT, Roberto, 1999, *Aguafuertes gallegas y asturianas*, compilación y prólogo Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Losada.
- BERNÁRDEZ, Aurora, 2017, *El libro de Aurora. Textos, conversaciones y notas de Aurora Bernárdez*, Philippe Fénelon y Julia Saltzmann (eds.), Buenos Aires, Penguin Random House Grupo Editorial S.A., edición en formato digital.

si bien “Adiós ríos, adiós fontes...” proviene del cancionero popular gallego y es integrada al poema, como ocurre en otras composiciones de este libro emblemático, hito inaugural de la resurrección de la poesía en lengua gallega (de Castro: 1998, 117-119). El poema 15 de los *Cantares gallegos* es también el primer texto poético en este idioma publicado por Rosalía, y aparece previamente en 1861, en el diario madrileño *El Museo Universal* (Lago Graña: 2009, 115-116). La cita de Sábato tiene algunas diferencias respecto al poema publicado en la edición de Xerais, donde no figura “terriña”, sino “ortiña”, y no se escribe “plantei”, sino “prantei”.

Letras, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

- BIAGINI, Hugo, 2009, *Identidad argentina y compromiso latinoamericano*, Lanús, Colección Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Lanús.
- CASTRO, Rosalía de, 1998, *Poesía completa en galego*, Benito Varela Jácome (ed.), Vigo, Xerais.
- COBAS CARRAL, Andrea, 2016, “Viajeros argentinos en los años 30: Gustavo del Río y Roberto Arlt cuentan Galicia”, en *Olivar*, 17 (25), María Rosa Lojo (ed.), “Galicia en la Argentina: una identidad transatlántica”, e004. Disponible en: <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLIE004>.
- CONDE, Oscar, 2011, *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*, Buenos Aires, Taurus.
- CORTÁZAR, Julio, 2018, *Cartas 1955-1964*, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (eds.), Buenos Aires, Penguin Random House Grupo Editorial S.A., edición en formato digital, tomo 2.
- DARÍO, Rubén, 1977, *Poesía*, prólogo de Ángel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- DEL RÍO, Gustavo, 1934, *Un argentino en Galicia. Crónicas de la aldea*, Buenos Aires, Tor.
- GÁLVEZ, Manuel, 2001 [1ª ed. 1910], *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, estudio preliminar de María Teresa Gramuglio, Buenos Aires, Taurus.
- GUITARTE, GUILLERMO L., 1996, “El argentinismo gallego ‘español’. Historia americana de un insulto español”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo LXI, 241-242, pp. 211-248.
- GUTIÉRREZ, Juan María, 2006, “Cartas de un porteño. Carta al señor secretario de la Academia Española”, en *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, selección, prólogo y cronología de Juan G. Gómez García, bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 416-422.
- LAGO GRAÑA, Josefa, 2009, “‘Adiós ríos, adiós fontes’. Rosalía de Castro y los gallegos de Cuba”, *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 24, 2, pp. 115-125.
- LOJO, María Rosa, Marina GUIDOTTI y Ruy FARIAS, 2008, *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, María Rosa Lojo (dir.), Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- LOJO, María Rosa, 2011, “Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del 37 a Ricardo Rojas”, *Anales de Literatura Hispanoamericana, Literatura de la emancipación y la formación de las nacionalidades: la idea de España*, vol. 40, pp. 91-108.
- , 2016, “La Argentina y su criptoidentidad gallega”, *Olivar*, 17 (25), María Rosa Lojo (ed.), “Galicia en la Argentina: una identidad transatlántica”, e002. Disponible en: <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLIE002>.
- , 2017, “Independizarse de España: avatares intelectuales de una relación bicentenario”, *Revista de historia americana y argentina*, 52 (1), tercera época, pp. 199-232.
- MANSILLA, Eduarda, 2007, *Lucía Miranda (1860)*, edición prologada y anotada por María Rosa Lojo y equipo, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- MANSILLA, Lucio Victorio, 1963 [1ª ed. 1889], “Académicos de número, honorarios, correspondientes y electos”, en *Entre-Nos. Causeries del Jueves*. IV, Buenos Aires, Hachette, pp. 479-486.
- , 2012, *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*, edición, introducción y notas de María Rosa Lojo (dirección) y equipo, Buenos Aires, Corregidor, Colección EALA (Siglos XIX y XX).
- MARECHAL, Leopoldo, 2013, *Adán Buenosayres*, Javier de Navascués (ed.), Buenos Aires, Corregidor, Colección EALA.

- MOURA, Jean-Marc, 1998, *L'Europe littéraire et ailleurs*, París, Presses Universitaires de France.
- RODÓ, José Enrique, 1900, *Ariel*, Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes.
- ROJAS, Ricardo, 1907, *El alma española. Ensayo sobre la moderna literatura castellana*, Valencia, Sempere.
- , 1908, *Cartas de Europa*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles Editor.
- , 1971 [1ª ed. 1909], *La restauración nacionalista*, prólogo de Fermín Chávez, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor.
- , 1916, *La argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación: 1810-1816*, Buenos Aires, La Facultad.
- , 1938, *Retablo español*, Buenos Aires, Losada.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, 1928, *Condición del extranjero en América*, noticia preliminar por Ricardo Rojas, Buenos Aires, La Facultad.
- , 1993 [1ª ed. en dos tomos, 1849 y 1851], *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y Diario de Gastos*, Javier Fernández (ed.), Buenos Aires, Colección Archivos.
- VILLARES PAZ, Ramón y Marcelino FERNÁNDEZ SANTIAGO, 1996, *Historia da emigración galega a América*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.

Las variantes de autor: Manuel Villegas López y los manuscritos sobre la vida de John Sutter

EMETERIO DIEZ PUERTAS
Universidad Camilo José Cela (España)
ediez@ucjc.edu

Recibido: 20 de febrero de 2024 – Aceptado: 17 de septiembre de 2024.
DOI:

Resumen: En 1941, el exiliado español Manuel Villegas López publicó en la Editorial Atlántida de Buenos Aires el libro *Vida de Sutter*, una biografía novelada sobre el pionero californiano Johann Augustus Sutter (1803-1880). Este tema ya había sido tratado por, entre otros, Blaise Cendrars, en su novela *L'Or* (1925), y Stefan Zweig, en uno de los episodios de *Sternstunden der Menschheit* (1927). Incluso había dado lugar en 1936 a dos películas: *Sutter's Gold* y *Der Kaiser von Kalifornien*. Este artículo estudia las tres variantes de autor que sobre esta figura histórica escribió Villegas: la primera, de once capítulos, publicada en 1941; la segunda, de treinta y seis capítulos, cerrada en 1960 con la colaboración de su esposa, Remedios Zalamea Herrera, para un premio literario e inédita; y la tercera, de siete capítulos, firmada con un seudónimo, también inédita y sin fechar. Todos estos materiales se han encontrado en el Archivo Familiar, que guarda una parte del legado de Villegas. El propósito del artículo es utilizar el marco teórico y metodológico de la crítica textual aplicada al manuscrito moderno para descubrir las variantes: la más reciente, la que tiene más palabras, la mejor conservada o *codex optimus* y la *editio princeps*.

Palabras clave: Variantes de autor; Manuel Villegas López; Remedios Zalamea Herrera; Exilio republicano español; Editorial Atlántida; John Sutter; Fiebre del oro.

Authorial Variants: Manuel Villegas López and the Manuscripts on the Life of John Sutter

Abstract: In 1941, the Spanish exile Manuel Villegas López published in Editorial Atlántida of Buenos Aires the book *Vida de Sutter*, a biographical novel about the Californian pioneer Johann Augustus Sutter (1803-1880). This subject had already been covered by, among others, Blaise Cendrars in his novel *L'Or* (1925) and Stefan Zweig in one of the episodes of *Sternstunden der Menschheit* (1927). It had even given rise in 1936 to two films: *Sutter's Gold* and *Der Kaiser von Kalifornien*. This article studies the three authorial variants that Villegas wrote about this historical figure: the first consisting of 11 chapters, published in 1941; the second of 36 chapters, closed in 1960 with the collaboration of his wife, Remedios Zalamea Herrera, written for a literary prize, which remains unpublished; and the third consisting of 6 chapters, signed with a pseudonym, also unpublished and undated. All these materials were found in the Family Archive that holds part of the Villegas legacy. The purpose of the article is to use the theoretical and methodological framework of textual criticism applied to the modern manuscript to discover the variants: the most recent variant, the most wordy, the best preserved or *codex optimus* or the *editio princeps*.

Keywords: Authorial Variants; Manuel Villegas López; Remedios Zalamea Herrera; Spanish Republican Exile; Editorial Atlántida; John Sutter; Gold Rush.

Introducción

Manuel Villegas López (1906-1981) fue un escritor español de la Edad de Plata que siempre ha sido identificado con la crítica cinematográfica. Pero, aparte de escribir sobre cine en cientos de reseñas para la prensa y la radio, en conferencias y en libros, se adentró también en la ficción con argumentos, tratamientos y guiones cinematográficos, adaptados u originales, fabulados o basados en hechos reales. A esta labor de crítico y de guionista él la llamaba hacer “literatura cinematográfica”. De hecho, en 1938, su guion *Antes de las trincheras* recibió un accésit, en el apartado de guiones, del premio que la Dirección General de Bellas Artes convocaba cada año para reconocer el trabajo de los creadores en sus distintas actividades artísticas. La convocatoria decía: “Guion para un gran film, en el que la visión de la vida de nuestro pueblo esté hondamente y universalmente sentida” (*Gaceta de la República*, 8-10-1937: 53). Pero es que, además, Villegas escribió y publicó relatos y textos sobre arte, viajes y hasta alquimia. En 1932, por ejemplo, consiguió otro premio, otorgado por el Patronato Nacional de Turismo, por su artículo “Alcalá, la muerta”. Comenzaba así:

Castilla no tiene mar, Castilla es el mar. El mar de tierras, sin rumores, inmóvil y pardo con sus aldeas anchas y decrepitas como navíos anclados. Castilla es el ensueño del mar: que es la hipérbole del mar; lo mejor del mar (Villegas López, 2023: 45).

En otras palabras, estamos ante un intelectual cuya vocación fue siempre la de ser escritor, la de trabajar para la prensa, los libros y el cine. Empleó las palabras para contar historias sobre el cine, sobre el arte y sobre personas y lugares reales o imaginados, y logró vivir de sus escritos.

Su *Vida de Sutter* versaba sobre Johann Augustus Sutter (1803-1880), un emigrante suizo en cuyos terrenos se desató la fiebre del oro de California de 1848. Como el propio Villegas señalaba en una de las introducciones, era una novela sobre “un hombre real, con personajes auténticos y hechos verídicos. Porque la vida sobrepasa, muchas veces, a todo lo que la fantasía pueda inventar” (1960: 3). El libro, en efecto, contaba el viaje de Sutter desde Europa a California y cómo se hizo dueño de un inmenso territorio y se convirtió en el hombre más rico del mundo gracias a la explotación agrícola y ganadera de ese territorio. Sin embargo, terminó arruinado cuando se descubrió oro en sus tierras porque estas fueron invadidas por miles de aventureros que le arrebataron todo y le obligaron a emprender todo tipo de pleitos costosísimos. Pasó sus últimos días de vida esperando que el gobierno de Washington le hiciese justicia. Hay que recordar que el oro se descubrió el 24 de enero de 1848 y diez días después, en conformidad con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, California pasó a poder de los Estados Unidos.

Vida de Sutter es un excelente ejemplo de lo que Lluch-Prats llama un libro en movimiento (2009: 243). Un libro, nos recuerda Lluch-Prats, no es fruto de un proceso lineal que pasa por la ideación, la escritura y la reescritura hasta llegar a la versión final y ahí se acabó todo. Tiene una vida mucho más azarosa y un ámbito, el de los copistas, el de la imprenta, el editorial, que, en ocasiones, es determinante en la configuración del texto. Basta recordar cómo han llegado hasta nosotros los clásicos griegos, el teatro de Shakespeare o las obras de Kafka. O bien basta acercarse, como hacemos aquí, a la literatura popular, donde el concepto de autoría se difumina porque incluye obras por encargo, adaptaciones, versiones infantiles y juveniles de los clásicos, además de ajustarse los textos a una línea editorial o a unas pautas de colección que, a veces,

son muy marcadas. En definitiva, una historia de la literatura basada en un canon de textos únicos, cerrados y definitivos es una simplificación, un discurso que puede ser pertinente en un manual escolar, pero no en un trabajo de investigación. Lo habitual es encontrarnos con un texto múltiple, abierto y provisional. La crítica textual, de hecho, surge para estudiar todo este movimiento azaroso, a veces épico, otras trágico, de los libros.

Pues bien, el objeto de este artículo es trazar la génesis y evolución de *Vida de Sutter* desde que Villegas comenzó a escribirlo y publicarlo en 1941 en Buenos Aires. La biografía novelada de Villegas sobre Johann Augustus Sutter se conserva en tres variantes de autor: la mencionada edición impresa de 1941, una versión encuadernada que duplica en palabras la versión publicada y que fechamos en 1960 y unas hojas sueltas guardadas en una carpeta que constituyen una tercera versión, la más reducida y sin fechar. Se trata de investigar estos testimonios genéticos o pre-textos (Bellemin Noël, 1972) con el fin de describir sus variantes. Desde la edición crítico-genética se entiende por variantes de autor los cambios redaccionales y editoriales introducidos en un texto con distinto grado de voluntariedad, es decir, aceptados o no por el autor, que modifican en diverso grado la obra literaria hasta convertirla en una versión revisada e, incluso, en otra distinta. Esto se complica con los textos inéditos y textos póstumos, pues siempre se plantea la duda de qué hacer con ellos si el autor no llegó a publicarlos.

Con este propósito, vamos a emplear el marco teórico y la metodología de la crítica textual o edición crítico-genética aplicada al manuscrito moderno, del siglo XIX en adelante (Blecua, 1983; Lois, 2001; Orduna, 2000; Pérez Priego, 1997 y 2002; Ruiz García, 1985). Primero, en el estado de la cuestión, trataremos la participación de Villegas en el mundo editorial del exilio. A continuación expondremos los resultados: cuántas variantes hay, en qué se diferencian y si se precisa anotación.

Las fuentes principales del artículo se han encontrado en la documentación que el propio Villegas guardaba y que hoy forma parte del archivo familiar que custodian sus sobrinos. A menudo los derechohabientes son un obstáculo para la difusión de la obra de un escritor. En este caso, ha sido todo lo contrario. Los herederos sienten como un deber dar a conocer la obra completa de su tío sin esperar nada a cambio. Con ello, en realidad, cumplen las últimas voluntades de Villegas y, sobre todo, de su esposa, Remedios Zalamea Herrera (ver Imagen 1), que dejaron más de cincuenta volúmenes de más de doscientas páginas con todo el material que querían que se publicase y otras tantas carpetas con documentación: cartas, recortes de prensa, borradores, fotografías, etc.



1. Remedios Zalamea Herrera y Manuel Villegas López. Fuente: Archivo Personal.

Publicar en el exilio

Debido a su participación en el aparato de propaganda de la República (llegó a ser Jefe Técnico de la Sección de Cinematografía del gobierno), Manuel Villegas López y su esposa se exilian en Francia y meses después, al estallar la guerra en Europa, intentan llegar a la Argentina. Allí vive un tío de Remedios, Vicente Herrera Murillo, farmacéutico, exVicecónsul Honorario de España en Buenos Aires y falangista. De hecho, por esta militancia, el 22 de septiembre de 1936 la República le había depurado y expulsado del cargo diplomático. Pero, precisamente, por los contactos de su tío, Remedios y Villegas logran burlar las grandes restricciones que la Argentina impone a la llegada de “rojos” españoles. Posiblemente que en el carné de Villegas figurase nacido en San Sebastián también ayudó, pues no había restricciones de entrada para los vascos. El matrimonio llega al país el 28 de noviembre de 1939 y Vicente Herrera Murillo les tiene tres meses en su casa.

En Buenos Aires no les resulta nada fácil abrirse camino. Remedios consigue un empleo en una tienda. Villegas trabaja en el mundo editorial. Como señala Larraz (2018), numerosos intelectuales de la Edad de Plata exilados en las repúblicas americanas encontraron una ocupación en el mundo del libro, ya viniesen de este ámbito profesional o se integrasen en él a falta de encontrar otro medio de vida; ya fuese como autores, editores de textos clásicos, empresarios de editoriales, correctores u otros oficios. Es más, con el tiempo, crearon un verdadero catálogo editorial que correspondía a lo que era su idea de una cultura popular y republicana. El mundo de la edición terminó convirtiéndose en un ámbito de conexión, de encuentro de los exilados, al tiempo que con su trabajo hacían una contribución cultural y educativa fundamental en los países de acogida. En el caso de Argentina, los exilados españoles pusieron en marcha sellos editoriales como Sudamericana, por Antonio López Llausás, Emecé, por Mariano Medina del Río y Álvaro de las Casas, y Losada, por Gonzalo Losada. Los escritores españoles, por su parte, tuvieron espacio en las publicaciones

periódicas y en las editoriales argentinas más importantes del país. Nos referimos, en este caso, a Lorenzo Varela, Javier Farias, José Otero Espasandín, Clemente Cimorra, Ángel Ossorio y Francisco Ayala (Pochat, 1991; Zuleta, 1999; Lago Carballo y Gómez-Villegas, 2006).

Editorial Atlántida

Un caso paradigmático fue la Editorial Atlántida, cuyo catálogo estaba lleno de autores españoles exiliados. Francisco Ayala, por ejemplo, publicó *Historia de la libertad* (Colección Oro) y las adaptaciones de *La piel de onagro* de Honoré de Balzac, y de *La cartuja de Parma* de Stendhal (Colección Roja). El poeta Rafael Dieste, por su parte, dirigió la Colección Oro destinada a la divulgación de temas científicos, históricos y literarios, además de publicar un volumen con sus obras de teatro, *Viaje, duelo y perdición* (1945). Villegas, por su parte, publicó en esta editorial dos libros de divulgación y cultura popular: *El cine: magia y aventura del séptimo arte*, editado en 1940, y *Vida de Sutter*, publicado en 1941.

La editorial Atlántida había sido fundada por el periodista uruguayo-argentino Constancio C. Vigil. Desde 1904, éste había puesto en marcha varias revistas semanales para los niños, como *Pulgarcito*, y la revista ilustrada *Mundo Argentino*, que llegó a tirar más de cien mil ejemplares. En 1918, Vigil decidió ampliar sus negocios. Creó la Editorial Atlántida y fue sacando nuevas revistas: sobre deportes, cine, sucesos, etc. La más famosa fue la revista infantil *Billiken*, que llegó a tirar medio millón de ejemplares en 1950. El título *Billiken* hacía referencia a un muñeco con aspecto de divinidad japonesa creado en 1908 por la ilustradora Florence Pretz. También puso en marcha numerosas colecciones de libros (Schaub-Koch, 1943). Todo ello bajo una línea editorial americanista, pacifista, educativa y moral. La marca editorial fue propiedad del Grupo Vigil hasta el año 2007 y en la actualidad pertenece a un grupo de capitalistas agrupados bajo la denominación Grupo Atlántida.

La serie de libros más prestigiosa de la Editorial Atlántida en tiempos de los Vigil fue la Biblioteca Billiken, activa entre 1929 y 1999. Los libros de esta biblioteca estaban dirigidos a un lector juvenil y adolescente y se agrupaban en tres colecciones: temas de América (Colección Azul), adaptaciones de grandes obras de la literatura universal (Colección Roja) y biografías (Colección Verde). La publicidad de la editorial decía: “se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre reconciliados con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos” (en Villegas López, 1941: 156). La Biblioteca Atlántida, por su parte, estaba integrada por clásicos de la literatura, como *Werther*, *Hamlet*, *Lazarillo de Tormes*, *La perfecta casada*, etc. La Biblioteca de “La Chacra” publicaba libros de fauna y flora. La chacra es una pequeña finca rural con vivienda y terreno para el cultivo y la crianza de animales domésticos.

Aquí nos interesa la Biblioteca de Divulgación Cultural y su Colección Antorcha, cuyo subtítulo era: “Vidas-Hechos-Invenciones”. Publicó, por ejemplo, libros sobre los mayas, San Pablo, Darwin, la conquista del aire, los piratas, y los libros de Villegas sobre el cine (invenciones) y Sutter (vidas). Decía la editorial:

los libros de la Colección ANTORCHA no son “libros de texto”, capítulos de enciclopedia, respuestas académicas a una propuesta escolar; tienen más bien la autonomía y la entereza de figura que puede ostentar una crónica, un drama, una novela. Pero en conjunto constituyen un ciclo orgánico, seriamente ordenado y concebido, de cultura general. Leerlos es como entrar en una sala de espectáculos. *Haberlos leído* es como haber estado en las aulas universitarias... sin compromiso de exámenes. La colección ANTORCHA aspira, pues, a ser el equivalente de una verdadera escuela, más que por su apariencia, por sus frutos (solapa, Villegas López, 1941).

La literatura de la fiebre del oro

Que Villegas publicase un libro de cine en esta colección tenía todo el sentido dada su experiencia como crítico y como director y supervisor de documentales. De hecho, en los años siguientes, la contribución de Villegas al libro sobre cine en el ámbito hispano incluirá también la biografía *Charles Chaplin* (1943), publicada en la editorial Américalee, el análisis *Cine de medio siglo* (1946), en Futuro, y la monografía *Cine francés: origen, historia, crítica* (1947), en Nova.

Más insólito parece su libro sobre Sutter. Sin embargo, sabemos que, por un lado, a Villegas le gustaba mucho viajar, y la vida de Sutter era eso: contar un viaje de cinco años y de alrededor de 25.000 kilómetros. Además, tanto Sutter como Villegas eran dos emigrantes que llegan a América con treinta y tantos años en busca de una segunda oportunidad y, aunque entre las peripecias de uno y otro les separa, entre otras muchas cosas, un siglo, cuando leemos ciertos pasajes, como la partida desde Francia y el viaje en barco a América, es fácil ver que el estado emocional debió ser similar en ambos: el desconuelo por dejar a la familia, la amenaza de perder la vida en el camino, el miedo a ser incapaz de integrarse en el país de acogida... Es más, uno de los libros inéditos de Villegas es un libro de viajes: *España en el clavileño: paisajes y valores*.

Por otro lado, a Villegas le fascinaba la alquimia. De hecho, también hay otro libro inédito sobre este tema en su archivo, una antología de textos titulada *Magos y alquimistas*, que en el fondo habla de lo mismo que su *Vida de Sutter*: de la fascinación del hombre por el oro y de los afanes emprendidos en su búsqueda a lo largo de los siglos. En fin, tampoco es casualidad que, en 1938, en plena guerra civil, Villegas hubiese disertado y escrito sobre la posibilidad de convertir el cine en oro. Se refería a que, pese a todas las dificultades, la República debía producir películas porque hay una gran demanda de imágenes sobre la guerra y la revolución en España y la exportación de esas imágenes podía generar tantas divisas que el cine sería una fuente de “oro”, de metal precioso con el que mantener la lucha contra el fascismo. *Oro en el cinema. El Estado y nuestro cine* llamó a la conferencia pronunciada el 24 de diciembre de 1938 en el Casal de la Cultura de Barcelona (Diez Puertas, 2018).

Por todo esto es evidente que Villegas conocería los antecedentes literarios más notorios de su biografía novelada. Ahora bien, es difícil fijar las fuentes de la novela. Hay una literatura sobre la fiebre del oro, ya sea en California o Alaska, muy amplia. Sus mejores frutos los ha dado, sin duda, Jack London, autor que Villegas había leído y cuyo estilo traslada a páginas como el capítulo “La fuga” de *El hombre de las montañas de oro*. Pero podríamos citar al historiador y escritor hispano-mexicano Niceto de Zamacois, traductor o autor de la novela *El buscador de oro en California*, publicada en México en 1855, y autor también de una *Historia*

de Méjico: Desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días (1876-1882). Desde luego, entra en este tema *La hija de la fortuna* de Isabel Allende, publicada en 1998. Y, por supuesto, todo lo escrito sobre otra leyenda: el bandolero Joaquín Murrieta. Tampoco hay que olvidar la presencia de la fiebre del oro en la literatura de quioscos, con alguna aventura de El Coyote.

Pero, si vamos a las fuentes más probables, sin duda Villegas leyó la novela de Blaise Cendrars *L'Or. La Merveilleuse Histoire du général Johann August Suter*, publicada en 1925. Es el relato que, por su éxito, dio a conocer en todo el mundo la vida de Johann Augustus Sutter. Hay una edición en España de 1931 en traducción de Julio Gómez de la Serna, hermano de Ramón Gómez de la Serna. Pero Villegas era un francófilo y pudo leerlo perfectamente en idioma original. Basándose en el libro de Cendrars, Stefan Zweig escribió después *Descubrimiento de El Dorado*, uno de los cinco esbozos históricos narrativos incluido en su libro *Momentos estelares de la humanidad*, publicado en 1927 y en 1940 ampliado a catorce episodios. En España el libro de Zweig se publicó en 1933 en traducción de Mario Verdaguer, primero por la editorial P. Yuste y, en 1937, por la editorial Acento, ambas de Barcelona.

Al poco de la publicación de la novela de Cendrars, la productora norteamericana Universal compró los derechos. La idea era hacer una película con el director soviético Sergei Eisenstein, pero el proyecto no salió adelante. Finalmente, en 1936 se presentó la película con el título *Sutter's Gold*, que en España se estrenó el 8 de marzo de 1937 en Barcelona con otro nombre: *El oro del Pacífico*. El personaje de Sutter estaba interpretado por Edward Arnold. La Universal invirtió muchísimo dinero, dos millones de dólares, y fue un fracaso. Resultaba demasiado episódica y excesivamente sentimental. Al mismo tiempo se produjo y se estrenó otra vida de Sutter, *El emperador de California (Der Kaiser von Kalifornien)*, 1936), escrita, dirigida e interpretada por Luis Trenker. Siempre ha chocado que bajo el dominio nazi la vida de Sutter sirviese para rodar en Alemania una especie de wéstern. Aquí Sutter era un ario que huye del país por culpa de Napoleón y termina siendo uno de los fundadores de Estados Unidos. La película se llevó el premio a la mejor película extranjera de ese año en el Festival de Venecia. Es más, hubo una tercera derivada cinematográfica, pues, a continuación de publicar *Vida de Sutter*, Villegas escribió un guion de cine, *Oro en la mano* (1943), sobre un médico caído en desgracia que se refugia en las montañas, encuentra oro y se enamora de la mujer de otro minero. La película se rodó en Cerro Áspero, en la provincia argentina de Córdoba.

En realidad, Villegas nos dice en el libro cuál es su fuente principal. El último capítulo de *Vida de Sutter* se titula “El narrador” y en él se nos cuenta que en 1876 el historiador norteamericano Hubert Howe Bancroft visitó a Sutter y este le narró su vida: “Se quejaba de su falta de memoria, pero yo no lo noté en los cinco días durante los que me dictó”. Bancroft y su equipo publicaron en treinta y nueve volúmenes una historia de la costa del Pacífico de América del Norte. Y, en efecto, trazó la trayectoria de John Sutter en su libro *History of California*, publicado en 1888. También estaban las biografías de Schoonover (1907), de más de trescientas páginas, y de Erwin G. Gudde (1936).

Es muy poco probable que Villegas consultase de primera mano la principal fuente que existe sobre la vida de Sutter. Nos referimos a la documentación reunida hacia 1863 a raíz del pleito de Sutter ante la Corte Suprema, donde se da todo tipo de detalles: *Supreme Court of the*

United States. No. 135. The United States, Appellants, vs. John A. Sutter. Appeal from the District court U.S. for the Northern District of California. En una de las variantes, escrita en 1960, Villegas cita un diario de Sutter. En efecto, existieron unas memorias de Sutter y un relato del descubrimiento del oro escrito por Sutter. El diario lo escribió a partir de mayo o junio del 1856 para que sus abogados legalizasen sus posesiones en la Comisión de Tierras de Estados Unidos y se refiere a hechos acaecidos entre 1838 y 1847. El artículo sobre el descubrimiento del oro fue publicado en 1857 en el *Hutchings' California Magazine* y es este texto el que Villegas cita en la variante escrita en 1960.

Tres variantes de autor

El “taller” de escritura de Villegas (ver el gráfico al final del artículo) funcionaba de la siguiente manera. Villegas redactaba a mano los textos (autógrafo); su mujer, Remedios Zalamea, hacía de copista y pasaba los textos a máquina (idiógrafo); tras una o varias correcciones de Villegas hechas a mano, se llegaba a una copia definitiva mecanografiada por Remedios (apógrafo). Al final de sus días, y con el propósito de editar sus obras completas, Remedios agrupó todos los apógrafos de Villegas en cincuenta y dos volúmenes. Al mismo tiempo, en cien carpetas guardó borradores, cartas, reseñas, fotos, etc.

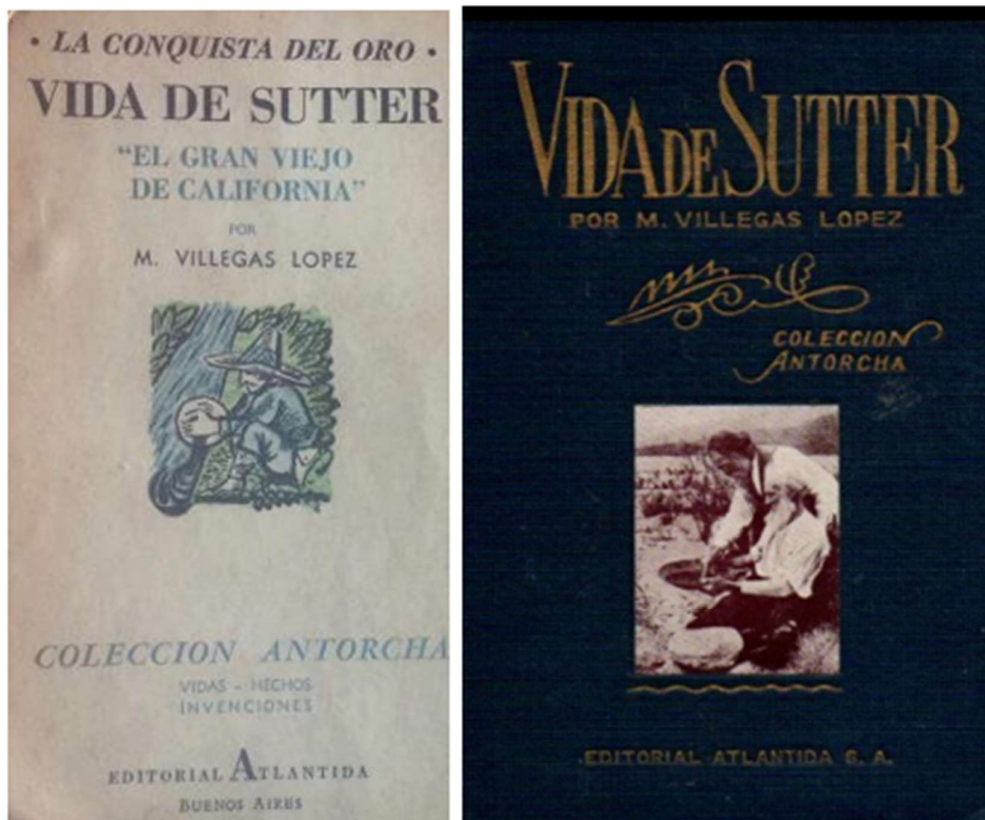
Recensión

Siguiendo la metodología de la crítica textual o edición crítico-genética, nuestro primer trabajo consistió en la recensión o búsqueda y clasificación de todos los manuscritos, impresos, fotocopias y fotografías existentes que se relacionaran con *Vida de Sutter*. En este caso, no había ningún autógrafo de ninguna de las variantes, solo correcciones hechas a mano sobre algunas copias. Observamos, además, que estábamos ante una recensión cerrada, pues todos los materiales nos remitían a un mismo punto de partida: el libro editado en 1941. Pero tampoco había en la documentación manejada borradores, galeradas o revisiones de galeradas, es decir, pretextos que nos permitiesen reconstruir el proceso creativo y editorial del libro. Así mismo no teníamos constancia de cambios forzosos introducidos por la censura o por las imposiciones de un editor.

Del libro encontramos, en realidad, que había dos ediciones, una de 1941 y otra sin fecha. La primera, que “se acabó de imprimir el día 21 de febrero de 1941”, puede considerarse como la edición *princeps*. Existen ejemplares de ella en España, en la Biblioteca del CSIC, en la Biblioteca de la AECID y en el archivo familiar, además de hallarse también en la Biblioteca Nacional de Chile, en la Biblioteca del Congreso en Washington y en la Biblioteca Nacional de Argentina. En esta última tiene la siguiente ficha:

No. de sistema: 001127490
Formato: Libro
Entrada principal: Villegas López, Manuel
Título: La conquista del oro: vida de Sutter, el gran viajero de California.
Edición: 1a ed.
Pie de imprenta: Buenos Aires: Atlántida, 1941.
Descrip. Física: 152 p.

Como puede observarse, por título se da *La conquista del oro: vida de Sutter, el gran viajero de California*. En realidad, *Vida de Sutter* es el título, *La conquista del oro*, el antetítulo, y *El gran viajero de California*, el subtítulo. En sus currículos, Villegas cita el libro con el título *Vida de Sutter*. En la segunda edición, de hecho, ya solo queda *Vida de Sutter* (ver Imagen 2).



2. Portadas de las dos ediciones del libro en la Editorial Atlántida.

En una de las solapas de la primera edición, el libro se presentaba así:

Una de las más grandes y bellas aventuras de todos los tiempos es la que condujo al descubrimiento del oro en California. ¡California!, El Dorado, los buscadores, las luchas encarnizadas, los miles y miles de hombres que de todas partes del mundo acuden a aquel rincón de la tierra hasta entonces olvidado!...

Todo esto constituye el alegre rumor aventurero de aquel formidable acontecimiento, sobre el que se han hecho libros de historia, novelas y películas.

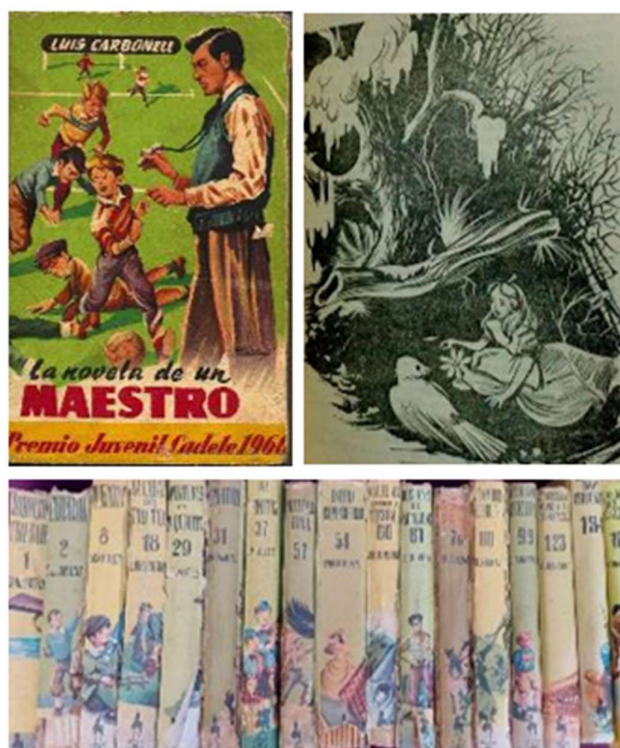
Pero los verdaderos hechos que dieron lugar a la gran aventura son menos conocidos. Y menos conocida aún es la figura magnífica y la vida extraordinaria del hombre que descubrió el oro californiano y marcó una fecha en la historia del mundo: Juan Augusto Sutter. Su existencia prodigiosa, sus hazañas inverosímiles, su figura real de hombre, han sido casi siempre desfiguradas por la leyenda, por el interés o por la ignorancia, a pesar de hacer menos de un siglo que el mundo entero pronuncia su nombre con admiración.

Hoy, su figura, su vida y aventuras han sido aclaradas por investigaciones objetivas. Si es cierto que la realidad ofrece acontecimientos más extraordinarios que los que pueda imaginar la más desbordada fantasía, una prueba sería la vida de Juan Augusto Sutter.

En el domicilio de los sobrinos de Villegas, además de una copia de la primera edición impresa de *Vida de Sutter*, encontramos: 1) un volumen encuadernado clasificado con el número 31 con dos copias mecanografiadas de una nueva versión de treinta y seis capítulos titulada *El hombre de las montañas de oro*, que fechamos en 1960; 2) una carpeta, la 44, donde había un borrador de esa novela, con la indicación de “original inédito”, con numerosas correcciones a mano, pero con solo veintiuno de los treinta y seis capítulos; y 3) una segunda carpeta, la 6, titulada “Dos cuentos y *El gran Sutter*”, que contenía, en realidad, guiones, cuentos, una novela y una tercera variante, mucho más corta que el libro, inédita y sin fechar, titulada *Oro en California* y subtitulada *El gran Sutter*.

En la carpeta 44 había un material adicional que nos indicaba que *El hombre de las montañas de oro* era un texto escrito para el “Premio de Novela JUVENIL CADETE” convocado por la Editorial Mateu, fundada en 1944 por Francisco F. Mateu (ver Imagen 3). La colección Juvenil Cadete se había iniciado en 1950 y llegó a publicar doscientos títulos. Quería proporcionar a los jóvenes placer en la lectura y conocimiento. Eran libros ilustrados de aventuras, misterio, históricas, melodramas con niños como protagonistas, etc. El catálogo de autores incluía Julio Verne, Robert L. Stevenson, Amicis, Dickens... El folleto que convocaba el premio decía:

Cada día es más importante la literatura juvenil en la producción editorial, y, a pesar de la exuberante floración de premios literarios, ninguno hay dedicado a la novela juvenil. Por ello, con el fin de estimular hacia este género literario el interés de los escritores españoles e hispanoamericanos, y para enriquecer con un nuevo título inédito su extensa y conocida Colección Juvenil, EDITORIAL MATEU, la editora de la juventud, convoca el PREMIO DE NOVELA “JUVENIL CADETE”.



3. Libros de la colección Juvenil Cadete.

Las bases, publicadas en Barcelona en abril de 1960, señalaban que había que enviar novelas inéditas en castellano de unos doscientos folios. El premio era de 70.000 pesetas. El plazo terminaba “el 12 de octubre (Fiesta de la Raza) y el Premio se otorgaría el 13 de noviembre siguiente a la convocatoria (aniversario del nacimiento de Roberto L. Stevenson, famoso autor de *La isla del tesoro*)”. El premio lo ganó Luis Carbonell con su obra *La novela de un maestro*. En la derrota de *El hombre de las montañas de oro* debió influir que la Editorial Mateu ya tenía publicado un título similar, *Los buscadores de oro* (¿1958?), novela escrita en 1862 por el escritor belga Hendrik Conscience.

Había, por lo tanto, tres originales: A) un libro, *Vida de Sutter*, con dos ediciones; B) un manuscrito titulado *El hombre de las montañas de oro* con un borrador incompleto y dos copias; y C) un único manuscrito de una tercera versión titulada *Oro en California*.

Colación

A continuación comprobamos y cotejamos la unidad o variedad de los manuscritos. En su cotejo detectamos notables diferencias. Primero, como hemos visto, en el título, cada uno diferente: *Vida de Sutter* (más el antetítulo y el subtítulo ya indicados), *El hombre de las montañas de oro* y *Oro en California* (más el subtítulo señalado).

Luego diferían en su extensión: cada versión tenía un número de palabras, de páginas y de capítulos diferente. El libro *Vida de Sutter* tenía 32.205 palabras, 152 páginas impresas en un libro de tamaño 11x19 cm con estructura de Introducción y 11 capítulos. *El hombre de las montañas de oro* tenía alrededor de 50.000 palabras, 206 páginas mecanografiadas en DINA4 con estructura de prefacio y 36 capítulos. *Oro en California* tenía 13.023 palabras, 42 páginas mecanografiadas en DINA4 y una Introducción y 7 capítulos.

Finalmente, diferían en la autoría. *Vida de Sutter* era obra de Manuel Villegas López. El borrador de *El hombre de las montañas de oro* no tenía firma, pero las copias encuadernadas tenían dos: primero se decía “original de Manuel Villegas López”, pero la siguiente página añadía “por Remé Manuel”, es decir, por Remedios Zalamea Herrera, su esposa y estrecha colaboradora, y por Manuel Villegas López, dando a entender que se partía del texto de 1941, escrito por Villegas, para hacer una nueva variante obra de los dos. *Oro en California* estaba firmada con un pseudónimo, Roger Gold, pero se añadía en la portada como remitente a Remedios Zalamea Herrera. Sabemos, en efecto, que ella escribía. Fue una de las maestras de la República y tenía una buena formación, aunque no pudo ejercer al ser depurada. En 1936 había publicado en *Revista de pedagogía* un artículo titulado “Las excursiones escolares: su preparación, realización y posibilidades” (170, 1936: 66-70). En el archivo familiar hay cuentos y, al menos, una novela, escritos por ella. De hecho existe una tercera carpeta, la 25, titulada “*Solo se elige el amor*, novela; *El hombre de las montañas de oro*, novela”. Dentro no hay ninguna copia de esta última, pero sí un manuscrito de *Solo se elige el amor*, firmado por Susana Zalamea, pseudónimo que Remedios emplea en otros escritos.

El árbol genealógico o estema (ver Figura 6, al final del artículo, en p. 111) de las tres variantes de autor nos indicaba que *Vida de Sutter* era el texto arquetipo: de él partían las distintas variaciones. No

se trataba, por lo tanto, de reconstruir un texto a partir de los tres sino de decidir cuál de ellos editar, quién lo firmaba y señalar las variantes. A falta de documentación, entendíamos que todas las variantes eran voluntarias, por revisión del autor/es, y que no había cambios sin su consentimiento.

Para proceder a la comparación de las tres variantes procedimos a analizar, por un lado, el qué se cuenta (la historia) y, por otro, cómo se cuenta (el discurso), en este último caso, eligiendo unos *loci critici* o una serie de fragmentos significativos.

La variante C

Como puede verse en la Tabla 1, *Oro en California* era una reducción de más del 50% de *Vida de Sutter*. Se eliminaron cuatro capítulos. Otros tres se combinaron con el capítulo que le sigue. Y uno de ellos, el último, el titulado “El narrador”, se eliminó. Al mismo tiempo, cada capítulo se redujo.

Variante A	Palabras	Variante C	Palabras
<i>Vida de Sutter</i>		<i>Oro en California</i>	
Introducción	712	Introducción	319
1. Un día	608	1. Un día	1479
2. “Ama, bebe, canta”	2294		
3. Hacia el Oeste	2561	2. Hacia el Oeste	1942
4. A California ...	2717	3. A California	1889
5. Nueva Helvecia	3275		
6. Contra las selvas y los hombres	4044	4. Contra la selva y contra los hombres	1756
7. La bandera estrellada	3472	5. La bandera estrellada	1741
8. ¡Oro! ¡Todo es oro!	2695	6. ¡Todo el oro! ¡Oro!	2033
9. La avalancha ...	2928		
10. “Los del 49”	4092	7. Los del 49	1864
11. El narrador	2807	-	-
Total de palabras	32205		13023

Tabla 1. Estructuras de las variantes A y C.

Para ver el tipo de cambios que se produjeron, puede observarse la imagen que sigue (ver Imagen 4), donde se comparan las variantes A y C. Hay, evidentemente, supresiones (lo tachado) y algunos añadidos por cambio de tiempos verbales, de verbos, de mayúsculas y minúsculas... (lo subrayado).

La variante B

Los cambios entre la variante A (*Vida de Sutter*) y la variante B (*El hombre de las montañas de oro*) son tan grandes en el contenido de algunos capítulos y aumentan tanto el número de los capítulos nuevos y el número de palabras que, en realidad, la variante B es un libro nuevo, por más que haya huellas del anterior. Y es otro libro por los cortes y por los añadidos.

palabras la primera parte, la que narra el viaje de Suiza hasta Estados Unidos. Desde aquí hasta la fundación de Nueva Helvecia, en el libro ocupa alrededor de 11.000 palabras mientras en *El hombre de las montañas del oro* toda esta parte se convierten en más del doble, casi 24.000, en quince capítulos. La tercera parte, la fiebre del oro y sus consecuencias, ocupan otros quince capítulos y unas 50.000 palabras (ver Tabla 2).

Variante A	Palabras	Variante B	Palabras
<i>Vida de Sutter</i>		<i>El hombre de las montañas de oro</i>	
Introducción	712	Prefacio	78
	712		78
1. Un día	608	1. La fuga	1211
		2. Hacia el mar	1359
		3. La sombra de Napoleón	1501
		4. El mar, al fin	1560
		5. El barco de fuego	1492
2. “Ama, bebe, canta”	2294	6. El pasado de un hombre	1791
	2902		8914
3. Hacia el Oeste	2561	7. Una nueva nación	1716
		8. Andanzas por Nueva York	1132
		9. A orillas del Mississippi	1785
		10. El secreto de los caminos	1097
		11. Las caravanas	1707
4. A California ...	2717	12. ¿Dónde está California?	1746
		13. A través del Far-West	2233
		14. El asalto a las Montañas Rocosas	1442
		15. Honolulu, Alaska, California al fin	1490
		16. El país soñado	1642
		17. Por los ríos y las selvas	1710
		18. La fundación de un país	751
5. Nueva Helvecia	3275	19. El primer año en Nueva Helvetia	1866
6. Contra las selvas y los hombres	4044	20. Inesperados visitantes	1248
7. La bandera estrellada	3472	21. Acontecimientos decisivos	1980
	10791		23545
8. ¡Oro! ¡Todo es oro!	2695	22. El destino revela su secreto	1373
		23. Las palabras vuelan	1250
		24. La locura del oro	1415
9. La avalancha ...	2928	25. El mundo hacia California	1264
		26. El país sin ley	1141
		27. En los placeres	1197
10. “Los del 49”	4092	28. Hacia el caos	832
		29. El príncipe	1404
		30. Lucha con los <i>squaters</i>	1059
		31. La sublevación	1484
		32. La apoteosis triunfal	1364
		33. Años amargos	1065
11. El narrador	2807	34. ¡Solo!	1163
		35. La catástrofe	1320
		36. Hasta el último minuto	1899
	12522		19230
Total de palabras	32205		51767

Tabla 2. Estructuras de las variantes A y B

Por otro lado, en cuanto al discurso y su variable del tiempo narrativo, básicamente todas las variantes cuentan lo que pasa entre mayo de 1834, cuando Sutter emprende el viaje que le llevará

hasta California, y el 18 de junio (Villegas dice julio) de 1880, cuando muere. Pero, en medio de este lapso temporal, se insertan sucesos anteriores y posteriores y sucesos nuevos fechados dentro de ese lapso temporal. Por ejemplo, la variante A arranca 15 de febrero de 1803, con la reunión de Thomas Jefferson y sus colaboradores para comprar Luisiana a Francia. Y todas las variantes tienen una anacronía retrospectiva para narra los sucesos que van del nacimiento de Sutter (23 de febrero de 1803) a la fecha del viaje en 1834. En la variante A toda este parte corresponde, por ejemplo, al capítulo “Ama, bebe, canta”. También puede ocurrir que los sucesos avancen hasta 1914 para hablar de la reconstrucción y conversión del Fuerte Sutter en un museo. Es decir, Villegas y su esposa trabajan con gran libertad temporal, sin atenerse a un estricto orden cronológico de los sucesos y la variante B lo que hace es incrementar el número de fechas y de los eventos que acontecen.

Al mismo tiempo, *El hombre de las montañas* de oro adopta un modo más dramático y más dialogado, incluida su estructura en tres partes o actos, que podríamos titular: “El viaje a Norteamérica”, “La fundación de Nueva Helvecia” y “La fiebre del oro”. Por ejemplo, la variante A narra lo siguiente:

En los primeros días de mayo la caravana apareció en el territorio de los delawarees. La formaban diecisiete carromatos, con su toldo redondo de tela encerada, tirados por tres mulas enganchadas en flecha. Llevaba doscientas cabezas de ganado bovino y la formaban sesenta personas, bajo la dirección del capitán Drips. Había otros pasajeros “clandestinos”: un escocés, Sir William Drummond, que viajaba por gusto, y siete misioneros americanos, con tres mujeres, que iban a diversos puestos fundados entre los indios del Oregón.
Durante un mes siguieron la orilla del River Platte.

La variante C resume el texto anterior en tres frases:

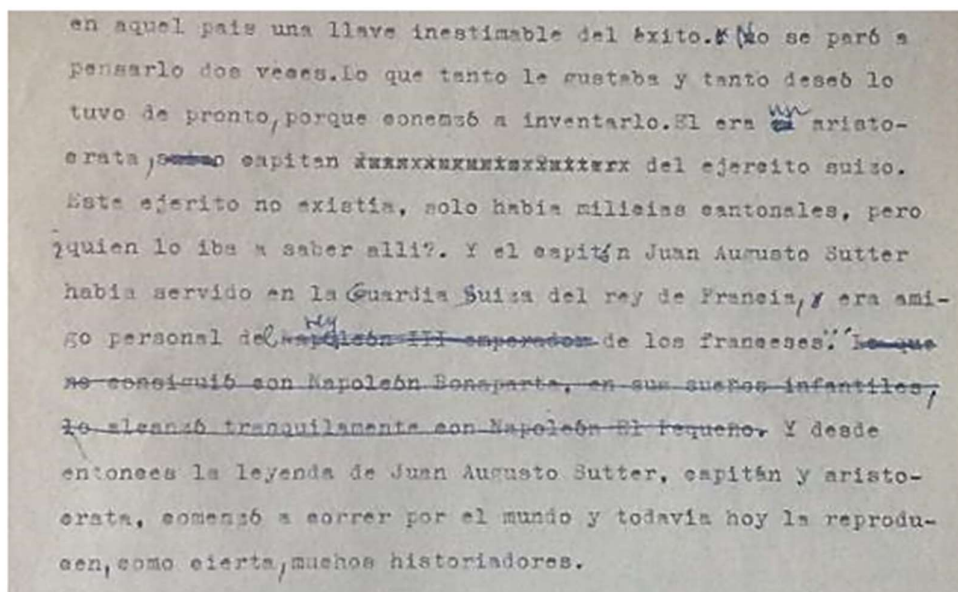
Y en los primeros días de mayo, la caravana apareció en el territorio de los indios amigos. Y se unieron a ella. Durante un mes siguieron la orilla del River Platte.

Finalmente, la variante B expande y dramatiza así este episodio:

Eran los primeros días de mayo cuando se oyó un sordo rumor que se acercaba, y la caravana de la compañía americana apareció en el territorio de los delawarees.
Eran dieciséis carromatos típicos de la llanura, con su toldo de tela encerada, tirados por tres mulas enganchadas en flecha. Transportaba doscientas cabezas de ganado bovino, carreados por vaqueros a caballo. De un carromato bajó un hombre grande, barbudo, polvoriento, que se dirigió a Búfalo Solitario y le ofreció sus más solemnes saludos. Sutter se presentó a él, con su compañero:
—Soy el capitán Sutter, del ejército suizo, agregado militar en la corte del rey de Francia. Aquellos títulos hicieron su inmediato efecto. El jefe de caravana le estrechó la mano cordialmente, un poco deslumbrado, y se presentó a su vez:
—Capitán Drips, a sus órdenes. Me figuro que quieren ir de clandestinos. No hay inconveniente.
—Abonaremos lo que sea.
—Llevo otros. ¿Ve usted aquel tipo estafalario? Es un escocés, un aristócrata, Sir William Drummond, un excéntrico que tiene el capricho de viajar por gusto por estos terribles andurriales. Y allí van siete misioneros protestantes americanos, tres de ellos casados, con lo que también llevamos tres mujeres. Esto sí que es la pejiquera. Van a Oregón, a fundar misiones. Habían echado a andar y el Capitán Drips les señaló un carromato:
—Ahí pueden viajar, cuando se cansen de ir a caballo.
Al día siguiente, partieron de nuevo. Iban bordeando las orillas de un río, el River Platte.

Anotación

En cuanto a la anotación, los textos tienen adiciones, interpolaciones, sustituciones, supresiones o tachaduras, adiciones interlineales, etc. (ver Imagen 5). Como decíamos, de la variante B existe un borrador (incompleto) y un original (con dos copias). El borrador es un texto mecanografiado lleno de correcciones a mano: tachaduras, añadidos, correcciones ortográficas, indicaciones de párrafos que se juntan y que se separan, etc. Por ejemplo, en el borrador todavía muchos capítulos no tenían nombre, pues en un primer momento se pensó que bastaba diferenciarlos con un número romano.



5. Correcciones a mano en el borrador de la variante B: *El hombre de las montañas de oro*.

Luego todos los cambios e indicaciones a mano señalados en el borrador se pasan a una nueva versión mecanografiada en dos copias (original y copia de papel carbón) que se encuadernan en el volumen 31. Aun siendo el original para su publicación, este manuscrito tiene también numerosas correcciones a mano. A modo de ejemplo. En un párrafo de la página 23, cuando se describe la partida del barco de vapor Esperanza hacia Nueva York, encontramos que hay correcciones ortográficas, sobre todo de acentos. Los autores introducen, además, cambios de palabras. En la frase, “Se quitan las gorras, los sombreros, los agitan en el aire o los lanzan a lo alto”, la palabra “agitan” se sustituye por “blanden”. Cambia también la puntuación, normalmente añadiendo más comas. La frase “Los pañuelos comienzan a agitarse en son de despedida y un gran ¡viva! sale de la multitud” se modifica situando entre comas las palabras “en son de despedida”. Y terminan el párrafo con una tachadura: “La música toca siempre y retumban los últimos cañonazos ~~de despedida~~.”

Conclusiones

A la vista de lo comentado, el volumen 31 con los dos originales de *El hombre de las montañas de oro* perfectamente mecanografiados y encuadernados contiene la variante que Villegas y su esposa hubieran querido publicar. Esta era su última voluntad. La variante revisada y aprobada. Ha de considerarse, por lo tanto, como el texto base de una futura edición. Porque *El hombre de las montañas de oro* está concebido como un libro nuevo que descataloga el anterior, *Vida de Sutter*.

Al mismo tiempo, la voluntad de Villegas y de Remedios de entregar a Filmoteca Española su biblioteca y una copia mecanografiada de los libros que deseaban publicar, pero no el material contenido en las carpetas, manifiesta que no tenían intención de publicar la variante *Oro en California*. Publicarla sería desautorizar a su creador, ya fuese Manuel, Remedios o ambos la persona que está detrás del pseudónimo de Rogert Gold. En la documentación, no existe explicación de por qué se escribe esta variante C. Manejamos como hipótesis, por el pseudónimo y la extensión, que Remedios Zalamea la escribió para publicarla en las colecciones de novelas populares de bolsillo que se vendían o intercambiaban en los quioscos de barrio, ficciones con relatos del oeste, ciencia ficción, terror, policiacas, bélicas o románticas. Libros que, en España, se asocian con firmas como las de Marcial Antonio Lafuente Estefanía e ilustradores de portadas como Manuel Prieto Murana.

En tercer lugar, en cuanto a la cuestión de la autoría, la documentación deja claro que *Vida de Sutter* es un original de Villegas; *El hombre de las montañas de oro* fue una escritura en colaboración, una obra de René Manuel, Manuel Villegas López y Remedios Zalamea Herrera. Finalmente, en la variante C se manejó el mencionado seudónimo. Respetar la voluntad de los autores implica mantener la firma René Manuel y añadir el nombre de Remedios en cualquier edición de *El hombre de las montañas de oro*.

En cuanto al título, de los tres que se manejaron, *Vida de Sutter*, *El hombre de las montañas de oro* y *Oro en California*, podemos discutir cuál es el mejor: ¿el que menciona al biografiado, el que invoca el precioso metal, el que pone acento en el lugar? Pero lo lógico es que cada versión lleve el suyo: el decidido por el autor/es.

Finalmente, el caso estudiado ha de valorarse como un episodio más de la cultura del exilio español republicano y de los trabajos de los desterrados que, a veces, se califican de alimenticios, como quitándoles importancia, pero que tuvieron su aportación a la cultura popular de los países de acogida.

Referencias bibliográficas

- BELLEMIN-NÖEL, Jean, 1972, *Le texte et l'avant-texte. Les brouillons d'un poème de Milosz*, París, Larousse.
- BLECUA, Alberto, 1983, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia.
- CENDRARS, Blaise, 1981, *Oro*, Barcelona, Argos Vergara.
- DIEZ PUERTAS, Emeterio, 2018, "Manuel Villegas López: la crítica cinematográfica en dos orillas", Helena Lima, Ana Isabel Reis y Pedro Costa (coords), *Comunicación y Espectáculo. Actas del XV Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación*, Oporto, Universidad de Oporto, pp. 211-229.

- GUDDER, Erwin G., 1936, *Sutter's Own Story. The Life of General John Augustus Sutter and the History of New Helvetia in the Sacramento Valley*, New York, J. P. Putnam's Sons. Disponible en: <https://archive.org/details/suttersownstory008197mbp/page/n15/mode/2up>.
- HOCKEY, Susan, 2000, *Electronic texts in the Humanities: Principles and Practice*, Oxford, Oxford University Press.
- LAGO CARBALLO, Antonio y Nicanor GÓMEZ-VILLEGAS, 2006, *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Madrid, Siruela.
- LARRAZ, Fernando, 2018, *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento.
- LLUCH-PRATS, Javier, 2009, "Las variantes de autor en el proceso genético y editorial del texto literario contemporáneo", *Lapurdum*, XIII, pp. 233-244.
- LOIS, Élide, 2001, *Génesis de escritura y estudios culturales. Introducción a la crítica genética*, Buenos Aires, Edicial.
- ORDUNA, Germán, 2000, *Ecdótica: problemática de la edición de textos*, Kassel, Edition Reichenberger.
- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel, 1997, *La edición de textos*, Madrid, Síntesis.
- , 2002, *La edición de textos*, Madrid, UNED.
- POCHAT, María Teresa, 1991, "Editores y editoriales", en Nicolás Sánchez Albornoz (comp.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela / Sociedad Estatal Quinto Centenario / Instituto de Cooperación Iberoamericana, pp. 163-176.
- ROBINSON, Peter, 2010, "Electronic Editions for Everyone", en Willard McCarty (ed.), *Text and Genre in Reconstruction. Effects of Digitalization on Ideas, Behaviours, Products and Institutions*, Open Book Publishers, pp. 145-163.
- RUIZ GARCÍA, Elisa, 1985, "Estudio paleográfico, bibliológico, ecdótico, filológico y bibliográfico: crítica textual, edición de textos", en José María Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, pp. 67-120.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro, 2003, "Nuevas posibilidades y nuevas exigencias de la crítica textual: la 'lectura asistida'", *Letras de Deusto*, 33, 100, pp. 109-126.
- SCHAUB-KOCH, Emile, 1943, *Constancio C. Vigil y su obra*, Buenos Aires, Ediciones del Comité Cultural Argentino.
- SCHOONOVER, Thomas J., 1907, *The Life and Times of General John A. Sutter*, Sacramento, Press of Bullock-Carpenter Printing Co. Disponible en: <https://archive.org/details/lifetimesofgenjo00scho/mode/2up>.
- SUTTER, John August, 1857, "The Discovery of Gold in California", en *Hutchings' California Magazine*, November. Disponible en: <http://www.sfmuseum.org/hist2/gold.html>.
- , 1932, *The Diary of Johann August Sutter*, San Francisco, The Grabhorn Press. Disponible en: <https://tile.loc.gov/storage-services/service/gdc/calbk/086.pdf>.
- UNITED STATES, APPELLANTS, 2005, *Supreme Court of the United States. No. 135. The United States, Appellants, vs. John A. Sutter. Appeal from the District court U.S. for the Northern District of California*, Michigan, University of Michigan Library.
- VILLEGAS LÓPEZ, Manuel, 1940, *El cine: magia y aventura del séptimo arte*, Buenos Aires, Atlántida.
- , 1941, *La conquista del oro: vida de Sutter. El gran viajero de California*, Buenos Aires, Atlántida.
- , n.d., *Vida de Sutter*, Buenos Aires, Atlántida.
- , 1942, *El film documental: introducción a la teoría y práctica del cinema*. Buenos Aires, Buenos Aires, Cine Arte.
- , 1943, *Charles Chaplin*, Buenos Aires, Américalee.
- , 1946, *Cine de medio siglo*, Buenos Aires, Futuro.
- , 1947, *Cine francés: origen, historia, crítica*, Buenos Aires, Nova.

VILLEGAS LÓPEZ, Manuel, 1960, *El hombre de las montañas de oro*, Archivo Personal, Tomo 31.

———, 2023, *Voz del cinema*, Amazon.

ZULETA, Emilia de, 1999, *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires, Atril.

ZWEIG, Stefan, 2012, *Momentos estelares de la humanidad*, Madrid, El Acantilado.

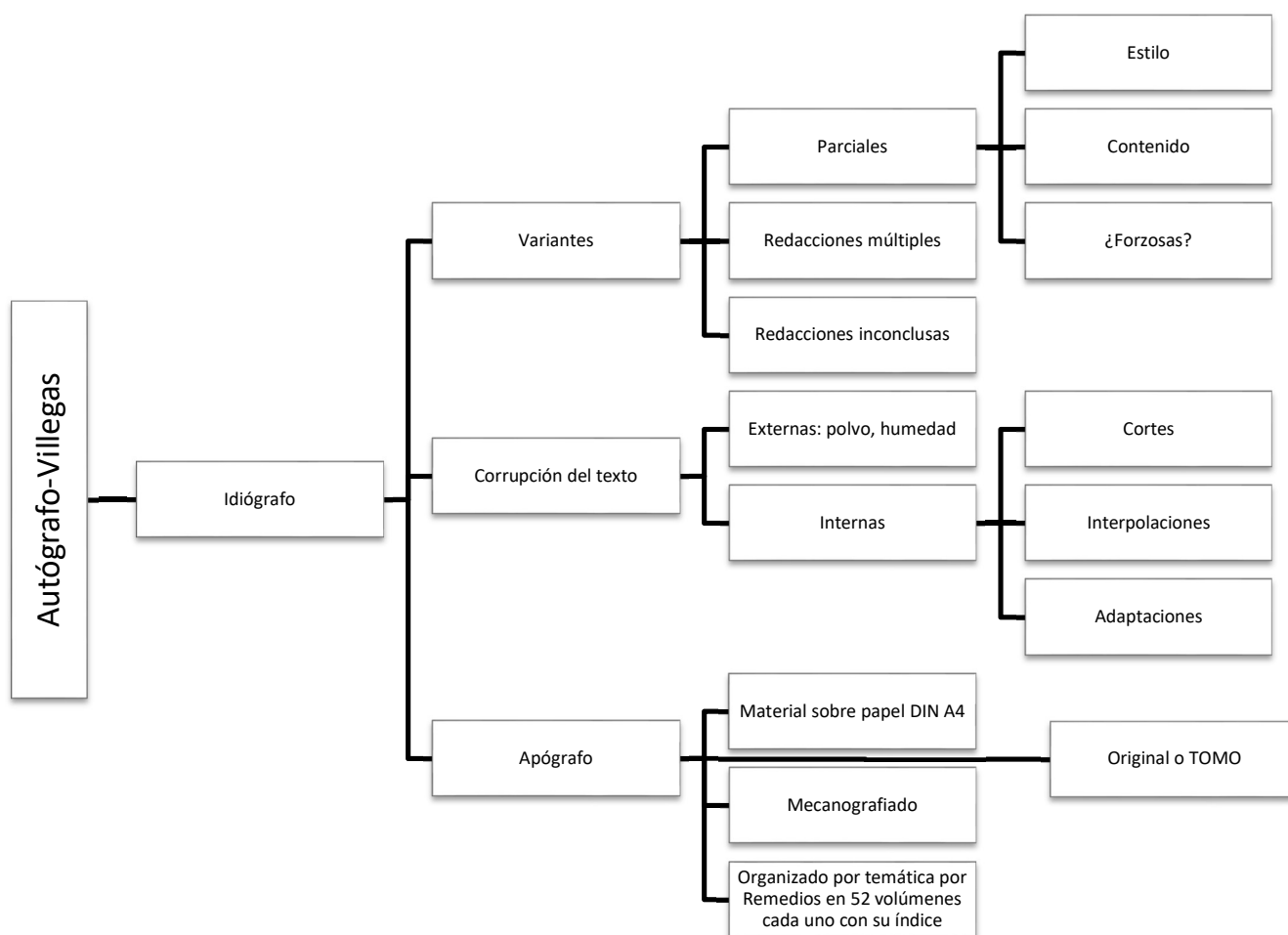


Figura 6. El taller de escritura.

Los relatos de viaje a la luz de los estudios antropológicos y sociológicos sobre el turismo: propuesta metodológica¹

KAROLINA ZYGMUNT
Universidad SWPS (Polonia)
kzygmunt@swps.edu.pl

Recibido: 8 de octubre de 2024 – Aceptado: 21 de octubre de 2024.
DOI:

Resumen: El objetivo de este artículo es presentar un nuevo enfoque multidimensional e interdisciplinar para el análisis de los relatos de viaje. Se parte de la idea de que el turismo de masas constituye el contexto de los viajes contemporáneos y sus relatos, condicionando de esta forma tanto la experiencia y la escritura como la recepción de las obras por parte de los lectores. En la perspectiva propuesta, el uso de las principales teorías antropológicas y sociológicas sobre el turismo se considera una aproximación valiosa para arrojar luz sobre los relatos de viaje. Las principales herramientas de las ciencias humanas y sociales aplicables al análisis literario que se explotan en este trabajo son la dicotomía viajero versus turista, la teorización de la relación anfitrión-invitado y la visión del turismo como consumidor y generador de espacios. Esta nueva metodología, desarrollada en una monografía previa sobre los relatos de viaje contemporáneos por la Ruta de la Seda (Zygmunt, 2021) y plasmada ya en trabajos de otros investigadores, permite no solo ampliar el horizonte interpretativo de los textos viáticos, sino también hace posible contribuir al debate general sobre el género.

Palabras clave: Relatos de viaje; Género de viajes; Turismo; Antropología; Sociología.

Travel Stories in the Light of Anthropological and Sociological Studies on Tourism: a Methodological Proposal

Abstract: The aim of this article is to present a new multidimensional and interdisciplinary approach to the analysis of travelogues. It is based on the idea that mass tourism constitutes the background of contemporary travel and travelogues, thus conditioning both the travel experience and the writing, as well as the reader reception. In the proposed perspective, the use of the main anthropological and sociological theories on tourism is considered a valuable approximation to shed light on travelogues. The main tools of the human and social sciences applicable to literary analysis that are commented in this study are the traveler vs. tourist dichotomy, the theorization of the host-guest relationship and the vision of tourism as a consumer and generator of spaces. This new methodology, developed in a previous monograph on contemporary travelogues along the Silk Road (Zygmunt, 2021) and already reflected in the works of other researchers, not only allows us to broaden the interpretive horizon of travelogues, but also makes it possible to contribute to the general debate on this genre.

Keywords: Travelogues; Tourism; Anthropology; Sociology.

¹ Esta publicación forma parte del proyecto I+D+I “Factualidad y familias textuales en los relatos de viaje contemporáneos” (Referencia: PID2003-150409NB-100) financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y FEDER/ Unión Europea.

Introducción

Se podría correr el riesgo de afirmar que la relación entre las experiencias de viajar, contar y escribir parece estar fuera de toda duda: a lo largo de los siglos los que viajaban contaban sus historias y, dado que “el desplazamiento es una promesa de escritura” (González-Rivera, 2019: 74), frecuentemente las ponían por escrito. La imagen del viajero que vuelve de sus periplos y se convierte en narrador porque, como diría Walter Benjamin (1936), “puede contar algo”, parece bastante convincente. De la misma forma, retrocediendo todavía más en el tiempo podemos fantasear, como Lorenzo Silva (2004), con las hogueras en torno a las cuales se iniciaron las primeras narraciones en general y, en particular, aquellas que contaban viajes.

Frente a este nexo tan claro entre la experiencia del viaje y su puesta en palabras, resulta mucho más problemático el vínculo entre la escritura de viaje y la literatura, puesto que los testimonios de los viajeros no se han considerado obras literarias durante mucho tiempo. A principios de los años ochenta, Antonio Regales Serna, comentando el paradójico estatus de los textos de viaje, señalaba que estos “ha[n] gozado siempre de tanto favor de público como de menosprecio por parte de la crítica académica sea cual fuere la orientación de ésta” (1983: 63).

Unas cuantas décadas más tarde el desprecio hacia este tipo de textos ha sido superado y los trabajos sobre el viaje han ocupado el lugar que les correspondía en el panorama de la investigación. Sofía M. Carrizo Rueda (1997) habla de un vuelco en los estudios literarios que ha hecho posible considerar dignos de estudio textos antes ignorados por la crítica. Este cambio, ocurrido ya en los propios años ochenta, ha hecho posible el surgimiento de ediciones críticas de distintas obras, al mismo tiempo que los investigadores se ha ido centrando en el análisis de los significados, formas y prácticas de creación y recepción de los relatos viajeros².

El panorama general de los estudios sobre el género de viaje en el ámbito hispánico

Junto al estudio de textos viáticos³ en determinadas épocas y reflexiones generales sobre el viaje y la literatura, uno de los temas a los que más atención le ha prestado la crítica ha sido la cuestión del género. La necesidad de describir los rasgos propios de esta materia tan amplia ha constituido un propósito esencial para gran parte de los estudiosos. Los investigadores han señalado la compleja y polémica naturaleza de este género “multívoco” (Carrizo Rueda, 2004-2005) y “polifacético” (Colombi, 2006) que destaca por su “capacidad de absorción y maleabilidad” (Guzmán Rubio, 2011). Al mismo tiempo, el género viático se ha postulado independiente, al combinar frecuentemente una gran diversidad de formas discursivas con la ausencia de normas formales (Champeau, 2004). Finalmente, tampoco queda duda de que se trata de un género fronterizo en muy estrecha relación con la autobiografía, la crónica o la novela picaresca, así como el género histórico y documental e incluso

² Cabe señalar que muchos de los pioneros de la investigación en la materia viajera pertenecían al hispanomedievalismo y, en este contexto, resultan esenciales los aportes de estudiosos como Francisco López Estrada (1984), Miguel Ángel Pérez Priego (1984), Joaquín Rubio Tovar (1986), Eugenia Popeanga (1991), Rafael Beltrán Llavador (1991), Fernando Carmona Fernández (1996), Antonia Martínez Pérez (1996), Sofía M. Carrizo Rueda (1997) y Victoria Béguelin-Argimón (2011).

³ En este trabajo me permito utilizar el término “viático” en el sentido “referente al viaje, propio del viaje”, tal y como han hecho otros autores como, por ejemplo, Julio Peñate (2015), que hablaba de “relato viático”, “texto viático”, “discurso viático”, “libro viático” y “escenarios viáticos”.

las guías turísticas (Carrizo Rueda, 1997 y 2004-2005; Champeau, 2004; Colombi, 2006; Arellano, 2011; Guzmán Rubio, 2011; Peñate, 2015).

Las primeras propuestas de organizar los textos viáticos y determinar sus rasgos se remontan ya a los años 80 con la clasificación de Jean Richard (1981) y la visión de Miguel Ángel Pérez Priego (1984). Más tarde cabe señalar los trabajos de Eugenia Popeanga (1991) o Rafael Beltrán Llavador (1991), y ya en el siglo XXI las aportaciones de investigadores como Geneviève Champeau (2004), Julio Peñate (2004), Beatriz Colombi (2006), Patricia Almarcegui (2008) y María Rubio Martín (2011). Asimismo, acercándonos a los estudios más actuales dedicados a las cuestiones genéricas cabe destacar el trabajo de Sheila Pastor Martín (2023) centrado en las manifestaciones híbridas del relato de viaje. En este panorama, entre todos los estudios referentes al género de viajes las aportaciones de Sofía Carrizo Rueda (1997) y Luis Alburquerque García (2011) resultarán clave en la presente propuesta metodológica para la definición y delimitación del género viático.

En su aproximación Carrizo Rueda señala que la descripción, elemento descuidado por la crítica en general y los estudiosos de textos viáticos en particular, resulta clave a la hora de acercarse a este género, siendo su ingrediente esencial. Por esta razón, la oposición entre lo descriptivo y lo narrativo se convierte en el criterio fundamental de su propuesta. Según la estudiosa, frente a “la configuración del espectáculo del mundo recorrido” típica de algunos textos viáticos, en otras obras se puede hablar más bien de la presencia del “desarrollo hacia un desenlace” (1997: 15). De esta forma, la investigadora separa los representantes del género, a los que denomina “relatos de viajes propiamente dichos”, de los textos en los que el viaje constituye tan solo un motivo literario. A la hora de delimitar y definir los rasgos de los “relatos de viajes propiamente dichos”, Carrizo Rueda comenta:

Se trata de un discurso narrativo-descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objeto final que es la presentación del relato como un espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace. Este espectáculo abarca desde informaciones de diversos tipos hasta las mismas acciones de los personajes. Debido a su inescindible estructura literario-documental, la configuración del material se organiza alrededor de núcleos de clímax que en última instancia, responden a un principio de selección y jerarquización situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen (1997: 28).

Con este apunte, la estudiosa señala tanto la gran importancia de las descripciones, cuyo análisis considera “un paso forzoso para ahondar en el conocimiento de los relatos de viajes” (2023: 38), como el papel que desempeña el horizonte de receptores que “buscarán en el género ‘relatos de viajes’ ciertas respuestas a inquietudes sobre sus modos de existencia” (2023: 38).

La creación de un marco formal para el género y la propuesta de un nombre concreto para los textos que forman su nómina llevadas a cabo por Carrizo Rueda ha resultado fundamental para el desarrollo de investigaciones posteriores. Años más tarde, la noción de “relato de viaje” la retomó Alburquerque García para convertirla en la idea clave de su teoría. Según este investigador, la “literatura de viajes” abarca todo un conjunto de textos de viajes tanto verídicos como ficcionales. Dentro de este gran grupo, la ficción literaria se correspondería con “las novelas de viaje”, mientras que el término “relatos de viaje” se reservaría solo para testimonios

escritos de un viaje factual⁴. De esta forma, en palabras del propio autor, “si bien todo libro de viajes se enmarca dentro del ámbito de la literatura de viajes, no toda literatura de viajes queda incluida dentro de los ‘relatos de viajes’” (2011: 18). En este contexto, el “relato de viaje” se podría definir como “un discurso *factual* que se modula con motivo de un viaje [...] y cuya narración queda subordinada a la intención descriptiva [...]. Suele adoptar la primera persona (a veces, la tercera), que nos remite siempre a la figura del autor como testigo de los hechos...” (2011: 33). El mismo autor añade que estos relatos “responden a tres rasgos fundamentales: su carácter no ficcional, o sea, factual, [...] el dominio de lo descriptivo sobre lo narrativo y la carga testimonial, que oscila en una tensión mantenida entre lo objetivo y lo subjetivo” (2023: 5). Como se puede apreciar, la base de la terminología propuesta por Albuquerque García es la distinción entre la realidad y la ficción, es decir, entre lo factual y lo ficcional en términos de Genette, a cuyos trabajos recurre el estudioso⁵. Esta distinción, de la que, como subraya el propio estudioso, no siempre se da cuenta la crítica literaria, resulta clave para distinguir los relatos de viaje de textos ficticios de carácter muy diferente: “sorprende que la mayoría de los trabajos sobre ‘relato de viaje’, cualquiera que sea la época a la que remitan, no reparen en un aspecto que resulta imprescindible para entender su sentido como género literario. Me refiero a su carácter ‘no ficcional’, o sea, factual” (2023: 3).

Por lo tanto, como se ha visto, con la noción de “relato de viaje” se ha puesto un nombre único e inequívoco a un conjunto de textos tradicionalmente llamados de muy distintas formas. No obstante, incluso ya definida y delimitada, sigue tratándose de una materia muy vasta y compleja. Por esta razón, entre los acercamientos más recientes al género viático cabe destacar la propuesta metodológica de ordenar el corpus de relatos de viaje en distintos subconjuntos a partir del concepto de “familia textual”, que se estructura en torno a tres ejes: espacial, textual e ideológico⁶.

Con estas líneas centradas en la visión del género viático en el ámbito hispánico, así como en las propuestas de su definición y delimitación, he pretendido esbozar unas pinceladas generales sin aspirar a que el cuadro presentado sea completo y definitivo. En lo referente al intento de dar cuenta del panorama de los estudios sobre el género de viaje, no puedo más que estar de acuerdo con Carrizo Rueda, que señala la imposibilidad de presentar todos los avances que tuvieron lugar en la materia viática a lo largo de las últimas décadas: “Hasta mediados de los años ’90 del siglo pasado, todavía se podía aspirar a reunir una bibliografía lo más exhaustiva posible de los trabajos

⁴ Carrizo Rueda, en un estudio reciente, también propone mantener la distinción entre las categorías concretas del género: “[...] considero que la postura más adecuada es mantener las dos grandes categorías ‘relato de viajes’ y ‘literatura de viajes’, atendiendo tanto a sus características propias como a sus cruces y, además, para aventar confusiones, referirse al conjunto de ambas como ‘escrituras del viaje’” (2023: 22).

⁵ Cabe señalar que también Peñate, defendiendo el carácter literario de las obras factuales, recurría a la distinción entre ficción y dicción de Gérard Genette. Según este investigador, mientras que la primera “se basa en el carácter imaginario del objeto tratado”, la segunda se sostiene “en sus componentes formales”, por lo que “el relato de viaje real [...] entraría en la literatura al menos por esta segunda variante” (2004: 14).

⁶ La “familia textual” es un concepto en torno al cual gira el monográfico de la revista *Ínsula* (número 918) titulado *Escenarios del relato de viaje español. Siglos XIX-XXI* y coordinado por A. Castro Díez y M. Rubio Martín. Como comentan las propias coordinadoras de este trabajo: “Este monográfico es, en buena medida, resultado del proyecto de investigación dirigido por Luis Albuquerque *Cartocronografía de los relatos de viaje españoles contemporáneos (siglos XIX y XX)*. Pero a su vez, inaugura una nueva propuesta metodológica de ordenación del corpus de viajes a partir del concepto novedoso de ‘familia textual’, cuyo alcance está aún por determinar” (2023: 3).

que abordaban cuestiones teóricas. Hoy, ni siquiera basta con recurrir a un criterio selectivo de todo el material publicado pues éste ha llegado a ser inabarcable” (2023: IX). Ante este sinfín de textos que podrían considerarse relatos de viaje y de estudios teóricos, me veo obligada a abandonar cualquier deseo de completitud y exhaustividad, contentándome con haber esbozado las principales direcciones que han tomado y van tomando las investigaciones viáticas.

Análisis de los relatos de viaje desde la perspectiva de los estudios antropológicos y sociológicos sobre el turismo

Panorama general de los estudios sobre el turismo

Frente a este panorama, resulta importante preguntarse por nuevos caminos a la hora de aproximarse al relato de viaje. ¿Es posible buscar perspectivas innovadoras para afrontar el análisis de los textos viáticos? ¿Qué miradas pueden resultar valiosas y aportar algo a un campo de estudio tan complejo a la par que fascinante? ¿Qué otras preguntas resultan pertinentes en el análisis de los testimonios de viajes? Por esta razón, partiendo de la idea de que en la literatura cristalizan las tensiones y conflictos de su sociedad, y teniendo en cuenta un horizonte de recepción lleno de interrogantes por las múltiples formas posibles de viajar hoy en día, me he propuesto analizar la relación de los relatos de viaje contemporáneos con el turismo de masas que constituye el contexto de los desplazamientos actuales, puesto que representa la forma dominante de viajar en nuestra época. Para examinar esta conexión entre viaje, turismo y relato de viaje me ha resultado fundamental buscar un enfoque multidimensional e interdisciplinar, recurriendo a las herramientas y avances de otras disciplinas humanísticas y sociales. Dado que la lógica del turismo de masas y sus contradicciones condicionaban tanto la experiencia viajera como su puesta por escrito, he optado por la vinculación de los relatos de viaje contemporáneos con las teorías académicas sobre la conducta y actividad turística, apostando por una perspectiva de trabajo no explorada antes en los estudios hispánicos y apenas esbozada en otros ámbitos (Hulme y Youngs, 2002; Mee, 2014; Thompson, 2016).

Entre los múltiples acercamientos sociológicos y antropológicos a los que se podría recurrir en el análisis de los textos literarios he escogido tres grandes focos temáticos: las teorías relacionadas con el propio viajante (turista versus viajero)⁷, las ideas centradas en el contacto entre los que visitan y los que son visitados (anfitrión e invitado) y las propuestas asociadas a los lugares que se transitan (turismo como consumidor y generador de espacios)⁸.

⁷ En este estudio, al igual que en mis trabajos anteriores, para hablar de un sujeto en movimiento, sin definir ni valorar el tipo de desplazamiento que realiza, utilizaré el término “viajante” en su acepción “que viaja”. Asimismo, siguiendo la propuesta de Diana Salcines de Delas (1996), en este contexto también emplearé el término “viajador”.

⁸ La más evidente aplicación de esta propuesta metodológica se daría en el análisis de los textos contemporáneos, ya que es allí donde más se puede apreciar la tensión entre la experiencia del viaje, su puesta por escrito y el turismo como el contexto en el que las dos se ven envueltas. No obstante, considero que esta perspectiva investigadora también puede resultar útil para acercarse a los textos de otras épocas, por ejemplo, para examinar si los viajeros del pasado, tan idealizados por gran parte de la crítica actual, se corresponden con este modelo del buen viajero y para analizar estos desplazamientos y sus características en comparación con los rasgos definitorios

Turista versus viajero

Pasando ya al primer grupo temático, resulta interesante comentar que varios sociólogos vieron en el turista un paradigma del hombre posmoderno. Dean MacCannell (1976) utilizó la metáfora del turista para referirse al hombre de la época actual, mientras que Zygmunt Bauman consideraba que el turista formaba parte de lo que él mismo denominaba “los posmodernos modelos de personalidades” (1993). No obstante, lo que más ha interesado a la crítica ha sido la relación de esta figura de “turista”, a menudo valorada de manera peyorativa, con la del “viajero”, tan idealizada en el mundo contemporáneo. Curiosamente, esta a veces irreconciliable oposición de términos, que en su origen podrían considerarse sinónimos⁹, apareció justo en el seno de los relatos de viaje del XIX, donde se insistió en la separación entre el viajero y el “mal viajero”, representado justamente por el turista (Urbain, 1993 [1991]: 31).

Hoy en día, mucha crítica sigue incidiendo en esta dicotomía y en la idealización del viajero frente al turista (Boorstin, 1964; Onfray, 2007), mientras que en el imaginario colectivo son omnipresentes las imágenes estereotipadas del curioso, activo y apasionado viajero en busca de lo auténtico frente al pasivo turista que se conforma con experiencias diseñadas y prefabricadas. No obstante, en un mundo donde el desplazamiento resulta fácil y la burocracia frecuentemente difícil, hay cada vez más conciencia de lo borrosa que es la frontera entre estas dos figuras. Entre tantas comparaciones y estereotipos parece oírse al estudiante iraní de MacCannell, que gritaba desesperado: “Aceptémoslo, todos somos turistas” (2003 [1976]: 13-14)¹⁰.

Asimismo, tal y como ha denunciado el sociólogo Erik Cohen, en la dicotomía turista versus viajero siempre se recurre a una única visión del turista y de la actividad turística. Por esta razón, en el seno de las ciencias humanas y sociales se ha visto necesario distinguir entre diferentes modelos de sujetos y actitudes presentes en el universo turístico, lo que ha dado lugar a múltiples clasificaciones de turistas, sus experiencias, sus roles sociales, así como su mirada. El propio Cohen, al principio, distinguió entre cuatro tipos de turistas (1972) para pasar luego a hablar de cinco modos de experiencia turística (1979).

La primera clasificación del investigador empezaba con la figura del “turista de masas organizado” (*the organized mass tourist*), que apostaba por lo seguro contentándose con las ofertas de experiencias diseñadas para masas. El siguiente ejemplo de turista lo constituía “el turista individual organizado” (*the individual mass tourist*), que se desplazaba solo, pero también dentro del marco de recorridos organizados por agencias de viajes. Frente a estas dos figuras, Cohen señaló un modelo distinto de viajante denominado por él “el explorador” (*explorer*), que organizaba su experiencia rechazando los caminos trillados y buscando el contacto con los

del turismo de masas. Asimismo, como comentaré en otra parte de este trabajo, el análisis de la presencia de los sentidos en los relatos de viaje a lo largo de la historia podría ser una aportación a la teoría de la literatura.

⁹ Varios autores han destacado que el término “turista” en su origen no tenía el sentido negativo que tan frecuentemente se le otorga hoy en día (Urbain, 1991; Buzard, 1993).

¹⁰ MacCannell comienza las reflexiones sobre la figura del turista con una anécdota que parece muy representativa del tiempo actual. Tal y como recuerda el propio estudioso: “Uno de mis estudiantes en París, un joven iraní dedicado a la revolución, me gritó en voz entrecortada ‘Aceptémoslo, todos somos turistas’. Luego, poniéndose en pie, el rostro contorsionado por lo que me pareció odio hacia sí mismo, concluyó dramáticamente entre dientes: ‘Incluso yo soy un turista’ (2003 [1976]: 13-14).

nativos. Según Cohen, el explorador aspiraba a salir de su “burbuja ambiental” (*environmental bubble*), pero no llegaba a sumergirse plenamente en la realidad de los que visitaba. Solamente el último tipo de viajante, a quien Cohen llamó *drifter*, yendo, como su nombre indica, a la deriva, totalmente al margen de la industria turística, a veces conseguía la fusión completa con la nueva sociedad que no experimentaban otros viajeros. Mientras que los dos primeros tipos de viajeros eran para Cohen un ejemplo de roles turísticos institucionalizados, los dos últimos grupos constituían roles turísticos no institucionalizados.

Unos años más tarde, el mismo estudioso, en su propuesta más famosa, volvió a la necesidad de distinguir entre las vivencias turísticas hablando, esta vez, de cinco modos de experiencia. En esta propuesta el punto de partida y el criterio de clasificación era la idea del “centro”, entendido como el conjunto de valores de un individuo y de una cultura, así como la relación entre el centro individual y el colectivo que podía presentarse como una convivencia armoniosa o como el rechazo por parte del sujeto de las normas sociales impuestas. Según Cohen, los distintos tipos de la experiencia turística eran una consecuencia de las diferentes actitudes hacia el centro. Por esta razón, en su propuesta, el sociólogo examinó el grado en que cada viaje representaba la búsqueda del centro, así como la naturaleza de este. De esta forma, pudo distinguir cinco modos de experiencia turística: el modo de recreación (*recreational mode*), el modo de distracción (*diversionary mode*), el modo de experiencia (*experiential mode*), el modo experimental (*experimental mode*) y el modo existencial (*existential mode*). Esta perspectiva hizo posible tener una visión mucho más abierta del sujeto que viaja y que puede ser tanto un simple aficionado al placer y a la comodidad, como un ser en búsqueda de su nuevo centro vital, puesto que los distintos modos de experiencia turística propuestas por Cohen se corresponden con estas diferentes necesidades y aspiraciones del viajante.

El modo recreativo (*recreational mode*) se asocia a los viajeros que están en paz con su sociedad y que entienden el desplazamiento como un ocio que les permite reafirmarse en sus valores. Muy parecidos a los sujetos en modo recreativo resultan ser los que apuestan por el modo de distracción (*diversionary mode*), para los cuales viajar constituye una forma de evasión de la rutina. No obstante, a diferencia del primer grupo, estos viajeros no se sienten unidos a su propio centro y tampoco necesitan crear este vínculo con un centro nuevo. El propio Cohen señaló que estas dos actitudes pueden relacionarse con la visión prototípica del turista como el mal viajero, tan criticada, entre otros, por Michael Onfray (2007) o Daniel Boorstin (1964). Al mismo tiempo, el estudioso reconoce que aparentemente se trata de los modelos más característicos dentro del turismo de masas.

No obstante, Cohen también creía en la existencia de esos turistas que MacCannell (1976) define como buscadores de autenticidad y se centra en ellos describiendo los restantes modos de experiencia turística. Los primeros representantes de este grupo, los turistas en modo de experiencia (*experiential mode*), no se sienten vinculados al centro de su sociedad, pero a diferencia de los turistas del modo de distracción, aspiraban a buscar valores en las culturas nuevas que van conociendo. Sin embargo, en esta búsqueda siempre mantienen cierta distancia, lo que les impide una inmersión plena en la otra cultura. Este acercamiento al centro de otras culturas es más visible en sujetos con una “personalidad descentralizada” (Kavolis, 1970, en Cohen, 1979) que se desplazaban en el siguiente modo propuesto por Cohen: el modo experimental (*experimental*

mode). Se trata principalmente de jóvenes en proceso de construir su propia identidad y que, decepcionados por los valores de su sociedad, buscan lo auténtico más allá del mundo que conocen. Su búsqueda se adscribe a distintas formas¹¹ y distintos centros, lo que hace que el sujeto no se identifique con ninguna cultura. Por esta razón, solamente el último modo de experiencia turística, llamado por Cohen el modo existencial (*existential mode*), permite a este sujeto descentralizado y alienado de su sociedad encontrar otra fuente de sentido y convertirla en su propio centro, dando lugar a una especie de conversión secular.

Esta propuesta de Cohen guarda una relación muy clara con su primera clasificación, haciendo posible establecer ciertas equivalencias: entre turistas, en roles institucionalizados y el modo de recreación y distracción, por un lado; por otro, entre la figura del explorador y el turista en modo de experiencia, así como entre la imagen de *drifter* y el modo experimental del viaje.

Anfitrión e invitado

Junto a las reflexiones sobre el sujeto que viaja, a los investigadores de ciencias humanas y sociales les ha interesado la relación de este con los que va encontrando en su camino. Un enfoque especialmente valioso, aplicable en estudios literarios, lo constituye, en mi opinión, la visión del turismo como prolongación del colonialismo teorizada por Louis Turner con John Ash (1975) y Dennison Nash (1977), también defendida hoy en día por autores más actuales (VV. AA., 2017). Según esta teoría, la relación entre el anfitrión y el invitado muchas veces sigue la lógica neocolonial e imperialista. Turner y Ash, los máximos defensores de esta perspectiva, hablan de la aparición, como consecuencia del desarrollo del transporte, de una nueva tribu de turistas de masa que definen como “los bárbaros de nuestra Edad del Ocio” (1991 [1975]: 10) o “Nómadas de la Opulencia” (1991 [1975]: 10). Aunque, según estos investigadores, “es absolutamente legítimo comparar a los turistas con las tribus bárbaras” (1991 [1975]: 10)¹², lo que ha cambiado es la lógica de “las invasiones” puesto que los bárbaros contemporáneos “proceden de las nuevas *Constantinoplas* — de ciudades como Nueva York, Londres, Hamburgo o Tokio—, quienes han creado un nuevo territorio, tanto social como geográfico, sumamente dependiente: la Periferia del Placer” (1991 [1975]: 10). Turner y Ash defienden la idea de que “el turismo es una invasión del exterior por parte de los centros metropolitanos más desarrollados que se vierten en las periferias todavía ‘incivilizadas’” (1991 [1975]: 195). Por esta razón, a pesar de la independencia de ciertos territorios, las potencias imperialistas siguen ejerciendo poder sobre ellos. Esta dependencia la señalan también autores de trabajos mucho más recientes que el estudio de Turner y Ash: “La creciente intervención del capital transnacional y las políticas desarrollistas [...] continuaron en la práctica el mismo proyecto histórico del colonialismo, dando alcance a un número creciente de territorios dispuestos a ser convenientemente civilizados, modernizados y explotados” (VV. AA., 2017: 18).

¹¹ Tal y como señaló el propio Cohen, en este caso el desplazamiento es tan solo una de las maneras de evasión del centro de su sociedad. Según el estudioso, otras alternativas a esta búsqueda de sentido pueden ser las experiencias con las drogas y el misticismo (1979: 189).

¹² Parece claro que Turner y Ash, hablando de los turistas, se imaginan el típico turista de masas institucionalizado que, siguiendo la propuesta de Cohen, viaja en el modo recreativo de la experiencia.

El surgimiento de relaciones de tipo colonial o imperialista parece evidente puesto que “la totalidad de la estructura turística descansa sobre la existencia de personas deseosas de servir al turista” (Turner y Ash, 1991 [1975]: 315) y el turista mismo llega a exigir esta servidumbre: “Es sobradamente conocido el turista norteamericano que, estando de vacaciones, exige hamburguesas instantáneas, café con la comida, agua caliente corriente en la habitación de su hotel y el uso constante del inglés por todas partes” (Nash 1992 [1977]: 73). Es el local quien tiene que ajustar su entorno a las visiones y deseos del turista, lo que lleva a Turner y Ash a considerar que “la ideología preponderante en el turismo es claramente neocolonialista. La industria da por sentado que los países anfitriones han de modelarse de acuerdo con los deseos de las superpotencias ricas y generadoras de turismo” (1991 [1995]: 335)¹³. En este contexto, son frecuentes los casos en los que los turistas, más que conocer a los locales, quieren ver representados ante sus ojos los estereotipos asociados a ellos, mientras que la gran parte de los ingresos que genera la actividad turística, frecuentemente causante de muchos daños medioambientales, nunca llega a los locales. Por esta razón, según algunos autores, la actividad turística “mantiene a estos lugares periféricos en una situación de dependencia y explotación por parte de transnacionales y países industrializados” (VV. AA., 2017: 36), por lo que, aunque a primera vista tal vez no lo parezca, “el turismo hacia los países en vías de desarrollo, hacia la *periferia del placer* no es políticamente neutral [...]. Los turistas, inconscientemente, mantienen el *statu quo* político” (Podemski, 2005: 43)¹⁴.

En otra aproximación a la relación entre los turistas y los locales algunos autores (MacCannell, 1976; Núñez, 1997), recurriendo a los estudios de Erving Goffman (1969), proponen representar este contacto a través de una metáfora teatral. Según estos estudiosos, el encuentro turístico puede ser visto como un espectáculo en el que el local se convierte en actor, mientras que el turista toma el rol del espectador. En ambos casos se trata de un papel asignado y diseñado ya de antemano, puesto que tanto el turista como su anfitrión “han preparado a conciencia sus actuaciones: el turista ha leído con detenimiento sus folletos de viaje [...] y repasa de continuo su diccionario y su manual de lenguas extranjeras antes de subir al escenario; su anfitrión repasará su vivienda, calibrará el humor de la audiencia ante la cual ha de representar [...] ensayará la mejor de sus sonrisas” (Núñez, 1992 [1977]: 407). Al igual que en el caso de la primera teoría, aquí también los estudiosos coinciden en que la culpa de esta relación tan poco natural no siempre la tiene el propio turista, dado que “los turistas buscan la

¹³ Aunque los países subdesarrollados parecen ser el ejemplo más claro de estas relaciones tan jerárquicas, no se dan solamente allí, tal y como indica Nash: “Los anfitriones pueden ser una nación de hoteleros perfectamente adaptados a este tipo de servicio, como Suiza, o bien camareros moscovitas que lo hacen a desgana, pero la diferencia entre trabajo y ocio sigue siendo efectiva y separando a esta gente de sus visitantes” (1992 [1977]: 82).

¹⁴ La traducción del polaco de todas las citas de Podemski es mía. Por otra parte, resulta necesario comentar que muchos autores no culpan de esta situación directamente al turista y señalan la compleja relación entre lo que este desea y lo que le proporciona la industria turística de la que depende. Urbain comenta que “turismo y turista no son [...] realidades equivalentes” (1993 [1991]: 16), puesto que la industria utiliza al propio turista para generar beneficio económico. También Boorstin señala las paradojas en las que se ve envuelto el turista a causa del sistema: “The traveler used to go about the world to encounter the natives. A function of travel agencies now is to prevent this encounter” (1980 [1964]: 91-92). Incluso los propios Turner y Ash muestran algo de comprensión hacia este turista constantemente criticado en su estudio: “La hiperprotección de esta forma de turismo tan sumamente controlada también impide que el viajero caiga en la cuenta de las consecuencias de su propia actividad turística” (1991: 133). En este contexto, el turismo puede ser visto como una esfera más del poder, lo que lleva a algunos autores a vincularlo con la visión foucaultiana del poder y les hace hablar de “potentials for tourists to be Foucauldian targets and for brokers and locals to be Foucauldian agents” (Cheong y Miller, 2000: 386).

verdadera realidad de las regiones, países o continentes visitados, pero la industria turística les facilita solamente los espectáculos, unas escenificaciones de la realidad preparadas especialmente para su uso” (Podemski, 2005: 63). Aunque en esta visión la relación entre los que visitan y los que son visitados no se considera tan inmoral como la defendida por la teoría del turismo como prolongación del colonialismo, salta a la vista la falta de autenticidad en el vínculo que se crea entre los distintos participantes del espectáculo turístico.

En este contexto, la autenticidad de la experiencia turística se convierte en otro de los focos de atención de las aproximaciones antropológicas y sociológicas hacia el turismo. La postura predominante entre los estudiosos es la visión del turismo como una actividad condenada a la falta de autenticidad (Kazimierzak, 2009: 34), por lo que, tal y como comenta Anna Wiczorkiewicz, “la gente muchas veces no quiere ser vista como ‘típicos turistas’, entendiendo el estatus de turista como un obstáculo para acceder a un tipo (auténtico) de experiencia (Presbensen, Larsen, Abelsen, 2003)” (2008: 89)¹⁵.

El turista se ve envuelto en una gran paradoja: su deseo de autenticidad comercializado por la industria turística convierte en no auténtica su experiencia. Boorstin (1964) considera que el propio turista y sus aspiraciones, unidos a las exigencias y expectativas, son los responsables de la aparición de los “pseudoeventos”, es decir, una realidad artificial, mejorada y perfeccionada, comparable con los “simulacros” de Jean Baudrillard (1978) y la hiperrealidad de Umberto Eco (1986). A diferencia de esta visión, para MacCannell, los turistas, peregrinos modernos y verdaderos buscadores de lo auténtico, aspiran a sobrepasar la “regiones frontales” de las apariencias y de lo preestablecido para llegar a las “regiones traseras” (2003 [1976]: 122) en las que los locales se muestran tal y como son. No obstante, la manipulación de la industria turística puede hacer que bajo la apariencia de lo auténtico en realidad se oculte la “autenticidad escenificada”, por lo que “a menudo resulta muy difícil saber a ciencia cierta si la experiencia es, de hecho, auténtica. Siempre existe la posibilidad de que lo que supuestamente es la entrada a una región trasera sea en realidad una entrada a una región frontal totalmente preparada para la visita turística” (MacCannell, 2003 [1976]: 133-134).

Por esta razón, ante esta imposibilidad de alcanzar una experiencia realmente auténtica, Stephanie Cary, en vez de valorar la (no)autenticidad de toda la experiencia, propone hablar de la existencia de un momento turístico de autenticidad que de manera espontánea permite al turista descubrirse a sí mismo y constituye la culminación de su búsqueda (2004: 64).

Junto a las posturas encontradas de Boorstin y MacCannell, Cohen, en línea con sus propuestas anteriores, relaciona el grado de autenticidad con los diferentes tipos de sujetos y experiencias. Mientras que los turistas en los modos de recreación y distracción de ninguna manera anhelan lo auténtico, los que viajan en los modos experimental y existencial ven en la autenticidad de lo vivido y conocido el sentido de todo el desplazamiento. El modo de experiencia representaría una situación intermedia entre ambos grupos, dependiente del caso.

¹⁵ La traducción del polaco de la cita de Wiczorkiewicz es mía.

Turismo como consumidor y generador de espacios

En muchas de las aproximaciones antropológicas y sociológicas al turismo, el foco de atención se desplaza también hacia los destinos turísticos y los espacios recorridos por los viajeros. La primera teoría sugerente, en su origen no relacionada con el universo turístico pero fácilmente aplicable a él, es la visión de los “no lugares” de Marc Augé. Este antropólogo francés considera que la superabundancia de acontecimientos propia de la época actual da lugar al surgimiento de un espacio nuevo denominado por el estudioso el “no lugar”. Augé habla del “no lugar” como la oposición del lugar en el sentido simbólico del lugar antropológico. Tal y como comenta:

el *no lugar* es lo contrario del lugar, un espacio en el que quien lo atraviesa no puede interpretar nada ni sobre su propia identidad (sobre su relación consigo mismo), ni sobre sus relaciones con los demás o, más generalmente, sobre las relaciones entre unos y otros, ni a fortiori, sobre su historia común (1998 [1997]: 89).

No parece raro creer que la realidad turística esté atravesada por los “no lugares”, cuya descripción inmediatamente hace pensar en aeropuertos, estaciones ferroviarias, grandes cadenas hoteleras y otros espacios creados, en gran parte, para satisfacer las necesidades de la industria turística. Junto al anonimato, como características del “no lugar”, Augé enumera también la “soledad y similitud” (1994 [1992]: 107), haciendo hincapié en la evidente homogeneidad de estos espacios. En el universo turístico, esta falta de diversidad, lejos de inquietar al turista, parece proporcionarle tranquilidad y bienestar y, más que temerla, este la necesita: “Vaya a donde vaya, el turista espera que el hotel, el restaurante o el autobús sea como en América, como en el Oeste de Europa o en Japón” (Podemski, 2005: 49).

En este contexto, George Ritzer (1996) acuñó el término “McDonalización” para referirse a la homogeneidad omnipresente en el mundo actual. Según Ritzer y Allan Liska (2000), en el caso del turismo las reglas de la McDonalización se ponen en práctica mediante el fenómeno Disney, por lo que los estudiosos proponen hablar de “McDisneyización”. El efecto de este proceso es el surgimiento de parques temáticos, grandes casinos o centros comerciales sin identidad propia, iguales en todas las partes del mundo. Estos lugares prácticamente idénticos, diseñados y elaborados para un público muy homogéneo, según Tim Edensor (1998) podrían denominarse “espacio de enclave” (*enclavic space*). Tal y como indica este estudioso, se trataría de lugares del microcosmos turístico que, independientemente de su ubicación en el mapa, envuelven al turista en una especie de burbuja ambiental que lo separa tanto del contacto real con los locales como del encuentro con imágenes, sonidos u olores poco apetecibles (1998: 43). En estos lugares, la cultura anfitriona, siempre estereotipada, se contempla desde una posición segura y cómoda como, por ejemplo, un restaurante climatizado con comida internacional. No obstante, Edensor habló también de la existencia de otra realidad que no está creada solamente para los turistas y que denominó “espacios heterogéneos”. En estos lugares los turistas conviven con los locales compartiendo tanto espacios como experiencias y no se ven protegidos de los olores, sonidos o sabores extraños, teniendo así acceso a una experiencia multisensorial con todas sus consecuencias.

Como se puede ver, en la visión de Edensor la frontera entre los espacios de enclave y los heterogéneos pasa por los sentidos, y lo sensorial constituye también una perspectiva importante en los estudios sobre el mundo contemporáneo en general y el turismo en particular. Parece que la industria turística se ha propuesto domesticar, neutralizar o cribar las sensaciones sensoriales antes de que estas lleguen al turista. La visión del espacio turístico como una zona protegida de cualquier ruido u olor desagradable que separa de cualquier contacto físico no deseado se corresponde con la famosa visión que presentaba John Urry sobre los viajeros de autobús. Según este sociólogo, gracias al aislamiento que les permite este medio de transporte, quienes lo utilizan pueden “mirar desde arriba la multitud, observarla sin peligro, sin experimentar calor, malos olores y el tacto” (2009: 136). Esta ausencia de experiencias olfativas y sonoras poco agradables, así como el intento de restringir las experiencias táctiles, hacen que en el universo turístico actual el sentido predominante sea la vista. De hecho, este viaje en autobús comentado por Urry puede entenderse como una experiencia exclusivamente visual en la que la realidad no parece ser más que una imagen que contemplar. En este contexto, no parece casual que los estudiosos hablen de la “hegemonía de la vista” (Le Breton, 1996) o el “apogeo de la imagen” (Onfray, 2007), así como de un imperativo constante de transformar la experiencia en imágenes (Augé, 1998).

Aplicación de las teorías sobre el turismo al estudio de los relatos de viaje

Podemos considerar que quienes viajan hoy en día están condicionados por el turismo de masas como forma dominante de desplazamiento voluntario en la época contemporánea. Incluso el rechazo ideológico a esta manera de viajar y la no aceptación de su lógica no libera al sujeto de depender en mayor o menor medida de este fenómeno. Por esta razón, en la presente propuesta metodológica se considera que recurrir a las teorías sobre el turismo y aplicarlas en el análisis literario hace posible poner otra luz a los relatos de viaje y ampliar sus horizontes interpretativos. Pensar en el turismo de masas como el contexto general que rodea al viajante contemporáneo da lugar a la formulación de preguntas diferentes de las habituales y que pueden llegar a ser esclarecedoras a la hora de examinar los testimonios de viajes.

En primer lugar, resulta interesante interrogarse por el propio sujeto que se desplaza hoy en día. Dado que, como ya se ha comentado, históricamente la oposición entre el turista y el viajero surgió justamente en el seno de los textos viáticos y eran los propios autores de los relatos quienes querían separar su experiencia del viaje turístico, una perspectiva de estudio sugerente hoy en día se relaciona con la imagen que tienen de sí mismos los viajantes: cómo se definen y de qué manera hablan de los demás viajadores. Asimismo, en este análisis se puede examinar hasta qué punto la distinción conceptual viajero versus turista preocupa a los autores de los relatos. Resulta interesante observar si estos evitan considerarse turistas o se conforman con esta etiqueta. Estas cuestiones han sido ya parcialmente tratadas en el ámbito anglosajón, en el que empezó a hablarse de una nueva actitud hacia la dicotomía viajero / turista, posible de apreciar en los relatos de viaje más recientes. Según Zoë Kinsley:

In the twentieth and twenty-first centuries, whilst the “traveller / tourist” dichotomy still has a presence in travel writing, authors increasingly demonstrate awareness of the fact that those

labels become more and more difficult to apply persuasively. [...] In contemporary travel writing there is an increasing awareness that we might, in fact, all be tourists (2017: s.p.).

En este contexto, como herramienta de análisis, resultan muy útiles los distintos modelos de turista y los modos de experiencia turística propuestos por Cohen, que permiten indagar más en la construcción de la identidad de los viajeros contemporáneos, haciendo posible el acercamiento a su manera de viajar con una mirada mucho más amplia y sin la obligación de una etiqueta única y tendenciosa.

En segundo lugar, el contacto entre los viajeros y los locales, frecuentemente analizado por los estudiosos de los relatos de viaje, ahora puede ser visto desde una perspectiva nueva atendiendo a la teorización sociológica de la relación anfitrión-invitado. Aplicada a los relatos de viaje, esta permite indagar en cuestiones como: ¿qué medio de transporte utilizan los viajeros en una realidad marcada por los desplazamientos en avión?, ¿los que viajan crean un vínculo con los locales o se trata de una interacción instrumental?, ¿el viajante llega a vivir experiencias auténticas o se siente rodeado por un mundo de apariencias o actuaciones prediseñadas? Examinar si en los relatos de viaje contemporáneos, como ya ha pasado en la historia (Pratt, 1992), se perpetúa el *statu quo* del mundo y el orden colonial o si tal vez son una respuesta radical a estos fenómenos también constituye una aportación importante al estudio del género.

Asimismo, como se ha mencionado antes, también el análisis de los espacios puede convertirse en un centro de interés para los investigadores. Partiendo de la idea de que un viaje es un desplazamiento físico, no sorprende que los destinos del viaje y los espacios recorridos resulten clave tanto en la propia experiencia como en su puesta por escrito. Albuquerque García (2023), hablando de los tres ejes en torno a los cuales pueden estructurarse los relatos de viaje, enumera justamente el eje espacial como uno de ellos. Por supuesto, el análisis de los escenarios de los relatos de viaje no es nada nuevo en los estudios viáticos, pero la aproximación a estos lugares desde las teorías antropológicas y sociológicas sobre los espacios turísticos puede resultar, en muchos casos, iluminadora. Pensar en los espacios de viaje teniendo en cuenta nociones como “McDonalización”, “McDisneyización”, “pseudoeventos”, “espacio de enclave”, “espacios heterogéneos” y “no lugares”, así como la relación que los sujetos mantienen con ellos, puede enriquecer el análisis de los espacios viáticos.

Finalmente, el estudio de los sentidos, su presencia y papel en la experiencia viática, tema en el que he profundizado recientemente (Zygmunt, 2024), resulta importante no solo para entender mejor las experiencias de viajes contemporáneos y su sentido, sino que también constituye, como señala Albuquerque García (2019), un aporte a la teoría de la literatura dado que la aparición o no de lo sensorial en los relatos se relaciona con el grado de maduración de la técnica descriptiva. En este contexto, algunas de las preguntas pertinentes en el análisis literario de las experiencias viáticas son: ¿cuál es la relación de los viajeros con los sentidos?, ¿el viaje es solo una experiencia visual o permite la irrupción de otros sentidos?, ¿qué importancia tienen otros sentidos diferentes a la vista en la experiencia y su puesta por escrito?

Esta nueva mirada a los relatos de viaje, construida a base de las distintas teorías sociológicas y antropológicas sobre el turismo, ha constituido el principal eje interpretativo de mi acercamiento a los relatos contemporáneos que ha quedado plasmado en mi trabajo *Viajar y escribir en la era del turismo de masas. Relatos de viajes contemporáneos por la Ruta de la Seda* (2021). En este estudio he aplicado la presente propuesta metodológica a distintos sujetos que realizaban sus viajes por la Ruta de la Seda, autores tanto españoles como extranjeros. Pese a tratarse de un corpus bastante heterogéneo, puede hablarse de ciertas tendencias y actitudes comunes. Frente al claro rechazo de algún autor concreto hacia la etiqueta de turista, otros, más que insistir en esta dicotomía, parecen simplemente buscar su propia manera de viajar, alejada de la lógica del mercado. En este sentido, independientemente de cómo se ven o definen los autores analizados, todos ellos, en sus viajes, se alejan de los caminos trillados y llegan a sus destinos en medios de transporte poco convencionales para el turismo de masas. Asimismo, estos viajeros en rutas nada habituales y medios de transporte diferentes al avión resultan ser totalmente dependientes de los locales, por lo que el vínculo creado con ellos no refleja la lógica mercantilista vendedor-comprador ni se corresponde con la idea del actor-espectador. Por esta razón, la jerarquía habitual y el reparto de poder parecen invertirse. Por otro lado, frente a la hegemonía de la vista de la que tanto hablan los investigadores contemporáneos, en los relatos estudiados se le da un protagonismo significativo a otros sentidos. Los autores analizados suelen, como diría Onfray (2007), “vivir sensualmente a tope” y esta experiencia multisensorial compleja muchas veces dota de sentido a todo el viaje.

Considero que la mirada analítica aplicada, en mi caso, al estudio de relatos contemporáneos por la Ruta de la Seda, podría ser una herramienta metodológica extrapolable a textos correspondientes a otros ámbitos geográficos y al análisis del relato de viaje en general. En mi propuesta metodológica postulo que utilizar las aportaciones sociológicas y antropológicas para examinar los relatos contemporáneos en un mundo dominado por el turismo de masas, contexto y condicionante tanto de la experiencia como de su puesta por escrito, podría funcionar como eje organizador de muchos de los relatos de viaje, independientemente del espacio geográfico que describan. De hecho, la perspectiva que vengo proponiendo en este artículo y que he utilizado en mi investigación se ha visto ya mencionada y hasta aplicada por algunos autores como forma válida y fructífera del acercamiento a los relatos de viaje españoles¹⁶.

Junto al ámbito hispánico, cabe señalar que la metodología presentada también resulta extrapolable al campo de la literatura hispanoamericana. No cabe ninguna duda de que el turismo dentro de Hispanoamérica y a Hispanoamérica es un fenómeno muy potente¹⁷, por lo que el análisis de los relatos

¹⁶ Ángel Pérez-Martínez (2023), en un artículo centrado en la literatura de viaje como método de conocimiento, señala la utilidad del estudio del turismo en su relación con el género viático. Asimismo, en su tesis doctoral, Diego Ventura Cebrián García (2024) analiza la obra del escritor español Jorge Carrión partiendo de la idea de que las maneras de viajar dominantes influyen tanto en la experiencia del viaje como en su escritura. Dado este estrecho vínculo entre el viaje, el turismo y la escritura de viaje, el autor, antes de pasar al análisis literario propiamente dicho, ve necesario reflexionar sobre el turismo y presenta, apoyándose en algunos casos en el marco teórico creado para mi estudio, las discusiones pertinentes referentes a este fenómeno.

¹⁷ Los distintos informes centrados en el análisis de la actividad turística en América Latina señalan la importancia y el desarrollo de este fenómeno, actualmente en alza: “El tamaño del mercado de viajes y turismo de oportunidades en

de viaje de los autores hispanoamericanos o por Hispanoamérica desde la perspectiva de estudio aquí presentada puede ser un enfoque fructífero. Un ejemplo de las primeras aplicaciones de las teorías sociológicas y antropológicas sobre el turismo al análisis de textos de autores latinoamericanos es el artículo de Rocío Peñalta Catalán (2022) dedicado a Victoria Ocampo¹⁸. La autora, para aproximarse a la figura de Ocampo y definirla en sus viajes, se basa en mi propuesta metodológica recurriendo a la teoría de Cohen y sus modos de experiencia turística. Peñalta Catalán describe los distintos modos de experiencia turística para acercarlos al lector no familiarizado. Una vez presentado el panorama general declara: “En mi opinión, Victoria Ocampo responde al cuarto tipo de turista, que se desplaza en el modo experimental” (2022: 104). La investigadora argumenta su visión teniendo en cuenta la descripción de Cohen sobre este tipo de viajantes: “Victoria, a pesar de pertenecer a una familia cuya genealogía está íntimamente ligada a la historia de Argentina, no se siente identificada con los valores de la sociedad y el tiempo en que le ha tocado vivir, y continuamente reflexiona sobre ello en sus escritos” (2022: 104). A continuación añade que Ocampo “[a] menudo se siente atrapada en un país y en una clase social cuya moralidad y costumbres no comparte” (2022: 104). Asimismo, compara la manera de entender el viaje de la argentina con los modelos de turistas propuestos por Cohen: “El desplazamiento físico, el viaje, supone para Victoria, como para los turistas experimentales, una búsqueda de lo auténtico, y en su acercamiento a otras sociedades y culturas explora diferentes maneras de vivir y sentir” (2022: 105). Finalmente, Peñalta Catalán muestra el problema de Ocampo de no identificarse con el centro de su sociedad y al mismo tiempo no llegar a identificarse del todo con otros centros, lo que hace que no consiga viajar en el modo existencial. La autora, citando las descripciones presentes en mi trabajo de los distintos modos de experiencia turística de Cohen y en relación a la caracterización del modo experimental, señala: “Este es el caso de Victoria, que, pese a manejar perfectamente el francés y el inglés, conocer profundamente la literatura y la música europeas, y establecer lazos de amistad con personalidades de todos los continentes, no deja de ser profundamente criolla, en opinión de aquellos que la trataron íntimamente” (2022: 105).

Esta aproximación a la figura de Victoria Ocampo con algunas de las herramientas metodológicas propuestas en el presente estudio representa una mirada valiosa que permite mirar a Ocampo desde una perspectiva un poco distinta, insertándola en un nuevo modelo de viajantes definido en la sociología.

América Latina se estima en 52,18 mil millones de dólares en 2024, y se espera que alcance los 67,91 mil millones de dólares en 2029, creciendo a una tasa compuesta anual del 5,41% durante el período previsto (2024-2029)” (*Mordor intelligence*, en línea). El ranking de los países latinoamericanos donde el turismo genera más impacto económico está encabezado por México, Brasil, Argentina, Chile y Perú (García López, 2024: en línea). Comparando la situación del turismo en esta región con los resultados de antes de la pandemia, se señala que “las llegadas de turistas internacionales a América en 2023 alcanzaron el 90% de los niveles anteriores a la pandemia” (*ONU Turismo*, en línea) y se espera que para 2024 “países como Costa Rica y Uruguay recuperen por completo su actividad turística” (García López, 2024: en línea). Asimismo, según los expertos “en 2025 toda la región (salvo Venezuela y Surinam) habrán recuperado la actividad de antes de la pandemia” (García López, 2024: en línea).

¹⁸ Peñalta Catalán ve importante comentar los testimonios y autobiografía de Ocampo en el contexto del debate sobre el viaje y su género, aunque reconoce que las obras analizadas por ella no pueden considerarse relatos de viaje: “A pesar de que su escritura [la de Ocampo] no haya adoptado la forma del relato de viajes, a lo largo de sus páginas descubrimos cómo estos desplazamientos entre Europa y América del Norte y del Sur fueron definiendo su carácter, configurando su vocación y dando forma a sus proyectos vitales y literarios” (2022: 122). Este hecho, lejos de parecer preocupante, demuestra que las teorías antropológicas y sociológicas referentes al turismo pueden ser una herramienta de análisis valiosa no solo en el caso de relatos de viaje, sino también para hablar de otros géneros que están muy cerca o comparten con el relato de viaje el interés por el desplazamiento.

Finalmente, la intuición de que este nuevo enfoque puede resultar fructífero en el ámbito de la literatura hispanoamericana lo confirman las declaraciones de los propios autores de relatos de viaje. El escritor argentino Mempo Giardinelli comentó a propósito de su viaje descrito en *Final de novela en Patagonia*: “Nosotros quisimos hacer un viaje no convencional a la Patagonia, antiturístico si se quiere. Y creo que por eso mi libro salió como salió: de difícil caracterización dentro de un género” (Pastor Martín, 2020: 18). Como se puede ver, además de clasificar su propio viaje como “antiturístico”, actitud visible en algunos de los relatos de viaje por la Ruta de la Seda analizados, donde los autores construyen su experiencia y escritura como respuesta a la lógica del turismo de masas, el escritor sugiere que la forma de viajar y la del relato se condicionan mutuamente. Este vínculo entre la experiencia-trayecto no convencional y el tipo de escritura-relato no convencional, tan claramente expresado por Giardinelli, señala nuevas posibilidades de análisis en las que la propuesta metodológica que presento aquí tal vez pueda arrojar una luz nueva al debate sobre el género viático.

Conclusiones

Sobre el relato de viaje ya hay mucho dicho, aunque, sin lugar a dudas, queda mucho más por decir: desde la teoría de la literatura, desde la filología y el estudio filológico de las propias obras y también, como espero haber podido demostrar en este artículo, desde perspectivas multidimensionales e interdisciplinarias nuevas. Si consideramos necesario estudiar el texto en su contexto y creemos que este último condiciona al autor y su obra, en el panorama actual el contexto para los viajes y sus relatos es indudablemente el turismo de masas. Asimismo, teniendo en cuenta lo importante que resulta el horizonte de receptores que buscan en el género respuestas a sus inquietudes existenciales (Carrizo Rueda, 2023), en el caso de los textos viáticos este parece estar atravesado por preguntas del tipo ¿cómo viajar en la era de turismo de masas?, ¿cómo dotar de sentido la experiencia del viaje en el mundo de “pseudoeventos” y “no lugares”?, ¿cómo vivir su experiencia de manera distinta al formato estandarizado de las agencias de viajes?, o incluso ¿qué hacer para no contribuir al mantenimiento del *statu quo* del mundo y la perpetuación de las relaciones de tipo neocolonial?

Los relatos de viaje contemporáneos, que en muchos casos funcionan como una respuesta a la lógica del turismo de masas, tal vez puedan aportar claves a estos dilemas inherentes a la realidad de los desplazamientos actuales. Por esta razón, pasar del binomio viaje-escritura a la triada turismo-viaje-escritura no parece una idea descabellada, de la misma forma que no lo parece trabajar lo literario a la luz de la sociología y la antropología, puesto que desde siempre los individuos y las sociedades no solo se ven reflejados en la literatura, sino sobre todo se piensan, se interrogan e incluso se construyen en ella y a través de ella.

Referencias bibliográficas

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2011, “El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura*, LXXIII, 145, pp. 15-34.
 ———, 2019, “El empirismo *avant la lettre* en *Il Milione* de Marco Polo”, en *Viajeros en China y libros de viajes a Oriente: siglos XIV-XVII*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universitat de València, pp. 25-48.

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2023, “El relato de viaje en la España de los siglos XIX a XXI: factualidad y familias textuales”, *Ínsula*, 918, pp. 3-7.
- ALMARCEGUI, Patricia, 2008, “Viaje y literatura: elaboración y problemática de un género”, *Letras*, 57-58, pp. 25-31.
- ARELLANO AYUSO, Ignacio, 2011, “Nota preliminar. Viajeros, aventureros, turistas y vagabundos o la inacabable curiosidad humana”, *Hispania Felix*, 2, pp. 11-17.
- AUGÉ, Marc, 1994 (1992), *Los “no lugares”. Espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- , 1998 (1997), *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- BAUDRILLARD, Jean, 1978, *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.
- BAUMAN, Zygmunt, 1993, “The sweet smell of decomposition”, en Chris ROJEK y Bryan TURNER (eds.), *Forget Baudrillard?*, Londres, Routledge.
- , 2011 (1993), “Ponowoczesne wzory osobowe [Posmodernos modelos de personalidades]”, *Studia Socjologiczne*, 1 (200), pp. 435-458.
- BÉGUELIN-ARGIMÓN, Victoria, 2011, *La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media. Análisis del discurso y léxico*, Lausanne, Hispania-Helvética.
- BELTRÁN LLAVADOR, Rafael, 1991, “Los libros de viajes medievales castellanos”, *Revista de Filología Románica*, anejo 1, pp. 121-164.
- BENJAMIN, Walter, 1991 (1972), *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus.
- BOORSTIN, Daniel. J., 1980 (1964), *The Image. A Guide to Pseudo Events in America*, Nueva York, Atheneum.
- BUZARD, James, 1998 (1993), *The Beaten Track: European Tourism, Literature and the Ways to Culture, 1800-1918*, Oxford, Clarendon Press.
- CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando y Antonia Martínez Pérez (coords.), 1996, *Libros de viaje: actas de las Jornadas sobre “Los Libros de viaje en el mundo románico”, celebradas en Murcia del 27 al 30 de noviembre de 1995*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M., 1997, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger.
- , 2004-2005, “Construcción del personaje y entrecruzamiento de discursos en el *Quijote* desde una poética del relato de viajes”, *Letras*, 50-51, pp. 81-97.
- , 2023, *Derivaciones de una poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger.
- CARY, Stephanie Hom 2004, “The Tourist Moment”, *Annals of Tourism Research*, 31, pp. 61-77.
- CASTRO DÍEZ, Asunción y María RUBIO MARTÍN, 2023, “Notas para un estudio de los relatos de viaje en España (siglos XIX y XX)”, *Ínsula*, 918, pp. 1-2.
- CEBRIÁN GARCÍA, Diego Ventura, 2024, *Géneros en movimiento: turismo, viaje y literatura en la obra de Jorge Carrión*, tesis doctoral, KU Leuven & University of Antwerp.
- CHAMPEAU, Geneviève, 2004, “El relato de viaje, un género fronterizo”, en *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, ed. Geneviève Champeau, Madrid, Verbum, pp. 15-31.
- CHEONG, So-Min y Marc I. MILLER, 2000, “Power and Tourism. A Foucauldian observation”, *Annals of Tourism Research*, 27, pp. 371-390.
- COHEN, Erik, 1972, “Towards a Sociology of International Tourism”, *Social Research*, XXXIX, 1, pp. 164-182.
- , 1979, “A Phenomenology of Tourist Experiences”, *Sociology*, XIII, 2, pp. 179-201.
- COLOMBI NICOLIA, Beatriz, 2006, “El viaje y su relato”, *Latinoamérica*, 43, pp. 11-35.
- ECO, Umberto, 1986, *Travels in Hyperreality*, Londres, Picador.
- EDENSOR, Tim, 1998, *Tourists at the Taj*, Londres y Nueva York, Routledge.

- GARCÍA LÓPEZ, Raúl, 2024, “El turismo en América Latina”. Disponible en: <https://aprendedeturismo.org/el-turismo-en-america-latina/> [consultado el 15.09.2024].
- GOFFMAN, Erving, 1969, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Harmondsworth, Penguin.
- GONZÁLEZ-RIVERA, Juliana, 2019, *La invención del viaje*, Madrid, Alianza.
- GUZMÁN RUBIO, Federico Augusto, 2011, “Tipología del relato de viajes en la literatura hispanoamericana: definiciones y desarrollo”, *Revista de Literatura*, 73, pp. 111-130.
- HULME, Peter y Tim YOUNGS (eds), 2002, *The Cambridge Companion to Travel Writing*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KAZIMIERCZAK, Marek, 2009, “Kilka refleksji nad „autentycznością” w kontekście książki Anny Wieczorkiewicz - *Apetyt turysty. O doświadczeniach świata w podróży*” [Unas reflexiones sobre la “autenticidad” en el contexto del libro de Anna Wieczorkiewicz - *El apetito del turista. Sobre la experimentación del mundo en el viaje*], *Turystyka Kulturowa*, 7, pp. 32-39.
- KINSLEY, Zoë, 2016, “Travellers and Tourists”, en *The Routledge Companion to Travel Writing*, ed. Carl Thompson, Londres, Routledge, s.p.
- LE BRETON, David, 2009, *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LISKA, Allan y George RITZER, 1997, “McDisneyization and Post-Tourism: Complementary Perspectives on Contemporary Tourism”, en Chris Rojek y John Urry (eds.), *Touring Cultures. Transformations of Travel and Theory*, Londres, Routledge.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, 1984, “Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tamorlán*”, *Anuario de Filología Española* 1, pp. 129-146.
- MACCANNELL, Dean, 2003 (1976), *El turista. Una nueva teoría de la clase ociosa*, Barcelona, Melusina.
- MEE, Catharine, 2014, *Interpersonal Encounters in Contemporary Travel Writing. French and Italian Perspectives*, Londres, Nueva York, AnthemPress.
- NASH, Dennison, 1992 (1977), “El turismo considerado como una forma de imperialismo”, en *Anfitriones e invitados*, ed. Valene L. Smith, Madrid, Ediciones Endymion, pp. 69-91.
- NÚÑEZ, Theron, 1992 (1977), “Los estudios del turismo dentro de una perspectiva antropológica”, en Valene L. Smith (ed.), *Anfitriones e invitados*, Madrid, Ediciones Endymion, pp. 297-419.
- ONFRAY, Michael, 2016 (2007), *Teoría del viaje*, Madrid, Taurus.
- Página web *Mordor intelligence*, 2024, “Análisis del tamaño y participación del mercado de viajes en América Latina tendencias de crecimiento y pronósticos (2024-2029)”. Disponible en: <https://www.mordorintelligence.com/es/industry-reports/opportunities-in-latin-america-travel-and-tourism-industry> [consultado el 15.09.2024].
- Página web *Onu Turismo*, 2024, “Un informe conjunto de Amadeus y ONU Turismo revela que el turismo en América está en alza”. Disponible en: <https://www.unwto.org/es/news/un-informe-conjunto-de-amadeus-y-onu-turismo-revela-que-el-turismo-en-america-esta-en-alza> [consultado el 01.10.2024].
- PASTOR MARTÍN, Sheila, 2020, *Las derivas del viaje y su relato: dinámicas y poéticas del desplazamiento en la literatura hispánica del siglo XXI*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca.
- , 2023, *No esperes de mí los mapas. Las derivas del viaje en la literatura hispánica del siglo XXI*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- PEÑALTA CATALÁN, Rocío, 2022, “Victoria Ocampo: viajera ilustrada y cosmopolita”, en *Las mujeres y sus relatos de viaje. Viajeras de los siglos XIX, XX y XXI*, Madrid, Guillermo Escolar Editor.
- PEÑATE RIVERO, Julio, 2015, “La poética del libro de viaje entre la Edad Media y el siglo XXI”, *Letras*, 71, pp. 41-62.

- PEÑATE RIVERO, Julio, 2004, “Camino del viaje hacia la literatura”, en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, pp. 13-28.
- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel, 1984, “Estudio literario de los libros de viajes medievales”, *Epos* 1, pp. 217-240.
- PÉREZ-MARTÍNEZ, Ángel, 2023, “La literatura de viaje como método de conocimiento. Dos ejemplos: las Crónicas de Indias y la ruta del *Quijote*”, en Susana Gala Pellicer (ed.), *Innovación en la docencia y en la investigación de la didáctica de la lengua y la literatura*, Madrid, Dykinson S.L.
- PODEMSKI, Krzysztof, 2005, *Socjologiapodróży [Sociología del viaje]*, Poznań, Editorial de la Universidad de Adam Mickiewicz.
- POPEANGA CHELARU, Eugenia, 1991, “Lectura e investigación de los libros de viajes medievales”, *Revista de Filología Románica*, Anejo 1, pp. 9-26.
- PRATT, Mary Louise, 1997 (1992), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- REGALES SERNA, Antonio, 1983, “Para una crítica de la categoría *literatura de viajes*”, *Castilla*, 5, pp. 63-85.
- RICHARD, Jean, 1981, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, Brepols.
- RITZER, George, 1996, *La McDonalización de la sociedad*, Barcelona, Ariel.
- RUBIO MARTÍN, María, 2011, “En los límites del libro de viajes: seducción, canonicidad y transgresión de un género”, *Revista de Literatura*, 73, pp. 65-90.
- RUBIO TOVAR, Joaquín, 1986, *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus.
- SALCINES DE DELAS, Diana, 1996, *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- SILVA, Lorenzo, 2004, “Vivir y viajar, hacerse uno y hacerse otro”, en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor Libros, pp. 33-43.
- THOMPSON, Carl (ed.), 2016, *The Routledge Companion to Travel Writing*, Londres, Routledge.
- , 2011, *Travel Writing*, Londres / Nueva York, Routledge.
- TURNER, Luis y John ASH, 1991 (1975), *La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer*, Madrid, Endymion.
- URBAIN, Jean-Didier, 1993 (1991), *El idiota que viaja. Relatos de turistas*, Madrid, Ediciones Endymion.
- URRY, John, 2009 (2000), *Socjologiamobilności [Sociología de la movilidad]*, Varsovia, Editorial Académica PWN.
- VV. AA., 2017, *Jodidos turistas*, Antipersona.
- WIECZORKIEWICZ, Anna, 2008, *Apetyt turysty. O doświadczeniu świata w podróży [El apetito del turista. Sobre la experimentación del mundo en el viaje]*, Cracovia, Universitas.
- ZYGMUNT, Karolina, 2021, *Viajar y escribir en la era del turismo de masas: relatos de viajes contemporáneos por la Ruta de la Seda*, Madrid, CSIC.
- , 2024, “¿Por qué tiene sentido hablar de los sentidos?: el análisis de las experiencias sensoriales como perspectiva investigadora del relato de viaje”, *Rilce*, 40.1, pp. 356-374.

Artículo-Reseña

El viaje al origen es el final.

Violencia y muerte en *Tierra*, novela de David Miklos

MARÍA DEL CARMEN RIVERO QUINTO
Facultad de Humanidades,
Universidad Autónoma del Estado de México (México)
macriqui26@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-7453-7968>

Recibido: 25 de abril de 2024 – Aceptado: 16 de septiembre de 2024.
DOI:

Resumen: Origen y muerte distinguen la poética de David Miklos. En *Tierra*, su novela más reciente, el autor suma la violencia como motivo literario de un viaje en la modalidad de desplazamiento forzado. El artículo analiza el tratamiento de la narrativa de viajes a través de sus elementos constitutivos y sostiene que la violencia modifica sus razones pues, mientras el tiempo del relato avanza, el tiempo vital de los personajes se consume. Así, Miklos resignifica el sentido del concepto heideggeriano *ser para la muerte* en un contexto ficcional que narra la actual realidad social mexicana.

Palabras clave: Literatura mexicana; Muerte; Narrativa de viaje; Violencia.

The Journey to the Origin is the End. Violence and Death in *Tierra*, a Novel by David Miklos

Abstract: Origin and death distinguish David Miklos' poetics. In *Tierra*, his most recent novel, the author adds violence as a literary motive of a travel in the modality of forced displacement. The article analyses the treatment of the travel narrative through its constitutive elements and holds that violence modifies its reasons because, as the time of the narration follows, the vital time of the characters consumes. In this way, Miklos re-signifies the meaning of the Heideggerian concept *being to death* in a fictional context that narrates Mexican social reality.

Keywords: Mexican Literature; Death; Narrative of Travel; Violence.

La literatura de viajes es tan vasta como el mundo y todos los mundos posibles de visitar. Sin lugar a dudas, se trata de una de las más grandes tradiciones literarias, que se precia de nombrar entre su *corpus* a la *Odisea* de Homero, los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, *En el camino* de Jack Kerouac, *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino, *Danubio* de Claudio Magris, *La música del azar* de Paul Auster, *Patagonia Express* de Luis Sepúlveda, o *El viaje* de Sergio Pitlor. *Tierra* (2023a), del escritor mexicano David Miklos (San Antonio, Texas, Estados Unidos de América; 1970), bien se suma a esta extensa tradición y, de modo específico, a una de sus

múltiples variantes, la novela de *road trip* o de carretera¹, de la que también son ejemplos en la narrativa mexicana más reciente *Desierto sonoro* de Valeria Luiselli, *Decencia* o *Ahora me rindo y eso es todo*, ambos de Álvaro Enrigue.

El subgénero de *narrativa de viajes* o *literatura de viajes* se distingue del llamado *relato de viajes*, de carácter netamente histórico, referencial y verificable. Pilar Rubio (2006) prefiere el término “narrativa de viajes” como una propuesta para totalizar las “formas del relato escrito”, destaca aquellas sujetas a los viajes reales, en las que confluyen lo testimonial y lo literario, de la novela de viajes “encuadrada necesariamente en un armazón ficcional” (248). Al decir de Luis Alburquerque (2011), el relato de viajes se caracteriza por su función testimonial: se trata de relatos factuales en los que la descripción se impone a la narrativa y se asientan en lo verificable². Para Sofía Carrizo Rueda, la diferencia entre estas dos formas de escritura radica en que “la literatura estaría más vinculada con elementos ficcionales y el relato tendería más a lo documental e informativo” (2013: 347). Además, elementos como la descripción y el desenlace cumplen funciones diferentes en ambas formas, ya que “dentro del relato de viajes se encuentra casi difuminada la expectativa por el final de la trama, no ocurre así en la literatura de viajes, donde sí hay clara motivación por la espera del desenlace” (Carrizo Rueda, 2013: 348).

Con esa aclaración, tenemos una señal de que el relato de viajes se ocupa de funciones descriptivas, mientras que la literatura prioriza el contexto de la historia y otros elementos constitutivos como el punto de vista del viajero y la relevancia del viaje en tanto nudo y no a manera de anécdota. Esta distinción permite concentrarnos en el caso de *Tierra*, obra en la que se identifica el cambio que se ha desarrollado en años recientes respecto a la concepción de la literatura de viajes. Esta literatura, según Karolina Zygmunt, “ya no tiene una función documental, lo que le permite al autor moldear la escritura conforme a sus necesidades y la utiliza para construir su propia experiencia del viaje” (2013: 107). Si bien todo libro de viajes se enmarca dentro del ámbito de la literatura de viajes, marco genérico mayor, “no toda literatura de viajes queda incluida dentro de los ‘relatos de viajes’. A la literatura de viajes se adscribirían obras en las que el viaje forma parte del tema o en las que actúa como motivo literario” (Alburquerque, 2011: 18). Esta precisión permite analizar *Tierra* en tanto novela de *road trip*, una modalidad de esta narrativa, en la que el motivo literario es la violencia que obliga a los personajes a hacer un viaje involuntario, al desplazamiento forzado, y en la que una familia, un núcleo social asentado en un ambiente ciudadano, pasa a ser un grupo de nómadas³ que transita por carretera bajo amenaza de muerte.

¹ Yolanda Galiana (2022) define concisamente la novela de *road trip* como narraciones “de viajes por carretera especialmente populares en los Estados Unidos” y que resultan un “idilio para conocer las rutas que atraviesan y comunican a un país”, aunque, añade, en años recientes esta modalidad se ha desarrollado en otros países.

² En este rubro podemos mencionar los relatos de los cronistas españoles, los de los viajeros del siglo XIX luego de la Independencia de México consumada en 1821, o los relatos periodísticos de Jack London o John Turner en tierras mexicanas en el despunte de la Revolución Mexicana.

³ A pesar de que el concepto nómada suele llevar una carga negativa en el sentido de que son personas no civilizadas, ya Bruce Chatwin señala en varios de sus libros, como por ejemplo *En la Patagonia* o *Utz*, que con el tiempo esta condición se ha convertido en una alternativa entre otras formas de vida posibles y no en un estadio bárbaro anterior. Por lo general, la condición de nómada se asocia con el escape de circunstancias adversas. En el caso de *Tierra*, la familia es un grupo nómada por obligación, más que por opción, y por sobrevivencia.

El viaje, en tanto tópico literario, se puede calificar como uno de preparación para la muerte en el que la familia, núcleo que alimenta y sostiene a la sociedad si se lo piensa como origen y función social, se va desintegrando en varios niveles, desde la muerte del amor, el final de un matrimonio, la amenaza latente de morir a manos del crimen y la consecuente aniquilación de la sociedad. Con ello, *Tierra* adquiere un cariz existencial heideggeriano del ser para la muerte, idea que se profundiza en las reflexiones finales.

El viaje no es un tema de tratamiento menor en la narrativa de David Miklos. Varios de sus libros lo tienen como motivo literario, siempre vinculado a los tópicos rectores, el origen y la muerte. Un antecedente es *La vida triestina* (2010), libro de difícil clasificación que puede leerse a manera de un diario de viaje del autor con destino a Hungría pasando por Londres, Trieste y de vuelta al entonces Distrito Federal (hoy Ciudad de México, capital del país), y también puede leerse como compendio de cuentos insertos surgidos de las anotaciones en el diario. En este libro, según Alejandro Badillo (2012), Miklos “plantea el viaje, pero no como un conocimiento, sino como una incertidumbre”; se trata de un viaje íntimo, a pesar de las claras referencias y descripciones de esas ciudades europeas, y de la narración de las peripecias del personaje durante los traslados, las visitas a lugares emblemáticos como el palacete de Miramar, o el registro de la escritura de tentativos borradores de relatos que posteriormente serán parte de otros libros del autor⁴. Por su parte, Miklos ha declarado un profundo afecto a este libro porque en ese viaje, en especial en la escala en Trieste, es en donde dice haber encontrado su voz narrativa y “muestra los vericuetos del viaje interior en busca de la propia identidad” (Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, s. d.).

El viaje como motivo literario también se identifica en las novelas *La hermana falsa* (2008), en la que Lena, su personaje, debe viajar de vuelta al terruño de su infancia para recuperar los restos de su abuela, o *El abrazo de Cthulhu* (2013a), otro libro de una extrema libertad genérica en el que el personaje transita por varios lugares significativos y que alimentan las ficciones que lo conforman: Trieste, Montevideo o Nueva York; por su parte, *Paseos del río* (2020) es un atípico ensayo sobre historia y literatura que, combinando autobiografía, ensayo, conferencia y otros géneros, fluye de los vaivenes espaciales e interiores del narrador por las principales arterias viales de la Ciudad de México, en especial aquellas rutas que otrora fueran ríos al aire libre. Entre estos libros también cabe mencionar la antología *Una ciudad mejor que ésta* compilada por Miklos (2001), la que reúne trece relatos escritos por el mismo número de autores y con referencia a igual cantidad de ciudades “que habitan sus imaginarios, territorios alejados de su devenir cotidiano [...] interesados en el desarrollo óptimo de una anécdota [que los perfila como] viajeros y turistas literarios” (Miklos, 2001: 12). Como se puede ver, la narrativa de viajes es un motivo literario básico en la obra del autor; y también está presente en algunos de sus cuentos, tal el caso de “22” (Maldonado, 2008), en el que el personaje, tras la muerte de su padre, realiza un viaje en automóvil sin destino claro con el que desea contener las intempestivas fluctuaciones de sus recuerdos.

⁴ Es el caso del relato “El abrazo de Cthulhu”, el cual forma parte del libro homónimo de 2013, y pasa a ser el relato principal en torno al cual giran otros más.

Para comentar el sentido del viaje en *Tierra* conviene recuperar una declaración del autor relativa a *La vida triestina*: “la certeza de que todo viaje tiene como destino el mismo lugar del cual se ha partido. Origen y final son la misma cosa” (Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, s. d.). Esta idea describe el total de su obra; y aunque en *Tierra* los personajes no regresan al lugar del que parten pues la narración señala el final del viaje en el destino programado, la playa, sin un retorno al hogar, la máxima de que origen y final son la misma cosa se cumple en la muerte pues la familia viaja amenazada y encuentra su aniquilación en la misma realización del viaje: a medida que la camioneta avanza, también avanza la degradación de sus relaciones, se va narrando el desgaste de su matrimonio, cómo se ha perdido el amor y el miedo de Paolo a aceptarlo.

El viaje es una actividad fundamental para la humanidad. La historia de los viajes da cuenta de sus modificaciones a raíz del desarrollo de los medios de transporte y las razones para realizarlo también se han diversificado según las circunstancias. En América Latina, y en especial en México, los flujos migratorios y los desplazamientos forzados de los habitantes de algunas zonas se han incrementado en años recientes y, con ello, el viaje ha modificado sus razones y éstas han marcado la historia reciente del continente.

Tierra narra la historia de una familia secuestrada y violentada por un sujeto llamado Roberto, quien amenaza y acecha a un matrimonio, Paolo y Antonia, y a sus hijos María y Bruno, quienes imaginan los más terribles escenarios durante el viaje impuesto que deben realizar para dejar una camioneta en una playa. Según se infiere al final del libro, las acciones suceden después de un colapso ambiental en un mundo postapocalíptico en el que los sobrevivientes están sometidos a una figura de autoridad y en el que la violencia ha impuesto sus condiciones⁵. En entrevista con Mayra González y Jorge Alberto Gudiño, la única disponible hasta ahora, Miklos declara que *Tierra* es “una novela de huida, pero como de ellos mismos, hay una pareja que se ve obligada a hacer un viaje en la carretera de una ciudad al mar, con sus hijos, [...] que tienen muchos problemas y los van descubriendo en el camino” (2023). De este modo resume la escritora Isabel Hion la trama del libro en su cuarta de forros (2023):

La historia de *Tierra* se sucede dentro y fuera de la mente del protagonista: un hombre que atraviesa tiempos complejos en su matrimonio y que persiste en sobrevivir para regresar al néctar de su relación, que es también su hogar. En esta tarea mesiánica, la aparición de un hombre enigmático da un giro inesperado: de repente, en un viaje de carretera, él y su esposa tienen una misión de vida o muerte [...]. Así, el contraste entre el mundo de las ideas, la emoción con la dureza material y el orden de las cosas nos muestra el enfrentamiento necesario de cualquier ser humano: su naturaleza para sobrevivir a la violencia y el refugio del amor para hacer de esta travesía una experiencia digna.

A diferencia de otros libros, *Tierra* es un texto menos fragmentado en su estructura, pero con la misma tendencia a las combinaciones genéricas, un híbrido que mezcla novela, narración

⁵ En la *literatura postapocalíptica o distópica*, el viaje se realiza en un mundo arrasado por alguna catástrofe natural, un error humano o por la violencia en una geografía distinta a la conocida, con circunstancias atípicas, y en el que se recupera el sentido nómada, pues se trata de traslados más bien forzados en busca de las mejores condiciones para la subsistencia. Guillermo González señala que esta narrativa habla de lo “que queda después de la destrucción, el espacio que muestra la reducción de la condición humana a lo más básico, pues provoca que la supervivencia se vuelva primordial” (2018: 9).

de viaje, viñeta y relato distópico. En esta ocasión, el viaje sucede para alejarse de la amenaza de la muerte y del sometimiento, y lo es también para desaparecer, para dejar de ser. Por su parte, las escritoras Aníela Rodríguez y Rose Mary Salum resaltan en esta obra de Miklos importantes aspectos relativos al subgénero novelesco del viaje. La primera sostiene que *Tierra* no se trata de un “*roadtrip* de autodescubrimiento y sanación [sino que] retoma la tradición de los diarios de viaje para construir una aguda reflexión sobre las relaciones monógamas y la mancha imborrable que deja el crimen organizado en nuestro país” (2023); Salum identifica, además de la narración de viaje en carretera, la presencia de géneros como el de suspenso y señala los elementos relativos al viaje presentes en *Tierra*: “Se trata de un trayecto vigilado, enigmático y desconcertante. Una presencia que inquieta, un auto que no avanza, la amenaza que permea, un pasado que se impone y un desenlace inesperado” (2023).

Miklos ya había ensayado los temas del viaje y la violencia en la novela *No tendrás rostro* (2013b). Allí la violencia era la causa de la catástrofe. En su travesía por la oscuridad, Blumenthal, El Suicida, El Fino y La Rusa habitan en un mundo arrasado y reclamado por La Violencia. Fino emprenderá el viaje de vuelta a Palomar, especie de origen y lugar utópico, para recuperar una parte de su historia, que fue interrumpida por la violencia. De ahí que el autor declara, con motivo de la publicación de *Tierra*: “Bien pensado, *Tierra* es una suerte de prólogo a *No tendrás rostro*, en donde La Violencia mayúscula ha arrasado con casi todo, comenzando por los núcleos familiares. Y, de nueva cuenta, es una indagación sobre el origen y el apocalipsis de la humanidad desde lo más íntimo” (Miklos, 2023b).

Tierra se divide en tres partes (“Altiplano”, “Serranía” y “Playa”) y a cada una le corresponde una voz, la de Paolo para la primera, la de Antonia para la segunda y la del narrador para la última. Un corifeo tripartito cuyas voces y pensamientos enuncian (y anuncian) la desintegración del matrimonio y la familia en tanto núcleos sociales, del orden y la paz, y del relato mismo, el cual inicia *in media res*; de inmediato se mencionan las circunstancias desconcertantes que instalan la intriga y el suspenso en el lector y que a la vez dejan claras las razones del viaje:

Dejamos la casa atrás, el foco que ilumina la entrada principal encendido, la puerta roja como una señal de alerta en la madrugada. Puedo ver un asomo del costado de la silueta del hombre que nos vigila apenas visible, difuminada entre el humo del cigarro cuya brasa de pronto se aviva, semejante a uno de los tantos avisos encendidos en el tablero de la camioneta en la que viajamos los cuatro hacia la costa. Apenas ayer supimos de la inevitabilidad de este viaje, esta vacación súbita, planeada por otros para que nosotros la lleváramos a cabo (Miklos, 2023a: 12).

A este trío coral se suma la voz amenazante, omnipotente y violenta de Roberto, el criminal. Esta se escucha en la primera parte, la que corresponde a Paolo, en un diálogo directo al principio, cuando llega a imponer su autoridad en la casa y da las órdenes a los recién obligados al viaje, e indirecto en el resto, cuando sigue a distancia el trayecto involuntario de los recién desplazados, estos nómadas de la violencia:

Una regla más, el hombre que nos vigila alzó el índice de la mano derecha, si bien el GPS de la camioneta está programado para que sigas la ruta ideal de la puerta de tu casa al lote en la playa, puedes desviarte si hace falta o si se te pega la gana hacerlo, nada más no te alejes de un radio de dos kilómetros de la guía del mapa, no quiero decirte lo que pasará si llegas a hacerlo. [...]

¿Por qué no voy yo solo, dejo la camioneta en la playa y me regreso? El hombre que nos vigila sonrió entre la cascada de humo que escapaba por su nariz. Eso es imposible, hermano: tu familia es nuestra póliza, nuestro seguro: o viajan todos mañana, o no vuelve a viajar ninguno, nunca (Miklos, 2023a: 15).

La figura del emisario de la muerte es característica de los relatos de Miklos. En el cuento “22” y en otras novelas, un vagabundo-sastre se presenta ante los personajes en el momento previo a la muerte de otro personaje, sea el padre en el caso del cuento, sea la madre en *La piel muerta*, por ejemplo⁶. En *Tierra*, el agente de la muerte es Roberto, el sicario. La diferencia es que en los relatos anteriores aquel emisario propicia el viaje de regreso a la tierra de la infancia, al origen, al reencuentro con las señas de identidad, mientras que en la novela que nos ocupa Roberto impulsa a un viaje forzado, a un desplazamiento en el que la muerte es otro pasajero y el destino final de los personajes.

Uno de los elementos característicos de la narrativa de viajes es el vehículo. En el contexto literario, el medio para desplazarse adquiere connotaciones simbólicas pues remite al vientre materno, al vientre de la ballena, por ejemplo, en el sentido de un nuevo alumbramiento en otro lugar, el objeto en el que se gestan cualidades necesarias para el devenir del personaje, o aquel en el que sucede la trama. Desde el momento en el que la familia aborda la camioneta se convierte en un grupo nómada, de desplazados forzados y sometidos por la amenaza y el miedo, que sin embargo deben disimular: “Actúen como lo que son, una familia que va de vacaciones a la playa” (Miklos, 2023a: 17). En cuanto inicia el recorrido por carretera, la narración se concentra en lo que sucede en el interior de la camioneta ostentosa y llamativa. A medida que el vehículo se desplaza, al contrario de lo que afirma Salum, éste se convierte en una especie de carroza fúnebre para los personajes. Dice Antonia:

Somos una familia, nosotros, montada en tu lujosa mula, aunque ni por asomo somos la mercancía que oculta, sino su garantía y póliza de seguro. Drogas, armas, dinero, información, pornografía infantil: a saber qué y dónde está escondido el cargamento. Sepa si esta chingadera explota si nos desviamos del camino o se nos aparece un comando armado y nos mata a balazos o nos incinera vivos. O nada. Todo da lo mismo ahora. Mierda combustible. Y es lo mismo en este mundo criminal, con sus víctimas colaterales, vivas o muertas en general, nosotros cuatro en particular (Miklos, 2023a: 90)⁷.

Otro de los elementos constitutivos del viaje es la ruta, el trayecto que se planea o se dispone seguir para llegar al destino deseado. La narración en *Tierra* se divide en las tres partes del trayecto que los desplazados por la violencia transitan: el altiplano, la serranía y la playa. El viaje inicia en el punto más alto, la serranía, la meseta de vasta extensión; extensión considerable pues es necesaria para la analepsis, un mecanismo textual que requiere espacio y tiempo. Se debe mencionar la importancia del mapa, que en esta narración es virtual y remoto,

⁶ Hemos propuesto un detallado análisis de esta figura en otro artículo (2012).

⁷ Brenda Morales (2023) considera que en la narrativa de crimen existen elementos formulaicos, a saber, mundos ficcionales con pocos personajes femeninos y cuya acción y diálogos son escasos. En cambio, en *Tierra*, es Antonia quien verbaliza la separación: “Sólo ahora sé quién es mi esposo en realidad, completo. Y ya no lo quiero más conmigo. No podría fingir y dejarme tocar. Besar. Ser penetrada por él de nuevo. Por mi antiguo hombre activo que lo tiene todo menos la capacidad de rebasar a ciegas” (Miklos, 2023a: 104). En este sentido, en entrevista con González y Gudiño (2023), Miklos declara que “habitualmente, mis novelas son muy femeninas, me interesa mucho más lo que dicen las mujeres que lo que dicen los hombres”.

programado en un dispositivo de GPS. Paolo no usa el mapa convencional o la guía de caminos para llegar a su destino. Esto apunta a la transformación de la escritura de viajes y de su experiencia a raíz de los avances de la tecnología, pues el dispositivo reduce el riesgo de perderse o equivocarse y restringe la posibilidad de nuevas aventuras que nutran su narración; además, en el contexto de *Tierra*, el mapa programado fomenta la tensión en los personajes y en el lector y es a la vez un medio de mantener cautiva a la familia.

“Altiplano” es la parte más extensa de la novela y discurre entre dos tiempos. El primero es el tiempo del trayecto en la carretera, progresivo, que se consume a medida que la camioneta avanza. Este tiempo del relato es el que resta para llegar a la playa, pero del que no se sabe si es o fue el tiempo último de los personajes, y se señala con la reproducción de un cronómetro entre corchetes. Aquí se escucha la voz de un Paolo que narra lo que ocurre en el trayecto y que desde el monólogo interior se refugia en su memoria, donde corre el segundo tiempo, el de una digresión que recuerda momentos significativos de su infancia y su relación con Antonia, y la causa de que la familia haya sido secuestrada y amenazada; gracias a este tiempo el lector se entera de cómo el victimario se instala en la vida familiar.

El viaje suele funcionar a manera de una metáfora del desplazamiento interior del personaje que a la vez es testigo y andante. En el caso de *Tierra*, el desplazamiento interno sucede por los territorios de la memoria y la nostalgia en la construcción de una vida ideal, la de la familia y la vida de pareja. El monólogo interior y la rememoración son un refugio del rechazo y el rencor de Antonia y una forma de resistencia, pues el panóptico siniestro de Roberto no puede alcanzar a Paolo: “Su presencia nos acompaña, es probable que incluso pueda escucharnos y, acaso, vernos, es posible que haya mandado instalar un sistema que le permita seguir en tiempo real cada uno de nuestros movimientos, cada una de nuestras palabras” (Miklos, 2023a: 13).

Mientras la camioneta avanza por la carretera, surge el recuerdo de otro viaje, uno hecho por Paolo antes de formar una familia; se inserta así una nota autobiográfica, otro elemento característico de la literatura de viajes y que en el contexto de *Tierra* se lee a manera de un metarrelato. La enunciación de elementos autobiográficos hace al subgénero de viajes fronterizo entre lo factual y lo ficcional, de tal manera que el personaje que enuncia en primera persona no sólo se vuelve el protagonista absoluto de su historia, sino también un referente externo, es decir, un escritor que trae a su angustioso presente una experiencia de viaje anterior y que, en el caso de Miklos, se identifica con un dato verídico, su estancia en Londres. El diario de viaje que se menciona en la cita siguiente es el que se publicó como *La vida triestina*; el paso de un ave cerca de la camioneta en movimiento hace que la memoria de Paolo se remonte a su estancia en la capital británica:

Ahora pienso en el día en que vi nadar a una marsopa en el ancho río de una vieja ciudad en la que viví durante un par de años, antes de conocer a Antonia [...]. Pese a que en ese entonces llevaba un diario, no encuentro el registro del día en el que vi nadar a la marsopa en el ancho río de la vieja ciudad [después] abandoné mis cuadernos y me dediqué a vivir la ciudad (Miklos, 2023a: 63).

Este viaje interno por los recuerdos de la estancia en Londres saca a Paolo de su presente y de la ruta:

¡Cuidado! grita Antonia, y giro el volante para no pasarle por encima a no sé qué animal [...]. ¿Sabías que esta camioneta puede conducirse a sí misma, papi?, me dice María como si nada hubiera ocurrido [...]. Puta madre, Paolo, dice Antonia una vez recuperada del susto, fuera de sincronía o a destiempo. Casi nos matas (Miklos, 2023a: 66).

“Serranía” es el territorio textual de Antonia. Ahí se escucha su voz agresiva, violenta, alterada. En esta parte se suspende el conteo del tiempo que rige en la anterior para dejar que fluya el monólogo interior en el que ella habla de cómo conoció a Paolo, de cómo el sicario Roberto se insertó en su vida laboral y familiar, y sobre todo para hacer dos confesiones: una, que ya no ama a Paolo y que su matrimonio terminó; la otra, sugerida, que ella fue partícipe de un homicidio, de lo que el lector infiere el motivo por el que Roberto regresa a su vida:

Todo esto que no sé qué es y no sé cómo ocurrió, por qué está ocurriendo ahora, justo cuando estaba por dejarlo todo. Por recomenzar de nuevo sola sin el esposo que elegí. Sin el padre de mis hijos, pero con mis hijos. Qué difícil es mandar a la chingada a alguien. Qué difícil es ser una hija de la chingada. Qué difícil es chingarte a alguien, aunque ese alguien te haya chingado a ti, aun sin saberlo. Paolo me chingó. Me sigue chingando (Miklos, 2023a: 87).

“Playa” es la última parte y corresponde al narrador. Es un territorio en el que no hay diálogos, monólogos interiores ni analepsis, sólo la descripción de las aves de rapiña y el estado de la camioneta. Los personajes están ausentes y sólo persisten los elementos y la voz del narrador: “Nada aquí. Es decir: nada en apariencia humano aquí. El pájaro que sobrevuela el paisaje parece una anomalía, su sombra proyectada sobre la arena, una mota móvil y gris que no mancha el ocre que todo lo pinta” (Miklos, 2023a: 109). Si se retoman los presupuestos teóricos de Carrizo Rueda (2013) sobre las expectativas del arribo al destino enunciado, la parte última de *Tierra* sugiere que la familia llega a la playa, pero este espacio adquiere el sentido de un *no lugar*⁸ en el que hubo un colapso ambiental y la imposición de un régimen autoritario; de ahí que se piense en un relato que, en un análisis más extenso, puede leerse desde la perspectiva de lo postapocalíptico. Esto se intuye por el orden al que un grupo humano está sometido, según la descripción del narrador, y por la persistencia de los elementos, desde la perspectiva de un ave, un águila que ha matado a una gaviota que a su vez mató a otro pájaro para dar de comer a sus polluelos. Es la violencia que reclama la sobrevivencia, la ley natural, la vida:

El águila no lo sabe, pero intuye que es allí donde habita su único depredador posible: la distancia es su mayor protectora. Si el ave aguza la vista puede verlos allí: todos ellos reunidos al centro del cuadrángulo, ordenados en filas, convertidos en un manchón negro que se desplaza de un extremo al otro de una plaza, gira, alcanza el otro extremo, gira de nuevo, llega al otro extremo, y así, hasta alcanzar su sitio en el centro, una y otra vez, hasta que las filas se rompen y el manchón se dispersa, fragmentado en cuatro, hacia una de las esquinas del cuadrángulo. Pero el gran pájaro no repara en ellos, aunque los intuya (Miklos, 2023a: 114).

⁸ Noción antropológica propuesta por Marc Augé. La sobremodernidad, explica el autor, es la causante de la abundancia de los no lugares, espacios de tránsito que tienen una función momentánea como hoteles, aeropuertos o carreteras. Estos lugares hacen que los transeúntes experimenten nuevas formas de soledad: “El espacio del no lugar no crea ni identidad singularidad ni relación, sino soledad y similitud” (1994: 107).

La narración de viaje distópica o postapocalíptica que influye sobre *Tierra* es *La carretera* de Cormac McCarthy. En esta novela, un padre y su hijo viajan por parajes destruidos por un cataclismo inespecífico que tiempo atrás aniquiló a la humanidad y a casi toda forma de vida. La última parte de *Tierra* describe el acto violento de sobrevivencia de las aves con ecos de una de las descripciones de McCarthy:

Mucho tiempo atrás, en algún lugar cerca de aquí, había visto un halcón abatirse por la larga pared azul de la montaña y romper con la quilla de su esternón la grulla que iba en el centro exacto de un bando y llevársela al río toda hecha un guiñapo y arrastrando su plumaje suelto y descuidado por el quieto aire otoñal (McCarthy, 2006: 21).

El destino es el elemento fundamental en la narrativa de viajes pues es el motivo de la narración, la acción principal que también adquiere un sentido simbólico, según el contexto. En *Tierra* no se trata de un viaje de retorno a Ítaca o a un lugar utópico y originario, ni del arribo a la tierra prometida o al lugar de la liberación, un lugar de certezas y seguridades, sino del arribo a un lugar paradisiaco, turístico y anónimo, a un *no lugar* que es el último paraje de los personajes. Sin embargo, es posible leer el destino final de *Tierra* en una línea metafórica, pues del abandono forzado de un espacio propio e íntimo, de la tierra firme y segura de un hogar ciudadano construido con las señas de identidad que particularizan a Paolo, Antonia, María y Bruno, nómadas violentados, se describe un desplazamiento a un *no lugar*, a una especie de fosa común, líquida o rodeada de agua, en la que los roles de los personajes se difuminan: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Augé, 1998: 89).

El análisis de los elementos constitutivos de una novela de viaje (el vehículo, el mapa, el destino y el motivo del desplazamiento) permite defender que *Tierra* abre nuevos derroteros dentro la novela de carretera o de *road trip*, sobre todo por el motivo del viaje que convierte a una familia, célula fija y fundamental de la sociedad, en un grupo de nómadas violentados; la revelación que les da el viaje es la de reconocerse como seres para la muerte, sujetos que se van desintegrando a medida que avanza la camioneta-carroza fúnebre. La narración del viaje forzado en *Tierra* transmite una verdad sobre la lastimera situación de violencia que se vive en México. Si el fin último de la vida es la muerte, los moribundos deberían tener autoridad para hablar de eso que ya conocen y hacer historias, aunque no pueda encontrarse ahí el sentido de la vida y el acto de morir impida la elaboración del propio relato. En efecto, a pesar de que conocemos los últimos pensamientos de los personajes antes de llegar a la playa, Miklos se queda un paso antes, en la huida y la desintegración, en difuminar a los protagonistas y en enfatizar su esencia corruptible; y, sobre todo, en recuperar la idea de que la muerte es la experiencia vital última de este relato y de toda historia.

Tierra plantea cuestiones vitales: ¿Se está vivo para qué? ¿Cuál es el sentido de la existencia? ¿Para qué se aferra Paolo al rescate de su matrimonio y a la sobrevivencia de su familia? ¿Para que un sujeto ajeno a su núcleo decida sobre su vida y sobre su muerte? Las sensaciones de angustia, riesgo, incertidumbre o miedo que experimentan los personajes son estados existenciales del ser para la muerte. Dada la presencia del criminal Roberto, los personajes no deciden ni sus vidas ni sus muertes. Así, el texto de Miklos es una especie de nota antropológica

que habla de cómo cambian las formas de morir bajo condicionamientos sociales, de morir por causas naturales como una enfermedad largamente padecida o un accidente, a morir por la violencia ejercida por otros, que incluso determinan el lugar en el que se ha de morir.

Tierra articula una forma literaria del viaje en la que el drama familiar se despliega en un escenario móvil y una metáfora de la vida como errancia o impermanencia, una forma de exilio de la existencia desde un origen estable hacia un destino incierto en el que los personajes encarnan la revelación del ser para la muerte, tópico literario fundamental de la narrativa del autor. La experiencia del viaje en *Tierra* produce un conocimiento nuevo y una transformación en los personajes, pues a medida que la camioneta avanza, ellos se van mostrando como lo que en realidad son: seres para la muerte. Así, el conocimiento procede de una revelación sólo otorgada para quienes realizan el viaje.

Referencias bibliográficas

- ALBURQUERQUE, Luis, 2011, “El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género”, en *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. LXXIII, núm. 145, pp. 15-34. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3733174>. Consultado el 21 de agosto de 2024.
- AUGÉ, Marc, 1994, *Los “no lugares”. Espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- , 1998, *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- BADILLO, Alejandro, 2012, “La vida triestina de David Miklos”. Disponible en: <https://sdl.librosampleados.mx/2012/02/lavidatriestina-miklos/>. Consultado el 23 de febrero de 2021.
- CARRIZO RUEDA, Sofía, 2013, “Analizar un relato de viaje. Una propuesta de abordaje desde las características del género y sus diferencias con la literatura de viajes”, en Rafael Beltrán, *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romántico*, Valencia, pp. 343-352. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2567087>. Consultado el 21 de agosto de 2024.
- GALIANA, Yolanda, 2022, “Leer viajando: seis libros para los amantes de los *road trips*”. Disponible en: <https://www.lecturalia.com/blog/2022/08/10/leer-viajando-libros-para-los-amantes-de-los-road-trips/>. Consultado el 24 de septiembre de 2024.
- GONZÁLEZ, Guillermo, 2018, “Ficcionalización histórica en el espacio post-apocalíptico de *Los Superhombres*”, en *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*. 16, pp. 4-27. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6710963>. Consultado el 13 de marzo de 2024.
- GONZÁLEZ, Mayra y Jorge GUDIÑO, 2023, “Todas mis novelas van de alfa a omega, es lo que somos”. Disponible en: <https://www.sinembargo.mx/30-11-2023/4438944>. Consultado el 13 de noviembre de 2023.
- HION, Isabel, 2023, “Cuarta de forros”, en David Miklos, *Tierra*, México, Editorial Gato Blanco.
- INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES Y LITERATURA, s. d., “Conocer la propia ciudad para conocer el mundo, la lección de *La vida triestina* de David Miklos”, México, INBAL, comunicado de prensa. Disponible en: <https://literatura.inba.gob.mx/2113-conocer-la-propia-ciudad-para-conocer-el-mundo-la-leccion-de-la-vida-triestina-de-david-miklos.html>. Consultado el 11 de noviembre de 2024.

- MALDONADO, Tryno (ed.), 2008, *Grandes hits. Nueva generación de narradores mexicanos, vol. I*, México, Almadía.
- MCCARTHY, Cormac, 2006, *La carretera*, México, Random House Mondadori.
- MIKLOS, David, 2001, *Una ciudad mejor que ésta*, México, Tusquets.
- , 2008, *La hermana falsa*, México, Tusquets.
- , 2010, *La vida triestina*, México, Libros Magenta.
- , 2013a, *El abrazo de Cthulhu*, México, Textofilia.
- , 2013b, *No tendrás rostro*, México, Tusquets.
- , 2020, *Paseos del río*, México, Festina Publicaciones.
- , 2023a, *Tierra*, México, Editorial Gato Blanco.
- , 2023b, Hilo de post sobre la publicación de *Tierra*. Recuperado de la cuenta personal del autor: @dmiklos. Consultado el 28 de noviembre de 2023.
- MORALES, Brenda, 2023, *La literatura del narco en Colombia. Sesión dictada en el marco del Diplomado Virtual en Literatura Latinoamericana y del Caribe*, México, CNL-INBA. 25 de septiembre de 2023.
- RIVERO QUINTO, María del Carmen, 2012, “Metatextualidad y simbolismo en dos textos de David Miklos”, *Revista Semiosis*, tercera época, vol. VIII, no. 16, julio-diciembre, México, Universidad Veracruzana, pp. 29-52.
- RODRÍGUEZ, Aniela, 2023, “Texto de solapa”, en David Miklos, *Tierra*, México, Editorial Gato Blanco.
- SALUM, Rose Mary, 2023, “Texto de solapa”, en David Miklos, *Tierra*, México, Editorial Gato Blanco.
- ZYGMUNT, Karolina, 2013, “La construcción de la experiencia del viaje en la escritura: figuras del escritor viajero contemporáneo”. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/271315008_La_construccion_de_la_experiencia_del_viaje_en_la_escritura_figuras_del_escritor_viajero_contemporaneo/link/550003b60cf28e4ac3475889/download?_tp=eyJjb250ZXh0Ijp7ImZpcnN0UGFnZSI6InB1YmxpY2F0aW9uIiwicGFnZSI6InB1YmxpY2F0aW9uIn9. Consultado el 21 de agosto de 2024.

Reseñas

CARRIZO RUEDA, Sofía M., *Derivaciones de una poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger, *Problemata Literaria* 96, 2023, 318 pp.

Con este libro de la docente e investigadora Sofía Carrizo Rueda se abre un capítulo más en su sostenido interés por una temática que ha venido desarrollando durante mucho tiempo, la cual ya ha dado lugar a otros libros y a una cantidad impactante de artículos académicos: el relato de viajes. Esto se refleja en los dos prólogos, donde se evidencia la tenacidad que impulsa su indagación y la continuidad de un trabajo que parece expandirse en círculos concéntricos, ofreciendo nuevas posibilidades epistemológicas en torno a una forma narrativa que se puede percibir fácilmente como omnívora. No es casual que así sea por el carácter mismo de la materia trabajada, los viajes, con sus incontables derivas narrativas. Hoy en día el término “viaje” aparece en una cantidad impresionante de variantes discursivas, lo que sorprende a la autora. En consecuencia, todo el libro se encuentra atravesado por muchas formas del viaje y por diversos modos de transitar tanto el espacio como el tiempo. Por su parte, el periplo personal se extiende desde aquel punto de partida en los años noventa, que la llevó a constatar la ausencia de estudios sobre la temática, hasta el presente texto, que le permite configurar una poética del género. No es exagerado decir que este libro nos lleva también “de viaje” por la historia de la narrativa en occidente y nos embarca en un recorrido textual por los tópicos, los elementos constitutivos del relato de viajes y los cruces intertextuales con otras formas más o menos afines.

El texto se divide en dos partes principales. La primera sección nos introduce de manera directa en las “Cuestiones teóricas”, ofreciéndonos de entrada las herramientas adecuadas para seguir los trayectos que vendrán a continuación. Con una forma expositiva clara y amena, la autora procede a una identificación precisa del género “relato de viajes”, diferenciándolo (como saben aquellos que conocen sus textos previos) de la “literatura de viajes”. Se trata de una diferenciación crucial para entender ciertas implicancias de lo que está en juego. En la medida en que todo puede ser pensado —con mayor o menor grado de precisión— como relato de viajes, desde *La Odisea* hasta *Don Quijote*, definir al género supone algo más que la búsqueda de una delimitación formal o la organización de una determinada serie literaria. Se trata, más bien, de reflexionar sobre algunos de los componentes que hacen a la especificidad de lo narrativo en sí. La primera diferencia podría radicar en aquello que se supone es propio de la literatura, la “literariedad”. Los “relatos de viajes”, a diferencia de aquellos catalogados como “literatura de viajes”, se caracterizan por la primacía de su función documental, en respuesta a necesidades informativas propias de cada coyuntura, a la que —en todo caso— se le suma el impulso de narrar y de comunicar las experiencias vividas en las circunstancias extraordinarias que propone toda travesía.

En su búsqueda de aquellas premisas formales que sustentan la especificidad de este tipo discursivo, sus elementos y sus relaciones internas, una de las sendas más productivas llevó a la autora a un estudio pormenorizado del funcionamiento de la descripción. En ese sentido, una de las conclusiones más atractivas al respecto es la que nos hace pensar en las narraciones en su capacidad de montar espectáculos, vale decir, de crear imágenes en función de una expectativa lectora atenta a esos mundos creados a partir de la palabra. Dicha capacidad es la que la autora va a rastrear en los diversos textos que irá analizando dentro de esta primera

sección y que nos transportan desde el mundo clásico hasta la contemporaneidad, pasando por la Edad Media: “Viaje a Brindisi” de Horacio; *El corazón de las tinieblas* (1899) de Joseph Conrad y el giro que da una relectura posterior, *Vagabundo en África* (1997) de Javier Reverte; el detallado análisis del *Tractado de Andanças y Viajes* de Pero Tafur, al que la autora considera “el más fascinante de los libros de viajes del siglo XV castellano” (81) y un modelo para comprobar su hipótesis sobre el relato de viajes. Frente al desafío de trabajar contra la tradicional disociación que distingue descripción de narración, a la autora le resulta muy productiva una idea propuesta por el académico y escritor Raúl Dorra, que piensa lo narrativo a partir de lo que llama “factor riesgo”. La idea de riesgo, implícita en la configuración de lo que se cuenta con el objetivo de mantener atrapado al lector, se retoma como hilo conductor para ahondar en esta articulación interna de la narración, que genera distintos tipos de escenas más allá de la finalidad explícita con la que se construyen los relatos. El riesgo es lo que guía la lectura o el avance de los lectores en la narración; es lo que acelera o lentifica el ritmo de lectura por el deseo de saber más o de detenerse. Y el riesgo —lo sabemos— es un elemento intrínseco al acto de viajar *per se*. De lo que se trata aquí es de calibrar su funcionalidad dentro de las narrativas de viaje, no tanto dependiendo de la materia narrada y de los conocimientos que produce, sino de los modos en que se establecen relaciones diferenciadas con el público lector.

Una vez establecidas estas premisas de análisis, la segunda parte nos va a proponer tres vías posibles para continuar con el periplo textual. La primera es el capítulo titulado “El cambiante imaginario sobre los viajes y sus escrituras”, cuyo punto de partida es la vinculación entre el tratamiento espacial (las distancias recorridas, pero también la manera en que se construyen los espacios, particularmente en cómo se describen las ciudades) y los significados que se atribuyen a las travesías. En el centro de la reflexión se coloca la categoría de “imaginario”, que supone concebir las imágenes en sentido amplio, es decir, teniendo en cuenta tanto las que son fruto del lenguaje como las mentales, así como también el componente afectivo. A partir de un paseo por un corpus extremadamente variado, emerge la cuestión de las premisas que comparte ese deseo de salir al mundo. De más está decir que el siglo XX ha visto cambios radicales al respecto, incorporando nuevas modalidades; cambios que, por otro lado, se fueron incubando desde mucho antes. Esto da cuenta de un funcionamiento de estas formas discursivas según un modelo reticular, tanto hacia el interior de los textos como en las intertextualidades o transmigraciones de unos a otros, o lo que la autora define como “un caleidoscópico espectáculo del mundo” (170). Por otro lado, el consejo expresado por Francis Bacon en sus *Ensayos* de 1597, a propósito de registrar lo vivido mediante un diario, puede ser considerado como una forma de supervivencia (a la Warburg) en narrativas disímiles.

En el siguiente capítulo, “Las escrituras del viaje y el cruce con otros géneros”, la reflexión va a adentrarse en sentido de indagar en aquello que del relato de viaje pervive en la novela moderna. Resulta poética la idea de imaginar los relatos de viajes como “criaturas huérfanas”, que lograron sobrevivir “con medios iguales a los de cualquier desamparado: estructurando sus propios códigos de acuerdo con sus necesidades y asimilando de las normas de la cultura oficial lo que les era útil para sus fines, como algunos recursos retóricos” (213). El capítulo sigue un curso inesperado, ya que cierra con un sugestivo paralelismo entre los recursos teatrales y

aquellos elementos tomados de los imaginarios del viaje. La descripción vuelve aquí bajo la noción de “decorado verbal”, al tiempo que son las tramoyas las que permiten trasladar a la escena funciones que son inherentes a los desplazamientos, sean materiales o simbólicos.

El último capítulo, “Viajar antes de la adultez”, se expone en un tema al que se ha prestado poca atención, a saber, el viaje de los niños. ¿Qué pasa cuando son menores los que se lanzan a lo desconocido y peligroso? Desde las peregrinaciones o las travesías motivadas por las carencias y por las hambrunas, hasta los periplos imaginarios que se han convertido en modélicos para las narrativas de infancia (*Alicia en el País de las Maravillas*, *Peter Pan*, *Pinocho*), el texto se propone como un acicate para pensar a las infancias lanzadas a los caminos. Este capítulo con el que cierra el libro tiende reverberaciones hacia una sección anterior del extenso segundo capítulo titulado “Aplicaciones del modelo”, y que está dedicada a las mujeres viajeras medievales. Dentro de esta galería, se incluyen figuras ya muy reconocidas como Leonor de Aquitania o Hildegarda de Bingen, viajeras eximias que por diversas razones no dejaron de transitar los caminos hasta la avanzada edad de los ochenta años, con otras menos ilustres como la juglaresa María Balteira o las viajeras anónimas que hacen aparición tanto en los *Cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer como en los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo. La relevancia de poner el foco en estos dos grupos implica una ampliación de esa red intertextual que anima todo el recorrido y que apunta a ofrecer una mirada más variada y llena de matices de las narrativas del viaje, al sumar otras experiencias que hacen suyos los modos de contar establecidos previamente por el género, provocando en ellos nuevos desvíos temáticos y formales.

A través de una puntillosa travesía por el universo textual de los viajes, Sofía Carrizo Rueda nos posibilita una perspectiva actualizada sobre el acto de viajar que, como queda evidenciado, precisa de su narración para existir en tanto que tal: se viaja para transmitir experiencias. Algunos viajes son más arriesgados, más llenos de peripecias o de sorpresas. Otros tienen objetivos muy específicos que condicionan de comienzo a fin aquello que se narra. Algunos son imaginarios; otros responden a urgencias y necesidades inapelables de su tiempo, y nos devuelven un estado de la cuestión de cada época. La herramienta que habilita el análisis de la descripción en cada caso permite delimitar las diferencias, lo cual no solo sirve al imperativo de la precisión, sino que facilita la apreciación de las continuidades y de las rupturas, del hilo que se retoma porque está a disposición o de los desvíos que abren nuevas sendas. En todos los casos, lo que anida en cada relato es el modo en que se construye el “espectáculo del mundo”, en donde se aúnan las informaciones de más diverso tipo con las acciones de los personajes, una síntesis que colabora con superar la disociación entre narración y descripción. Más allá de las teorías que se pueda invocar para un análisis de esta envergadura, hay un gesto crítico enunciado de manera explícita que resulta vivificante y bienvenido: el reconocimiento y la inclusión de la propia experiencia lectora en la ecuación.

MARÍA JOSÉ PUNTE
Universidad Católica Argentina
mariajosepunte@uca.edu.ar

BÉGUELIN-ARGIMÓN, Victoria (ed.), *Viajes hacia Oriente en el mundo hispánico durante el Medioevo y la Modernidad. Retórica, textos, contextos*, Madrid, Visor Libros, Biblioteca Filológica Hispana no. 260, 2022, 366 pp.

En esta miscelánea bajo curaduría y presentación general (pp. 9-19) de la Profesora Victoria Béguelin-Argimón, reconocida estudiosa de los relatos de viaje del mundo hispánico, se ofrece al lector especializado una colección de artículos que aborda un corpus de fuentes rico en matices pero recortado con precisión: los autores analizados son siempre españoles —y enseguida se verá que el contenido de este término resulta, con justicia, amplio—; el destino del viaje es el aún más multiforme Oriente. Desde un planteamiento general de corte filológico pero que no renuncia a asedios más historiográficos, la editora articula una bella colección de trabajos distribuidos en tres secciones que se definen por un criterio cronológico.

Bajo el título “Por las sendas medievales: discurso y retórica” (pp. 21-165), el primer panel del tríptico concentra los estudios de hispanomedievalismo. Inicia con el artículo de Pablo Roza Candás, “De desiertos, mares y fortunas: la visión de espacios inéditos en el relato de ‘Omar Paṭōn’” (pp. 23-47), que adopta como objeto de estudio el *Memorial de ida i venida hasta Maka*, relato de viaje o *riḥla* compuesto por este mudéjar de Ávila a fines del siglo XV —vale decir, escasos años antes de la conversión forzosa de 1502— y conservado en dos copias aljamiadas del siglo XVI halladas en tierras de Aragón. El texto, que transmite las experiencias del autor durante su cumplimiento del precepto islámico de la peregrinación a La Meca (*ḥaġġ*), no solo procura dar informaciones prácticas para el recorrido, ante todo “constituye un acto en esencia piadoso, con el que contribuye de forma notoria al mantenimiento de la fe e identidad islámicas de su comunidad” (p. 25), en especial para aquellos impedidos de encarar por sí mismos el *ḥaġġ*. Roza Candás rastrea en el *Memorial* los rasgos con que son descritos dos espacios físicos inéditos para Paṭōn, el mar (puertos, costas e islas incluidos) y el desierto, y ello no solo en su dimensión física sino también en la espiritual. Así, mientras el mar es el lugar donde el fiel experimenta individualmente su impotencia ante los designios de Dios y se purifica de lo terrenal mediante su sumisión a ellos, la travesía del desierto afianza su sentido de pertenencia a la comunidad de creyentes, de cuyo auxilio se depende para sobrevivir. Y para todo mudéjar de esa Edad Media tardía, de creciente intolerancia religiosa, esa práctica colectiva de la fe sería una experiencia aún más inédita que la habida ante paisajes nunca vistos. Así, el *Memorial* “se reviste de un claro valor litúrgico para sus correligionarios castellanos y aragoneses” (p. 45).

Leemos a continuación la contribución más amplia del volumen (pp. 49-91), “La fiesta de los ahorcados: paisajes de degradación, injusticia y crueldad en la corte de Samarcanda (*Embajada a Tamorlán*)”, donde Rafael Beltrán, también adoptando una perspectiva crítica, revisita uno de los textos más relevantes del corpus viático hispanomedieval, el atribuido a Ruy González de Clavijo y tocante a la fallida iniciativa diplomática emprendida al interior del imperio mongol por un cuerpo de embajadores de Enrique III de Castilla entre 1403 y 1406. El Profesor Beltrán concentra su atención en el relato de la estadía de los legados en Samarcanda, sede de la corte de Temur Bek (Tamorlán o “Tamurbeque”, para el texto), del 8 de septiembre al 18 de noviembre de 1404. La falta de toda respuesta concreta por parte de un emperador ya viejo y decadente genera en los embajadores una frustración que el narrador colectivo nunca se permite expresar en forma abierta pero que sí se connota en la descripción pormenorizada de

Letras, 2024, julio-diciembre, n° 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 149-157 – ISSN electrónico: 2683-7897

las borracheras a las que se entregan el propio Tamorlán, sus mujeres y sus cortesanos en una serie interminable de noches de fiesta. El relato alcanza el clímax el día 10 de octubre con lo que Beltrán denomina “fiesta de los ahorcados”, ocasión en la que el emperador, habiendo convocado una feria fuera de la ciudad, y a la vista de todo el pueblo reunido, se regala la “grande alegría” de colgar injustamente a algunos de sus colaboradores más leales y decapitar a pequeños comerciantes. Todos estos episodios resultan cruciales para el propósito último del texto: el fracaso de la empresa diplomática no debe atribuirse a una supuesta impericia de los embajadores sino a la degradación y la crueldad de su tiránico anfitrión.

En cambio, el estudio de Julia Roumier, “Los efectos discursivos de la verdad: transmisión de la imagen del mundo en la escritura de los relatos de viajes medievales” (pp. 93-121), posee un interés más teórico o poético: mediante la articulación de un ambicioso corpus de cinco relatos de viaje castellanos, dos reales —la misma *Embajada a Tamorlán* y las *Andanzas e viajes* de Pero Tafur— y tres ficticios —el *Libro del conocimiento*, el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* y el *Libro de las maravillas* de Mandevilla—, y tomando en cuenta traducciones castellanas de textos italianos (Odorico de Pordenone, Marco Polo y Niccolò dei Conti), la autora rastrea los recursos retóricos que resultan más propicios para hacer presente en el texto viático a su destinatario y transmitirle de manera vívida pero verosímil las maravillas de Oriente. La paleta de recursos es amplia; destacamos, de entre todos, la figura retórica de la hipérbole, los tópicos de lo indecible y la falsa modestia, el anticiparse a la probable incredulidad del lector, retacearle información a fin de sorprenderlo más tarde o, incluso, entablar con él diálogos ficticios, además del recurso al relato enmarcado y la puesta en abismo.

En su trabajo personal (“Retórica de la alteridad y comunicación: voces forasteras, lenguas extranjeras y trujamanes en la *Embajada a Tamorlán* y las *Andanzas y Viajes*”, pp. 123-165) Béguelin-Argimón retiene, como es obvio, el corazón del corpus abordado por Roumier, pero también su interés por las constantes y las variables del género a fin de explorar una faceta poco problematizada, las referencias a las lenguas extranjeras escuchadas, leídas y en parte aprendidas por los viajeros; es que ellas han constituir un “elemento fundamental de la retórica de la alteridad” (p. 126), esencial a los relatos de viaje. Con una progresión semántica también esencialmente tripartita en la que empero la primera sección es la más amplia, la autora comienza por articular la nómina completa de los nombres comunes extranjeros de cada obra —treinta y cinco en *Embajada*, catorce en *Andanzas*—, indicando las lenguas de procedencia y los campos semánticos más usuales —política, religión y economía en *Embajada*, dado el propósito diplomático del viaje; voces cotidianas en el itinerario privado de Tafur—, para abocarse luego a los procedimientos de citación de topónimos y antropónimos —transcripción aproximada, traducción y/o glosa de su etimología, usualmente poco fiable— y reflexionar sobre las funciones que los extranjerismos desempeñan en el discurso viático y sobre los procedimientos de superficie con que son insertados en él. Las dos partes que siguen, más acotadas, exploran respectivamente las alusiones de los textos a las distintas fronteras lingüísticas traspasadas por los viajeros —siendo el ámbito bizantino el primer lugar de la otredad—, con su consecuente necesidad de trujamanes (‘intérpretes’), y los distintos ámbitos y contextos de uso de tales lenguas extranjeras.

La segunda parte del libro es “Figuras y visiones del viaje: continuidades y rupturas” (pp. 167-230) y se compone de dos artículos que actúan como gozne entre el ámbito medievalista de la sección inicial y el ya estrictamente moderno que conformará la tercera y última. En “Andanzas y espejismos del Preste Juan: de la leyenda medieval al motivo retórico de los Siglos de Oro” (pp. 169-205) Víctor de Lama de la Cruz problematiza esas continuidades y rupturas entre Edad Media y Modernidad explorando la reelaboración literaria de la figura del Preste Juan de las Indias en un repertorio de textos áureos. Antes de ello, el autor repasa los rasgos básicos atribuidos a este personaje legendario en las fuentes medievales —ubicación oriental de su reino, normalmente Etiopía; condición cristiana y sacerdotal de su realeza; vínculo con el apóstol Tomás y con los Reyes Magos; riqueza y poder inconmensurables— y, más importante, postula que aunque entre las gentes informadas la creencia en su historicidad sucumbió ante la embajada efectuada a Etiopía en 1527 por Francisco Álvarez, capellán del rey Manuel I de Portugal, y los detalles que él dio a conocer en su *Verdadeira informação das terras do Preste João das Índias* (Lisboa, 1540), “las fuentes antiguas siguieron muchos años gozando de credibilidad” (p. 173). Viene a continuación el catálogo de alusiones al personaje en obras de géneros variados (crónicas; prosa de ficción; prosa didáctica; poesía; teatro). Y en efecto, dentro del corpus analizado —que solo representa una parte del centenar de obras identificadas por el autor— las noticias fabulosas de la tradición medieval aún son replicadas y hasta ampliadas por cronistas como el dominico Luis de Urreta en su *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, monarchía del emperador llamado Preste Juan de las Indias* (1610), pero en general prima un espíritu entre racionalista y burlón como el del *Viaje de Turquía de Pedro de Urdemalas* —donde se razona que “Preste Juan” ha de ser confusión por “Preto Juan” visto que reina en Etiopía—, el prólogo del *Quijote* de 1605 —que hace del personaje un poeta, en maliciosa alusión a Lope de Vega—, la mención del quevediano “Poema al pedo” de que “el propio Preste Juan le tiene miedo” e incluso una apócrifa canonización suya en boca de Velardo, criado de la comedia *¡Si no vieran las mujeres!* del propio Lope, por citar solo algunos textos relevantes.

Por su parte, el corpus abordado por Sofía M. Carrizo Rueda en “Retórica, imágenes y hermenéutica para una poética del discurso sobre el viaje en el siglo XVI” (pp. 207-230) también parte de la Edad Media y se interna en los Siglos de Oro, aunque abocándose exclusivamente a la obra de fray Luis de León. La autora comienza por recordar que entre los teólogos y hombres de letras de época medieval era recurrente una predisposición negativa hacia el acto de viajar, asociado con frecuencia a la avaricia y el deseo de riquezas, y que incluso las peregrinaciones fueron vistas por algunos como una pasión desordenada (*religiosa cupiditas*). En este sentido, las odas del agustino recogen famosamente la misma censura a la insensatez de la codicia que suele impulsar a los hombres a embarcarse (“Ténganse su tesoro / los que de un falso leño se confían...”), pero ya en los textos de exégesis escrituraria —por ejemplo, en el “Comentario latino al *Cantar de los Cantares*”— sí se reivindicará el viaje como medio imprescindible para emprender la evangelización de América, con tal de que las labores misioneras se efectúen sin incurrir en el exceso de celo religioso que muchas veces se tradujo en coacción o violencia sobre los aborígenes.

Precisamente en torno del afán misionero es que se construye el último panel del tríptico, “Hacia el sudeste asiático: textos y contextos” (pp. 231-364), cuyos cinco autores entretejen un

ramillete de análisis de las experiencias evangelizadoras que desarrollaron en China y zonas aledañas algunos religiosos peninsulares de los siglos XVI y XVII, en particular durante la época de la unión ibérica (1580-1640). En uno de dos trabajos eminentemente historiográficos del volumen —pero que tiene siempre presentes los relatos de viaje escritos por los propios misioneros—, Dolors Folch deja planteado desde el título el interrogante que impulsa su investigación, “Descalzos en China: qué desbarataba las expediciones franciscanas a China en el siglo XVI” (pp. 233-257). La respuesta es razonada: una suma de circunstancias. En primer lugar estaría la hostilidad de las autoridades chinas, usualmente la causa principal para los historiadores; pero también debe repararse en los roces habidos con los portugueses y la misma Santa Sede, el accionar poco favorable de las autoridades de Manila (civiles pero también eclesiásticas) y el recelo e incluso animosidad de los jesuitas. Con todo, el factor decisivo sería el propio carisma franciscano, y en especial el particularmente rigorista de la rama de los hermanos menores descalzos o alcantarinos, cuya extrema pobreza y ansias de martirio resultaron más bien contraproducentes para establecer un vínculo con la población local.

También el artículo de Miguel Betti (“El *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola. Retórica de lo maravilloso y mundialización ibérica”, pp. 259-283) se interesa por las misiones franciscanas en China, pero enfocándose en un relato de viajes concreto, el *Itinerario* compuesto por Martín de Mallea, sobrino-nieto del fundador de la Compañía de Jesús, luego fraile descalzo bajo el nombre de Martín Ignacio de Loyola y finalmente cuarto obispo de Asunción y el Río de la Plata. Por desgracia, su *Itinerario* solo nos es conocido bajo la forma reescrita y publicada por Juan González de Mendoza como parte de su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China* (Roma, 1585); la existencia de estos dos estratos textuales no será soslayada en el análisis. Así, trazando primero un panorama del contexto histórico de fines del quinientos, de la vida de fray Martín —quien circunnavegó dos veces el globo— e incluso de la historia de las misiones franciscanas en China —gracias a lo cual el artículo dialoga con el inmediatamente anterior—, Betti estudia las formas y significados de los *mirabilia* descritos en tres escalas del *Itinerario* (islas Canarias, América, Lejano Oriente) y concluye que los más importantes de ellos (una imagen antiquísima y milagrosa de la Virgen descubierta en el archipiélago; la antropofagia de ciertas tribus caribeñas; las hechicerías y ritos idolátricos practicados en el Imperio Celeste) sirven a propósitos puntuales pero globalmente coherentes de fray Martín y González de Mendoza: legitimar la ya completada españolización de las Canarias; excusar los excesos cometidos en el Nuevo Mundo; exhortar al rey y al Papa para que emprendan la futura evangelización de China —la cual solo conciben, al igual que fray Luis, como una empresa pacífica—.

Con un planteo biográfico que casa naturalmente con la perspectiva historiográfica de Folch, Anna Busquets (“Los viajes de un franciscano por China: fray Antonio de Santa María Caballero”, pp. 285-316) prolonga en el eje cronológico el mismo campo de estudio ofreciéndonos una comprensiva reseña de la vida de quien por fin pudo establecer la primera misión franciscana en China, el citado fray Antonio de Santa María Caballero (1602-1669), fundador en 1651 de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de Jinan, provincia de Shandong. Sobre el fondo de una acción misionera llena de viajes y sobresaltos, el artículo apunta la destacada participación del religioso en la “querrela de los ritos” a propósito de si las prácticas rituales chinas debían juzgarse o no como idolátricas y, en consecuencia, podían ser toleradas

entre los conversos o debían ser erradicadas; frente a la actitud conciliadora de los jesuitas, fray Antonio defendió en discusiones públicas y obras escritas una condena inequívoca que sería luego ratificada por el Papa Urbano VIII (1645). Y la obra apostólica del misionero también llegó a concretarse en la impresión, a inicios de 1664, de dos obras en chino: *Compendio acerca del principio y fin de todas las cosas* y *Comparación entre el cristianismo y el confucianismo*.

El objeto del siguiente y anteúltimo trabajo, “Las deambulaciones asiáticas de Pedro Ordóñez de Ceballos en *Viaje del mundo* (1614): Champa, ¿una etapa inesperada?” de Charlotte Ortiz (pp. 317-343), vuelve a encabalgarse con uno anterior, el de Betti, y ello no solo por enfocar la época de la unión ibérica, sino más específicamente por elegir a un autor como Ordóñez de Ceballos, viajero y sacerdote del clero secular que también dio la vuelta al mundo, que conocía el *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola y que coincidía con él en que la evangelización de China debía emprenderse desde Cochinchina. Con este artículo, asimismo, el volumen regresa a un cauce filológico que ya no abandonará. A la autora interesa analizar, “dejando de lado la cuestión de la veracidad del relato, [...] en qué medida las obras de Ceballos hacen de Champa el lugar propicio para la elaboración de su imagen de misionero triunfante” (p. 319). Se trata entonces de interesarse por el polo opuesto al de Roumier, la construcción de un *ethos* autoral. Ortiz defiende que en los capítulos relativos a su estancia en estas regiones del sudeste asiático (1590-1591) el viajero se atribuye la conversión de la reina de Cochinchina, quien deja el poder a su hermano para abrazar la vida religiosa con el nombre de María, pero es expulsado a causa de la enemistad de algunas autoridades. Se dirige a Champa, reino tributario del anterior. La narración acoge entonces algunos episodios moralizadores con antecedentes en las crónicas de Indias —el central, la destrucción de ídolos locales— y, sobre todo, más de veinticuatro cartas supuestamente intercambiadas por Ceballos con personalidades respetadas de Cochinchina, las cuales “demuestran que, a pesar de su ausencia, los asuntos de Cochinchina siguen dependiendo de su opinión y de su aprobación” (p. 329). No es relevante determinar si tales cartas son reales o apócrifas, pero sí que al nivel textual ellas sirven al mismo objetivo que aquellos otros recursos más claramente estereotipados del *Viaje*: presentar a su autor como el predicador que necesitan esas regiones exóticas pero valiosas del mundo, y muy receptivas a la evangelización.

El tercer panel de la miscelánea se clausura con “La retórica del elogio en el *Discurso de la navegación* de Bernardino de Escalante: la descripción de la artesanía china” de Cloé Bensaï (pp. 345-364), trabajo que se interesa por un texto ya abiertamente laudatorio hacia Oriente, el *Discurso de la navegación que los portugueses hazen a los reinos y provincias del Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del Reino de la China* (1577) del clérigo Bernardino de Escalante. Estamos ahora ante un viaje solo intelectual pues el autor nunca visitó China, sino que escribió desde fuentes portuguesas —lo que se sugiere desde el título—. Su crónica sería eclipsada por la ya citada *Historia de las cosas más notables...* (1585) de González de Mendoza, otro viajero solo libresco que escribiría desde las páginas del *Itinerario* de Martín Ignacio de Loyola, este *Discurso* de Escalante y otros textos. Pues bien, interesa a Bensaï determinar con qué medios Escalante construye su *laudatio* de la cultura china, para lo cual se centra en las descripciones de las artesanías —ante todo porcelanas, típicas del Lejano Oriente y novedosas para la Europa del XVI, pero también textiles, calzado, ebanistería, orfebrería, pinturas, etc.—. Tras dejar sentadas unas definiciones básicas, se elabora un catálogo de los recursos lingüísticos

y retóricos de que se vale el *Discurso* para producir en el lector una impresión de sobreabundancia —polisíndeton, adjetivos y pronombres indefinidos, figuras como la *evidentia*, la comparación o la hipérbole, etc.—. Pero el elogio desborda el objeto y se traslada a los procesos de fabricación, las aptitudes de los artesanos e incluso la posición jerárquica y las costumbres de los usuarios de las piezas fabricadas. Y al incluir estos elogios en su texto Escalante procura refrendar sus opiniones con una polifonía de voces ajenas, aunque siempre narrativizadas o en estilo indirecto.

Nos hallamos, en síntesis, ante un volumen sugestivo que da testimonio de la feracidad propia de las “escrituras del viaje”, campo de las letras durante demasiado tiempo inexplorado pero que hoy cuenta con una solvente cartografía literaria. Es deber de gratitud expresar una enhorabuena entusiasta a la Profesora Béguelin-Argimón por haber patrocinado estas incursiones. Y también a abrir caminos por fuera de la huella ha aspirado el presente volumen de *Letras* que arriba en este punto a destino y que ha sido guiado, con pulso de baqueano experto, por una pionera de la disciplina, nuestra admirada Profesora Sofía M. Carrizo Rueda. Vayan también a ella nuestra felicitación y nuestro agradecimiento.

ALEJANDRO CASAIS,
Director de Letras,
Universidad Católica Argentina /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
alejandro_casais@uca.edu.ar

